MARIAH STONE

LA BELLA Y EL DUQUE

DUQUES
Y SECRETOS



LA BELLA Y EL DUQUE

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO UNO

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *All Duke and Bothered* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

1

LONDRES, 1813

—Es el primer baile de la temporada en Almack's —declaró el padre de la señorita Penelope Beckett mientras entraban juntos en la magnífica sala de baile—. ¿No estás contenta de que tu padre se las haya ingeniado para conseguirte una invitación?

Penelope se tomó la falda con las manos sudadas cubiertas por los guantes que le llegaban hasta los codos.

—Por supuesto, padre —repuso intentando mantener un tono de voz firme—. Es el baile más exclusivo de todo Londres.

La espaciosa habitación estaba ajetreada debido a la multitud de cientos de damas y caballeros vestidos con prendas elegantes. Los accesorios con plumas de las mujeres se mecían con cualquier movimiento, mientras que la luz de las incontables velas y los dos candelabros de cristal de dos niveles centelleaba sobre los paneles de vidrio oscuros de las seis ventanas con forma de arcos. Unas elegantes cortinas de color azul pastel bordeaban las ventanas detrás de los bastidores con exquisitos ornamentos.

Las extensas paredes albergaban varios compartimientos separados por columnas de mármol rosado adornadas con patrones en espiral. En algunos de los compartimientos se exhibían esculturas de estilo romano de atractivos hombres semidesnudos. Penelope deseaba tener un lápiz y un papel a mano para poder hacer un esbozo. En otros había espejos de estilo rococó que creaban la ilusión de un espacio más grande. Varias secciones de las paredes estaban decoradas con frisos, festones y páteras, los platos poco profundos que se utilizaban en la antigua Roma.

Los doce bailes que tenían a lugar en Almack's todas las temporadas no solo eran los eventos más exclusivos, sino también los más importantes para las damas solteras en busca de un marido. Sin embargo, Penelope tenía otro objetivo en mente.

Se puso a juguetear con el lóbulo de sus orejas para intentar calmar los nervios. Tras tres temporadas fallidas, daba por seguro que la habían tildado de solterona indeseada y pasada de moda. Para ella se abría otro camino. La duquesa de Ashton, una de las patronas de las artistas femeninas más apasionadas de Londres, acudiría al evento. Si lograba que alguien le presentara a la duquesa, Penelope podría tener la esperanza de exhibir su arte y quizás comenzar una carrera como artista. ¿Quién necesitaba un marido para eso?

A su lado, se encontraba su prima, la señorita Alexandria Beckett, que observaba todo con la misma fascinación que Penelope. Alexandria era una mujer hermosa con rasgos dulces y bien definidos y tenía el cabello peinado con pequeños rizos. Se veía hermosa con el vestido de gala de color lila pastel.

—Me alegra estar aquí, padre —agregó Penelope mientras se adentraban en la sala de baile. Su padre ignoraba el verdadero motivo de su entusiasmo. Con la mirada, escaneó a los invitados en busca de una dama de unos cincuenta años con el cabello blanco y negro y los ojos oscuros a la que había visto en alguna que otra ocasión en ciertos eventos sociales, pero a la que jamás le habían presentado formalmente.

En lo alto, desde la galería de los músicos, una orquesta tocaba un vals inglés. En la habitación se oían los murmullos de varias conversaciones y se olían los aromas a vino, perfume y transpiración.

—Pero ¿cómo logró conseguir una invitación? —le preguntó Penelope—. ¿Y por qué ahora, si debuté hace tres temporadas?

A pesar de que la consideraban una solterona, su padre, un hombre barrigón y de estatura baja de unos cincuenta años, debía seguir considerando la idea de casarla. Cuando apretó los labios, se le formaron unas arrugas en las mejillas. Había perdido parte de su atractivo tras la muerte de su esposa, quizás debido al exceso de oporto y coñac y a las noches que pasaba en vela lejos de casa. La miró con los ojos celestes y amarillentos entrecerrados. La peluca empolvada, una moda del siglo anterior, se le estremeció como cada vez que se enfadaba.

—¿No estás agradecida de que logré conseguirte una invitación? —le preguntó—. Me atrevería a decir que me costó unos cuantos favores, pero los hice.

A Penelope se le ciñó el pecho. ¡Cómo deseaba que su madre siguiera viva! Su padre siempre había sido un mejor hombre en su presencia. Desde su muerte, parecía como si su padre apenas lograra reparar en la existencia de su propia hija. Hacía un tiempo, le había prohibido seguir cultivando su interés por el arte y le había explicado que el único deber de una mujer era criar hijos. A pesar de eso, sus ausencias frecuentes le habían permitido seguir pintando y dibujando.

—¿Dónde tienes la tarjeta de baile? —le preguntó—. Veo que el vizconde de Bridgemere se está acercando.

Una sensación devastadora hizo que se le formara un nudo en el estómago. «Oh, no empecemos de nuevo…», rogó en silencio. Si su padre había recurrido a tantos favores para llevarla a Almack’s, de seguro estaba determinado a buscarle un marido. Y, si ello llegaba a suceder, era muy probable que su futuro marido, al igual que la mayoría de los hombres de esa época, compartiera la opinión de su padre y le prohibiera desarrollar sus habilidades artísticas.

Un hombre alto con una barriga redondeada y hombros angostos los saludó. Como la dama educada que era, Penelope le ofreció la forzada sonrisa intensa que solía usar en esos bailes y le dejaba el rostro rígido al final de la velada. Al final de cuentas, era la hija de su madre y no avergonzaría a su padre ni mancillaría el nombre de la familia.

—Bridgemere —lo saludó su padre y esbozó una sonrisa ancha que Penelope no solía ver en él—. Permítame presentarle a mi hija, la señorita Penelope Beckett, y a mi sobrina, la señorita Alexandria Beckett.

Con los ojos abiertos de par en par, Bridgemere la recorrió con la mirada de pies a cabeza, y luego hizo un gesto de asentimiento. El extraño brillo que le vio en los ojos la hizo estremecer.

—Señoritas Beckett —las saludó apenas dirigiéndose a Alex—. Es un placer conocerlas. —Se volvió hacia su padre—. Como suelen decir, *lord* Beckett, su hija es toda una belleza.

Penelope miró anonadada a Alex, que abrió los ojos de par en par. ¿Sería que había oído bien? ¿La sociedad no la había tildado de novia pasada de moda o de solterona?

A pesar de que estaba confundida, quería ser amable, por lo que agrandó la sonrisa hasta que le dolieron las comisuras de los labios.

—¿Qué le parece el baile, *milord*? —le preguntó al vizconde de Bridgemere.

—Me atrevería a decir que he tenido el privilegio de asistir a bailes mejores —respondió apartando la mirada—. Las rebanadas de pan son demasiado delgadas y la mantequilla demasiado espesa para mi gusto. Y los pasteles secos siempre me producen acidez en el estómago.

Hablaba con un tono de voz bajo y monótono, y a Penelope se le tensó el mentón de contener un bostezo. Le echó un vistazo a su prima, que arqueó las cejas y ocultó una sonrisa con sutileza.

—Ya veo —dijo Penelope—. Espero que se sienta mejor. —Luchando por encontrar un tema de conversación, añadió—: Quizás un poco de té le siente bien.

—Quizás —asintió y la volvió a mirar. Penelope mantuvo la sonrisa intensa—. Oh, por todos los cielos, tiene una sonrisa de lo más encantadora, señorita Beckett. ¿Me concede el honor del siguiente baile?

Penelope abrió la boca con la esperanza de pensar una excusa para rechazarlo, pero al cabo de varios instantes, no se le ocurrió ni una.

—Claro. Será un placer.

Luego de eso, se quedaron en silencio. Por algún motivo, el vizconde parecía reacio a apartarse de su lado. Alentados por su padre, varios hombres más se le acercaron. En los siguientes diez minutos, le habían pedido tres bailes más. Mientras miraba el salón de baile en busca de alguna excusa para apartarse de él, se quedó petrificada.

A solo tres metros de distancia, la duquesa de Ashton hablaba con la duquesa de Grandhampton, una dama agradable en extremo. Era la abuela de Spencer, el difunto duque de Grandhampton, uno de los mejores amigos que había tenido en la sociedad.

Spencer… el recuerdo del increíble y maravilloso hombre aún le producía gran pesar en el pecho. Había recibido la noticia de su muerte en septiembre y no había podido creerla. Echaba de menos las conversaciones con el duque. Tenían gustos similares en arte, y él siempre la había alentado a perseguir sus sueños. Era la única persona a la que le había confiado sus ambiciones, y él siempre la había apoyado. Desde que lo conoció, había sentido que podían hablar de lo que fuera. Spencer le había dicho lo mucho que admiraba su modo de pensar independiente, y también sostenía que una mujer no necesariamente debía casarse y que él mismo pensaba que las mujeres deberían disfrutar de los mismos privilegios que los hombres.

Por supuesto que sabía que jamás había estado interesado en ella más allá de la amistad. Era un reconocido libertino, y las mujeres que conquistaba eran mucho más experimentadas que ella. Pero a su padre no le gustaba ni que hablara con él ni que pasara tiempo en su compañía. Le había mentido al menos en dos ocasiones en las que el duque la había ido a visitar y le había dicho que su hija no se encontraba en casa.

El duque le había presentado a su abuela, y si lograba liberarse del círculo de hombres que la rodeaba como moscas, podría dirigirse a la duquesa para saludarla. Sin dudas, la duquesa de Grandhampton le presentaría a la duquesa de Ashton.

No obstante, primero se vio obligada a bailar los tres bailes que prometió. Mientras bailaba, se dio cuenta de que casi todos los hombres, tanto jóvenes como mayores, la miraban fijo. Hablaban entre ellos, y los ojos les brillaban. Se concentraban en su pecho y en sus piernas que se movían bajo el vestido mientras bailaba.

¿Qué había pasado? En las dos temporadas anteriores, había hecho todo lo posible para evitar cualquier tipo de conexión romántica porque temía que un marido le prohibiera pintar como lo hacía su padre. ¿Cómo podría haber dejado de ser una de las jóvenes más insignificantes en el mercado matrimonial para convertirse en el centro de atención del baile?

Cuando el último baile llegó a su fin de una buena vez, le agradeció a su pareja, aplaudió a

los músicos y se volvió a estudiar a los invitados en búsqueda de la duquesa de Grandhampton.

Alex se le acercó.

—¿Cómo estuvo el baile? —le preguntó con suavidad y se le arrimó más.

Antes de que Penelope pudiera responder, el aplauso se acalló y todos los presentes guardaron silencio al tiempo que clavaban la mirada en la puerta de entrada.

La multitud se abrió frente a un hombre, como el mar lo había hecho para Moisés, y un estremecimiento la recorrió entera. Era un caballero alto y tan atractivo que era difícil mirarlo. Llevaba un corte de cabello de moda, con un estilo medio despeinado, unas patillas cortas y el tono tan oscuro como el de Spencer. Tenía rasgos entallados, un mentón cuadrado y una nariz recta. Bajo una frente alta, unas fuertes cejas se arqueaban sobre un hermoso par de ojos de color ónix y unas pestañas largas y curvadas por las que cualquier dama moriría. Tenía una boca ancha y recta con labios suculentos y un mentón prominente.

Las anfitrionas, *lady* Jersey, *lady* Castlereagh y la condesa de Lieven, las patronas de Almack's, avanzaron hacia él.

—Es el nuevo duque de Grandhampton —susurró Alex mientras las dos miraban a las tres damas que saludaban al duque—. El hombre más rico de Inglaterra. Y el más libertino.

Sin embargo, Penelope sabía que no era tan terrible como su hermano mayor. Spencer le había hablado de su hermano Preston. Y ella lo había visto en algunos bailes. El nombre de los Seaton era muy respetado, la familia tenía un linaje que se remontaba a la guerra de las Dos Rosas. Arrogantes y atractivos, los tres hermanos tenían reputaciones infames. Y, aunque todos querían que sus hijas se casaran con un duque, era más probable que esos hombres mancillaran la reputación de las damas a que se casaran con ellas. Incluso así, cualquier madre casamentera soñaba con que su hija conquistara a uno de los libertinos y se convirtiera en la esposa de un duque.

—Ya lo sé —dijo Penelope, y el corazón le martilleó en los oídos tan alto que apenas podía oír su propia voz.

Por su parte, Preston apenas reparaba en las mujeres que lo rodeaban mientras observaba los rostros entre la multitud y se abría paso entre los invitados.

Cuando su mirada se posó en Penelope, hizo que se le acelerara el corazón en el pecho y se sintiera como un conejo delante de una cobra. Siempre le había parecido un hombre misterioso, taciturno e intimidante. Además, por algún motivo, parecía sentir mucha aversión hacia ella. Cuando sus ojos se encontraron, sintió como si las llamas de su desdén la redujeran a cenizas. No podía entender por qué la detestaba tanto.

Mientras el duque se acercaba, su padre apareció al lado de ella como por arte de magia. Varias personas les dirigieron miradas llenas de curiosidad tanto al duque como a Penelope, y eso le produjo una sensación de inquietud.

—*Lord* Beckett —saludó el duque al detenerse delante de su padre.

—*Milord* —lo saludó su padre con un tono de voz extraño. Penelope notó que su padre repiqueteaba el pie nervioso contra el suelo y una rodilla le temblaba. Parecía evitar mirar al duque a los ojos, y ella entendía por qué—. No esperaba verlo aquí hoy.

El duque era por lo menos una cabeza más alto que ella y se le ceñía encima como una torre oscura.

—Hummm —respondió antes de volver a concentrarse en ella.

Allí estaba, la extraña furia gélida en lo más profundo de sus ojos. Sintió la necesidad de huir de él, pero se encontraba paralizada. De pronto, el enorme salón de baile destellante se sintió como una jaula que se encogía a su alrededor, y se le hizo difícil respirar.

—¿No me va a presentar a las dos damas, *lord* Beckett? —dijo sin quitarle la mirada de encima.

A su padre se le tensó el mentón al tiempo que apretaba los dientes.

—Mi hija, la señorita Penelope Beckett, y mi sobrina, la señorita Alexandria Beckett. Y el duque de Grandhampton. —Su padre la tomó del hombro y se la acercó—. Con permiso, *milord*, tengo que presentarle mi hija a…

Sin embargo, el duque no lo dejó terminar.

—¿Me concede el honor del próximo baile, señorita Beckett?

Penelope tragó con dificultad. Todos los instintos le gritaban que huyera. Pero si lo rechazaba, tendría que rechazar a todos los demás. Y lo ofendería. Lo cierto era que no podía ofender al hermano de Spencer. La tristeza que le provocaba la ausencia de su amigo parecía un aguijonazo en el corazón.

Todo iría bien. Solo tendría que sobrevivir a un baile. Nada más. Luego regresaría a su misión: intentar hablar con la duquesa de Ashton.

De modo que volvió a esbozar la sonrisa para la sociedad.

—Será un placer.

El duque asintió con la cabeza y le apartó la mirada.

—Oh, abuela —dijo, y por primera vez desde que entró la mirada dura se le derritió—. Has venido.

—Así es —repuso la duquesa de Grandhampton al tiempo que se les acercaba. Llevaba el cabello gris plata recogido en un peinado pasado de moda con muchos rizos. Vestía un atuendo violeta y se apoyaba sobre un bastón. Tenía el rostro de una mujer que envejecía con gracia y había sido hermosa en su juventud—. Señorita Beckett, se ve encantadora esta noche. Le presento a mi vieja amiga, la duquesa de Ashton.

A Penelope por poco le da vueltas la cabeza al ver los amables ojos de color chocolate de la mujer que reflejaban tristeza. Se veía hermosa con el atuendo de moda de color escarlata de mangas abullonadas que resaltaban la perfección de su tez.

—Es un placer conocerla, duquesa —logró decir Penelope—. Le presento a mi padre, *lord* Beckett, y a mi prima, la señorita Alexandria Beckett.

Esa era su oportunidad. Por fin estaba conociendo a la mujer que podría cambiarle la vida.

—El placer es mío, señorita Beckett. —La duquesa asintió—. Es maravilloso conocerlos a los tres. ¿Es su primera vez en Almack’s?

—Así es.

—¿Y cómo lo están pasando hasta ahora?

—Espléndido. —Le sonrió a la duquesa—. No me contuve de admirar las estatuas. Ojalá pudiera dibujarlas.

—¿Acaso es una artista? —le preguntó la duquesa con curiosidad.

—No, le aseguro que no —intervino su padre—. Mi hija no es ni será nada por el estilo. Como todas las mujeres, un día será una esposa y una madre.

La curiosidad que habían reflejado los ojos de la duquesa se apagó y se le formó una arruga entre las cejas. A Penelope se le encendieron las mejillas y se sonrojó. Por todos los cielos, cómo deseaba que el suelo se abriera y se la tragara como una bestia del mar. Con solo tres oraciones, su padre podría haber arruinado la rara oportunidad de hacer una conexión importante en el mundo del arte.

—Y entonces, ¿para qué las quería dibujar, señorita Beckett? —le preguntó la duquesa.

Penelope abrió la boca para responder, pero su padre la interrumpió.

—Para complacerla, *milady* —repuso su padre—. A mi Penelope solo le importa la felicidad y la comodidad de los otros. Es igual que su difunta madre. Como cualquier mujer debería ser.

Penelope sintió la cálida mirada del duque sobre la piel. Ahora sería otra excelente oportunidad para que el suelo se la tragara. ¡Lo antes posible!

Pero antes de que pudiera añadir nada para defenderse o salvar su reputación ante los ojos de la duquesa, anunciaron el siguiente baile.

—¿Vamos? —le preguntó el duque.

2

PENELOPE HIZO a un lado el impulso de rechazarlo y salvar su reputación de artista y les sonrió con amabilidad a las dos duquesas, a Alex y a su padre.

—Con permiso —dijo.

Bajo la pesada mirada de su padre, siguió al duque. Las rodillas le temblaban mientras avanzaba entre la multitud en la que predominaban las fragancias a rosas, sándalo y lilas. Seguía teniendo las mejillas sonrosadas y las manos y la espalda cubiertas de sudor y tuvo que hacer un gran esfuerzo para guardar la calma.

La pareja tomó su sitio en las filas de damas y caballeros y se enfrentaron. El duque la miraba con una intensidad capaz de congelar a cualquier mujer.

Cuando la orquesta empezó a tocar las primeras notas de una tradicional pieza inglesa, el duque y Penelope comenzaron a moverse. Cada vez que le tocaba las manos, un escalofrío la recorría entera a través de los guantes. Bailaron en silencio durante unos cuantos minutos. Penelope logró deshacerse de la inquietud que él le había sembrado desde que llegó al baile. ¿Por qué debía permitirle intimidarla? Solo era un hombre. Un obstáculo más en el camino a hacer un contacto favorable con la duquesa de Ashton. Cuando el baile llegara a su fin, intentaría hablar con la duquesa a solas para mejorar las cosas.

—Al parecer, todos los presentes están embelesados por usted, señorita Beckett —dijo al fin al tiempo que le sujetaba la mano para dar cuatro pasos juntos.

A pesar de que ahora estaba resuelta a no dejar que la afectara, sintió cómo el calor le bajaba del rostro al cuello y el pecho.

—Estoy segura de que se equivoca.

—Jamás me equivoco.

Penelope se rio.

—Eso no puede ser cierto. Nadie está libre de imperfecciones.

—Tengo imperfecciones. Pero equivocarme no es una de ellas.

El pecho le subió y le bajó rápido con una desagradable ola de ira. Era un hombre de lo más arrogante. Pero no importaba. Quizás sabía algo que ella desconocía acerca de esa noche.

—Le suplico que me diga cuál es el motivo de tanto interés entonces —le pidió.

—Tengo la certeza de que todos los hombres que están interesados en usted esta noche quieren coquetear con un rostro bastante agradable que los complacerá sin importar lo que diga ni lo que haga.

Las palabras fueron tan groseras que la golpearon como una bofetada. Penelope se trastabilló y se salteó un paso, pero se apresuró a reanudar el baile. ¿Cómo podía ser que un caballero, y sobre todo un duque, fuera tan maleducado?

—¿Cómo ha dicho? —le preguntó con la garganta seca.

—Ya me oyó. Su mismo padre lo confirmó.

Las palabras le provocaron ira en todo el cuerpo. Se le aceleró la respiración al tiempo que seguían bailando y caminaban en un círculo sosteniéndose las manos. Lo peor de todo era que eso era lo que pensaba de sí misma. Sabía que tenía un rostro bastante agradable, gracias a su madre, que había sido toda una belleza. Pero también la habían criado para que fuera obediente y agradable, para que sonriera y fuera capaz de tener una conversación entretenida. Por eso era obediente y agradable con su padre y hacía sus sueños a un lado. Jamás lo confrontaba abiertamente por el hecho de que le prohibiera pintar ni le mencionaba su objetivo inusual de convertirse en una verdadera artista.

Pero ¿coquetear? No. En eso sí que se equivocaba. Jamás coqueteaba con ningún hombre, solo se limitaba a demostrarles el interés que dictaban las pautas sociales. No hacía nada que le diera a nadie falsas esperanzas.

—¿Cómo se atreve? —le preguntó—. No me conoce en lo más mínimo.

—Sí que la conozco —la contradijo con un tono lleno de malicia—. La observé con mi hermano. Le sonreía todo el tiempo. Como les sonríe a todos los hombres aquí presentes y así los incentiva, ¿no?

En ese momento la sangre le comenzó a hervir por dentro. Como apenas podía respirar, no dejó de trastabillarse y de equivocarse con los pasos.

—¿A qué los incentivo?

—Ya sabe a qué. Todos saben que su padre no tiene ni un penique y que necesita encontrarle un marido rico para salvarse. Está a la caza de una fortuna.

¿Su padre no tenía ni un penique? Sabía que las cosas iban mal, pero ¿al punto de no tener ni un penique? ¿De buscar un marido rico? No. Jamás había pensado en mejorar su situación a través del matrimonio. Y sin importar cuánto la ignorara su padre, jamás la casaría con un hombre rico sabiendo que sería infeliz durante el resto de la vida.

Lo único que deseaba era abandonar ese baile y salir corriendo. Pero su padre se las había ingeniado para conseguir las invitaciones y le había costado mucho esfuerzo hacerlo, de modo que, si huía, sería una desgracia social. Y los rumores no solo la afectarían a ella, sino también a Alex y a su padre.

—Eso era lo que quería de Spencer, ¿no? —continuó el duque.

El pecho estaba a punto de estallarle. Unas lágrimas comenzaron a arderle detrás de los ojos, pero se recordó que no podía hacer una escena en el medio de un baile en Almack’s. ¡No podía!

—No, nada del estilo. Su hermano, que Dios proteja su alma, y yo no éramos más que amigos.

El duque negó con la cabeza al tiempo que el hermoso mentón le sobresalía reflejando su enfado.

—Mentiras y más mentiras. Sabía que significaba mucho más para él, y lo único que quería era su dinero.

Llegado ese punto, Penelope tuvo que recordarse la necesidad de respirar. Si no quería explotar en lágrimas, tenía que respirar. Tenía que llegar al final del baile y luego de eso no tendría que volver a hablar con él nunca más.

—Siempre tuve mis sospechas de que los duques podían ser prejuiciosos, arrogantes y egocéntricos —confesó—. Usted es el mejor ejemplo.

Una sonrisa ladina le asomó a los labios.

—Por fin dice la verdad, señorita Beckett.

—Si piensa tan mal de mí, ¿para qué me invitó a bailar?

—Quería confirmar si mi impresión de usted era acertada.

—¿Y basa su conclusión en las pocas palabras que acabamos de intercambiar?

Como la música llegó a su fin, Penelope se apartó, pero el duque le sostuvo la mano cubierta por el guante y el roce le provocó un gran escozor. Acto seguido, arqueó las cejas y bajó el rostro para acercarlo al de ella.

—Conocí su verdadera personalidad mucho antes de que nos presentaran.

—En ese caso, *milord*, no tendrá que seguir soportando mi compañía. Y le aseguro que nunca más quiero estar en la suya.

Liberó la mano de un jalón y se apresuró a salir del salón de baile, pasando por delante de Alex.

—Penelope… —la llamó su prima, pero no se detuvo. Frente al guardarropa había una puerta y se dirigió hacia allí para descubrir una gran sala de té vacía y silenciosa. La luz de la luna se colaba por las ventanas con forma de arco y caía tanto sobre los sofás y las mesas redondeadas como sobre el gran piano que había en una esquina. Todo el barullo y las risas que provenían de la sala de baile se oían amortiguados en ese sitio, y una ola de enfado la embargó.

Se dejó caer sobre el sofá y respiró entre jadeos. Sentía ansias de romper en llanto y dar rienda suelta a las lágrimas que le quemaban el pecho, pero se negaba a llorar por él.

No podía creer lo que le había dicho. ¿De dónde habría sacado todas esas nociones erróneas de ella? Claro que no iba a negar que las finanzas de su padre no habían estado bien en los últimos años. Ni tampoco que tenía amigos hombres. O que siempre intentaba ser amable y agradable, pero ¿acaso eso no implicaba sonreír y decir cosas bonitas? Nada de eso significaba que era una cazafortunas.

La puerta se abrió a sus espaldas y una figura alta y oscura entró en la habitación. Era él. El duque.

Con la respiración acelerada, Penelope se incorporó de un salto. Tenía que huir. Por un lado, quedaría comprometida si la descubrían a solas con él y, por el otro, no podía dejar que la viera tan afligida. No le daría esa satisfacción.

Resuelta a marcharse, avanzó hacia él para salir por la puerta abierta.

—Con permiso —le dijo sin mirarlo mientras intentaba pasar.

Sin embargo, el duque se paró delante de la puerta y le bloqueó el paso.

La sensación de estar atrapada se le enroscó como una serpiente. Alzó la mirada a su rostro y vio que tenía los ojos oscuros clavados en sus labios. Estaban tan cerca, que los pechos le rozaban el chaleco. Podía oler el aroma limpio del jabón de hierbas y la colonia del duque, una fragancia intensa con hojas de laurel, pimienta y unas notas cítricas.

Su cuerpo se movió hacia él. Los huesos se le derritieron bajo esa mirada oscura que no la soltaba. Debía demandarle que la dejara pasar… Pero ¿por qué no lo hacía?

Un anhelo feroz le recorrió las venas. El duque era oscuro y peligroso y hacía que se le erizara el vello en la piel.

—No está actuando como un caballero —señaló.

Una sonrisa traviesa le asomó a los labios.

—Mi querida señorita Beckett, eso es porque no voy a ser ningún caballero.

Tras decir eso, le pasó un brazo por la cintura, la hizo dar unos pasos hacia atrás y la apoyó contra la pared. La superficie se sintió fría y dura contra el vestido.

Los ojos del duque destellaban con picardía antes de que bajara la cabeza para besarla.

Los labios deberían haber sido fríos y duros, como lo era él. Pero, en cambio, se sentían

suaves, casi terciopelados y cálidos.

Durante un momento, no logró moverse. Se quedó quieta en su lugar sin poder comprender qué estaba ocurriendo. El hombre que había hablado tan mal de ella, como nadie antes en su vida, la estaba besando.

De pronto, algo comenzó a crecer en su interior. Un deseo de experimentar más de esa deliciosa fragancia, de ese sabor y de ese roce tan suave y cálido. Por eso, queriendo más, abrió los labios, y el duque le deslizó la lengua en la boca para rozarle la suya con delicadeza y provocarle un fuego y una necesidad en el vientre. Debía empujarlo y huir. ¡Debía detenerlo! Si alguien los veía, quedaría arruinada.

Contra su raciocinio, se derritió contra él. Los roces de la lengua le hicieron sentir estremecimientos de placer en todo el cuerpo. Como quería más, se apretó contra él, y el duque la envolvió en sus brazos de acero.

Justo cuando un extraño sonido sofocado se le escapó de la garganta, él desapareció de su lado, y Penelope sintió frío.

El duque se detuvo a dos pasos de ella, la miró por debajo de esas hermosas cejas oscuras con la respiración tan agitada como la de ella. Se secó la boca con el dorso de la mano como si acabara de beber un buen sorbo de algo.

—¿Por qué hizo eso? —le preguntó anonadada.

—Quería demostrarle que sí coquetea. Y es evidente que no es tan inocente como asegura. Como le dije antes, señorita Beckett, jamás me equivoco.

Penelope se envolvió con los brazos y sintió cómo se sonrojaba de vergüenza. El duque esbozó una sonrisa ancha.

—¿Acaso dijo que nunca más quería estar en mi compañía, señorita Beckett? Lamento decepcionarla, pero esto solo acaba de comenzar.

Tras decir eso, se giró sobre los talones y se marchó de la habitación.

3

MÁS TARDE ESA MISMA NOCHE, a las cuatro de la mañana, Preston bebía coñac en el salón principal de Tyche, el club para caballeros que más frecuentaba. Aunque tenía la mirada fija en el líquido dorado que hacía girar en la copa, sus pensamientos se encontraban en Almack's, en la habitación oscura donde había besado a Penelope Beckett y apenas había logrado detenerse.

Recordó lo bien que se había sentido en sus brazos, la sensación del cabello rubio oscuro y sedoso bajo sus dedos y esos ojos entre celestes y grises que se oscurecían con furia y pasión mientras la tenía deliciosamente acorralada y apretada contra el cuerpo. La boca suave, tersa y divina, la inocencia que había intentado fingir con los movimientos inseguros de los labios y la lengua. Y, por todos los cielos, había sabido tan deliciosa, con notas de vainilla y manzana que le embargaron los sentidos y le habían provocado que la cabeza le diera vueltas como si acabara de subirse a un globo aerostático.

Pero era imposible. Considerando los planes que tenía en mente, no podía sentir nada semejante por ella.

Esa noche, la habitación estaba atestada. El baile de Almack's no acabaría hasta dentro de una hora, pero sin lugar a dudas, ya no quedaban caballeros presentes, considerando que habría unos cientos de ellos allí. En el salón había mucho barullo. Cada silla y sofá estaba ocupado, y muchos caballeros se encontraban de pie. Las velas titilaban mientras los hombres hablaban. En el aire pendían los aromas a rapé, alcohol y colonia. Varios criados circulaban por la habitación con bandejas llenas de copas con coñac, champán y vino.

Todas las paredes eran de madera de caoba oscura. Sobre cada ventana, había unos bastidores de un rojo intenso de madera que sostenían unas cortinas abullonadas del mismo color. Varios candelabros de cristal colgaban del cielorraso, y las velas proyectaban reflejos parpadeantes sobre las pinturas al óleo en las que se describían algunas escenas de caza, retratos de grandes militares y varias interpretaciones de mitos griegos. Alrededor de toda la habitación, había estatuas de la diosa griega Tyche, que hacían alusión al nombre del establecimiento, en diferentes posturas; la mayoría con el pecho descubierto.

Tyche era un sitio donde corrían las apuestas únicamente entre aristócratas. Al igual que la diosa griega de la fortuna, la suerte, la providencia y el destino, en ese sitio se hacían fortunas y se arruinaban vidas. Se susurraban, se discutían y se hacían inversiones antes de que salieran a la luz. Los tratos, incluso los más sucios, se cerraban estrechando las manos.

Y todos los miembros podían estar seguros de que nada saldría de esas paredes. Al comprar la membresía en el club, los caballeros compraban el silencio. Si alguien no tenía fondos suficientes para saldar una deuda, podía apostar otras posesiones importantes, como la virginidad de su hija, una noche con su esposa o una oferta de complacer a otro caballero. En ese lugar

sucedían cosas humillantes, y los nobles estaban tan a gusto que regresaban por más.

Ese era el sitio donde *lord* Neville Beckett, un barón de poca importancia, comenzó a apostar fuerte hacía unos años. Al cabo de poco tiempo, acabó muy endeudado. Y se siguió endeudando cada vez más. Le pidió préstamos a Solomon Eastbourne, el dueño de Tyche, como si no hubiera repercusiones.

Y fue en ese sitio, en agosto del año anterior, que *lord* Neville le pidió a Eastbourne que le recomendara a un hombre dispuesto a darle una paliza a Spencer para mantenerlo alejado de Penelope. Claramente, Neville quería casarla con un hombre rico, y un libertino como Spencer solo le arruinaría la reputación. Sin embargo, el plan había salido mal. Y, en lugar de dejarle un ojo morado para que no pudiera aparecer en público durante un tiempo, lo habían matado.

El pensamiento hizo que se le formara un nudo en el estómago al sentir otra ola de pena y tristeza por su hermano mayor. Spencer siempre había sido el gran hombre que Preston jamás podría ser. El hombre que se sentaba en el Parlamento y luchaba por los derechos de las mujeres, los niños y los animales. El exitoso duque que administraba el ducado de forma tan eficaz que, en poco tiempo, había duplicado los ingresos. El hermano con el que Preston peleaba todos los días de su existencia y al que ahora echaba de menos como si le hubieran arrancado una extremidad.

La mirada de Preston encontró a *lord* Beckett, que entró en el salón al lado de Solomon Eastbourne. Se detuvieron en una de las paredes más alejadas de cara a todos los caballeros presentes en la sala. Neville llevaba esa ridícula peluca empolvada y se veía nervioso. Preston había notado el modo en que le temblaban las rodillas en Almack’s, pero en ese momento era como si hubieran cobrado vida propia. Los músculos del mentón hinchado le temblaban bajo la piel roja y rellena. Los hombros que en algún momento habían sido anchos se le habían hundido, y el estómago redondeado le sobresalía como un gran costal de harina.

Solomon Eastbourne era un hombre de unos cuarenta años con una silueta delgada y el rostro de un águila. Unos pequeños ojos oscuros y afilados observaban a todos y todo lo que lo rodeaba sin siquiera parpadear. Siempre usaba trajes de levita con detalles plateados y pantalones oscuros, y la combinación creaba un contraste austero e inolvidable.

Nadie que viera a Solomon Eastbourne una vez se olvidaba de él. Era un hombre muy respetado, pero aún más temido. Al tener una deuda de más de diez mil libras con él, *lord* Beckett podría acabar con un destino mucho peor que la muerte. Y eso era exactamente lo que buscaba Preston.

—¡Caballeros! —los llamó Eastbourne y, a pesar de que no alzó demasiado la voz, todos los presentes en la habitación guardaron silencio de inmediato—. Muchas gracias. Como ya saben, hoy tenemos una subasta. Lo que se vende es la mano de la hija de *lord* Beckett en matrimonio. Las ganancias recaudadas serán destinadas a saldar la deuda de *lord* Beckett para con este establecimiento.

Un rugido de satisfacción se extendió por toda la sala al tiempo que los hombres se ponían de pie ansiosos e impacientes. Más temprano, en el baile, habían podido probar la mercadería a la venta. Habían podido bailar y hablar con ella, así como también observarla.

Preston debía conceder que la señorita Penelope Beckett era una joven muy hermosa. Sin dudas, Spencer y los otros hombres estaban encandilados por ella y su sonrisa que podía iluminar toda una habitación. Y sonreía con demasiada facilidad. Era evidente que se la pasaba coqueteando.

—La subasta comienza con cien libras —anunció Eastbourne.

Las ofertas iban a tener que subir sustancialmente si Beckett esperaba saldar la deuda. La

suma de mil libras constituía un buen ingreso anual para un par, mientras que cien mil libras era el ingreso que tenían los duques y los empresarios industriales.

Para obtener diez mil libras, Beckett iba a necesitar un aristócrata rico. Y Preston estaba determinado a no permitir que el hombre responsable de la muerte de su hermano saldara su deuda.

—¡Doscientas libras! —ofertó un caballero entrado en años.

—¡Trescientas! —anunció otro.

—¡Mil libras! —gritó alguien más.

Preston bebió un sorbo de coñac. Los precios estaban subiendo con rapidez. No todos los caballeros habían ido a hacer una oferta. Algunos solo querían observar el espectáculo. Muchos de los presentes habían acudido tan solo para ser parte de los hechos y ver quién sería el afortunado ganador de la mano de la señorita Beckett en matrimonio. Como en el transcurso de las últimas dos semanas se había hablado de la subasta entre susurros en el club, se había generado gran entusiasmo entre los miembros.

En poco tiempo, las ofertas habían llegado a un nivel que solo unos pocos hombres en el país podían seguir ofertando. Entre esos hombres, se encontraba Preston, pero su oferta no sería monetaria.

—¡Ocho mil quinientas libras! —ofreció el conde de Leighborough con voz chirriante.

Un murmullo recorrió la multitud.

Era un hombre de unos setenta años que ya había sobrevivido a tres esposas y era evidente que tenía un gran apetito sexual, pues había engendrado a diez hijos entre las tres. A esa hora, un hombre de esa edad debería estar en la cama, pero sus ojos lechosos reflejaban impaciencia y avaricia.

—Ocho mil quinientas —repitió Eastbourne recorriendo con la mirada calma y afilada los rostros de lo los caballeros—. ¿Alguien ofrece nueve mil?

Todos miraron alrededor sin responder.

—¡Al diablo! ¡Nueve mil! —gritó el vizconde de Bridgemere.

Bridgemere era un hombre más joven conocido por su lujuria. Nadie esperaba que se casara porque se pasaba noches enteras de juerga en los burdeles. Cabía la posibilidad de que estuviera infestado de sífilis. El pensamiento hizo que se le tensara el mentón. La señorita Beckett se merecía eso: ella también tenía la culpa por la muerte de Spencer. Si no lo hubiera alentado, si hubiera sido honesta con su hermano y le hubiera confesado que no tenía sentimientos por él, Spencer se hubiera mantenido alejado de ella, y *lord* Neville jamás habría enviado a nadie a darle una paliza. Su hermano seguiría vivo.

Sin embargo, Preston detestaba la idea de que Penelope estuviera con el conde de Leighborough, con el vizconde de Bridgemere o con cualquier otro hombre presente en esa sala.

—Nueve mil —dijo Eastbourne al tiempo que una sonrisa le asomaba al rostro por primera vez—. Por todos los cielos. Un poco más y hasta puede que se lleve alguna ganancia, *lord* Beckett. ¿Alguien ofrece diez mil? ¿O el vizconde ha ganado la mano de la señorita Beckett?

Los hombres miraron alrededor, y el conde volvió a alzar la mano, pero antes de que pudiera decir nada, Preston se puso de pie, extrajo una carta de una carpeta de cuero roja y la alzó alto en el aire.

—Tengo otra cosa que ofertar —dijo con calma.

Sintió cien pares de ojos que se posaban en él, pero solo había un hombre cuya reacción quería observar: *lord* Beckett. Al barón se le agrandaron los ojos al tiempo que miraba el papel plegado en la mano de Preston.

Los ojos de águila de Eastbourne lo estudiaron con cautela.

—¿Qué es eso?

—El testimonio jurado de alguien que fue testigo de un trato que hizo *lord* Beckett con cierto señor B.

El barón se puso pálido.

Preston sintió una cálida ola de satisfacción que le llenaba el pecho. Todos sabían que el señor B era Thorne Blackmore, un hombre famoso por ensuciarse las manos con los trabajos que ningún hombre de honor consideraría hacer. El testimonio era de un criado de Tyche que había oído a Beckett decir que lo estaba buscando para lidiar con Spencer.

Beckett echó a correr en su dirección y, haciendo a los caballeros a un lado, se abrió paso entre la multitud a codazos. Cuando se detuvo delante de Preston, tenía la respiración agitada, los ojos amarillos casi salidos de las órbitas y una gota de saliva que le temblaba sobre el labio superior. Cuánto lo detestaba. Cuánto lo odiaba. Era el asesino de su hermano. El hombre que le había colgado el peñasco de la culpa alrededor del cuello para siempre, una culpa de la que no se podría librar mientras viviera. Porque nada que hiciera le devolvería a Spencer.

Los ojos de Beckett estaban clavados en el trozo de papel que Preston sostenía tan alto que le quedaba fuera del alcance.

—¿De quién es? —le preguntó Beckett—. ¿Qué dice? Demando que me la muestre.

—No. Voy a proteger a mi testigo.

El barón tragó con dificultad y asintió.

—De acuerdo. ¿Puedo hablar en privado con usted, *milord*?

—No, no puede. Quiero que se comprometa ahora mismo. A cambio de mi silencio, me dará la mano de su hija en matrimonio.

Beckett cerró los ojos y tomó varias bocanadas de aire profundas. Preston se regocijó en el tormento del hombre. Le gustaba verlo sufrir. Sabía que la venganza le sabría muy dulce.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó Beckett. Su rostro reflejaba mucha desesperación cuando volvió a mirar a Preston.

—Porque entonces no podrá casarla con ningún caballero presente hoy aquí para obtener el dinero que necesita. Y ya sabe por qué no se lo merece. Ya sabe por qué se merece la ruina. —Preston le iba a quitar la última oportunidad de saldar la deuda con Eastbourne. Cuando redactaran el contrato de matrimonio se aseguraría de que el padre de Penelope jamás recibiera ni un penique de él. Ni una hectárea de tierra. Nada de nada.

Si Preston abría un caso contra Beckett, lo acusaría de homicidio. Y el homicidio se pagaba en la horca, incluso para los aristócratas. El barón no tenía dinero para contratar a un abogado que lo defendiera en la corte, mientras que Preston tenía dinero de sobra para contratar a los mejores abogados de Inglaterra para que demostraran el crimen que había cometido *lord* Beckett.

El testimonio era solo la primera prueba que tenía. El equipo de Preston podría encontrar muchas más. Porque el barón era culpable.

Como para confirmarlo, el barón dejó caer la cabeza en señal de rendición.

—De acuerdo —dijo al fin—. La oferta del duque de Grandhampton gana.

En la sala estallaron los gritos de protesta. Mientras Preston volvía a guardar la carta en la carpeta de cuero roja, Eastbourne se abrió paso entre la multitud con una expresión de ira inusitada. Una ola de maldad gélida se extendió por todo el cuerpo del duque mientras observaba a Beckett intentar explicarle a su acreedor con desesperación que no recuperaría el dinero ese día.

«Por fin te vengaré, hermano. Aunque mi alma arda en el infierno por toda la eternidad, la

tuya habrá sido vengada en esta tierra».

El destino de la señorita Penelope Beckett acababa de ser sellado, y ella ni siquiera lo sabía.

4

—¿ESPERAS encontrarte con alguien en particular en el parque? —le preguntó Alex a Penelope mientras descendían por las escaleras.

Era temprano por la tarde del día siguiente al baile en Almack's, y las primas estaban por salir a pasear por Hyde Park con su vecina, *lady* Brownhill, como chaperona.

Al oír la pregunta, se rio.

—Claro que no.

—Y entonces, ¿por qué salimos en el horario de las visitas? De seguro tendrás muchos candidatos viniendo a verte luego del éxito de anoche.

Según la costumbre de la sociedad, durante la tarde siguiente a una velada como el baile de la noche anterior, la norma era que los caballeros interesados le hicieran una visita a la dama que querían cortejar. Sin embargo, recibir semejante atención era todo lo contrario a lo que deseaba Penelope.

No pudo evitar pensar en el duque de Grandhampton y sintió una ola de calor y temor. El beso… Ese condenado beso le había derretido todos los huesos… y provenía de un hombre que la detestaba. ¡Un hombre al que ella misma odiaba! Un hombre que no había podido quitarse de la mente desde que había regresado del baile.

—Me gustaría ir a pasear —le explicó Penelope esquivando la mirada de su prima—. Eso es todo.

Las escaleras crujieron bajo sus pies mientras continuaban descendiendo por los escalones de madera reseca y vieja. El pasamanos se movió bajo el peso de la mano, pero no había dinero para arreglar nada. Cuando llegaron al vestíbulo, posó la mirada en la acuarela que había pintado su madre en la que retrataba Hyde Park en primavera, el lugar favorito de su madre en todo Londres. Los ojos se le humedecieron al recordar cómo la había pintado escogiendo los colores y explicándole las elecciones a Penelope. A pesar de que la pintura amarilla de la pared con paneles de madera sobre la que colgaba el cuadro estaba desgastada y agrietada, los colores de la pintura seguían siendo vívidos e intensos, con el césped de un exuberante tono verde y las glicinas púrpuras que colgaban de una pérgola en el pleno despertar de la naturaleza. El recuerdo la envolvió como una ola de dolor dulce.

—Pero muchos caballeros te prestaban atención —señaló Alex mientras se amarraba los lazos del bonete. El color celeste pastel le favorecía mucho la tez—. Estoy segura de que recibirás muchas visitas.

—Pero ese es el motivo exacto por el que no quiero estar en casa. No quiero que ningún caballero piense que estoy interesada.

Mientras se dirigía a la puerta de entrada, le hizo un ademán al mayordomo, Tyson, que era

un hombre alto y joven de Yorkshire con cabello delgado y pálido y unas pestañas largas y decoloradas. Como tenía poca experiencia, su padre había podido contratarlo sin pagarle demasiado. Tyson les abrió la puerta a ella y Alex y posó la mirada en su prima. Como los ojos del hombre casi reflejaban una admiración similar a la de un cachorro, Penelope sospechaba que el mayordomo estaba embelesado con Alex. Y no le sorprendía. Su prima era toda una belleza.

Penelope acababa de salir al aire fresco de abril y comenzaba a cerrarse los ganchos del abrigo cuando, de pronto, una sombra le oscureció la luz y se dio de bruces con una pared dura y cálida. Dos manos fuertes la sujetaron de los hombros.

—Disculpe… —comenzó a decir, pero cuando alzó la mirada las palabras se le murieron en los labios.

Era él. El duque de Grandhampton, tan alto y hermoso que el estómago se le ciñó al sentir sus ojos oscuros sobre ella. Así era como habían estado el día anterior, aunque incluso más cerca. Con los brazos alrededor de la cintura, su aroma en las fosas nasales y los labios sobre los suyos. Había sido su primer beso…

¿Por qué tenía que haber sido ese hombre?

Se le ruborizaron las mejillas al recordar el sueño que había tenido con él la noche anterior. Había sentido un anhelo y algo más… Se habían besado, se habían frotado y se habían quitado algunas prendas. A pesar de que no sabía qué quería, tenía la certeza de que necesitaba tocarlo, sentirlo piel a piel… ¡En todos lados! Se había despertado en la madrugada temblando, pero no de frío.

—¿Va a salir? —le preguntó el duque mientras la soltaba y daba un paso hacia atrás en el pórtico. Alex siguió a Penelope y se detuvo a su lado.

—Buen día, *milord*.

El duque asintió con la cabeza.

—¿Cómo está? —le preguntó antes de volver a concentrarse en Penelope y quemarla con la mirada. Penelope apoyó la mirada sobre sus labios y recordó la boca ancha y atractiva sobre la suya la noche anterior, así como también el modo en que la provocó, la coaccionó y la acarició…

El corazón se le aceleró en el pecho, al tiempo que se le inflaba y desinflaba rápido. «Ay, ya contrólate, niña».

—Quédese, señorita Beckett. De lo contrario se perderá un importante suceso en su vida.

Tras decirle eso, pasó por delante de ella, y el aroma a laurel, pimienta y dulces hierbas flotó en el aire.

¿Un importante suceso en su vida? Algo oscuro, pesado y frío se le hundió en el estómago. Lo cierto era que no le agradaba lo que auguraban las palabras del duque.

A través de la puerta abierta, observó al duque que entraba en su casa y le anunciaba su nombre a Tyson, quien asintió con la cabeza y partió hacia el estudio de su padre. Mientras el duque aguardaba en el pasillo oscuro, se volvió y la miró a los ojos con una expresión de victoria en el rostro.

—¿Qué habrá querido decir? —le preguntó a Alex.

—No lo sé —le respondió su prima—. ¿Nos quedamos o todavía quieres ir a pasear a Hyde Park? *Lady* Brownhill debe estar esperándonos.

Penelope tragó con dificultad al tiempo que Tyson regresaba, le decía algo al duque y los dos partían hacia el estudio del barón. Penelope sintió como si tuviera los pies llenos de arena.

Se soltó los lazos del bonete.

—No tengo un buen presentimiento, Alex —confesó al tiempo que regresaba al vestíbulo y colgaba el bonete sobre un gancho en la pared.

—¡Oh, Pen! —Alex la siguió, y juntas avanzaron hacia la puerta del estudio.

Penelope se quedó de pie abriendo y cerrando los puños al tiempo que clavaba la mirada en la pesada puerta de caoba. ¿Qué quería el duque con su padre y por qué cambiaría su futuro? De solo pensar en ese hombre involucrándose en su vida de la forma que fuera sintió un estremecimiento de pies a cabeza.

—No te preocupes, prima —le aconsejó Alex apoyándole una mano sobre el hombro. Sin embargo, su voz no tenía la confianza que había querido infundirle—. Debe ser algo bueno. Y, aunque no lo sea, tu padre te protegerá.

Penelope miró alrededor y se obligó a sonreír. Alex siempre era muy amable y optimista, solo veía lo mejor en las personas. Penelope suponía que ella también debía intentarlo. Pero había algo en el duque que le provocaba un temblor en las manos.

—Tienes razón. Mi padre no permitirá que el duque me haga daño.

—¿Daño? —repitió Alex alarmada—. ¿Por qué querría hacerte daño?

—¿Dije eso? Solo quería decir que no conozco cuáles son las intenciones del duque. Y es evidente que no me encuentra atractiva…

Pero la noche anterior la había besado. Y la había acusado de siempre andar coqueteando con todos. A lo mejor había ido a arruinarla por completo.

—No te preocupes, Pen. —Alex le sostuvo la mano y las dos se quedaron de pie con la mirada clavada en la puerta mientras el temor le reemplazaba la sangre gota a gota.

En lo que se sintió como varias horas después, la puerta se abrió y su padre salió con una expresión sombría. Se detuvo de repente al ver a Penelope y Alex allí de pie. Tenía unas bolsas oscuras debajo de los ojos que indicaban que no debió haber dormido la noche anterior. Tenía el mentón tenso, una expresión de pena y la boca firmemente cerrada. Llevaba puesto el mismo abrigo simple que había llevado al baile y le quedaba algo apretado. Tenía unos pantalones hasta las rodillas y unas medias que le cubrían las piernas, así como también una tirilla de lino rígido alrededor del cuello en lugar de llevar un pañuelo, como estaba de moda en ese momento. La peluca empolvada se veía algo inclinada bajo la frente sonrosada y cubierta de sudor.

Había ocasiones en las que pasaban varios días sin que Penelope viera a su padre en casa porque parecía pasar demasiadas noches en los clubes para caballeros y luego se pasaba la mayor parte del día durmiendo. A menudo, cenaba en el club, de modo que ella cenaba en casa sola. Durante esos momentos de solitud, su único solaz era el arte.

Su pasión se sentía como un secreto sucio que tenía que ocultar. Y sabía que, si quería seguirla con seriedad, tendría que aceptar la soledad que venía de la mano con el acto de ir en contra de lo que se consideraba apropiado para una dama. Jamás tendría un marido porque la mayoría de los hombres no aprobaban que una mujer tuviera una carrera artística y, por ende, tampoco tendría una familia.

Así y todo, tenía la convicción firme de que, a pesar de las frecuentes ausencias y la desaprobación constante, su padre la quería mucho y la protegería cuando se tratara de cosas importantes. Sabía que solo buscaba lo mejor para ella porque era su padre. Y ahora que habían perdido a su madre, solo se tenían el uno al otro.

—Oh, Penelope —dijo su padre mirándola con una expresión vacía—. Ven. Tú también, Alexandria.

Cuando entraron en el estudio de su padre, vieron al duque de pie contra las estanterías de caoba vacías que podrían haber albergado cientos de libros. La luz del día opaco y gris caía sobre el escritorio oscuro sobre el que solo había un bolígrafo, un tintero y una hoja de papel que parecía alguna especie de contrato. Sobre el aparador, había una botella de coñac por la mitad y

una sola copa al lado de un florero vacío. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que su padre había estado allí realizando tareas pertinentes al manejo de la propiedad? ¿O realizando cualquier otra actividad que no fuera beber? Entre las estanterías oscuras, sobre la pared con el empapelado de color verde menta había un rectángulo más oscuro que quedó descubierto cuando sacaron el marco que solía colgar allí.

Era una pintura que había hecho su madre de su casa de campo, Beckett Manor, donde Penelope había crecido y donde habían tenido algún que otro día feliz como familia…

Grandhampton parecía ocupar la mitad del estudio con su presencia. Era alto, de hombros anchos y postura orgullosa. La luz que se colaba por la ventana le iluminaba solo un lateral del rostro, mientras que el otro permanecía en la oscuridad. Iba vestido de forma inmaculada: con un abrigo negro de cuello alto y afilado y un pañuelo sujeto de manera tan delicada al cuello que no solo le resaltaba la tez oliva, sino también los rasgos entallados.

¿Cómo un hombre tan frío, cruel e intimidante podía ser tan increíblemente hermoso? Tenía los ojos de color ónix fijos en ella y reflejaban la misma furia gélida desde lo más profundo que le producía que una gota de sudor frío le rodara por la columna vertebral.

Su padre cerró la puerta detrás de Penelope con un golpe seco que la sobresaltó.

Grandhampton la recorrió con un brillo en la mirada que la hizo sentir pequeña y vulnerable, como si se encontrara desnuda delante de él a pesar de todas las capas de ropa que llevaba puestas. La camiseta, el corsé, el vestido y el jubón.

—Me gusta el aspecto de la futura duquesa que acabo de comprar —anunció—. Al fin y al cabo, tendré que verla durante el resto de la vida…

Penelope se conmocionó tanto que soltó un jadeo apenas audible. Alex volvió la cabeza para mirarla. Con una sonrisa ladina, el duque añadió:

—¿Está lista para pagar por sus pecados?

—¿De qué habla? —le preguntó a su padre.

Su padre avanzó hasta el aparador y se sirvió una copa de coñac. Luego de beberla, le respondió.

—Estás comprometida con el duque.

«No. No. No». No podía hablar en serio. No podía haberla traicionado de ese modo.

El suelo se movió bajo sus pies. El temor que había sentido desde que le presentaron al duque de Grandhampton se convirtió en una tormenta tenebrosa. Era una tempestad arrasadora que destruía todo lo que formaba parte de su vida.

En el fondo, había pensado que su padre se preocupaba por ella. Que seguía de luto por la muerte de su madre y tenía que darle espacio para que lo hiciera.

Pero ¿casarla sin siquiera consultárselo? ¿Comprometerla con ese hombre horrible que la menospreciaría y humillaría durante el resto de la vida?

Si su madre siguiera viva, jamás hubiera permitido algo así.

—¿Por qué hace esto, padre? —le preguntó—. ¿Acaso se lo contó?

—¿Si me contó qué?

Antes de que pudiera responder, el duque arqueó una ceja.

—Besé a su hija anoche, señor. Y, no, señorita Beckett, no se lo conté.

Su padre frunció el ceño al tiempo que se le curvaba el labio superior y reprimía un gruñido.

—¿Te ha comprometido? —soltó—. Penelope, ¿cómo has podido? Había arreglado todo… Bueno, ya no importa.

¿Cómo había podido? Si ella no lo había besado. ¡Él la había besado a ella! Pero eso no era importante en ese momento. Además, ¿qué importaba? Si el duque se quería casar con ella de

todos modos... aunque no podía entender por qué querría casarse con alguien que detestaba tanto.

Cruzó el estudio con determinación y se detuvo delante de su padre.

—Entonces ¿por qué? —le preguntó.

—Tiene que enseñarle algunos modales a su hija —señaló Grandhampton—. Debería decir: «Es un honor, *milord*». Va a ser la duquesa de Grandhampton, señorita Beckett. Una de las mujeres más ricas de Inglaterra. ¿No es lo que siempre ha querido?

Desconcertada, negó con la cabeza.

—Está muy equivocado. Jamás…

El duque avanzó hasta el escritorio y recogió la hoja de papel que había sobre la superficie. Bajo las cejas largas y bajas, los ojos se veían oscuros y eternos.

—Su padre y yo ya hemos firmado el contrato de matrimonio. Tengo una licencia especial. Nos casaremos en tres días. El obispo era un buen amigo de Spencer —añadió con tono sombrío.

¿Tres días? Era un período de tiempo tan corto que era inaudito.

—Por supuesto que toda Inglaterra le haría favores al grandioso duque de Grandhampton, ¿no? —soltó con amargura.

En la sala reinó el silencio mientras se observaban fijo. Lo detestaba tanto que una ira venenosa le corroía las venas. ¿Cómo se atrevía a insultarla para luego arrebatarle la vida? Todos los sueños, todas las esperanzas, todos los planes de ser independiente… Todo había sido para nada.

Y así, otra vez, se encontraba irremediablemente sola. Contra su padre, contra el duque y contra todo el mundo.

Pero en lugar de ladrarle o de hablarle con desdén como lo había hecho antes, el duque le dijo con calma:

—El trato salvará la reputación de su padre y quizás hasta su vida. Su padre ya lo firmó. Está de acuerdo. Pero usted tiene la última palabra, señorita Beckett; no la puedo obligar a decir que sí. Debe ser su elección.

Penelope abrió la boca y miró a su padre, que no despegaba la vista del suelo como si estuviera a punto de llorar. El duque se dirigió a la puerta y la abrió, pero antes de marcharse se volvió para mirarla a los ojos.

—Tiene hasta mañana. Vendré por la mañana a preguntarle qué ha decidido.

Y tras decir eso, se marchó.

5

—¿Cómo ha podido, padre? —le preguntó Penelope.

Cuando el duque se marchó, no pudo ocultar la furia que creció y se extendió como el fuego sobre las ramas secas.

—Quizás sea mejor que los deje a solas —se disculpó Alex al tiempo que miraba a Penelope con empatía y apoyo antes de marcharse de la habitación.

Cuando cerró la puerta a sus espaldas, su padre se volvió hacia ella con la boca torcida en una mueca amarga.

—¡Es tu culpa! —gritó mientras recorría la habitación arrojando los brazos en el aire—. ¿Tenías que dejar que te besara? ¿Tenías que enredarte en la compañía de libertinos? ¿Por qué tienes que ser tan coqueta que los hombres asumen que eres un objetivo fácil?

Las palabras se sintieron como una bofetada. ¿Cómo podía pensar eso de ella? Que lo pensara el duque era malo, pero ¿su propio padre? ¿Y que la acusara de enredarse con libertinos? ¿Se refería también a Spencer? Siempre había sido amistosa y amable, pero nada más.

—¡Eso no es justo, padre! —exclamó intentando contener las lágrimas en los ojos.

Su padre soltó un suspiro y dejó de caminar. Se detuvo frente al hogar, apoyó una mano sobre la repisa y clavó la mirada en la rejilla. Penelope esperaba que se disculpara y que se mostrara de acuerdo en que no estaba siendo justo.

—Hay algo que no sabes —le confesó—. Debo mucho dinero. Comencé a vender cosas, pero no es suficiente. Aunque lo venda todo, la propiedad entera, no será suficiente para saldar la deuda.

Penelope se llevó la mano a la boca.

—¿La ha apostado?

—No importa. Tu único objetivo era encontrar un excelente marido. —La miró por encima del hombro—. Por desgracia, no has nacido hombre, de modo que mi título no te será transferido. Pero al menos puedes ayudar a tu padre y casarte con el duque.

De modo que cuando el duque había mencionado lo de salvar la reputación y la vida de su padre debía de estar refiriéndose a la deuda. La preocupación por su padre hizo que se le retorciera el corazón. Se acercó a él ya sin enfado, sino llena de inquietudes. Hacía mucho tiempo que no tenía buen aspecto. El peso de las deudas sin saldar debía estar carcomiéndolo en vida. Penelope se había percatado de la falta de fondos para nuevos vestidos, así como también la reducción del personal en el hogar y las comidas más sencillas. Pero nada de eso le importaba. Lo que le importaba era su padre.

—¿El duque va a pagar sus deudas? —le preguntó.

—No. —Se enderezó para mirarla—. Pero tu matrimonio me comprará algo de tiempo para

arreglar las cosas.

—No entiendo. ¿No es ese el motivo por el que me casa con él? ¿Para que le dé dinero?

Su padre se sonrojó y se apartó de ella para observar el contrato matrimonial que estaba sobre el escritorio.

—No, no me dará dinero. Pero eso no debería preocuparte. Lo único que tienes que hacer es acudir a la ceremonia en tres días y decir que lo aceptas como esposo. Si lo haces, salvarás a tu viejo padre.

Salvar a su viejo padre… ¡cuando ni siquiera le quería decir de qué! Lo tenía que salvar encerrándose en una vida de miseria con un hombre horrible y todo por unas deudas de juego.

—¿Al menos me puede decir qué es lo que va a hacer por usted a cambio de casarse conmigo? —le preguntó—. A lo mejor, si sé lo que es, podemos pensar juntos y buscar otra manera de…

—¡No hay otra manera! —exclamó tan fuerte que se estremecieron las ventanas.

Penelope sintió un temblor por la ira. Nunca lo había oído gritar.

—Bueno, en ese caso, tengo que rechazar la propuesta —le dijo—. Ese hombre me detesta y no soporto pasar ni un minuto en la misma sala que él. No me puede obligar a soportar una vida entera con alguien a quien desprecio. Sobre todo, cuando puedo…

Cuando podía pintar y vender su arte para ganar dinero suficiente para ayudar a su padre. Pero él no la dejó acabar.

—No la puedes rechazar. Eres mi hija y vas a hacer lo que te diga. En tres días, te vas a encontrar de pie delante del sacerdote y dirás que sí.

Desesperada se alejó de él.

—No, padre. No me puede obligar.

—¡Muchacha egoísta! —rugió—. He renunciado a todo por ti y por tu madre. ¡Por una vez en la vida vas a hacer lo que te diga!

A lo mejor estaba siendo un poco egoísta. Quizás quería perseguir sus propios sueños. Con el apoyo de la duquesa de Ashton, podría conocer a los artistas que admiraba. La famosa artista italiana Enrica de Luca se encontraba en Londres en ese momento. Penelope podría aprender arte de la manera apropiada. No intentando pintar algo y corrigiéndose a sí misma, sino teniendo a una gran artista que la guiara.

Su madre le había enseñado lo esencial; era algo que les había brindado muchas horas de alegría compartida. Además, siempre le había dicho que tenía un extraño don. Incluso antes de que su madre muriera de fiebre, Penelope había pensado que se casaría y tendría hijos. Pero luego de su muerte y las ausencias de su padre, Penelope comenzó a leer más acerca del arte y los artistas para conectar con su difunta madre, y había lidiado con las emociones más dolorosas a través del arte. Al final se dio cuenta de que eso era lo que quería hacer con su vida. Que no tenía más elección que pintar y que no deseaba nada más que compartir sus obras con otros artistas. Aunque fuera una vida solitaria.

—¡No! —se negó con firmeza.

El único pretendiente que había tenido había sido el duque de Woodley. Era un hombre mayor, respetable y muy rico. Pero un día había dejado de visitarla y comenzó a evitarla en los bailes. Luego, al cabo de un mes, se encontraba comprometido y poco después se casó. Penelope siempre se había preguntado qué le habría hecho cambiar de parecer en cuanto a ella.

Desde entonces, nunca había oído más nada acerca de ninguna potencial unión, y, como su padre siempre ahuyentaba a los pretendientes, siempre asumió que no le interesaba el tema. Pero ahora que le había tendido esa emboscada…

Su padre curvó el labio superior.

—Pues, ya está hecho.

No. Se negaba a que un hombre desinteresado se la pasara a otro como si fuera una posesión.

—No está hecho hasta que no acepte —lo contradijo antes de marcharse del estudio.

Subió las escaleras corriendo y, con la mente acelerada en busca de una solución, de una escapatoria, avanzó hasta su habitación. Ya le habían presentado a la duquesa de Ashton. Pediría una audiencia con ella y le explicaría su situación para pedirle ayuda. Huiría y seguiría trabajando en sus pinturas para venderlas con la ayuda de la duquesa. No permitiría que la atrapen en un matrimonio sin amor con un hombre que era el diablo en persona.

Al día siguiente, hacía una mañana agradable. Los pájaros cantaban desde afuera de la ventana de su habitación, que daba al jardín trasero. El sol había salido hacía una hora, alrededor de las seis de la mañana. Los suaves rayos soleados se colaban por entre las ramas de los árboles repletas de hojas nuevas y delicadas como el encaje.

Penelope cerró el equipaje de mano que yacía sobre la cama y contenía el papel para pintar con acuarelas, las pinturas, los pinceles y sus hojas y lápices para dibujar, así como todo lo que había pintado hasta ese momento. En otra maleta llevaba algunas prendas y cosas esenciales.

Paseó la mirada por la habitación. Su madre no había estado viva para acompañarla en la temporada en que debutó en sociedad. Solo había vivido sobre la calle Vine, en las afueras de Mayfair, durante los últimos tres años desde que había debutado.

Tenía muy pocos recuerdos de su madre en esa casa. Lo único que Penelope había experimentado allí había sido soledad y rechazo. De modo que, ¿por qué le producía tanta tristeza marcharse, dejar atrás todo lo que conocía y cortar los lazos con su padre y permitirle que enfrentara las amenazas del duque, fueran cuales fueran, por su cuenta?

¿Por qué le entristecía tanto comenzar la vida con la que siempre había soñado? ¿Escapar de las garras del duque y de un matrimonio que nunca había deseado?

Un suave llamado a la puerta la hizo sobresaltar. Alex entró en la habitación con el jubón y el bonete ya puestos. Tenía los ojos oscuros bien abiertos, y el cabello algo enmarañado porque su criada aún no se había despertado. Pero seguía siendo hermosa a su manera natural.

—¿Estás lista? —le preguntó con la respiración agitada—. El carruaje te espera en la esquina.

Penelope inhaló profundo y miró alrededor.

—Creo que sí. Solo tengo dos maletas.

Alex asintió.

—Nos las ingeniaremos solas.

De repente, se acercó a Penelope y le apretó las dos manos.

—Oh, Penelope, ¿estás segura de que esto es lo correcto? ¿Huir de esta manera?

Con los ojos llenos de lágrimas, Penelope miró a su prima y asintió con certeza al tiempo que se le ceñía el pecho.

—Sí. No permitiré que me obliguen a casarme con ese hombre y pasar una vida de infelicidad cuando podría ser una verdadera artista. Cuando, con el tiempo, las conexiones y el trabajo arduo, podría mantenerme a mí misma y a mi padre si tan solo me lo permitiera.

A Alex también se le llenaron los ojos de lágrimas. Le dio un abrazo rápido.

—¡Oh, prima! Dale un abrazo de mi parte a mi madre. Te veré pronto.

—Lamento mucho dejarte aquí para lidiar con la ira de mi padre —le susurró Penelope al tiempo que se secaba una lágrima—. Por favor, dile que lo siento. Pero no me puede obligar a casarme. Y menos con ese hombre detestable.

Cuando se separaron, cada una tomó una maleta y se apresuraron a bajar las escaleras. Cruzaron la puerta principal sin hacer ni el más mínimo ruido. Tyson seguía ocupado con sus quehaceres matutinos, de modo que no se lo veía por ningún sitio. Penelope y Alex bajaron la escalinata del exterior y cruzaron el patio delantero a toda prisa. Con pórticos inmaculados, las casas de la calle Vine se extendían a ambos lados de su casa.

La calle se encontraba tranquila a esa hora, sin ningún peatón ni carruaje. Un lacayo barría los escalones de una casa al final de la manzana. En el aire húmedo y cálido pendía el aroma fresco de las hojas a punto de abrirse. Al otro lado de la calle, había una línea de casas de tres plantas con terrazas, y Kiln Lane yacía en el centro. La planta superior de las casas siempre era más baja y tenía ventanas más pequeñas, lo que indicaba que eran los cuartos de los criados.

Los tacones de Penelope y Alex resonaban contra la acera mientras avanzaban hacia el carruaje que se encontraba en la esquina, medio oculto detrás de un arbusto. El cochero sujetó su pequeña maleta en la parte trasera.

—¿A dónde quiere ir? —le preguntó.

—A la posada El cisne de dos cuellos —repuso Penelope.

El cochero asintió en respuesta. Ese era el punto de partida del carruaje del correo, en el que se reservaban algunos asientos para pasajeros.

—Si nos damos prisa, llegaremos a tiempo.

Penelope abrazó a Alex por última vez y se subió al carruaje. Debería llegar a la casa de sus tíos al día siguiente. Desde allí, pensaría qué hacer a continuación. Lo primero era alejarse de su padre y de Grandhampton.

Pero antes de que pudiera dar un golpe en la pared del carruaje para indicarle al cochero que estaba lista para partir, oyó el sonido de unos cascos y unas ruedas sobre la calle de tierra. Miró por la ventana y vio un lujoso carruaje de madera negra y brillante con el escudo de armas de Grandhampton: dos leones con las garras extendidas y unas vides que los rodeaban. El vehículo se detuvo delante de su casa y, al cabo de un instante, la puerta se abrió y el duque de Grandhampton se apeó. Mientras andaba, se acomodó el tapado negro, y el viento jugó con unos mechones de su cabello oscuro.

Tenía los hombros hundidos y el cuello bajo, pero se enderezó de inmediato y los hombros y la espalda le quedaron tan rígidos que podrían haber formado una pared. Avanzó hacia la casa como si fuera el propietario. De la casa y de ella.

Sin dudas, había ido a preguntarle su decisión. Pero ¿por qué tan temprano? Ni los miembros más sofisticados de la sociedad desayunaban antes de las diez de la mañana.

Alex, que seguía esperando a verla marcharse en el carruaje, se volvió y echó a correr hacia él. Penelope se apeó del vehículo y se escondió detrás del arbusto de la esquina para observar cómo su prima lo saludaba e intercambiaban algunas palabras.

A Penelope se le aceleró el corazón.

Esa era su oportunidad de escapar. Lo único que tenía que hacer era regresar al carruaje, golpear la pared e indicarle al cochero que estaba lista para marcharse. Pero ¿qué le haría el duque a su padre? Había declarado su independencia con demasiada libertad y valentía.

Y seguía desconociendo qué repercusiones tendrían sus actos en su padre. El duque había dicho que afectarían su vida y su reputación. A Penelope le costaba creerlo, pero ¿podría cargar con el honor y la vida de su padre en su consciencia?

Alexandria hablaba con el duque tímida y nerviosa. Cuando el duque le hizo una pregunta, Penelope se enderezó para oír la respuesta.

—…no va a regresar —oyó las palabras de su prima.

El duque se quedó quieto. Inmóvil como una estatua. De repente, una figura salió por la puerta principal de la casa. Era su padre y solo iba vestido a medias. Era increíblemente temprano, o tarde, para él. Le faltaba el abrigo y no se había puesto la peluca.

—*Milord*… ¿qué sucede? —le preguntó su padre.

—Su hija se ha marchado —le dijo el duque—. Parece que la respuesta es un no.

Alex se llevó las manos al pecho al tiempo que Penelope contenía el aliento. No debía ser testigo de eso. Debería meterse en el carruaje y darle al cochero instrucciones de partir.

En lugar de hacerlo, observó hipnotizada cómo su padre dejaba caer la cabeza, hundía los hombros y le extendía las manos al duque. Como un bebé, lloró aferrándose a las manos del duque.

No. Al ver a su padre así, que en su mente podía descuartizar a un dragón por ella, el corazón se le partió en dos. Jamás lo había visto suplicar de ese modo. Debía escoger entre la ruina de su padre o una vida de infelicidad.

Había estado tan cerca de lograr la libertad. Había empacado sus pertenencias, contratado a un carruaje y podría haber llegado al servicio de encomiendas para huir y hacer lo que más le gustaba…

Pero su padre… su pobre padre. No tenía a nadie más. La necesitaba. Quizás no sería una artista y se encerraría en un matrimonio lleno de resentimiento, pero al menos tendría la consciencia limpia y podría ayudar a su padre a evitar la destrucción. Al fin y al cabo, era su única hija y no podía soportar abandonarlo. Aunque eso le costara su propia felicidad.

Al tiempo que se le congelaba el centro de su ser, emprendió el camino hacia el duque, Alex y su padre. Los tacones repiqueteaban sobre la acera mientras caminaba. Los tres alzaron la vista hacia ella anonadados, y a Penelope se le desgarró el pecho de pena por la vida que nunca tendría. Pero se tragó las lágrimas y la tristeza para que nadie las viera. Tendría que ser fuerte y valiente por su padre.

—Quería mi decisión, *milord* —le dijo mirándolo a los ojos oscuros—. Usted gana. Me casaré con usted.

Tras decirle eso, apartó la mirada y regresó al carruaje para recuperar el equipaje al tiempo que unos sentimientos de temor y tristeza se desataban en su interior al comprender que la vida que conocía se había acabado.

6

DOS DÍAS DESPUÉS, entraron en el patio de Chalworth Place, que era la tradicional residencia londinense del duque de Grandhampton. Penelope se apeó del vehículo detrás de su padre y de Alex.

Apoyó los pies sobre los adoquines y se estremeció por dentro. A pesar de que era un día cálido de primavera, no había dejado de temblar desde la mañana. Chalworth Place la rodeaba por los cuatro frentes y se ceñía sobre ella como la Torre de Londres. Situada en el centro de Mayfair, la mansión de tres plantas parecía antigua, construida con ladrillos marrones y arcos góticos de piedras ennegrecidas que habían comenzado a desmoronarse.

La mansión tenía varias ventanas de paneles oscuros. Entre ellas, había unas grotescas cabezas de leones y dragones, y unos querubines tallados sobre ménsulas de piedra. A través de la entrada en forma de arco por la que había llegado el carruaje, podía ver una calle de Londres iluminada por el sol y un manzano rosado y florecido entre los arbustos de color verde intenso con hojas jóvenes que destellaban al sol. Parecía como si la ciudad se hubiera transformado de la noche a la mañana de una naturaleza desnuda y escasa a un paisaje verde y frondoso que llenaba el aire de olor a hojas nuevas y flores delicadas.

En las calles se oían los cantos de los pájaros. La gente sonreía más con la llegada de la primavera y anhelaba usar prendas y zapatos más livianos, salir a pasear más seguido y comenzar la temporada.

En ese momento, Londres olía a esperanza renovada.

Excepto que para Penelope no había ninguna esperanza de nada. Todo lo contrario, había dejado esa esperanza hermosa en el oscuro arco de entrada. Ante ella se encontraba la mansión en la que la vida que conocía acabaría para siempre.

Su padre clavó la mirada vacía en las puertas grandes y caminó hacia ellas sin esperarla. Penelope pensó que podría ofrecerle un brazo de apoyo, decirle alguna palabra de aliento o al menos agradecerle por hacer eso por él. Pero lo único que le ofreció fue la vista de los hombros hundidos bajo la peluca empolvada.

Su querida prima le ofreció una sonrisa de simpatía al tiempo que le sujetaba la mano y se la envolvía por el codo. Juntas, caminaron detrás de su padre.

El mayordomo abrió la puerta e ingresaron. En el interior, unos pilares de piedra gruesos y estriados con flores de lis entalladas flanqueaban el vestíbulo de la entrada y se alzaban hacia un cielorraso alto y abovedado. Cuando los rayos de sol iluminaron las dos ventanas a ambos lados de la puerta que parecían negras desde el exterior, los paneles de cristal adquirieron intensos tonos azules, amarillos, rojos y púrpuras. Uno describía una escena de caza mientras que el otro relataba una batalla medieval. Penelope se quedó sin aliento al observar el juego de colores

reflejados sobre la piedra blanca del vestíbulo.

Tras pararse sobre una alfombra roja, caminaron hacia el gran vestíbulo en el que había una escalera gigante que conducía a las dos plantas superiores. Sobre la pared detrás de la escalera, colgaba un escudo de armas de grandes proporciones entre dos filas de vitrales.

Unos paneles de madera oscura recubrían las paredes y tenían motivos medievales de damas, caballeros, campesinos, cazas y batallas que parecían salidos del libro de un monje.

Sobre un aparador con tallados exquisitos rodeado de sillas ornamentadas y bañadas en oro, había unos jarros chinos y bustos de mármol.

Desde las paredes del vestíbulo, la miraban los rostros de importantes hombres y mujeres retratados en cuadros con tantos siglos de antigüedad que casi se veían blancos en contraste con el fondo negro. El trabajo de los artistas era exquisito y, a pesar de la situación actual, sintió el impulso de detenerse a estudiar los detalles.

Debía tratarse de las antiguas generaciones de duques y duquesas de Grandhampton. Penelope se iba a casar con el duodécimo duque de Grandhampton. Y, sin embargo, no quería nada de toda esa grandeza ni de esas riquezas.

A pesar de que su padre era un barón, sus posesiones eran mucho menores que las del duque. Ese era un mundo muy diferente al suyo y no tenía dudas de que nada volvería a ser lo mismo para ella.

Cuando entraron en la sala de baile, vio a su futuro marido y a varios miembros de la familia de pie en el otro extremo de la habitación, al lado del vicario. A diferencia de las otras habitaciones, esa estaba más iluminada, tenía ventanas de paneles claros que permitían el ingreso de la luz y unas paredes de color gris claro. Varios pilares les daban soporte a unas vigas de madera de caoba que estaban dispuestas en forma de rectángulos sobre el cielorraso artesonado.

Los tacones bajos de Penelope repiqueteaban contra el parqué. Sentía el pecho vacío. Toda la casa, a pesar de las obras de arte, la arquitectura y los innegables siglos de historia, se sentía desolada. Como si fuera parte de un decorado. Parecía vacía y fría y olía a polvo, aunque Penelope estaba segura de que contaban con un gran contingente de criados que se ocupaban del mantenimiento. No se sentía como un hogar.

Cuando la mirada oscura del duque recayó sobre ella, el estómago le dio un vuelco. Se sintió desnuda, a pesar de que llevaba puesto un atuendo de color *beige*, con una falda pesada que se le enredaba entre las piernas a medida que caminaba.

Varias lágrimas le nublaban la vista. Eran unas inútiles lágrimas de ira que no le permitían ver quiénes eran los invitados a los que les pasaba por delante.

El vicario habló sin cesar, pero Penelope no le prestó atención hasta que le hizo la pregunta que le cambiaría la vida para siempre. De pie a su lado, el duque llevaba puesto un traje de levita negro y pantalones del mismo color. Su sola presencia a su lado le quemaba la piel a través de las prendas.

—Sí, acepto —dijo con un tono de voz que le hizo eco como un gruñido en los huesos.

—Sí, acepto —dijo ella también sin reconocerse la voz.

Y luego le colocó el anillo en el dedo con sus grandes manos masculinas y abrasadoras. Cuando fue el turno de ella, le introdujo el anillo con toda la fuerza que tenía y alzó la cabeza para encontrarse con una mirada entretenida.

Sintió la pluma fría y dura en la mano al firmar el registro de la iglesia. La firma de ella quedó temblorosa, mientras que la de su marido tenía bordes y líneas tan marcadas como él mismo.

Así la transacción quedó finalizada y estuvieron casados. Los invitados se acercaron a

felicitarlos.

La duquesa viuda de Grandhampton le sonrió con compasión.

—Felicitaciones, querida —le dijo—, y bienvenida a la familia. Me alegra mucho tener una nueva nieta.

A continuación, se acercó un hombre que se parecía a Spencer y Preston, pero con el cabello caoba y una expresión más suave y agradable que la del marido de Penelope. Se llamaba Richard y era su nuevo cuñado.

—Felicitaciones, hermano —dijo apretando la mano de su marido—. Les deseo muchos años de felicidad. —Se volvió hacia Penelope y asintió con la cabeza. Tenía unos cálidos ojos celestes —. Si le da problemas, no dude en llamarme.

Penelope le sonrió con cortesía. De seguro, no lo decía en serio.

—Se lo agradezco mucho, *lord* Richard.

Su cuñado siguió andando, y una mujer alta con una abundante cabellera de color caoba y unos intensos ojos celestes se acercó.

—Por favor, llámame Calliope —le dijo con una sonrisa amable—. Me alegra mucho por fin tener una hermana.

Oh, era su nueva cuñada. A Penelope se le llenó el corazón de calidez. Toda la familia de su marido, incluido el difunto Spencer, eran más amables con ella que el hombre con el que se había casado.

A continuación, se acercaron el duque de Loxchester, Sebastian, con su esposa, Emma. Era un hombre muy atractivo con el cabello rubio y la felicitó con alegría. La duquesa de Loxchester era una mujer hermosa de cabello castaño y una sonrisa que iluminaba toda la habitación.

—Por favor, llámame Emma —le pidió la duquesa—. Mi marido y el tuyo son mejores amigos, y me gustaría mucho que nosotras también podamos ser amigas. Por favor, ven a visitarme cuando lo desees. Podemos tomar el té, ir a pasear por los jardines de Vauxhall o hacer lo que gustes.

—Gracias —repuso Penelope y sonrió genuinamente por primera vez en varios días—. ¡Eso me encantaría!

Su padre y Alex fueron los últimos dos invitados en acercarse. Alex los felicitó de todo corazón, pero su padre se limitó a apretar la mano del duque y balbucearle algo a ella con una sonrisa amarga plasmada en el rostro.

—Bueno, querida —le dijo su padre al tiempo que paseaba la mirada por la habitación—, puedes regocijarte con las riquezas. Al menos no tendrás que enfrentar mi destino de hombre pobre que lo ha perdido todo.

Penelope sintió la mirada pesada de su marido sobre ella. El mayordomo invitó a todos al comedor para el desayuno de bodas, y su padre y los demás se apresuraron a seguirlo. Penelope alzó la mirada al duque y lo miró a los ojos oscuros.

—¿Ve lo que le hace a mi padre, Grandhampton? No exagero al decir que es la peor persona que he conocido.

Con esas palabras, lo dejó sin habla y atravesó la elegante sala de baile. Los revestimientos de oro de los candelabros y las arañas del techo, así como también los de las sillas y los marcos de las pinturas y los ornamentos destellaron a su paso. Esa era la jaula de oro en la que pasaría el resto de la vida.

El comedor era tan grande que cabían cien invitados en una única mesa alargada que se encontraba en el centro de la habitación. Era de madera de caoba y de un color tan oscuro que parecía azabache. A lo largo de la superficie, había unos cuantos candelabros ornamentados con

revestimientos dorados en medio de arreglos florales blancos con variedades de eléboros, ranúnculos y anémonas. La mesa estaba preparada para nueve comensales.

La mesa con el bufé se encontraba contra una ventana y contenía una hermosa y exquisita selección de alimentos: fetas de jamón, tocino, cortes de carne asada, pechugas de pato glaseadas en miel, salmón ahumado, bacalao frito, tortillas francesas, cinco variedades de mermeladas y una bandeja de frutas que incluía manzanas, naranjas, duraznos y cerezas. Penelope supuso que las manzanas debían haber sido almacenadas durante el invierno, pero no se podía imaginar de dónde habían salido las naranjas, las cerezas y los duraznos en pleno abril. Al final, supuso que las debían de haber importado de alguna parte del sur porque nada sería demasiado costoso para el duque de Grandhampton.

El pastel de bodas se encontraba en la mesa de la cena, entre medio de las flores, y constaba de un rectángulo largo con glasé blanco cubierto con azúcar impalpable. Contra las paredes, había cuatro lacayos y el mayordomo. Todos llevaban libreas rojas y doradas.

Mientras seguía recorriendo la habitación con la mirada, se detuvo en una pintura que la dejó completamente sin aliento. Era la obra que se titulaba *Naufragio*, de William Turner. Ella y Spencer la habían visto durante una velada de poesía. Spencer la había escabullido de la sala de estar durante una lectura y la había conducido a la biblioteca. Una vez allí, había encendido una lámpara a gas, y Penelope recordó la sensación de peligro y falta de decoro de encontrarse a solas con Spencer. Sin embargo, confiaba en él.

Se habían parado uno al lado del otro a contemplar la pintura. El mar furioso se veía negro contra el cielo tormentoso y la vela andrajosa y el casco roto del gran navío. En primer plano, desde tres botes, los marineros desesperados luchaban contra los elementos entre la espuma blanca y verde de las olas despiadadas.

Recordó que Spencer le preguntó:

—¿Qué ve aquí, señorita Beckett?

Había estado tan azorada con la habilidad del pintor, que no había llegado a comprender la rareza de su voz. Lo único que veía eran las pinceladas perfectas, el contraste de pintura blanca contra la oscura, así como también la composición cautivante que no le permitía apartar la mirada.

—Veo a un maestro —dijo—. Y espero ser digna de él algún día.

—Oh —repuso Spencer con un tono intrigado y anonadado.

—¿Qué ve usted? —le preguntó.

—Veo muerte.

¿Qué podía estar haciendo allí esa pintura? ¿Y por qué Spencer habría comprado algo que para él remitía a la muerte? Eso había sido durante uno de los últimos eventos de la temporada el año anterior, varias semanas antes de que se enterara de su muerte.

Y ahora se encontraba allí. Casada con su hermano.

Mientras los invitados se llenaban los platos, la duquesa viuda y Richard se acercaron a hablar con Penelope.

—Me alegra que mi Preston haya encontrado a alguien como tú —dijo la duquesa—. ¿Y a ti, Richard?

—Sí, a mí también —repuso *lord* Richard, y se le formaron unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos al sonreír. Con la mirada, siguió a su hermano al tiempo que Preston entraba en la sala con el pesimismo de una tormenta.

—Quedó tan conmocionado con la muerte de Spencer —continuó la duquesa—, pero ahora no estará solo. Te tendrá a ti para que lo quieras.

Penelope tuvo que suprimir un gemido. ¿Quererlo? Le sería imposible querer a un hombre como él.

—Oh, no me mires así —le dijo la anciana con suavidad—. Ya sé que aún no lo quieres, y que él sigue muy herido. Pero no lo conoces como lo conocemos nosotros. Por favor, dale tiempo. Verás al verdadero hombre detrás de esas miradas sombrías y ese exterior tan duro. Sé que lo verás, aunque aún no puedas. Les deseo mucha felicidad a los dos.

Richard asintió con la cabeza y se rio.

—No permita que mi hermano la asuste. Sé que puede ser intimidante, pero en el fondo es más blando y tierno que un gatito. Es la persona más leal que va a conocer. Moriría con gusto por las personas que ama.

Penelope frunció el ceño al tiempo que estudiaba la espalda erguida del duque mientras se servía una tortilla francesa.

—Es difícil creer que estamos hablando del mismo hombre —dijo al fin.

—Ya lo sé, querida —confesó la duquesa—. Dale tiempo. Y si en algún momento necesitas mi ayuda o un oído que te escuche, mis puertas siempre están abiertas.

Penelope asintió con la cabeza y le sonrió agradecida. Estaba segura de que iba a tener que visitar a la duquesa en más de una oportunidad.

7

POR TODOS LOS CIELOS, su esposa estaba de pie delante de la ventana con la espalda hacia él y la vista clavada en el patio por donde se marchaban los invitados y se veía encantadora.

A solas con ella en el salón comedor, Preston observó cómo los pequeños senos le subían y bajaban con las bocanadas de aire cortas que tomaba, restringidos por el busto del vestido.

Diablos, no debería estar mirándole los senos. Pero tampoco pudo evitar notar los hermosos y translúcidos ojos grises azulados iluminados por la luz del sol que se colaba por la ventana. O el modo en que los rayos del sol le iluminaban mechones dorados del cabello y le daba unos tonos de bronce y plata.

Que lo condenaran al infierno, ¿por qué tenía que ser tan hermosa? ¿Y ahora qué iba a hacer? Era suya. Era la última posesión del hombre responsable por la muerte de Spencer y la más preciada. Pero conseguir venganza y casarse con *lady* Penelope no había cambiado el pasado ni había salvado a Spencer. Por no mencionar que se había amarrado para siempre a la hija de su enemigo.

Más temprano, Preston la había visto estudiando las pinturas sobre las paredes, los bustos y otras decoraciones y se preguntó si estaría estimando la riqueza que tenía ahora que se había casado.

Lo cierto era que eso no lo sorprendería. Ahora podía disfrutar la vida opulenta que tanto había deseado. Esa mujer joven, que sacudía las pestañas y tenía unos labios con forma de fresa que pedían a gritos que los besaran, había ilusionado a su hermano como nadie más. Preston no había oído sus conversaciones, pero conocía a muchas mujeres como ella. Había visto a las damas que hacían esas jugadas. *Lady* Penelope era atractiva y se había hecho la inocente y honorable para conquistar a Spencer y hacerlo anhelar más.

Era tan responsable por la muerte de su hermano como su padre. Tanto como él mismo… Ese pensamiento le supo amargo en la boca.

Por lo tanto, solo había una cosa más que necesitaba hacer. Se puso de pie y se alejó de la mesa de desayuno para detenerse al lado de ella y observar la partida de los invitados. A través del cristal antiguo, vio las figuras borrosas de su abuela, de Calliope y de Richard que se subían a un carruaje y las de la señorita Alexandria Beckett y *lord* Beckett que se subían a otro. Mientras que el carruaje de Sebastian y Emma ya había partido.

Por un momento, se preguntó si Penelope se sentía sola ahora que su familia se había marchado y se encontraba a solas con él. Por su parte, Preston se sentía solo todos los días de su vida.

Pero ¿cómo era posible sentirse solo con una familia tan alegre y amistosa como la suya? Con padres que se habían querido mucho y habían amado a sus hijos y una abuela que los

consentía hasta el hartazgo.

A pesar de todo, era el único de los hermanos Seaton que no había pasado toda su infancia en la residencia de los Grandhampton. Había decepcionado tanto a sus padres con su comportamiento rebelde e imprudente y su rivalidad superficial con Spencer que se habían visto obligados a castigarlo porque temían que, de lo contrario, jamás cambiaría.

De modo que en lugar de recibir la educación de un tutor en la residencia de Grandhampton Court, había pasado la mayor parte de su infancia en un internado cerca de Eilean Donan, en las Tierras Altas de Escocia. Era un lugar frío, oscuro y miserable.

Pero lo peor había sido saber que era tan malo, tan poco digno de cariño, que había sido el único de los hermanos al que habían enviado lejos. Y por más que había estado rodeado de gente, siempre se había sentido solo.

Para ser el repuesto de un heredero, se quedaba corto. En especial ahora que tenía que pasar tanto tiempo en ese templo que era el hogar del duque y la duquesa de Grandhampton. Cada día de su vida sentía con más claridad que Spencer pertenecía allí y él no.

Si Penelope sentía algo remotamente similar a ese aislamiento, sentía pena por ella, pero se apresuró a deshacerse de ese pensamiento. A pesar de que pudiera sentirse sola, se lo merecía. No debería preocuparse en lo más mínimo por sus emociones.

—Ahora eres una duquesa —le dijo con el tono de alguien que acababa de comer gravilla—. Espero que cumplas con tus deberes. ¿Entiendes cuáles son?

Penelope asintió con la cabeza y alzó el mentón orgullosa.

—Sé lo que se espera de mí. Soy la hija de un barón. Mi madre me enseñó todo.

La voz se le quebró al decir lo último, como si detrás de esas palabras hubiera mucho dolor. Preston se dio cuenta de que su madre no había estado presente ese día.

Sintió un aguijonazo de dolor por no haber podido ver a sus propios padres ni a Spencer allí ese día. Su madre había muerto hacía seis años de fiebre y neumonía, al igual que muchas personas ese año. Su padre había adorado a su esposa. Había sido un hombre de honor, y su madre, la hija de una marquesa española con lazos de sangre con la dinastía Habsburgo, había llenado su mundo de luz y alegría. Tras su muerte, la salud de su padre comenzó a declinar rápido, como si se hubiera dado por vencido en la vida. Su padre murió al cabo de un año de una apoplejía. Un día estaba vivo. Al siguiente, entró en parálisis, y a la noche siguiente ya no se encontraba con ellos.

Preston suprimió una ola de tristeza. ¿Así se habría sentido su vida también tras perder a su madre? No, no debería importarle. No debería prestarle atención al dolor y las heridas que reflejaban su voz o si le agradaba la situación en la que se encontraba o su propio marido. A pesar de su determinación, no pudo evitar preguntarle:

—Tu madre falleció, ¿no es cierto?

Antes de responder, asintió con la cabeza

—Hace seis años.

—La mía también —le dijo con la voz baja y algo ronca.

—Lamento oírlo —le dijo sin ningún indicio de animosidad—. ¿Qué le sucedió?

—Falleció durante la epidemia de fiebre que arrasó el país —respondió al tiempo que la mente se le llenaba de los recuerdos de la última noche en la que su padre, sus tres hermanos y él se sentaron en su cama por única vez unidos ante el mayor temor de todas sus vidas—. Spencer y Richard también se enfermaron, pero sobrevivieron.

Los ojos de su esposa estaban abiertos de par en par y humedecidos.

—Mi madre también murió durante esa epidemia. Yo me contagié y no estuve con ella

cuando falleció.

Se miraron a los ojos y, durante un instante, solo fueron dos personas unidas por el mismo dolor.

Luego frunció el ceño al recordar que el padre de Penelope había comenzado a apostar fuerte hacía seis años. Sintió una puntada de arrepentimiento. Sabía que la pena podía llevar a un hombre a actuar de manera precipitada. Solo tenía que ver lo que él mismo había hecho: acababa de atraparse a él y a ella en un matrimonio por el resto de sus vidas.

Ella debía haber sido de Spencer. Ese pensamiento lo golpeó con una oleada de culpa, pero de inmediato recordó que ella también era responsable de su muerte. Debía siempre tener en mente esos dos hechos.

—Si tu madre te ha enseñado todo, no necesito decirte que la vida de una duquesa implica planear bailes lujosos, cenas y fiestas, además de apoyar a organizaciones de caridad y patrocinar a los músicos. La sociedad espera que tengas los mejores vestidos, zapatos, joyas, guantes y sombreros. Estarás muy ocupada cuidando de tu apariencia, y eso podría causarte mucho estrés mientras intentas vivir a la altura de tu título. Tener el mayor rango social no solo implica riquezas y un estilo de vida glamoroso. —Hizo un ademán alrededor de la sala—. También significa que las expectativas son mayores. Y debes estar preparada para el escrutinio y las críticas de los amargados y los celosos.

Penelope negó con la cabeza.

—Yo no pedí nada de esto.

Eso le pareció extraño. A pesar de los desafíos, no cabían dudas de que una cazafortunas se regocijaría con la abundancia de fondos disponibles para hacer compras y consentirse con los últimos gritos de la moda y joyas. Y ahora no solo tenía riquezas, sino también una elevada posición social. Era una duquesa, y eso era lo más cerca que se podía llegar a la realeza en Inglaterra. Por fin podía quitarse la máscara de inocencia…

—Eso lo tenemos en común, *milady*. Yo tampoco pedí ser duque. Spencer tenía que cumplir este papel.

Se miraron a los ojos. El nombre de Spencer era como una soga que los conectaba. ¿Sería tristeza lo que le veía en el rostro?

Pues, no importaba. Se dio vuelta. Debía terminar de explicarle todo y ponerle fin a esa conversación antes de que comenzara a ceder ante ese extraño deseo de saber más acerca de ella.

—Hay ciertas reglas que debes obedecer —le dijo mirando las imágenes borrosas de los carruajes que comenzaban a partir del patio.

—¿Cómo dice?

Se volvió a mirarla. Era mejor así, con la arruga que se le formaba en el hermoso entrecejo, las fosas nasales dilatadas y la tensión en el labio superior que la hacía querer curvarlo en una mueca irritada.

—Eres mi esposa —le dijo—. Hay reglas que debes obedecer.

Eso la hizo arquear una ceja y mirarlo manteniendo la compostura. La única señal de irritación era el pecho que le subía y bajaba acelerado otra vez.

Como no dijo nada, Preston avanzó hasta la mesa y sintió los ojos de ella encima.

—La primera regla —comenzó—, como duquesa necesitarás un presupuesto para atuendos nuevos y otros elementos femeninos. Tendrás todo el dinero que desees.

—¿Esa es la regla? ¿Hacerme comprar vestidos, accesorios y demás? —Cuando se cruzó de brazos, se le hinchó el pecho.

—No —repuso intentando mantener la mirada apartada de sus senos—. La regla es que no le

darás ni un penique a tu padre.

Se puso las manos en jarra.

—¿Habla en serio? ¡Mi padre se encuentra en problemas!

—Ya lo sé. Y ese es el punto. No quiero que lo ayudes. Como eres mi esposa, debes obedecerme.

Eso logró que lo fulminara con la mirada.

—¿Y de lo contrario?

Por todos los cielos, ¿por qué tenía que ser tan hermosa cuando se enojaba y se le sonrosaban las mejillas, los labios se le teñían de rojo y los ojos le destellaban con intensidad?

Al verla así, tan hermosa… tan suya… hizo que se le encendiera algo en la sangre.

Se acercó a ella con lentitud y la acorraló contra la ventana alta.

—De lo contrario te castigaré. Si me obedeces no solo proveeré por ti, sino que también satisfaré cualquier necesidad que tengas —le aseguró y se imaginó quitándole el vestido, liberándole los lazos del corsé para bajárselo por el cuerpo para desgarrarle la camisola que sin dudas llevaba debajo—. Cualquier necesidad —repitió al tiempo que alzaba la mirada hacia la de ella.

A Penelope se le oscurecieron los ojos. Ya no parecían entre celestes y grises, sino que se tornaron del color del mar tormentoso. A Preston le agradó notarlo. También pudo ver cómo se le sonrojaron las mejillas y el cuello, y eso le pareció aún mejor. Olía a vainilla, a naranja dulce y manzana… y a algo propio de ella que le resultaba lo más irresistible de todo.

—Pero si me desobedeces —continuó y le recorrió una mejilla con los nudillos—, me veré obligado a castigarte.

Se le separaron los labios y soltó un jadeo inaudible. Preston se la imaginó sobre su rodilla, con el delicioso trasero al descubierto para que hiciera lo que le viniera en gana… ya fuera darle nalgadas hasta que se pusiera rosado y ella se retorciera de placer… apretarlo… morderlo… Las posibilidades eran tantas que se le endureció el miembro.

—Y la segunda regla, duquesa —prosiguió sin dejar de acariciarle la mejilla con los nudillos. Por todos los cielos, ¿cómo hacía para tener la piel tan suave? —Si te atreves a huir de nuevo, me aseguraré de que tu padre quede en la ruina no solo financiera, sino que también perderá el título, el honor y, quizás, hasta la vida. Aunque, te aseguro, que la vida no se la quitaré yo.

Los sentimientos de pena por Spencer y de culpa por la muerte de su hermano lo embargaron como una ola oscura y amarga. Como no quería ahogarse en ella, prosiguió.

—Y, en cuanto a la última regla, tienes una semana. No te visitaré esta noche. No tengo el hábito de aprovecharme de mujeres afligidas. Pero en una semana, espero que lleves a cabo tus deberes matrimoniales. Me darás dos hijos, un heredero y uno de repuesto.

Con una satisfacción sombría, observó cómo se le agrandaban los ojos, se le sonrosaban las mejillas y se le separaban los labios. Oh, esos labios… El recuerdo del beso lo había vuelto loco todas las noches. Anhelaba volver a sentirlos suaves, exuberantes y tiernos contra los suyos.

Se aclaró la garganta, le apartó la mirada de la boca y la volvió a mirar a los ojos que lo fulminaban.

—¿Estás sorprendida? De seguro te lo esperabas. Al final y al cabo, somos marido y mujer.

—No… Es solo que… Yo…

No continuó, y pudo jurar que estaba avergonzada. Pero ¿avergonzada cuando se la pasaba coqueteando con todos… y de seguro tenía más experiencia de la que debería tener cualquier dama joven?

Hizo a un lado cualquier duda acerca de la opinión que ya tenía de ella. Si le permitía que lo

sedujera y lo ablandara, lo descarrilaría de su plan. No se podía permitir sentir nada por su esposa. Nada en absoluto.

Con ese pensamiento en mente, tragó con dificultad y avanzó hasta la puerta.

—Tienes una semana para acostumbrarte a la idea —le recordó por encima del hombro sin siquiera mirarla—. Te recomiendo que lo hagas.

8

—ME MARCHO MAÑANA con el coche del correo —anunció Alex al tiempo que apoyaba la taza de té sobre el plato.

Era el segundo día de Penelope como la duquesa de Grandhampton, el segundo día de vivir en Chalworth Place, su nuevo hogar. Sin embargo, no se sentía como un hogar, y mucho menos tras el anuncio de Alex.

—¿Tienes que marcharte tan pronto? —le preguntó Penelope.

Algo le tembló y se estremeció en el pecho. Se sentiría irremediablemente sola allí. Viviría con un marido cruel e insensible a quien no había visto desde la boda en esa mansión vieja y fría que, a pesar de tener muchos objetos, se sentía vacía.

Alex ladeó la cabeza y le sonrió.

—Tu padre no me puede acompañar a todos lados. Y ahora estás casada, así que tú tampoco puedes.

—¡Sí que puedo! —protestó Penelope—. Eso es justo lo que sí puedo hacer: ayudarte a tener más presentaciones, llevarte a bailes… y asegurarme de que disfrutes tu primera temporada en Londres.

Alex se estiró hasta la esquina de la mesa de té.

—Oh, querida —le dijo con los ojos oscuros destellando con empatía—. Me encantaría, pero no puedo. Solo vine a Londres para verte, pero ahora vas a estar muy ocupada, y yo solo seré un problema cuando deberías estar pasando tiempo con tu marido y adaptándote a tu nueva vida.

—Pero…

Pero se sentiría muy sola sin Alex. Su padre no era bienvenido por su marido, y Alex era la única familia que tenía en Londres. No tenía verdaderos amigos, nadie la conocía tan bien como su prima… o como la había conocido Spencer. No tenía a nadie con quien hablar de sus sueños y de lo que guardaba en su interior.

A Penelope le pesaba el corazón de tristeza y temor, pero se negó a permitir que esos sentimientos la consumieran. A pesar de la desilusión devastadora de que se le hicieran añicos todos los sueños y la furia que sentía hacia el hombre responsable, estaba determinada a seguir adelante y vivir su vida de la mejor manera posible.

—Tienes razón, mi querida Alex —le dijo y se obligó a sonreír a pesar de que la imagen de Alex se le nubló cuando los ojos se le llenaron de lágrimas—. Debes regresar a casa. Tus padres te deben echar de menos.

—Seguro que sí —repuso Alex—. Además, los salones de baile, los caballeros galantes y los secretos e intrigas de Londres no son para mí. Soy una chica de campo. Echo de menos pasear por la campiña, explorar el bosque y disfrutar del jardín.

Penelope asintió con la cabeza porque la entendía a pesar de la tristeza.

—Envíales mis saludos a mis tíos, por favor.

—Por supuesto. Y, por favor, ven a visitarme pronto, ¿de acuerdo?

—No antes de que te envíe a buscar porque estaré triste y echaré de menos tu compañía.

—Cuando me llames, vendré —le prometió.

Penelope no dijo que deseaba que les ahorrara tiempo a las dos y se mudara a esa casa en ese mismo instante. Tener a una amiga cerca la haría sentir mucho más valiente, pero no podía ser tan egoísta y pedirle eso cuando era evidente que no era lo que deseaba. Por eso, cuando Alex terminó el té, se despidieron. Las últimas palabras que le dijo fueron:

—Por favor, no dejes de pintar. Tienes un gran talento y me gustaría ver tus pinturas colgadas en los mejores establecimientos y hogares del país.

Tras decir eso, se marchó, y Penelope se quedó completamente sola en la enorme casa oscura que se sentía como un sepulcro.

Esa noche, un llamado insistente a la puerta la hizo sobresaltarse. La mano le salió disparada y pintó una mancha verde oscuro sobre la línea de árboles que había estado trazando con extremo cuidado con las acuarelas. La mancha quedó en el peor lugar, donde quería crear un gran contraste de luz solar intensa y la sombra que proyectaba un bosque de pinos. ¡Diantres!

Le echó un vistazo al reloj. Eran casi las nueve y media; el duque debía de estar cenando. Sabía que debía esperar que se uniera a él, pero le había dicho que no se encontraba bien. Pasar una cena entera en su presencia era más de lo que podía soportar.

El llamado se repitió, pero esta vez fue más fuerte y más urgente. Penelope bajó el pincel, se incorporó de la silla y se apartó del caballete para darse la vuelta y limpiarse las manos cubiertas de pintura con el vestido, hecho del que se arrepintió de inmediato. Si el corazón no le hubiera estado latiendo desbocado, jamás hubiera hecho algo semejante. Bajó la mirada para ver los manchones azules sobre el vestido de color crema. Sobre el exquisito escritorio de caoba tenía un trapo de muselina para ese mismo propósito.

La puerta se abrió, y el duque entró con las fosas nasales dilatadas. Penelope dio un paso hacia atrás para intentar en vano cubrir la pintura y los materiales, como cuando su padre había entrado del mismo modo en su recámara.

El duque la recorrió con la mirada y, a continuación, se concentró en los materiales de arte. Luego parpadeó.

—Es cierto que pintas —murmuró al tiempo que la mirada se concentraba en el cuadro a espaldas de Penelope.

Nerviosa, tragó con dificultad. ¿Acaso la regañaría como su padre? ¿Encontraría otro motivo para juzgarla? ¿O le prohibiría que volviera a pintar y arrojaría todo a la basura?

—Claro que es cierto —le dijo con las manos cubiertas de sudor y aferrándose las faldas.

—Es solo que en Almack’s tu padre dijo…

Soltó un bufido.

—Ya lo sé. Dijo que no era una artista y que no perdía el tiempo con tonterías. Me prohibió pintar hace muchos años. Está convencido de que el papel de una mujer es simplemente ser una esposa y una madre. Sin dudas, usted debe estar de acuerdo.

El duque la miró con el ceño fruncido.

—No comparto esa opinión tan anticuada. Mi madre nos enseñó a valorar la mente independiente de una mujer. No puedo estar más en desacuerdo con tu padre.

Penelope parpadeó varias veces. ¿Podría tratarse del mismo hombre que la había obligado a casarse con él? ¿De verdad creía que una mujer se merecía cualquier forma de independencia?

—Entonces… ¿no le molesta que pinte? —le preguntó.

—No —le respondió volviendo a concentrarse en la pintura de acuarela—. No me molesta en absoluto. De hecho… no soy el experto en arte que era mi hermano, pero veo que tienes talento. Solo me preocupan tres cosas y ya te las mencioné ayer.

Sentimientos de alivio y alegría se le mezclaron en el pecho en una especie de coctel increíble. ¿Lo estaría oyendo bien? Había asumido que le prohibiría todo lo que le produjera alegría, incluido el interés en el arte, pero al parecer se había equivocado. Y encima acababa de elogiar lo único que en realidad le importaba.

—Sí… —dijo algo anonadada—. Las tres reglas.

—Las tres reglas —repitió con lentitud y la observó como si la estuviera viendo por primera vez. Luego hizo un gesto negativo para deshacerse de una expresión meditativa y volvió a fruncir el ceño—. La señora Brown dijo que no te encuentras bien. Es la segunda noche que tienes problemas de salud y no puedes cenar conmigo. He venido a ver cómo te encuentras.

Penelope tragó con dificultad. Eso se parecía al sueño que había tenido la noche anterior. Sobre la pared a su derecha, una puerta de caoba oscura conectaba su recámara con la del duque, y era mucho más pequeña que la puerta principal por la que acababa de entrar. En el sueño, el duque irrumpía del mismo modo, y ella se quedaba de piedra en la cama y miraba su figura alta apenas un tono más claro que la penumbra a sus espaldas. Tras una breve pausa, comenzaba a avanzar lento hacia ella sin quitarle la mirada de encima. Penelope no podía moverse. Sabía que había ido a tomarla por más que le hubiera dicho que le daría una semana. Y, como el rey de las sombras, se deslizaba en la cama a su lado y la besaba con labios suaves y firmes. Su boca se adueñaba de ella. La envolvía en sus brazos, la atraía hacia su cuerpo hasta que cada centímetro de su piel se fundía en una…

Sus pezones traicioneros se endurecieron al recordar el sueño, y sintió un extraño dolor en el fondo del vientre que hizo que se le humedeciera la piel de sudor. Como tenía que salir de ese extraño encantamiento, avanzó sobre la alfombra afelpada con elaborados patrones rojos hacia el hogar con molduras de piedra. Estiró las manos hacia las rejillas negras dentro de las cuales ardían varios carbones, aunque tenía tanto calor que era como si ella misma estuviera en llamas, y no apartó la mirada de la superficie negra brillante de las rejillas o de los carbones que se veían entre los huecos.

—Estoy muy cansada.

Los pasos del duque sonaron cerca, pero quedaron amortiguados por la alfombra. De pronto, se encontraba a su lado. No le hizo falta verlo. Su presencia era como un orbe de calor. La podía sentir en la piel.

—No te ves cansada —señaló—. Y veo que te encuentras lo suficientemente bien como para pintar. Eso me da esperanza. Ven a cenar conmigo.

Entonces se volvió hacia él. Por todos los cielos, se encontraban a solas. Era peligroso estar a solas con él porque si no discutían y la besaba…

Sin importar lo que hiciera, no debía mirar la cama de cuatro postes con cortinas de color escarlata y un cobertor del mismo color, en especial tras el sueño que había tenido. No debería sentirse atraída hacia él de ese modo. Debía mantenerse firme porque si no lo hacía, él la consumiría.

—Me temo que esta noche, no —le respondió.

Al duque se le oscureció la mirada.

—Te he dado tiempo para que te acostumbres a mí aun cuando por ley y por derecho debes ser mía. Cenar juntos es el modo de acostumbrarnos el uno al otro, pero me desafías…

De pensar en pasar tiempo con él, aunque sea cenando en el comedor con varios lacayos presentes, se le daba vuelta el estómago.

—¿Y me puede culpar? —exclamó—. ¡Si es mi carcelero!

Una sonrisa sombría le cruzó el rostro.

—¿Tu carcelero? Oh, no tienes ni idea.

¿Tenía que ser tan atractivo en el traje de levita negro, los pantalones a juego y las llamas titilantes de las velas sobre la repisa de la chimenea reflejándose en sus ojos oscuros y dándole un brillo hermoso a su piel oliva?

Pero sin importar lo atractivo que se viera, sin importar la facilidad con la que la desarmaba al permitirle pintar o al señalar su talento, debía recordar que ese hombre era el diablo en persona. Por eso, enderezó el cuello y los hombros.

—Está determinado a arruinar a mi padre por motivos que no me quiere decir. Y me dice cómo vivir mi vida.

—¿Ah, sí? —le preguntó con las fosas nasales dilatadas.

—Sí. Pero sin importar lo que quiera creer, *milord*, no es mi dueño. Jamás le perteneceré.

Se miraron a los ojos, y se hundió en la profundidad oscura de sus iris. Respiró con dificultad y lo fulminó con la mirada con la misma intensidad que él lo hacía. Era como si el calor de las rejillas hubiera encendido el aire que los rodeaba.

—Te equivocas, duquesa —le dijo con un tono bajo y peligroso—. Fui paciente contigo. Pero necesitas aprender una lección. Ya eres mía.

Cruzó los dos pasos entre ellos, la envolvió en sus brazos y la atrapó en la prisión de su abrazo. Le selló la boca con los labios cálidos, deliciosos y perversos. Penelope se suavizó durante un instante, pero sabía que, por más que fuera su esposa, no era suya.

Tenía que demostrarse a sí misma que era más fuerte que esa necesidad que la derretía por dentro. Lo empujó esperando que se resistiera, pero para su conmoción, le apartó los brazos de encima y la liberó de inmediato.

El duque la observó parpadeando con el ceño fruncido y una expresión asesina en los ojos abiertos de par en par.

—Muy bien, señora —le dijo—. Si esto es lo que desea, jamás obligaré a una mujer a hacer nada que no quiera. Por lo que tendré que buscar compañía más placentera.

9

SIN COMPRENDER por qué le había dolido el rechazo de Penelope, Preston se apresuró a bajar las escaleras. Un lacayo abrió la puerta del comedor para que pasara, pero se detuvo a mirar el interior de la sala donde otros cuatro lacayos se encontraban de pie, al igual que el mayordomo, Porter, un hombre digno de unos sesenta años, ojos ladeados y una abundante cabellera de color casi blanco. Porter lo miró un instante y se volvió a concentrar en la mesa hermosamente decorada y con dos lugares listos.

Ese era el comedor de Spencer, el lugar donde se podría haber sentado con Penelope para compartir su primera cena como marido y mujer. Pero gracias a Preston, *lord* Beckett y Penelope, eso nunca ocurriría.

La sensación de vacío se le extendió por el corazón como veneno en la sangre. No podía sentarse allí a cenar con el fantasma de su hermano de espectador de su matrimonio condenado. No. Tenía que marcharse. Tenía que huir.

—No cenaré aquí esta noche, Porter —le informó—. Dile a la señora Brown que le envíe comida a la señora.

Tras dar esa orden, se marchó. No sabía a donde iba, solo sabía que debía alejarse de allí. El carruaje ya estaba listo, había pedido que lo prepararan para salir luego de la cena. A pesar de las palabras de enfado que había intercambiado con Penelope, cuando apoyó la mano sobre la superficie suave y fría del pomo del carruaje, supo que no pasaría la noche con una prostituta. Tenía sed de una mujer en la sangre. Pero no era una sed que pudiera saciar cualquier mujer. Era a ella, a la condenada mujer que se encontraba en la segunda planta, a quien deseaba. Nadie más le bastaría.

—Jamás le perteneceré a usted —le había dicho.

Y tenía razón. Jamás sería suya porque siempre le pertenecería a Spencer. Aunque nunca hubiera amado a su hermano y solo lo hubiera estado alentando para conseguir su dinero, Preston comenzó a comprender por qué Spencer había estado tan cautivado por ella.

—¿A dónde quiere ir, *milord*? —le preguntó Sam, su cochero favorito. Era un hombre alto y joven con unos ojos que reflejaban gran amabilidad. Preston siempre había pensado que Sam tenía un talento especial con los caballos.

Lo cierto era que la pregunta lo dejó anonadado. Quería sentir alivio, necesitaba algo físico que lo ayudara a aliviar ese enojo y ese deseo inesperado. ¿Debía buscar al señor Bowen, su instructor de esgrima? No. Era la hora de la cena. No quería alejar al hombre de la mesa familiar y de su esposa. ¿Y si iba a boxear? No, el deporte le resultada horrible y brutal en extremo. No era nada sofisticado y, a pesar de que lo había practicado en el pasado, jamás había sentido la alegría que le causaba a Spencer.

Inspiró una profunda bocanada de aire primaveral que olía fresco, cálido y floral. La fragancia le remitió a un nuevo comienzo, que era exactamente lo que Spencer debería haber gozado con la mujer que se encontraba en la planta superior de su casa y ahora estaba casada con Preston.

Ese matrimonio estaba condenado si el marido estaba buscando la manera de escapar al segundo día, y la esposa jamás había deseado que se llevara a cabo. No estaba seguro de por qué le importaba. La felicidad marital nunca había sido el objetivo de esa unión. Lo único que quería era la venganza y la había conseguido.

En lo más profundo de su ser siempre había deseado que, si algún día decidía casarse, pudiera llegar a escoger una buena esposa. Tras haber visto lo muy felices y enamorados que habían estado sus padres, sabía que anhelar eso era posible. Incluso para un duque. Su mejor amigo, Sebastian, era inmensamente feliz con su esposa, a quien amaba mucho. Pero Preston había echado a perder cualquier oportunidad de tener algo similar en el momento en que decidió casarse con la hija de *lord* Beckett.

Deshaciéndose de esos pensamientos, alzó la mirada a la primera planta de Chalworth Place. Las ventanas de la duquesa daban al exterior de la mansión y no al patio interior. Desde donde se encontraba, las luces de las ventanas del comedor titilaban mientras Porter, los lacayos y las criadas se apresuraban a limpiar la mesa. Las paredes de piedra se encontraban en penumbras, y los rostros de los leones, dragones y querubines que las ornamentaban parecían puntos oscuros en la noche.

La casa contrastaba mucho con Sumhall y Grandhampton, los lugares donde sus padres los habían querido. Dos casas llenas de luz y amor, de peleas y juegos. Hasta el evento terrible que hizo que lo enviaran al internado.

—A Elysium —respondió.

—¿A Elysium, *milord*? —La voz de Sam conllevaba una pregunta implícita, como si estuviera corroborando el estado de salud del duque—. ¿En Whitechapel?

—Sí, en Whitechapel —ladró Preston y se subió al carruaje. Como si el hombre no lo hubiera llevado allí antes. A lo mejor, y era de comprender, Sam estaba sorprendido de que Preston visitara el burdel exclusivo el día posterior al casamiento. No debería haberle respondido de ese modo.

Cuanto más sucio, mejor, pensó Preston al tiempo que el carruaje comenzaba a andar y repiqueteaba contra las calles adoquinadas. Al cabo de unos veinte minutos llegaron a Whitechapel…

Pasaron andando por delante de casas medievales con tejados a medias y escaleras de piedra tan gastadas que partes de los escalones estaban hundidas. Las ventanas tenían paneles de cristal rotos que jamás habían reemplazado. En las calles había muchos charcos de lodo que eran como cenotes en pantanos en los que los carruajes se quedaban varados luego de la lluvia. Whitechapel era el hogar de criminales y ladrones, de prostitutas y de toda la escoria de la sociedad. En su corazón, oculto como la perla de una ostra enterrada en lo más profundo del barro, de las algas y de un barco naufragado que se había hundido en el mar, se encontraba Elysium.

Cuando llegaron, Preston se apeó del carruaje y examinó el edificio. De afuera, parecía un cuadrado similar al resto de las edificaciones de la manzana, construcciones de ladrillo con ventanas negras en las primeras dos plantas y ventanas iluminadas en las plantas bajas, donde se encontraban diferentes tabernas y garitos. No cabían dudas de que, en el interior, varios criminales les enseñaban a los niños a robar carteras, desvalijar casas y quizás hasta a matar. Mientras tanto, las mujeres jóvenes que tenían pocas perspectivas de futuro y no tenían familia

aprendían a ganarse el sustento con el cuerpo.

Al igual que las otras edificaciones, Elysium era un establecimiento de ladrillo de tres plantas que se extendía por toda la manzana hacia la derecha y la izquierda. La planta superior se encontraba en penumbras, lo que indicaba que era la residencia privada del dueño. Pero en la planta baja y la siguiente, las ventanas de cristal se encontraban iluminadas por las luces que proyectaban las velas.

A pesar de las paredes de ladrillo con ventanas de cristal, Elysium no parecía tan viejo como el resto del vecindario. En la entrada, había seis triángulos pronunciados colocados en un semicírculo por encima de la puerta y creaban los símbolos de rayos de sol que los miembros reconocían con facilidad.

Al igual que el sitio de descanso final de los héroes y personajes castos griegos, Elysium era un sitio en el que los miembros podían apostar, cenar, comer, beber y saciar cualquier necesidad física, sin que nadie los juzgara y sin sufrir ninguna consecuencia. Todo era posible en Elysium, el club de Thorne Blackmore, el infame señor B, uno de los hombres más peligrosos de Londres.

Preston cruzó la puerta de entrada y presentó su tarjeta de membresía, que tenía el símbolo de los rayos de sol con triángulos pronunciados y su nombre impreso debajo. El guardia lo reconoció, asintió con la cabeza y lo dejó ingresar al vestíbulo oscuro donde un lacayo se encontraba de pie para tomar los abrigos. Sin embargo, Preston no llevaba abrigo esa noche.

Desde allí, caminó hacia el gran salón. La habitación estaba oscura, con paneles de madera pintados en un tono verde azulado elegante y profundo, iluminados por candelabros de gas. Varias arañas de cristal con velas daban al salón, lleno de mesas redondas donde muchos caballeros de diversas edades cenaban, bajo un suave resplandor dorado. El aroma de algo delicioso llegaba hasta él. Supuso que se trataba de vichyssoise mientras un lacayo lo guiaba por el pasaje adornado que formaban las mesas redondas y las sillas. Reconoció a varios miembros nobles de la alta sociedad. Aunque a muchos no los conocía, iban vestidos tan elegantes como los aristócratas.

Mientras aguardaba la cena, *lord* Robbins y *lord* Mander se acercaron a su mesa y se dejaron caer en los asientos frente a él.

—¡Oh, Grandhampton! —exclamó Robbins. ¿Cuántas veces Preston y Sebastian habían pasado noches de libertinaje con él y otros caballeros? Era extraño encontrarse allí sin Sebastian, pero de lo más entendible ahora que su amigo estaba casado. Ahora él mismo también lo estaba, pero su esposa lo detestaba—. ¿Acaso tu esposa te expulsó de la cama matrimonial?

—¡Oh, cielos! —exclamó Mander, que era un joven de estatura más baja, con doble mentón y una barriga redondeada—. No me esperaba leer las noticias de tu boda esta mañana.

Como esos dos no eran miembros de Tyche, no sabían que había comprado la mano de Penelope en la subasta. Pero como no tenía ninguna intención de decírselos, respondió:

—El motivo de la prisa no es asunto suyo.

—Por supuesto. —Robbins le guiñó un ojo e hizo un gesto con las manos para indicar una barriga redondeada—. La prisa…

Preston cerró los dedos contra la copa de vino.

—Cierra el pico.

En ese momento, le llevaron la cena. Los hombres comenzaron a comer el primer plato: una crema fría de puerros. A su vez, Preston procedió a beber.

Mientras comían, observó tres pitones que se retorcían sobre las ramas de un árbol de marula. Al otro lado de la sala, una pantera recorría una jaula de un extremo al otro.

Sus compañeros mascullaron algo a su lado, pero no les prestó atención, al menos hasta que

Robbins dijo:

—Grandhampton, me preguntaba por qué nunca antes habías demostrado ningún interés por la novia.

—Por favor corrígeme si me equivoco, pero oí que estaba a la venta —añadió Mander.

—Oh —soltó Robbins con una sonrisa arrogante. El sujeto frecuentaba los burdeles como las damas a una modista—. ¿Es cierto, Grandhampton?

Preston sintió que la ira le ardía en el vientre. Bien podía ser que no amara a Penelope y que nunca llegara a amarla, pero aun así era suya. Su esposa. El amor de Spencer.

Antes de que pudiera responder, Robbins dijo:

—Si aún no estás seguro de ella… Es decir, si aún no han consumado el matrimonio, dímelo y lo haré por ti…

Fue la mente ebria de Preston y nada más. De seguro no podía sentir ningún deseo de defender el honor de su esposa y no había sido eso lo que lo llevó a incorporarse de la silla, alzar los brazos, y cerrar los puños contra el cuello del sujeto. Acto seguido, levantó a Robbins de la silla, echó el puño hacia atrás y se lo reventó contra el rostro. El sonido del golpe seco cortó el aire, y tras sentir el contacto con la piel de Robbins, sintió un dolor en los nudillos que lo llenó de satisfacción. Lo golpeó sin cesar en la nariz, las mejillas y el ojo hasta que le brotó sangre de la nariz. Aunque para ese entonces, ya no podía mover los brazos. Varios hombres lo tenían sujetado de los hombros.

—Disculpa, Grandhampton —le dijo Robbins cubriéndose la nariz—. No le quise faltar el respeto a tu duquesa.

—No vuelvas a aparecerte por aquí —le advirtió Preston con un gruñido. La rabia aún le circulaba por las venas y tenía la visión roja.

—Es usted quien debe marcharse, *milord* —le dijo uno de los hombres que lo estaban sujetando—. Por favor, váyase. Su membresía queda revocada.

—Por todos los diablos —masculló Preston al tiempo que emprendía el camino hacia la salida. El suelo le giraba y se movía bajo sus pies.

No recordó cómo regresó a Chalworth Place. Quizás se quedó dormido en el carruaje. Solo recordó que se dirigió a la única habitación que se sentía como un refugio: el estudio. Luego encontró la carta de Spencer y lloró mientras la leía.

Después de eso, no recordó más nada.

10

PENELOPE GOLPEÓ el puño contra la almohada en la que reposaba la cabeza. La habitación se encontraba en penumbras, y el duque se había marchado hacía mucho tiempo. De seguro, se había ido a algún burdel y estaría besando a alguna mujer considerando lo repulsiva que le parecía su compañía.

Los carbones del hogar se habían apagado, y aún bajo la gruesa manta, sentía frío. Observó las sombras de las ramas iluminadas por la luna al tiempo que bailaban contra la pared encima del hogar ornamentado. Al moverse con el viento, rozaban la ventana. Se volvió y clavó la mirada en el cielorraso. Las vigas de caoba estaban cruzadas de tal manera para formar perfectos patrones cuadrados con decenas de rostros entallados en el centro, rodeados por parrales, que le sostenían la mirada.

Sintió una sensación de inquietud que le produjo un escalofrío. Echaba de menos su hogar. Echaba de menos a Alex. Y, oh, santo cielo, cómo echaba de menos a su madre. Por centésima vez, le rezó a su madre en busca de consejo, de apoyo… o de alguna palabra amable de aliento. Lo que fuera con tal de volver a sentirse fuerte y determinada. Rezó por cualquier cosa que la ayudara a soportar todo eso.

Se encontraba sola. Irremediablemente sola. Y así pasaría el resto de la vida. La única compañía que tendría sería la de los carbones apagados, las ramas que rozaban la ventana y los rostros inmóviles del cielorraso.

«No», se dijo mientras se incorporaba. Esa no era ella. Ya había pasado suficiente tiempo escondida en esa recámara. Si ese iba a ser su nuevo hogar, no permitiría que unos muebles de madera y unas ramas descuidadas la intimidaran.

Resuelta, se giró en la cama y colocó los pies sobre la alfombra suave al tiempo que buscaba las pantuflas. Luego encendió la vela que había en la mesita de noche.

En la luz tenue, recogió el chal que colgaba de una silla cerca de la cama y se lo pasó por los hombros antes de ponerse de pie. Notó que la luz de la vela proyectaba más sombras contra las paredes y avanzó hacia la puerta que separaba su recámara de la del duque para apoyar la oreja contra la superficie fría. Intentó escuchar algo durante varios instantes, pero no oyó nada. De seguro aún no había regresado.

Eso le pareció conveniente. Sin él presente, podía hacer lo que quisiera.

Abrió la puerta principal de la recámara y salió al pasillo. La luz mantuvo a la oscuridad a raya mientras avanzaba con coraje hacia las escaleras e ignoraba el chirrido de las viejas tarimas y los susurros del viento a través de las grietas de las ventanas y solo Dios sabía qué más.

Le habían dicho que en la planta inferior había una biblioteca enorme. De seguro, allí habría libros de arte. La casa en sí era como una exhibición de arte, como el tesoro de un coleccionista.

Como ahora era su lugar de residencia, debía convertirlo en un hogar.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca, soltó un jadeo suave al ver que la luz de la vela iluminaba una habitación enorme llena de estanterías que cubrían todas las paredes. Había un escritorio gigante, dos sofás al lado de un hogar y varias sillas para leer distribuidas en diferentes zonas de la sala. Inhaló una fragancia acre y sagrada que le remitió a la de los libros. Sonrió y comenzó a acercarse a una de las estanterías para recorrer los lomos de los libros con los dedos. En esa recámara no podía haber fantasmas. Y si los había, de seguro serían amistosos. Tendría mucho en común con ellos.

Mientras avanzaba entre las estanterías, leyó los nombres de los autores y los títulos de los libros. Tenía pensado recorrer el perímetro entero de la habitación, pero de pronto notó una puerta que debía conducir a otra habitación y se preguntó qué habría allí.

Se armó de coraje y sintió la curiosidad borbotarle en el estómago antes de empujar la puerta y quedarse petrificada. La vela titiló con suavidad imitando a otra más que había sobre el escritorio al lado de la ventana de la pequeña habitación que albergaba menos estanterías y libros que la adyacente. Sobre la silla que había al lado del escritorio, encontró a su marido con el mentón apoyado contra el pecho; roncaba con suavidad.

Tenía las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos, los poderosos antebrazos expuestos, un brazo apoyado sobre el estómago y el otro colgando con lo que parecía una carta entre los dedos índice y mayor. Tenía las piernas largas y musculosas separadas, y Penelope tragó con dificultad al recorrerle los muslos y detenerse en la entrepierna…

Volvió a tragar y apartó la mirada. Sentía que lo que estaba haciendo no estaba bien. Se sentía como una intrusión, como si estuviera tomando ventaja del duque cuando se encontraba vulnerable. Y, aun así, no podía apartar la mirada.

Le habían desaparecido las arrugas en el entrecejo y la expresión de desdén y repulsión constante que se le formaba cada vez que la veía.

Avanzando sobre el suelo de madera, Penelope se acercó a él. El parqué la traicionó y chirrió. El corazón le dio un salto, pero el duque no se movió. El pecho se le infló y desinfló con suavidad y la respiración se le volvió irregular. Cuando se detuvo al lado de él, sintió un cosquilleo en la piel.

Sintió que era ella la que estaba a cargo en ese momento… tenía el control. Durante los siguientes minutos, se quedó perpleja y fascinada observando a un predador dormido. Se veía muy joven y tranquilo, con la frente suave y relajada, la boca aterciopelada y los labios carnosos. Era un hombre muy atractivo, con los pómulos altos, los rasgos pronunciados, las cejas largas, arqueadas y espesas y las pestañas cerradas que le proyectaban sombras bajo los ojos.

Ese debía de ser su estudio. Logró apartar la mirada de él y observó lo que la rodeaba. Había una ventana grande con las cortinas cerradas de un color azul rey. Tres cuadros colgaban de las paredes. Dos de ellos eran representaciones de paisajes, pero apenas los miró, porque su mirada se posó en el tercero, que le robó el aliento.

Era un cuadro de Dánae. Penelope lo conocía porque había estudiado la mitología griega, pero también había visto esa pintura en el libro de arte de su madre. Dánae estaba acostada en una cama desnuda y destellaba bajo una lluvia de monedas de oro.

Según el mito, el padre de Dánae la había retenido cautiva tras oír una profecía que decía que el hijo de ella lo mataría. Durante muchos años, vivió en un calabozo, encerrada y sola por algo que ni siquiera había ocurrido aún. Pero un día, Zeus oyó acerca de esa encarcelación y acudió a ella para desatar una lluvia de oro y liberarla. Por supuesto que Zeus engendró a su hijo, Perseo, quien al final acabó matando al padre de Dánae.

Penelope tragó con dificultad, inspiró y exhaló grandes bocanadas de aire mientras recorría las curvas suaves y voluptuosas de la mujer sobre la que Zeus había derramado tantas monedas. Estudió la esperanza que reflejaba su rostro mientras el oro proyectaba luz sobre la oscuridad que la debió haber rodeado durante tantos años. Zeus había acudido a liberarla del castigo injusto.

No podía apartar la mirada del cuadro. Se imaginó cómo se debió de sentir Dánae de que un dios le hiciera el amor y de saber que gracias a él sería libre. ¿Habría amado a Zeus? ¿Habría detestado a su padre por encarcelarla? ¿Se imaginaba Penelope que había alguien como Zeus que vendría a liberarla del tirano que dormía en la silla a sus espaldas?

La pregunta la hizo volverse a mirarlo. Seguía dormido. Pero delante de él, había varias pilas de carpetas marrones y papeles sobre el escritorio. Entre medio de las pilas, divisó una carpeta de color rojo intenso que le resultó interesante. Acto seguido, se concentró en el trozo de papel que sostenía el duque en la mano. ¿Qué había estado leyendo? Con cuidado, avanzó hasta él y le quitó el papel de entre los dedos.

Tras acercar la vela, se dio cuenta de que se trataba de una carta. No debía entrometerse. Era la correspondencia de otra persona. ¿Cómo podía invadir la privacidad de Preston? Soltó un suspiro y apartó la mirada. Sin embargo, se moría de ganas de saber de qué se trataba.

Los dedos le temblaron de saber que tenía la oportunidad de echar un vistazo a través de una pared de hierro y ver algo que Preston jamás le revelaría. El hombre era un misterio, y ella quería saber más. A lo mejor, la carta le revelaría algo que la acabaría liberando.

Por eso la leyó.

Londres, 3 de septiembre de 1813,

Hermano:

Sé que no pensamos igual en cuanto a muchos temas, incluyendo el de la señorita Beckett…

Miró a Preston. ¿La señorita Beckett? ¿Estaban hablando de ella? ¿Por qué Spencer le habría escrito a su hermano acerca de ella? Siguió leyendo en busca de alguna respuesta.

…y sé que no tienes la mejor opinión de ella…

«¡De seguro que no!».

…pero no es la manipuladora ni la seductora que tú crees que es. Me gustaría explicarte de una vez por todas por qué me gusta tanto.

«¡Manipuladora! ¡Seductora!». ¿Ella? Soltó un bufido y negó con la cabeza. De modo que Spencer sabía la opinión que tenía su hermano de ella. Continuó leyendo.

La abuela tiene razón. Nos peleamos por nada. Mamá siempre estaba decepcionada de mí por ser tan orgulloso y nunca dejarte ganar en nada. Pero tú también eras orgulloso. Supongo que, en ese aspecto, somos más parecidos de lo que nos gustaría admitir.

Al fin y al cabo, fue mi culpa que te enviaran a un internado y no la tuya. Y, aun así, jamás me delataste. Fuiste mi chivo expiatorio.

Por el recuerdo de nuestra madre, me gustaría que dejemos de pelear para poder convertirme en el hermano que nunca tuviste: el que te quiere.

Por favor, ven a la pelea en Portside.

Tu hermano querido,

Spencer

Confundida, Penelope clavó la mirada sobre Preston, que seguía durmiendo. Tenía tantas preguntas… ¿Por qué Preston había sido el chivo expiatorio? ¿Y por qué los dos hermanos habían discutido acerca de ella? ¿Y quién podría haber pensado que Spencer sentía algo por ella cuando siempre lo había considerado un libertino irremediable?

La carta que sostenía en la mano tembló. El recuerdo de Spencer la embargó e hizo que se le congelara el corazón… Había sido un hombre muy atractivo y arrogante, con un poderoso cuerpo y modales impecables. Lo llamaban el duque perfecto, y casi todos los miembros de la alta sociedad pasaban por alto su conducta libertina y encantadora, pues asumían que con el tiempo terminaría sentando cabeza, una vez que lograra satisfacer su apetito masculino y dejara varias decenas de vírgenes arruinadas y viudas escandalizadas.

Spencer siempre había tenido algo que decir. Con él, las conversaciones siempre fluían con facilidad. A Penelope le había parecido un buen amigo y una agradable compañía; su relación guardaba un balance constante entre el respeto y el encanto. Como el duque había aprobado sus planes artísticos, no se había sentido tan sola.

De repente, una sombra oscura se incorporó abruptamente, y su marido se encontró de pie delante de ella. Penelope soltó un jadeo al tiempo que Preston le arrancaba la carta de la mano. La suavidad y la paz que le había visto antes en el rostro había desaparecido. Y, ante ella, se hallaba un león despierto. Y de lo más enfurecido.

—Pero ¿qué diablos haces? —le preguntó Preston.

Su propia voz sonó como un trueno. Penelope sostenía la carta de Spencer. Y, sin dudas, la muy condenada acababa de leerla. Preston se la arrebató de las manos y la arrojó sobre la superficie abarrotada del escritorio.

Esa mujer no solo se había interpuesto entre él y su hermano como un motivo constante de disputa durante varios meses, sino que también acababa de invadir la última cosa buena que lo conectaba con él.

A Preston le dolía tanto la cabeza que no podía pensar con claridad. Las náuseas le invadieron el estómago. Sin dudas, ese era el resultado de todo el coñac que había bebido en Elysium.

—Disculpe… —le dijo con los ojos celestes destellando.

Sintió un aguijonazo de empatía, pero lo hizo a un lado. No permitiría que lo manipulara para que sintiera pena que no se merecía. De no ser por ella, Preston y Spencer no se hubieran peleado la noche en que su hermano falleció. Spencer no habría ido solo a Portside; de hecho, Preston debería haber insistido en acompañarlo sin importar lo enfadado que estuviera Spencer con él. Entonces, Preston habría estado allí para salvar a su hermano de la golpiza. Y se hubieran convertido en verdaderos hermanos, como siempre debieron haberlo sido.

—¿Cómo te atreves a revisar mis objetos personales? —gruñó.

—¡No estaba buscando nada! Es solo que… no sabía que habían discutido acerca de mí. ¿Por qué discutieron?

Preston sintió un estremecimiento. ¿De verdad quería saber por qué habían discutido sobre ella? La rabia lo embargó. Y para añadir leña al fuego, llevaba puesto un camisón prácticamente

transparente. La piel le brillaba a través de la fina tela de encaje que le cubría el pecho. Como no tenía puesto corsé porque nadie se lo pondría para dormir, se le veían los hermosos pezones rosados, erguidos y redondeados a través de la tela. Bajó la mirada al dobladillo del camisón. No llevaba enaguas. No llevaba nada debajo del camisón, solo la piel cálida.

Le podía recorrer las piernas con los dedos y llegar hasta la intersección de sus muslos para tenerla desnuda y libre… toda para él. ¿Acaso tendría la piel cálida y suave? Apretó los puños para detenerse antes de estirar la mano para descubrirlo.

Eso estaba mal. Nunca debería sentir ese deseo, ese anhelo por ella. Spencer había amado a Penelope. Casarse con ella no había sido más que un intento desesperado de enmendar las cosas con su hermano y vengar su muerte. Eso era todo lo que podría ser para él.

El recuerdo de la última noche en la que discutieron acerca de ella le invadió la mente como un rayo. Spencer no se había equivocado al señalar el orgullo de Preston.

—Eres tu peor enemigo —le había dicho Spencer—. Te apresuras a juzgar y no estás dispuesto a cambiar de opinión. Tu orgullo acabará alejando a todos los que te amen. No vengas a mi pelea esta noche.

Y, de hecho, el orgullo de Preston había apartado al hermano que lo había amado. Al final, se había convertido en el motivo por el que Spencer fue solo a los muelles. El motivo por el que murió.

—¡Lárgate! —rugió con la voz tan alta, que Penelope parpadeó y se encogió ante su mirada.

—No —se negó enderezando los hombros—. Lamento haber leído una carta privada. No debería haberlo hecho, pero no me marcharé hasta saber por qué me mencionan en ella.

—¡Lárgate! —rugió aún más fuerte al tiempo que una furia inconmensurable lo desgarraba por dentro.

—*Milord*, entiendo que le debe doler su muerte. ¿Lograron hacer las paces? ¿Qué ocurrió?

—¡Te dije que te largues!

—No hasta que me explique…

No la dejó terminar. Si no le hacía caso, iba a tener que obligarla. La tomó del codo y se la acercó aún más. Sintió los pechos suaves y deliciosos apretados contra el torso.

—¿Quieres que te explique algo? —le preguntó cerca del rostro—. Permíteme ser bien claro. Tú no demandas nada. Tú escuchas y haces lo que te digo. Te marcharás y regresarás a tu habitación. En tres días, te vestirás como una duquesa e iremos a la velada de *lady* Leroy, donde nos presentaremos por primera vez en sociedad como pareja casada. Hasta entonces, no quiero verte ni saber de ti. ¡Y nunca vuelvas a mencionar el nombre de mi hermano!

Tras decir eso, la arrastró hasta la entrada, la empujó afuera y le cerró la puerta contra el rostro perplejo.

Temblando, soltó una profunda bocanada de aire y regresó a sentarse en la silla. Recogió la carta de Spencer y la alisó con los dedos temblorosos. La cabeza se le partía del dolor, pero no era nada en comparación con la culpa que lo carcomía. Volvió a leer la carta y dejó caer la cabeza exhausto y lleno de dolor.

¿De verdad estaba furioso con su esposa por haber leído la carta… o estaba aterrado de que descubriera lo que le pasaba por dentro? No solo sentía culpa por la muerte de Spencer. Había algo más, algo mucho peor que no había notado antes. Había una pequeña parte de él que estaba feliz de que no fuera Spencer quien se había casado con Penelope.

¿Eso lo convertía en una terrible persona? ¿La habría deseado en secreto desde el comienzo?

11

DOS DÍAS DESPUÉS, el querido esposo de Penelope irrumpió en el medio del almuerzo apestando a perfume y alcohol y con unas bolsas oscuras debajo de los ojos.

Le pareció que quizás había exagerado en su deseo de no verla, pero de todos modos hizo lo mejor por mantenerse alejada de él. A pesar de eso, le había preguntado por él a la señora Brown la noche anterior, y el ama de llaves le había informado que el duque había salido.

—Oh —dijo mientras tomaba un trozo de pollo del estofado que tenía en el plato y se lo llevaba a la boca para masticarlo y soltar un gemido de satisfacción. Penelope lo miró perpleja—. Mi esposa. Veo que intentas forzar una sonrisa y dar un falso aspecto de felicidad. Típico…

Penelope soltó un jadeo.

—Señor, no se está comportando como un caballero. ¿Acaso está ebrio?

El duque se aclaró la garganta, la recorrió con la mirada y se bamboleó.

—En eso estoy de acuerdo contigo, cariño. ¿Qué otra cosa debería hacer además de beber? Mi futuro es lúgubre. Debo pasarme el resto de la vida con la mujer con la que jamás me habría casado si mi hermano no hubiera muerto.

Tras decir eso, se marchó. A Penelope se le sonrojaron las mejillas y notó unas miradas de soslayo por parte de uno de los lacayos que se encontraba contra la pared.

Más tarde ese mismo día, Calliope fue a visitarla a la hora del té. Le resultó una agradable distracción del conflicto con Preston, y hasta le sorprendió que tuvieran mucho de qué hablar. Calliope era una mujer fuerte y muy inteligente con voluntad propia.

Penelope apoyó la taza sobre el platillo que luego dejó sobre la mesa. La sala de estar era la única habitación en toda la residencia que tenía un aspecto más femenino. Las paredes eran de un tono amarillo pastel y estaban llenas de pinturas con coloridos paisajes de las colinas del campo inglés bajo los rayos del sol y en plena floración. Los cristales claros de las ventanas permitían que se colara la luz del sol; unas cortinas turquesas colgaban del cielorraso coronadas con una cenefa exquisita. Una alfombra grande con patrones amarillos y turquesa cubría la mayor parte del suelo.

—Mi madre decoró esta habitación —le contó Calliope con una sonrisa triste al tiempo que miraba alrededor—. La última vez que estuve aquí debió de haber sido hace ocho años. Spencer siempre venía de visita a Sumhall, aun cuando se mudó aquí. Mamá detestaba esta casa. Decía que era ostentosa y fría. La sala de estar era el único sitio que le permitieron remodelar. Quedó muy femenina, ¿no te parece?

Penelope asintió con la cabeza.

—Pues, sí. Debo confesar que es mi habitación favorita.

Calliope tomó la taza de té.

—La mía también. ¿Cómo van las cosas con mi hermano?

Penelope tragó y buscó una galleta. Las lágrimas se le acumularon en los ojos, pero luchó por contenerlas.

—Es… nos estamos adaptando.

—Pero no está siendo irrespetuoso, ¿no?

Penelope tomó una profunda bocanada de aire.

—No quiero hablar mal de tu hermano.

Calliope soltó un suspiro.

—De modo que la respuesta es sí. Por favor, sé honesta conmigo. Solo deseo ayudarte. Y sé que puede ser muy terco.

—Aun así, no me gustaría… —Se dio cuenta de que perdió la batalla porque los ojos se le llenaron de lágrimas.

Calliope le cubrió las manos con las suyas.

—Oh, por favor, dime qué sucede. Es evidente que ha hecho algo que te molestó. Ahora eres mi hermana. Por favor, cuéntamelo.

A Penelope se le hundieron los hombros. Los ojos de Calliope reflejaban mucha amabilidad. Y Penelope no tenía a nadie con quien compartir sus problemas ni una madre a la que pedirle consejos. A lo mejor Calliope la podría ayudar a vivir en paz con su nuevo marido.

—A decir verdad, no sé por qué tu hermano se casó conmigo cuando me odia tanto. Me da órdenes. Me dice a la cara todo lo malo que piensa de mí. Se embriaga y se pasa noches enteras afuera…

Calliope soltó un suspiro.

—¿Se pasa la noche bebiendo? Es un hombre casado y debería haber abandonado sus hábitos de libertino. Estoy segura de que lo hará cuando se adapte al cambio abrupto. Puede ser difícil acercarse a él, pero en el fondo, es muy sensible. Es muy protector y tiene un corazón gigante.

No le había prohibido pintar. A pesar de que eso no demostraba nada de un corazón amable.

—Quizás muy en lo profundo —le dijo Penelope—. Y muy oculto.

Calliope le dio una palmada en la mano.

—La verdad es que la muerte de Spencer le dolió mucho más de lo que admite. Él y Spencer peleaban como dos gallos enfurecidos, pero Preston siempre acudía a las peleas de boxeo de Spencer para darle su apoyo, y Spencer iba a alentarlo cuando competía en esgrima. Una vez, Spencer tomó el caballo favorito de papá para ir a cabalgar a pesar de que lo tenía prohibido. Cuando regresó, el caballo cojeaba, pero Preston asumió la culpa. Además, siempre era el primero a la hora de protegerme de mis padres cuando cometía alguna travesura de pequeña.

Penelope frunció el ceño. ¿De verdad el duque había sido un niño altruista como el que Calliope describía cuando lo único que hacía ahora era mofarse de ella y tratarla como si fuera su enemiga? De repente, recordó algo de la carta.

—¿A Spencer y *lord* Richard los enviaron a un internado? —preguntó al tiempo que recogía la tetera y rellenaba la taza de Calliope y la de ella.

Calliope frunció el ceño.

—No, solo Preston. ¿Por qué lo preguntas?

Penelope levantó la taza de té y recorrió el asa con un dedo.

—¿Por qué solo él?

Calliope se mordió el labio inferior.

—Te lo contó, ¿no? Está bien. Como ya lo sabes… Sucedió en Grandhampton cuando Spencer tenía diez años y Preston ocho. A mí me lo contó Spencer mucho después. Al parecer, se

habían peleado, y Spencer fue quien provocó a Preston. Estaban afuera y comenzaron a empujarse y a perseguirse corriendo. En la parte trasera de la edificación, había una construcción y habían llevado unas ventanas francesas para colocar en la casa. Spencer dijo que, en el ardor del momento, empujó a Preston con mucha fuerza. Spencer siempre había sido más grande y más fuerte, pero Preston era más pequeño y más veloz. Por eso, logró esquivarlo y huir. Pero Spencer perdió el balance y se cayó contra la ventana que estaba apoyada contra la pared a medio construir y luego en una cantera.

Penelope soltó un jadeo y apoyó la taza de té al tiempo que se imaginaba a los dos hermanos peleando de ese modo tan peligroso.

—¿Y luego qué pasó?

—Spencer casi se desangró. Fue bastante grave, y mis padres estaban conmocionados. Preston no les dijo que Spencer había sido el que había comenzado la pelea ni que los actos de Spencer lo habían llevado a caerse. Dijo que era su culpa. Pero no sé exactamente por qué.

Penelope apretó el asa de la taza con mucha fuerza mientras oía con atención.

—Pero mamá y papá se asustaron mucho por Spencer —continuó Calliope tras una breve pausa para beber té—. Pensaron que moriría. Papá se enojó con Preston y le dijo que estaba harto de que desobedeciera a todos y cometiera muchas travesuras y que se había vuelto peligroso. Por eso lo envió a Escocia, al internado Mackenzie que queda cerca de Eilean Donan. Los Mackenzie son parientes lejanos… Creo que el octavo duque de Grandhampton se casó con una Mackenzie. Quizás por eso mi padre tenía el cabello caoba y los ojos celestes. El pobre Preston pasó muchos años en el internado pagando por el castigo de Spencer y jamás le dijo nada a mis padres.

A pesar de lo que sentía por su marido, Penelope se lo imaginó como un niño de cabello oscuro y ojos negros y serios viviendo en las montañas del norte, en un sitio frío, oscuro y desolado. De seguro, había echado de menos su hogar y había pensado en sus hermanos, que pasaban todos los días de sus vidas con sus padres que los adoraban.

Debió haber sido una época muy solitaria para él. Sin embargo, no debía sentir pena por él por el simple hecho de que Calliope le hubiera contado algunas cosas acerca de su pasado. Quizás había sido leal a su familia, pero sin dudas no era leal a ella ni a su padre.

—Lo que me cuentas le hace justicia —confesó.

Calliope asintió con la cabeza.

—Dale tiempo. A todos nos sorprendió que se comprometieran, sobre todo porque Spencer era el que estaba enamorado de ti.

Penelope entrecerró los ojos al recordar que eso era lo que había dejado entrever el difunto duque en la carta.

—Siempre pensé que solo me veía como a una amiga, pero hace poco descubrí que tenía sentimientos más profundos por mí.

—¿De verdad? Bueno, era un libertino, de modo que es fácil de comprender que su atención te confundiera. No sé por qué no habló contigo ni dejó claras sus intenciones. Pero ya no hay nada que se pueda hacer. Lo que importa ahora son Preston y tú. Él es el que más ha sufrido la pérdida. Spencer y Preston peleaban acerca de todo, pero siempre supe que eso era porque en el fondo eran muy parecidos. No peleaban porque se detestaban, sino porque se querían mucho.

Según la carta de Spencer, Calliope estaba en lo cierto.

—Por favor, no te des por vencida con él —le pidió Calliope—. Intenta verle las buenas cualidades.

Penelope asintió con la cabeza.

—Está bien. —Pero lo cierto era que no podía. Al menos no en ese momento.

—Hay otro asunto del que te quería hablar… ¿Iras a la velada de arte de *lady* Leroy mañana por la noche?

—Sí —repuso Penelope—. El duque me dijo que asistiremos.

—Bueno… he oído… —Calliope bajó la mirada y se estrujó las manos—. He oído un rumor bastante extraño —dijo con suavidad—. No se sabía con certeza si te iban a recibir allí.

Penelope frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Alzó la mirada y vio a Penelope preocupada—. A lo mejor esté relacionado con la inminencia de tu matrimonio. No se anunció en los periódicos, ni tampoco se cortejaron.

A Penelope se le formó un nudo en el estómago. Jamás había sido una favorita de la alta sociedad, pero tampoco había sido una paria. Ahora que se había casado, las consecuencias del matrimonio no eran tan significativas como si estuviera soltera.

Lo único que de verdad le importaba era su reputación de artista, así como también tener la posibilidad de pintar y vender su arte. Por eso, la conexión con la duquesa de Ashton y otras personas influyentes en el mundo del arte se podría ver dañada por una mala reputación.

—¿Acaso es posible que crean que sucedieron cosas inapropiadas entre el duque y yo antes de la boda? —preguntó Penelope.

—No he oído nada específico —le contestó Calliope—. Pero voy a investigar y ver qué más descubro. —Estiró la mano para apretarle el brazo a Penelope. Sus ojos cálidos reflejaron bondad —. No te preocupes, hermana. Sin importar de qué se trate esto, estaremos a tu lado.

12

EL DÍA de la velada de *lady* Leroy, la modista le envió un nuevo vestido a Penelope. La criada la ayudó a vestirse y le hizo un tocado intrincado al tiempo que a Penelope se le formaban varios nudos en el estómago al recordar la preocupación de Calliope del día anterior.

El duque se encontraba al pie de las escaleras cuando descendió envuelta en satén suave de color lavanda. Preston alzó el rostro hacia ella, y se le agrandaron los ojos destellantes. La mirada de su marido se intensificó tanto que pareció amenazador.

Un escalofrío la recorrió. Una pequeña parte de ella había querido impresionarlo. La señora Newman había diseñado un hermoso vestido, digno de una duquesa, con encaje y cristales cocidos en el patrón de parra del busto.

El duque asintió con la cabeza cuando se detuvo ante él y, sin intercambiar ni una palabra, se dirigieron hacia el carruaje. El silencio se rompió en el interior del vehículo.

—Iban a retirar tu nombre de la lista de invitados —dijo Preston al fin—. Pero me negué a permitirlo. Te ruego que esta noche no deshagas mis esfuerzos y me avergüences.

De modo que Calliope tenía razón. De algún modo, se había convertido en una persona deshonrada. El ardor en el estómago hizo que se le subiera la bilis a la garganta.

—¿Por qué? —logró preguntar—. ¿Acaso puede arrepentirse de haberme obligado a casarme con usted? ¿No se arrepiente ya?

—No quiero deshonrar el nombre de mi hermano.

Eso la dejó sin aliento. Como no podía discutirle, se volvió hacia él.

—*Milord*, yo… jamás deshonraría su nombre.

La mirada intensa de su marido se concentró de ella. El duque tragó con dificultad, asintió abruptamente y apartó la mirada.

Llegaron a una casa hermosa en Burlington Square. No era tan grande como Chalworth Place, pero se trataba de una mansión de ladrillo conciso con enredaderas verdes que cubrían la mitad de la fachada.

Cuando Penelope y Preston entraron en el salón de baile iluminado, los invitados se congelaron y se volvieron a mirarlos al igual que la noche en la que Preston llegó a Almack’s. Penelope se quedó sin aliento ante toda esa atención. Preston estaba en lo cierto. Esa era su primera presentación en sociedad como duque y duquesa de Grandhampton.

Preston la condujo por el salón de baile decorado con muebles de colores claros y modernos. Era un gran contraste con el mobiliario oscuro de Chalworth y los rostros ceñudos de los anteriores duques y duquesas. Preston le presentó a varios marqueses, marquesas, condes y condesas, así como también a sus hijos. Conocía a algunos de las temporadas anteriores, aunque no de manera formal, porque solía quedarse rezagada y no buscaba que le presentaran a

miembros de la sociedad que se encontraban por encima de su estatus, a excepción de la duquesa de Ashton.

Las paredes eran de color verde menta y estaban divididas en paneles rectangulares separados por decoraciones trenzadas. Unos espejos ovalados colgaban del centro de algunos paneles y hacían que la habitación se viera más grande y más iluminada. Varios cuadros colgaban de las paredes, y Penelope anheló detenerse a contemplarlos uno por uno. En una esquina de la habitación, un cuarteto de cuerdas tocaba una melodía de Bach, y varios lacayos circulaban entre los invitados con bandejas llenas de bebidas.

Preston le presentó a la anfitriona, *lady* Leroy, una dama alta de unos cuarenta años que recorrió a Penelope con una mirada llena de prejuicios antes de forzar una sonrisa artificial y dirigirse únicamente a Preston. Al parecer, los esfuerzos de su marido le habían permitido ingresar al baile, pero eso sería todo.

Al cabo de unos instantes, *lady* Leroy se disculpó y los dejó, pero una dama de unos cincuenta años se acercó a ellos. Era una mujer hermosa con ojos grandes y celestes, y, siguiendo la moda reciente, llevaba un turbante con plumas largas de pavo real bajo un broche de zafiro. Le ofreció a Preston una sonrisa de oreja a oreja y dejó al descubierto los dientes de conejo.

—*Milord* —lo saludó abanicándose—. Qué sorpresa más agradable.

—Lo mismo pienso, *lady* Whitemouth —repuso—. Permítame presentarle a mi esposa.

La dama recorrió a Penelope con la mirada.

—Por supuesto, *milord*. Felicitaciones por la boda. Debo confesar que la noticia de que una afortunada dama consiguió que el duque de Grandhampton sentara cabeza nos ha conmocionado a todos.

¿Acaso estaría buscando información acerca del motivo acelerado del compromiso como Calliope había asumido? Resuelta a no darle ninguna excusa para esparcir chismes, Penelope no dijo nada y se limitó a sonreírle hasta que parte de la bravuconería de *lady* Whitemouth se desvaneció.

—¿Qué le parece su nuevo hogar, Chalworth? ¿Le agrada?

Penelope sintió un aguijonazo de enfado. Lo cierto era que la casa no le gustaba en lo más mínimo. Era incómoda y fría, y era como vivir en una sala de baile y no en un verdadero hogar.

Entonces, otra dama y un caballero se unieron al pequeño círculo. Los presentaron como *lady* Isabella, la hija de la condesa de Whitemouth y el señor Stalt.

—Me encanta la famosa colección de arte de la familia Seaton —repuso Penelope en el intento de mencionar algo que realmente le agradara de su nuevo hogar.

—¿Y cuál es su pieza de arte favorita? —le preguntó el señor Stalt.

—Oh… —pensó Penelope—, sin dudas, la Dánae de Rembrandt.

—¿Y por qué esa en particular? —le preguntó *lady* Isabella.

Penelope tragó con dificultad y sintió la mirada del duque sobre ella como una antorcha caliente.

—Porque a pesar de que la encarcelaron por algo que escapaba su control, perseveró. Me encanta el brillo interno y la fuerza de Dánae y deseo que cualquier mujer en esa situación pudiera tenerlos.

Miró a su marido a los ojos y sintió un cosquilleo en todo el cuerpo.

—A lo mejor Dánae se lo buscó. ¿No has pensado eso? —le preguntó el duque con aspereza.

—Ese es el razonamiento de todos los tiranos de la historia. —Penelope le sostuvo la mirada desafiante.

—Disculpe, ¿acaso están hablando de la Dánae de Rembrandt? —preguntó un hombre de

casi cuarenta años que se acercó al círculo. Tenía un rostro alargado y grande con ojos estrechos, una nariz en gancho y unas cejas arqueadas y gruesas.

—Sí, señor Turner —repuso la condesa de Whitemouth—. La duquesa de Grandhampton estaba diciendo que es su obra favorita en Chalworth, su nuevo hogar.

El suelo pareció hundirse bajo los pies de Penelope mientras estudiaba al artista más talentoso y famoso de toda Gran Bretaña. Su sueño imposible era aprender de él y convertirse en su estudiante. Sus cuadros eran maravillosos.

—¿Señor Turner? —preguntó Penelope en un susurro—. ¿El célebre señor Turner?

—Si se refiere al artista, duquesa, así es —repuso su marido con voz de acero.

—Es un placer conocerla, *milady* —le dijo el señor Turner al tiempo que asentía con la cabeza y le ofrecía una sonrisa.

Penelope casi podía sentir la desaprobación de su marido, pero no le sorprendía que tuviera objeciones. Si hasta le molestaba que respirara bajo el mismo sol que ella. Pero no debía importarle. Tras veintiún años con su padre, de seguro se había acostumbrado al descontento de los hombres.

Le sonrió al artista.

—El placer es mío, señor. Soy una gran admiradora de su trabajo. En la exhibición anual de verano de la Real Academia, vi su pintura *Pescadores en el mar*… Fui con mi madre… Recuerdo que me quedé concentrada en la luna refulgente, el bote lleno de hombres que luchaban contra el mar y no pude apartar la mirada. Ese fue uno de los primeros momentos en que supe que, mientras viviera, jamás quería estar sin un pincel en la mano.

La gente que la rodeaba guardó silencio y, cuando vio el rostro de su marido, se sorprendió de que no tuviera el ceño fruncido. Por el contrario, tenía una expresión abierta y relajada. Era como si las paredes de ira y dolor hubieran desaparecido. Fue entonces que vio lo que Calliope debía de ver en su hermano.

—Le agradezco mucho ese tributo —le dijo el señor Turner—. No sé si me lo merezco, pero se lo agradezco. Al igual que usted, yo tampoco deseo estar sin un pincel en la mano durante lo que me quede de vida. Muy bien dicho, *lady* Grandhampton.

—Disculpen —intervino su marido sin quitarle los ojos de encima—, debo hablar de inmediato con mi esposa. Duquesa, por favor…

Hizo un gesto en la dirección de una salida y la siguió. Sintió la mirada pesada y cálida en la espalda a medida que avanzaba entre personas que hablaban, reían, coqueteaban y chismorreaban. Estaba segura de que muchos la estaban mirando a ella, la nueva duquesa de Grandhampton, mientras hablaban entre susurros.

Cuando llegaron al pasillo y quedaron fuera de la vista de los invitados, la sujetó del codo que llevaba cubierto por un guante alto y la arrastró detrás de una cortina que había en una esquina y cubría una ventana alta bloqueada por una frondosa planta.

Quedaron sumidos en la oscuridad, iluminados por un único rayo de luna que se colaba por la ventana. Penelope tenía la respiración agitada, y Preston se ciñó sobre ella apretando cada centímetro del cuerpo alto y duro contra el de ella. Podía oír el latido de su propio corazón en las orejas.

—*Milord*… —comenzó sin reconocerse la voz áspera.

Preston no la dejó decir más nada. Le dio un beso cálido, suave y demandante al tiempo que se daba un festín con sus labios como si fueran un postre del que no podía saciarse. Utilizó la lengua… oh, esa lengua habilidosa y desafiante que la saboreaba y se enredaba con la de ella.

Preston sabía a vino y algo picante y delicioso, un sabor del que deseaba más y más. Su

fragancia se le impregnó en las fosas nasales, al tiempo que la rodeaba con los brazos y le masajeaba la espalda hasta llegar al trasero y apretárselo. La arremetida de deseo que la recorrió entera hizo que se le debilitaran las piernas como si fuera un flan tembloroso.

Luego el duque le apoyó una mano contra un seno y se lo masajeó. La piel le cosquilleó y los pezones se le endurecieron como piedras y le dolieron. Sintió placer en la entrepierna, que ahora tenía hinchada y le latía de manera extraña y deliciosa.

Cuando soltó un gemido contra su boca, él le respondió con otro gemido, como un animal doloroso que compartía la misma urgencia que ella.

El duque le levantó uno de los muslos y le subió el borde del vestido y la enagua hasta las caderas. La mano grande y cálida le dejó un rastro de fuego contra la piel de la cara interna del muslo.

Oh, ¿qué haría luego? ¿Qué podría querer con esa mano…?

Antes de que pudiera terminar de formular la pregunta, sintió que los dedos se hundían entre los pliegues de su sexo, y se estremeció y soltó un jadeo.

—*Milord*… —soltó alarmada y molesta de quererlo allí.

—Shhh —la silenció con los ojos oscurecidos y ardientes de deseo—. Esto será bueno. Lo vas a disfrutar. Ven.

Le volvió a cubrir la boca con la suya y la besó hasta vaciarle la cabeza y llenarle el cuerpo de sensaciones, de placer y de deseo.

Movió los dedos entre los pliegues para explorarla y provocarla. Y luego encontró un punto que se sintió el epítome de todo lo que era dulce y bueno en su cuerpo, el centro de todo.

Soltó un gemido decadente y no le importó si algún lacayo andaba por allí, ni mucho menos la condesa de Whitemouth o el señor Turner. Lo único que le importaba era esa necesidad palpitante de ser satisfecha; la necesidad de algo hermoso y maravilloso que requería su cuerpo y que él le podía dar.

Preston la siguió acariciando sin cesar hasta que la dulce agonía fue incrementándose, acumulándose hasta llevarla más y más alto, hasta acercarla al cielo. Se sentía más ancha y pesada, pero tenía los músculos más maleables que la miel.

Y luego pensó que no podía soportarlo más, pero Preston le pellizcó ese punto maravilloso y se lo frotó un poco más. Algo la embargó… fue como si la luna estuviera haciendo la oscuridad de las nubes de la noche a un lado. Un placer mayor al de ver todos los cuadros del mundo combinados la abrasó.

Mientras Penelope gemía, Preston le cubrió la boca con la mano y la sintió moverse en olas y aferrarse a sus hombros. Con el brazo libre se la acercó al pecho para no dejarla caer.

De pronto, el océano de placer desapareció, y Penelope se sintió como una pesada bolsa de músculos y huesos derretidos hundida en los brazos de su marido. Respiró contra el pecho duro e inhaló el aroma de sus prendas limpias y de la colonia masculina. Sintió algo largo y duro apretado contra el vientre.

—¿Qué fue eso? —le preguntó alzando la mirada para ver sus ojos oscuros.

—Una demostración del placer que te puedo dar cuando estés en mi cama —le respondió con voz seductora—. En tres días, te convertirás en mi esposa en todos los sentidos.

—¿Cómo dice? —Frunció el ceño, y la intimidad y cercanía del momento desapareció. Penelope enderezó la espalda y se apretó contra la pared para apartarse de él.

—¿Recuerdas nuestro acuerdo? Me darás un hijo de heredero y uno de repuesto. Luego puedes vivir tu vida como te venga en gana, sin mí.

Una ola de ira la recorrió entera ante el tratamiento frío del duque. ¿Cómo podía actuar tan

tierno y cariñoso en un instante y hacerla a un lado como una alfombra usada al siguiente? ¿Y cómo había podido responder de ese modo a sus caricias?

—¿Vivir sin usted? —Se mofó e hizo la cortina a un lado—. No veo la hora, *milord*.

13

HABÍA PASADO una semana exacta desde que Penelope y Preston se habían casado.

A Penelope le temblaba la mano, y la línea del tronco de un árbol que había dibujado en el cuaderno de bocetos se volvió ondulante y despareja. El jardín de verano que había estado dibujando en base a como se lo había imaginado se veía más gótico y tormentoso que la imagen original.

Su marido, sentado en un sofá frente a ella y leyendo un periódico, esperaba acostarse con ella esa noche.

Luego de la experiencia trascendental que le había hecho experimentar detrás de la cortina en el baile de *lady* Leroy hacía tres noches, se había vuelto frío como una piedra. El comportamiento de su marido la confundía. ¿Cómo podía ser más frío que un témpano en un momento y luego encenderla con una caricia al siguiente?

Y ese placer que le había hecho sentir en el baile… Jamás había experimentado nada como eso, ni siquiera sabía que eso era posible. Era evidente que, aun siendo duro e implacable, sabía lo que estaba haciendo.

Había considerado empacar sus pertenencias y escapar. A pesar del modo en que Preston la había hecho sentir, y los sueños exquisitos que había tenido con él, de solo pensar en compartir más cercanía física, se ponía muy nerviosa. Ya le había entregado su libertad. Y ahora quería su cuerpo.

—*Lord* Beckett ha venido a verla, *milady* —anunció Porter tras entrar en la sala de estar.

Penelope alzó la cabeza y se quedó con el lápiz congelado sobre el cuaderno de bocetos. Por su parte, el duque se apoyó el periódico sobre las rodillas.

—¿Mi padre ha venido? —preguntó Penelope.

—Así es, *milady* —confirmó Porter con una expresión de preocupación en el rostro.

Preston se incorporó de un salto.

—Por favor, dile que la duquesa no se encuentra en casa.

—¿Qué ha dicho? —Penelope negó con la cabeza y se volvió hacia Porter—. Por supuesto que no le dirás eso. Por favor, tráelo aquí. Y prepáranos el té, por favor.

—Muy bien. —Porter asintió con la cabeza y se marchó de la habitación.

Penelope miró a Preston a los ojos.

—Me ha prohibido ayudarlo, pero no me puede prohibir ver a mi propio padre, *milord*.

Preston no dijo nada, simplemente la fulminó con la mirada enfurecido en silencio.

Cuando la puerta se abrió y entró su padre, Penelope reprimió el impulso de ocultar el cuaderno de bocetos bajo un almohadón. Ahora que no vivía más con él, no le podía prohibir nada.

—Padre. —Lo saludó inclinando la cabeza.

Con el rostro sonrojado, su padre se obligó a sonreír. Jugueteó con las manos y se frotó las palmas por encima de los pantalones al tiempo que miraba a Preston a los ojos. Su marido lo fulminó con la mirada sin dirigirle la palabra.

Su padre miró alrededor.

—Qué sala de estar más maravillosa.

—¿Cómo lo puedo ayudar, *lord* Beckett? —le preguntó Preston con frialdad.

—*Milord* —intervino Penelope—. No hay necesidad de ser grosero con él. Padre, por favor, tome asiento. En breve nos traerán el té.

Su padre asintió y se apresuró a sentarse en el sofá frente a ella. Para su sorpresa, Preston se acercó y se sentó al lado de ella. Tomó el cuaderno de bocetos y lo colocó sobre la mesa que había entre los dos sillones.

La mirada de su padre se concentró en el boceto sin terminar, y Penelope sintió que se le encendían las mejillas al tiempo que esperaba que la regañara. Pero apenas parecía haber reparado en el boceto.

—He venido a ver cómo te encuentras, hija —le dijo—. ¿Cómo te estás adaptando a tu nueva vida?

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta y Porter entró con la bandeja del té. La colocó sobre la mesa y les sirvió tres tazas antes de retirarse de la sala.

Mientras observaba cómo su padre tomaba la taza y bebía un sorbo, pensó que tenía una máscara de amabilidad falsa cubriéndole los rasgos. Intentaba parecer cordial, pero Penelope no recordaba ninguna ocasión en la que se hubiera comportado tan amable con ella desde la muerte de su madre.

—Me estoy adaptando bien —repuso tomando su propia taza—. Gracias por venir. ¿Cómo ha estado, padre? ¿Se encuentra bien de salud?

Lord Beckett hizo un ademán.

—No, demasiado bien, no, querida. Tengo dolores de cabeza… problemas estomacales… y algunas otras dolencias.

Penelope frunció el ceño. ¿Se debería a la bebida?

Acababa de abrir la boca para preguntarle eso cuando vio que la mirada de su padre recorría la habitación y reparaba en el busto de mármol de uno de los duques anteriores, en los cuadros y en los jarrones.

—Tienen obras de arte muy hermosas aquí —les dijo antes de detenerse en un cuadro que Penelope había pintado y les había pedido a los lacayos que colocaran sobre la pared para reemplazar una pintura medieval de un caballo. De hecho, había solicitado reemplazar varios cuadros en la casa por obras de su propia autoría y, para su sorpresa, jamás había oído ni una palabra de protesta por parte de su marido. Ese cuadro en particular era algo que había terminado bastante rápido: una pintura en acuarela de un jarrón lleno de peonías. Parecía iluminar el interior aún más al tiempo que las flores prácticamente brillaban bajo el sol y casi parecían translúcidas —. Como ese de allí. Debió haberles costado una fortuna adquirirlo.

A Penelope le dio un vuelco el estómago. Por supuesto que su padre no podría reconocer ninguno de sus cuadros. Pero el hecho de que hubiera asumido que se trataba de una pintura preciada hecha por un profesional hizo que se le acelerara el corazón.

—Ese lo pintó su hija —le dijo Preston con los ojos oscuros refulgiendo sobre su padre.

Penelope no había esperado que su marido dijera ni una sola palabra. Pero ¿acaso había oído una nota de orgullo en su voz?

—¿Cree que su hija es una artista, *lord* Beckett? —le preguntó su marido.

Tras la pregunta, Preston se llevó la taza de porcelana a la boca y sus hermosos labios se cerraron alrededor del borde para beber té.

Su padre se retorció en el sofá. Tenía el mentón muy tenso, y los rizos de la peluca empolvada se le movieron. Penelope se estresó. Gracias al increíble talento de la señora Newman, tenía un vestido nuevo del color de las perlas negras que le calzaba como un guante y se le apretaba contra la silueta como niebla líquida, pero de pronto lo sintió demasiado estrecho.

—¿Una artista? —Su padre frunció las cejas hasta que se le formó una profunda arruga en el entrecejo—. A lo mejor ese sea un buen cuadro, pero eso no quiere decir que sea una verdadera artista. ¿Aún albergas esas nociones tontas, Penelope?

Penelope se hundió en el asiento. ¿Qué otra cosa podría haber dicho si tras la muerte de su madre hacía seis años había entrado en su recámara para arrojar su caballete por la ventana que daba al jardín? El sonido del cristal roto la había ensordecido.

Debía decir algo. Pero como le había prometido a su padre que abandonaría cualquier ambición artística, dejó caer aún más los hombros y se pegó el mentón al pecho, y la respiración se le tornó superficial.

—Sí —respondió a pesar del deseo de protegerse. Tenía el cuerpo tan rígido como un traje de armadura.

Su marido la observó con los ojos entrecerrados. Pero, a diferencia de los de su padre, no eran amenazadores. Deseó poder leer su expresión.

Su padre soltó un bufido, bebió un sorbo de té y apoyó la taza sobre el platillo con tanta prisa que repiqueteó y casi se rompe.

—¡No! —exclamó posando los ojos lechosos sobre ella—. Ninguna mujer debería ser artista, escritora, abogada o médica. Las mujeres simplemente no tienen el cerebro para ese tipo de profesiones. Su lugar está en la casa, criando a los niños y asegurándose de que sus maridos estén felices y tengan todo lo que necesitan.

Penelope apoyó la taza sobre la mesa. La luz del día sombrío le daba un aspecto grisáceo a los rasgos de su padre. Se sintió avergonzada. Pero ¿por qué debería sentirse ella avergonzada, humillada o equivocada? Había permitido que su padre la intimidara durante toda su vida y hasta había llegado a permitir que convirtiera su mayor pasión en un secreto oscuro.

—Ojalá no dijera esas cosas, padre —dijo con determinación—. Le aseguro que tengo el cerebro para esto. Y mi madre también lo tenía.

Eso fue como un golpe en el plexo solar. Su padre se acobardó y bajó la mirada al suelo al tiempo que hundía los hombros.

—No lo digo con mala intensión, Penelope —le aseguró—. Las cosas son así para las mujeres. Cuanto antes lo aceptes, mejor será. Solo quiero ahorrarte la humillación. No deberías guardar esperanzas de ser una artista para luego acabar decepcionada por la opinión pública.

¿Cómo podía ser que una persona tuviera tanta razón y estuviera tan equivocada a la vez? Era cierto que la Real Academia de Arte no aceptaba mujeres, sin importar su estatus social o su bagaje cultural. William Turner era el hijo de un barbero, y la familia de su madre trabajaba en carnicerías. A pesar de eso, lo habían aceptado en la academia a los catorce años. Y ahora sus obras se habían exhibido varias veces y hasta se habían convertido en las más anheladas de toda Inglaterra. Pero ella, la hija de un barón, no podía ser miembro de la academia, por más que no pensara que el estatus social tuviera que ser un factor decisivo y deseara ser juzgada solo por el mérito de sus obras.

Quizás su padre tenía razón en algo. Ningún hombre amaría a una mujer que tuviera mente

propia. Nadie la querría por cómo era.

Por ende, su elección era bastante sencilla. O se sometía al ideal de la sociedad de cómo debía ser la vida de una mujer, quedarse en casa dando a luz, criando niños y organizando las aburridas fiestas de un marido, o ser ella misma y no disculparse por eso.

Pero antes de que pudiera decidir con determinación qué camino deseaba recorrer, la voz de su marido la hizo estremecer y sobresaltarse sobre el sofá.

—Jamás me alegré más de que Penelope sea mi esposa —dijo el duque con frialdad, a pesar de que le hizo sentir calor en todo el cuerpo—. Creo que jamás estuve más en desacuerdo con alguien que con usted, señor. Si mi esposa desea ser una artista, me parece maravilloso. Creo que tiene más cerebro que usted, señor. Tiene más cerebro que la mayoría de los hombres que conozco.

Penelope cerró los puños alrededor del apoyabrazos de madera del sofá. De seguro, no podía acabar de oír semejante afirmación de apoyo por parte de él, el hombre que la detestaba y creía que era una cazafortunas. Echó un vistazo al rostro de Preston, pero su perfil se encontraba tan distante como siempre y no apartaba los fríos ojos de su padre. La boca se le curvó en una extraña sonrisa, y Penelope sintió el impulso de besarlo en los labios.

Tan solo había pronunciado unas pocas palabras. Pero nadie jamás la había protegido de ese modo.

Preston la miró a los ojos, y en las profundidades de color ónix vio arder un calor y una importancia que no logró descifrar. Algo había cambiado. ¿Por qué? Sintió las comisuras de los labios formar una sonrisa.

—Grandhampton —le dijo su padre claramente irritado—. Si el mundo alguna vez llega al estado en que las mujeres pueden hacer lo mismo que los hombres, nos sumiremos en un gran caos. Será el principio del fin. ¿Quién gestará a los niños?

Penelope lo miró fijo sin temor.

—Las mujeres pueden hacer las dos cosas, padre.

El rostro de su padre formó una mueca de desdén.

—No sabes de qué hablas, niña tonta.

A Preston se le dilataron las fosas nasales al tiempo que se sentaba erguido y se inclinaba hacia adelante. El rostro pétreo se transformó en una máscara de advertencia.

—Si se atreve a volver a hablarle de ese modo a mi esposa me veré obligado a bajarle todos los dientes, señor. Que jamás se le ocurra menospreciar o intentar humillar a mi duquesa.

Penelope parpadeó y se removió en el asiento. La conmoción de oírlo protegerla la dejó sin habla. Su padre apretó los dientes y fulminó al duque con la mirada.

—Por favor, cuénteme el verdadero motivo de su visita. De seguro no es para preguntar por el bienestar de su hija, ¿no, señor?

—Le… le… le aseguro… —tartamudeó su padre.

—Deje de fingir —continuó Preston—. Ha venido a pedirle dinero, ¿no?

Su padre abrió y cerró la boca.

Preston se puso de pie y se ciñó sobre los dos.

—Me temo que ya nos ha hecho perder demasiado tiempo preciado. Mi esposa y yo hemos planeado ir a pasear. Porter lo conducirá a la salida. —Se volvió a mirarla con los ojos en llamas —. ¿Qué dices, duquesa? ¿Vienes conmigo?

A pesar de que toda la lógica le decía a gritos que era una tonta y que jamás podría confiar en él, su corazón respondió:

—Sí.

14

EL MAYORDOMO condujo al petulante barón a la puerta, y Preston regresó al sofá para sentarse al lado de Penelope. Cuando quedaron a solas, estudió a su esposa. Tenía los ojos tormentosos a pesar de la luz que se colaba por las ventanas. Se veía majestuosa en el vestido con patrones de parras plateadas y el jubón del tono celeste pastel que le hacía destellar la piel y ruborizar las mejillas. Quizás el hecho de que estuviera ruborizada no tenía nada que ver con el color de las prendas y estaba conectado con la mirada abierta, tranquila y hasta optimista que tenía en los ojos.

Era la primera vez desde que se habían conocido que lo miraba de ese modo, sin ira ni animosidad. Y eso le hizo cuestionarse si en verdad la conocía.

Nunca había sabido hasta dónde había llegado *lord* Beckett para ofender y humillar a Penelope. Pero no debería estar sorprendido. ¿De verdad era de sorprender viniendo del hombre responsable de la muerte de Spencer? ¿Del hombre que había vendido a su hija en una subasta? Penelope se veía muy diferente a la mujer que se imaginó que sería. ¿Acaso se habría equivocado? ¿Sería que Spencer siempre había estado en lo cierto?

Si bien Preston no estaba siempre de acuerdo con ella, detestaba el modo en que la trataba su padre.

—Tu interés en el arte… —comenzó—. ¿Es verdadero?

Penelope lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo pregunta?

—Al principio… creí que…

Creyó que estaba calculando el valor de los cuadros de Chalworth, no admirándolos. Pero como no quería tener otra discusión, decidió no contárselo. Debía de estar conmocionada de lo duro que había sido su padre con ella.

—Lo que creí no importa —le dijo—. Por favor, respóndeme. ¿Es verdadero?

—Sí —le respondió—. Es verdadero.

—¿Por qué?

Penelope bajó la mirada a las manos y se mordió el labio durante un momento.

—Mi madre despertó mi interés en el arte. Era mi inspiración. Todos los años me llevaba a ver las exhibiciones de verano en la Real Academia. Cuando falleció… —La voz le tembló, y Preston tuvo que contener el impulso de acercarse y pasarle los brazos por el hombro—. Pintar se volvió completamente necesario para mantener la cordura. No estuve presente cuando falleció, yo también estaba enferma, y siempre me arrepentí de no haber podido sostenerle la mano en los últimos momentos de vida. La echo mucho de menos, y a través de la pintura puedo comunicarme con ella… pensar en ella… estar con ella… y apreciar su recuerdo.

Preston asintió con una mezcla de culpa y pena aplastándole el corazón. Comenzaba a entender lo mal que la había juzgado. Spencer había estado en lo cierto al decirle que siempre se apresuraba a juzgar, pero nunca a perdonar.

—¿Y tu padre te lo prohibió? —le preguntó—. ¿Aun cuando era el único modo de mantener el recuerdo de tu difunta madre?

Penelope asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí. Mi padre es un hombre anticuado. No puede concebir que su hija quiera ser una artista profesional. Me gustaría ser la próxima William Turner. Ese es mi sueño. No me quería casar. Siempre quise que mi padre y yo viviéramos de mi arte para no tener que someterme a los lazos del matrimonio, como le pasó a mi madre.

Preston sintió un cosquilleo en la mandíbula. Al igual que su padre, era su carcelero. Había dicho que nunca quiso casarse. ¿Sería cierto?

Admiraba su espíritu independiente. Era una mujer fuerte que no quería depender de nadie. Respetaba mucho la inteligencia, la diligencia y la profundidad en las mujeres. Además de su hermana y su pobre madre difunta, no conocía a muchas más que tuvieran esas cualidades.

—A excepción de mi madre —continuó Penelope—, no he tenido a nadie que me enseñara. Las mujeres no pueden ingresar a la Real Academia de Arte. Y no he tenido la oportunidad de pedirle a un artista profesional que me dejara ser su aprendiz. Ese sería un sueño hecho realidad. Pero ya no es posible.

Preston frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Bueno… por usted.

—¿Por mí?

—¿No ha dicho que quiere una duquesa perfecta que le dé un hijo de heredero y uno de repuesto?

—Sí. —La culpa le pesaba en el pecho como un peñasco y le encendió la ira—. ¿De modo que asumes que soy como tu padre?

La idea hizo que el estómago le ardiera como ácido. Ya le había dicho que no le importaba que pintara, pero suponía que ella lo hacía como un pasatiempo. A lo mejor así lo había expresado, considerando que nunca había pensado que su esposa pudiera ganar dinero como una artista profesional.

—Bueno… sí. ¿Me equivoco?

La respuesta lo hizo congelarse. Que lo comparara con ese hombre… El hombre al que intentaba arruinar, el culpable de la muerte de Spencer…

No. Aunque fuera por odio, cumpliría el sueño de su hija. La ayudaría a convertirse en una gran artista y le demostraría a su padre que estaba equivocado.

—De ninguna manera. De hecho, creo que deberías seguir tu sueño y pintar. Y vender tus cuadros si así lo deseas.

La respuesta la hizo parpadear.

—¿Por qué?

Como no había ninguna necesidad de decirle que una parte de él lo hacía por odio, decidió contarle la parte en la que realmente creía.

—Porque creo que una mujer debería poder hacer todo lo que ambiciona.

Una sonrisa le floreció en el rostro y fue tan hermosa que se le detuvo el corazón. Una vez más volvió a sentir que no se arrepentía de haberse casado con ella. Pero en esta ocasión, lo sentía con más intensidad. De alguna manera, ella había llevado luz y vida a su existencia oscura

y solitaria.

Desde el horrible día en que Spencer tropezó con el panel de vidrio y cayó en la cantera cubierto de sangre que le manaba de los cortes, Preston había sabido que no era como el resto de su familia. Todos eran personas alegres y normales, mientras que él había molestado a Spencer, desafiado la paciencia de sus padres, actuado con rebeldía y sentido celos de toda la atención que había recibido su hermano mayor.

Y luego eso había ocurrido. Aunque Spencer había sido el primero en lanzar un golpe, Preston lo había alentado. Y Preston podría haberle puesto fin a todo disculpándose y alejándose, pero su estúpido orgullo lo había llevado a cerrar los puños y empujar a su hermano.

Por eso era justo que hubiera aceptado la culpa y que lo enviaran a la escuela Mackenzie para niños. Lejos de sus hermanos que se portaban bien. Lejos de su madre y padre que lo querían. Lejos de los campos verdes iluminados por el sol y el jardín de su madre y el estanque donde solía pescar con su padre y Spencer. Y entonces lo enviaron a las frías y ásperas Tierras Altas de Escocia junto con otros delincuentes y los hijos no deseados de varios aristócratas, a un sitio donde siempre llovía y el castillo de Eilean Donan se ceñía sombrío y oscuro sobre una isla en un lago rodeado de montañas. Allí había aprendido a protegerse endureciendo el corazón y manteniendo al resto a distancia.

—Llena esta casa oscura con tus paisajes —le pidió—. Con peonías, rosas y tulipanes. Este lugar me gusta más sin esos cuadros viejos y melancólicos.

Penelope se sonrojó.

—¿Se había percatado?

—Sí.

—¿Y no le importó? Pensé que me iba a dar otro sermón acerca de las reglas.

¿Había oído bien la pregunta? Le había gustado mucho regresar a casa para ver flores en lugar de paisajes grises y retratos taciturnos.

—No, no me importa —le aseguró.

—Gracias —le dijo ofreciéndole una ancha sonrisa.

Al ver ese tipo de alegría, algo se le encendió en el corazón. Diablos. Eso era algo que le gustaba muchísimo: inspirarle ese tipo de sonrisa. Pero eso no debería gustarle. Lo mejor sería quitarse esos deseos y sentimientos que estaba experimentando hacia ella del cuerpo y de la mente. De seguro, una vez que la probara, una vez que la tuviera, se olvidaría de ella. Eso siempre había funcionado con otras mujeres.

Había llegado el momento. Los siete días que le había concedido ya habían pasado. Esa noche le quitaría la virginidad. Recordó el modo delicioso en que se deshizo en sus brazos hacía solo tres días y decidió brindarle ese placer sin cesar. Quería hacerla suya.

Porter entró en la habitación y avanzó hacia él. Se inclinó contra su oído y le susurró:

—*Milord*, hay alguien esperándolo en la entrada de los criados.

Preston miró a su esposa que tenía el ceño fruncido y lo observaba con curiosidad.

—¿Quién es? —le preguntó Preston sin alzar la voz.

—Jamás le hubiera permitido quedarse, pero el hombre insiste en que quiere verlo. Está muy nervioso y dice que se trata de *lord* Beckett.

Si se trataba de *lord* Beckett, solo podía ser una persona: su testigo. Y si había ido hasta su casa y puesto en riesgo su propia confidencialidad, debía de ser por algo grave.

Se le hundió el estómago. Por mucho que hubiera esperado con ansias esa noche, por mucho que ardiera de deseo y quisiera hacerla suya, tendría que esperar. Era posible que tuviera que marcharse y no supiera cuando regresaría. No quería que lo esperara y luego acabara

decepcionada. Quería tomarse su tiempo con ella, ir despacio y prepararla.

Decidido, se volvió a su duquesa.

—No deberías esperarme despierta. Tendré que lidiar con algo esta noche, pero te veré mañana.

Vio la desilusión en sus rasgos.

—¿Esta noche volveremos a cenar separados?

El arrepentimiento le causó una puntada en el vientre. Le agradaba la paz que habían establecido entre ellos. Quería saber más acerca de su ambición de artista, de su niñez y cualquier otra cosa que tuviera que ver con ella. Pero si el hombre que lo esperaba estaba allí por algo relacionado con *lord* Beckett, eso podría demorarse bastante.

Se puso de pie y se le acercó. Le tomó las manos entre las suyas, la ayudó a ponerse de pie y la miró a los ojos.

—Sí, pero si no te molesta, iré a verte luego de la cena.

—¿A verme? —Frunció el ceño.

—Sí. En tu recámara.

—Oh… —Un color delicioso le tiñó las mejillas.

Se acercó más e hizo lo que tanto había anhelado desde que se marchó su padre: le recorrió el mentón con los nudillos.

—No te molesta… ¿cierto? —le preguntó.

Se miraron a los ojos. Por todos los cielos, Preston podría perderse en la profundidad de esos ojos entre grises y celestes como el mar en plena tormenta. Transcurrió una eternidad entera hasta que por fin respondió:

—No me molesta.

Sintió como si el estómago se le llenara de una sustancia liviana. Asintió con la cabeza, y esas tres palabras tan comunes del idioma hicieron que se le encendiera la sangre por el solo hecho de venir de ella.

Se marchó de la sala de estar con Porter y se dirigió a la puerta de entrada de servicio, que se encontraba abajo, en la zona de los criados. En la puerta trasera, vio a Noah, el criado de Tyche que había firmado el testimonio contra *lord* Beckett. Era un joven alto y esbelto con ojos grandes y un profundo sentido del honor. Preston suponía que era por eso mismo que el hombre había acudido a él: porque no podía soportar ver que un hombre sufriera alguna injusticia.

Sin embargo, Preston no buscaba justicia. Buscaba venganza.

—*Milord* —lo saludó Noah.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Preston mientras lo estudiaba.

—Sí, *milord*. Pero *lord* Beckett fue a ver al señor Eastbourne anoche y le dijo que creía que uno de sus empleados estaba espiando a los miembros del club. El señor Eastbourne comenzó a interrogarnos uno por uno. No pasará mucho tiempo hasta que descubra que fui yo quien lo ayudó. No sé cómo, pero lo descubrirá. Es un hombre peligroso.

Preston asintió. Uno de los principios más importantes de Tyche era la confidencialidad, y Noah la había roto al acudir a Preston. Eastbourn podría castigarlo en persona o ir a la corte y hacer que lo juzgaran por traición a su empleador, una ofensa que se castigaba con la horca.

Preston le aseguró:

—No te preocupes, Noah. Te voy a proteger. No regreses a Tyche. —Introdujo la mano en el bolsillo y le entregó varios billetes—. Haré que preparen un carruaje y te lleven a Grandhampton. Comenzarás a trabajar para mí como lacayo. Le escribiré a la señora Liddle, el ama de llaves, y a Harney, mi mayordomo, para avisarles.

Noah asintió con la cabeza.

—Gracias, *milord*. Le estoy muy agradecido.

—Está bien. Sabíamos que podía llegar a ocurrir esto, pero me aseguraré de que no te ocurra nada.

Preston le asintió con la cabeza al hombre y se volvió para marcharse en busca de Porter para pedirle que preparara el carruaje para Noah, cuando apareció una silueta desde detrás de una esquina del pasillo de los criados.

Era su esposa. Estaba pálida, tenía los ojos abiertos de par en par y se veía furiosa.

—¿Qué fue todo eso? ¿Por qué mi padre busca a un criado que espió a los miembros del club Tyche? ¿Y por qué ese hombre acudió a usted?

La ira lo asaltó como un rayo. ¡Lo había estado espiando!

—No te atrevas a meterte en mis asuntos privados! Esto no te concierne —le dijo al tiempo que le pasaba por delante.

—¡Es mi padre! —exclamó a sus espaldas—. ¡Por supuesto que me concierne!

Una parte de él quería contárselo todo. Pero tenía que protegerla de la verdad. Su padre era un hombre malvado que había encargado la muerte de Spencer.

—Confía en mí, duquesa —le dijo—. Es mejor que no lo sepas. Mucho menos de mí.

—¿Sabe qué, *milord*? —repuso con una mueca amarga en el rostro—. No venga a mi recámara esta noche. No venga jamás.

El rechazo le dolió como un látigo. Furioso con ella y sin poder dejar de desearla, se volvió para acercarse a ella fulminándola con la mirada. Pero ella no se movió.

—¿Jamás, señora? —le preguntó con los dientes apretados—. Le recuerdo que los siete días que le concedí ya han pasado. Esta noche será mía, por muy molesta que esté conmigo.

A Penelope se le dilataron las fosas nasales y le tembló el labio superior. Oh, ahora sí que esta furiosa.

—Y yo le recuerdo a usted, señor, que ha dicho que no tomaría nada que una mujer no estuviera dispuesta a entregar —le refutó con la voz temblando de la rabia.

Eso era cierto. Preston se acercó un paso más y quedó a unos centímetros de su hermoso rostro.

—Y no podía ser más cierto —le dijo con calma—. Pero hoy me entregarás todo lo que deseo por voluntad propia, duquesa. Es más, me rogarás que lo tome.

Con los nudillos le recorrió la mejilla tersa.

—Porque sé cómo hacerte estremecer y temblar de placer —le recordó—. Ya lo he hecho.

A Penelope se le dilataron las pupilas y se le oscurecieron aún más, y Preston supo que lo deseaba. A pesar de la furia, a pesar de los secretos que había entre ellos, lo deseaba.

—Váyase al diablo —le dijo—. No se atreva a venir a mi recámara. Se lo advierto.

Tras decir esto último, lo empujó y se marchó mientras Preston la seguía con la mirada.

15

El duque se llevó un trozo frío de carne asada a la boca y lo masticó sin apartar los ojos de Penelope, que le sostenía la mirada y se rehusaba a dejarlo ganar. Aunque no supiera qué.

Durante los dos días que le siguieron a la pelea, había estado furiosa con él por el engaño y los secretos que había guardado. Por el poder que ejercía sobre su cuerpo. Porque, que la condenaran, pero él tenía razón. Quería más de sus caricias. Su cuerpo traidor se estremecía por él y lo anhelaba. Durante las últimas dos noches, había clavado la mirada en la puerta que conectaba las dos habitaciones ansiosa y excitada de verlo irrumpir en su recámara por más de que se lo hubiera prohibido.

A pesar de los cuatro lacayos de pie contra las paredes y atentos para servirles el almuerzo, tenía todos los sentidos en estado de alerta al tiempo que él seguía cada uno de sus movimientos con la mirada. El sol brillaba con intensidad a través de las ventanas de cristal de la sala del desayuno y caía sobre la mesa cubierta de carnes frías, pasteles, quesos y frutas.

Mientras Penelope tocaba la copa de vino tinto, más para calmarse que para beber, notó algo pícaro en las profundidades oscuras de los ojos de Preston. ¿A qué se debería tanta alegría cuando ella estaba a punto de estallar? Parecía como si nadie en su vida tuviera semejante efecto sobre su disposición animada. Solo él.

—No hagas planes para hoy —le dijo.

Penelope se quedó quieta con la copa de vino de camino a los labios.

—¿Cómo ha dicho?

El duque se aclaró la garganta y se rio.

—Por favor, no hagas planes para hoy. He invitado a alguien y me gustaría que la conocieras.

Penelope asintió con la cabeza.

—Me ha intrigado.

Eso lo llevó a intentar ocultar una sonrisa de satisfacción masculina, pero no lo logró.

—Me gusta intrigarte.

Una ola de entusiasmo le borbotó en el estómago y la curiosidad la hizo olvidarse del enfado.

Luego del almuerzo, fueron a la sala de estar. Era el noveno día del matrimonio, y era la primera vez que almorzaban juntos y pasaban tiempo en la sala de estar como marido y mujer. Cuando Penelope se sentó, Porter llamó a la puerta para anunciar la llegada de la señorita Enrica de Luca.

Sin dar crédito a sus oídos, Penelope se puso de pie. Con la boca bien abierta, clavó la mirada en el duque.

—¿Cómo ha logrado invitar a la artista femenina más talentosa de Inglaterra? —balbuceó.

Su marido se puso de pie para saludar a la invitada con toda la gracia y confianza de un

aristócrata nato, mientras Penelope se sentía como una niña y todo en el interior le daba vueltas del entusiasmo.

Enrica de Luca era la inspiración de Penelope. La artista provenía de Italia y había aprendido de su padre y de otros maestros en Italia antes de ir a Inglaterra para establecer su estudio. No estaba casada, ni dependía de un patrón rico y poderoso. Sus cuadros hablaban por sí solos. Penelope había visto muchos de sus retratos en la exhibición de primavera del año anterior.

Eran simples, pero estaban llenos de luz interna. Y, al verlos, la audiencia podía divisar el alma de los sujetos retratados. Eran obras abiertas y sensuales, y la señorita De Luca parecía revelar la verdadera esencia de los sujetos a través de sus cuerpos. Su trabajo no se limitaba a las damas y los caballeros de la nobleza, sino que también incluía comerciantes, cocineros, criados e incluso granjeros.

Cuando la señorita De Luca entró, Penelope aún intentaba recuperar el aliento. A sus espaldas, un lacayo cargaba un caballete, un lienzo y un estuche de madera. Enrica era una mujer baja y hermosa de unos cuarenta años, con unos grandes ojos verdes y el cabello oscuro. Tenía una mirada de entretenimiento indiferente en el rostro y, Penelope creía que ese podía ser su estado natural. Los ojos afilados y detallistas de la artista la recorrieron de arriba abajo y luego se concentraron en el duque.

Penelope se volvió a quedar sin aliento y se le hundieron los pies. ¿Para qué la había invitado Preston? ¿Y por qué el lacayo había llevado el caballete y el estuche lleno de manchas de pintura? Se obligó a hablar.

—Señorita De Luca, es un honor conocerla. Por favor, pase.

—Gracias —repuso la artista con un acento italiano que la hizo sonar aún más hermosa y elegante—. Pero ¿no le gustaría que fuéramos al estudio, *milady*? —le preguntó arqueando las cejas—. Pensé que para eso había venido.

Penelope tragó con dificultad y miró a su marido a los ojos. El brillo que halló en ellos le sugirió que disfrutaba de darle esa sorpresa.

—Tiene razón. Por favor, disculpe el estupor de mi esposa. Usted es una sorpresa para ella.

—Oh, ya veo—dijo la señorita De Luca riéndose—. Espero ser una sorpresa agradable.

A Penelope se le contrajo la garganta.

—Oh, sin dudas. Muy agradable. Sin importar a qué haya venido, es muy bienvenida.

—Me han citado aquí para enseñarle a usted, duquesa —le informó la señorita De Luca.

Mientras Penelope intentaba recuperar el aliento y mantenerse en tierra firme, su marido hizo un ademán para señalar hacia la puerta, y emprendieron la marcha. Ser alumna de una verdadera artista era su sueño más lejano e inalcanzable. Pero ahora lo tenía al alcance de la mano.

Penelope los siguió a una habitación en la que no había estado nunca. Allí vio un caballete con un lienzo en el centro y varios lienzos más apoyados contra una pared. Sobre una mesa, había varias pinturas de acuarela y al óleo, así como también pinceles, paletas, trapos, delantales, lápices de mina y papeles. Las cortinas estaban bien abiertas para permitir el mayor ingreso de luz posible. Las paredes, a diferencia de cualquier otra habitación de la casa, estaban pintadas de un color neutral, *beige* claro, por lo que daba la impresión de que la habitación estaba más iluminada y aireada. Contra una de las paredes, había una mesa con un mantel blanco sobre el que había un cuenco lleno de manzanas, uvas y melocotones.

Mientras la señorita De Luca y el lacayo entraban en la habitación e instalaban el caballete y sus herramientas, Penelope se quedó de pie en el umbral sin poder moverse.

—Esto es para ti —le dijo el duque tras detenerse a su lado y mirar la habitación—. Es tu propio estudio.

Penelope alzó la mirada para verlo; el perfil sombrío que había detestado desde el primer baile ahora se veía suave y querido. En ese momento, se enamoró un poco de él, a pesar de todo lo que había pasado y a pesar de que sabía que le ocultaba algo.

Antes de que pudiera responder, la señorita De Luca se volvió hacia ella.

—Ojalá todas las mujeres pudieran tener un marido tan comprensivo…

Penelope entró en la habitación y se detuvo al lado de la señorita De Luca sin quitarle los ojos de encima a su marido, que en ese momento la seguía al estudio relajado.

—Supongo que soy afortunada. Cuanto más profundo miro, más me gusta lo que veo.

La señorita De Luca le sonrió.

—En ese caso, ¿qué dice si capturamos al maravilloso hombre en cuestión? —preguntó en voz alta para que todos la oyeran—. ¿Posaría para su esposa, *milord*?

La expresión que reflejó el duque fue casi adorable. Toda la relajación y satisfacción se esfumó para dar paso a un profundo espanto.

—No —dijo dando un paso hacia atrás—. Disculpen, pero no.

La señorita De Luca avanzó hacia él y le pasó el brazo por el codo.

—*Ma si*. Sí. A su esposa le encantaría pintarlo, ¿no es cierto, duquesa?

A Penelope le repiqueteó el corazón en el pecho. En el transcurso de los últimos días, había dibujado el rostro del duque sin cesar en su cuaderno de esbozos. Era un intento de comprenderlo y de capturarlo. De develar sus secretos. Pero a la vez era un intento de comprender su propia fascinación por él. Una fascinación que no debería de estar sintiendo si iba a guardar esperanzas de proteger su corazón de él.

Por eso había arrancado todos los retratos y los había quemado. Peor que sentir fascinación hacia él sería que encontrara los dibujos y se diera cuenta de que no podía dejar de pensar en él.

Y ahora, al estudiar sus hermosos rasgos bajo la guía de una artista profesional, podría llegar a comprender por qué ejercía tanto poder sobre ella. Y cómo podía ser que lo detestara y, a la vez, no pudiera apartarlo de sus pensamientos.

—A decir verdad, sí, *milord* —repuso Penelope—. Eso me gustaría mucho.

Al duque se le endureció la mandíbula, y la nuez de Adán le osciló hacia arriba y abajo.

—No, les aseguro que este cuenco con frutas es mucho más cautivante que…

La señorita De Luca se rio y lo empujó contra la pared.

—Mi querido señor —comenzó—. Le aseguro que no hay oración más falsa que esa en todo su idioma. —Acto seguido lo soltó y empujó la mesa hacia una esquina—. Es el sujeto más cautivante de la habitación. A excepción de la duquesa. —Le guiñó un ojo a Penelope.

—Por favor —dijo Penelope y le sonrió antes de añadir algo que jamás había considerado decir—. Por favor, Preston.

Durante un momento, parecía como si lo hubieran atravesado con un sable o lo hubieran quemado en la hoguera. Se le arrugó la frente entre las cejas y se le formó una expresión de angustia y dolor en el rostro. Luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Tragó con dificultad y añadió—: Penelope.

Oírlo pronunciar su nombre de pila con su voz, con esa nota de dolor fue como sentir la caricia de una mano suave sobre la espalda descubierta.

La señorita De Luca tenía una sonrisa enorme mientras pasaba la mirada de uno al otro.

—¡Excelente! —exclamó y aplaudió con las manos—. *Milord*, ¿podría pararse de este modo?

Le mostró una pose que Penelope había visto en los retratos más recientes de Enrica, con la espalda erguida, un brazo apoyado sobre la cintura y el otro colgando al lado del cuerpo. Una pierna tensa y la otra relajada y algo flexionada.

La señorita De Luca dio un paso hacia atrás y lo observó.

—Precioso. Por favor, mantenga la pose.

Luego se detuvo al lado de Penelope. Juntas, trazaron un primer esbozo. La señorita De Luca le enseñó que primero debía captar las formas generales: los círculos, los triángulos y los cuadrados.

—¿Ve que su cuerpo es un triángulo? —murmuró mientras corregía el esbozo que Penelope había trazado en el lienzo—. Tiene los hombros anchos, la cintura y las caderas estrechas y, si observa el pecho, parece un gran rectángulo.

—Sí, es verdad —dijo Penelope mientras continuaba dibujando las formas que había detallado la artista. Tenía razón. Bajo todas las prendas, casi podía ver los poderosos músculos del pecho de su marido, que parecían dos rectángulos. Tenía que haber una pendiente entre los músculos pectorales que bajaban por la cintura estrecha. Si el estómago era tan duro como lo recordaba de aquella vez en que se acercó a él, debía estar recubierto de músculos también. Era como una estatua griega, con seis cuadrados en lugar de músculos y… más abajo…

Apretó el lápiz con tanta fuerza contra el lienzo, que se rompió la punta. Soltó un jadeo al tiempo que oía la risa de la señorita De Luca al reparar el sitio exacto del esbozo en que se le había roto el lápiz. Sin dejar de reírse, le entregó otro lápiz.

—No lo apriete tanto, duquesa. Sobre todo, en esa zona.

Penelope se sonrojó.

—Pero no…

—Deslice el lápiz sobre las líneas del cuerpo como una amante —la instruyó—. Ámelo con el lápiz como lo haría con la mano.

Penelope sintió el ardor en el rostro. Asintió y cuando volvió a ver a Preston a los ojos, fue como si él no viera a nadie más en el mundo. Solo a ella.

Continuó dibujando con más suavidad. Sintió como si le estuviera acariciando el cuerpo con cada roce del lápiz. Cuando comenzó a dibujar los rasgos del rostro, la señorita De Luca se detuvo detrás de ella.

—Hermoso. Mírelo a los ojos. Observe el brillo de la luz contra la oscuridad. Las ondulaciones de los párpados y las cejas. Los ojos son las ventanas que dan al alma de una persona. Él la está dejando entrar. ¿Qué ve detrás de esos ojos?

Penelope movió el lápiz y el boceto fue magnífico. Bueno, en realidad, él era magnífico.

A pesar del odio, de las acciones que había tomado hacia ella y su padre, ahora que lo veía, no divisaba nada de eso. Lo que veía detrás de esos ojos era un hombre con un alma hermosa y herida.

Y en sus ojos no vio animosidad, ni tampoco a su enemigo. Vio a un hermano de luto y lleno de rabia. Vio a un hombre bondadoso. Vio a un hombre que amaba a su familia. Y vio una increíble fuerza de voluntad.

Cuando terminó de esbozarlo, el dibujo contra el lienzo se parecía a él. A la verdadera versión de él y no a la que ocultaba detrás de una máscara. A pesar de que en el dibujo llevaba puestas prendas, parecía ir desnudo y vulnerable. Indefenso incluso.

—Felicitaciones —le dijo la señorita De Luca a sus espaldas—. Lo ha capturado mucho mejor de lo que nadie podría. Me atrevo a decir que hasta mejor que yo.

Penelope se rio y la miró.

—Gracias. No creo que eso sea cierto, pero…

—Tiene mucho talento, duquesa —le aseguró la artista con una sonrisa—. Veo el potencial de una gran artista en usted. La próxima vez me gustaría enseñarle a pintar al óleo si quiere.

—¡Ay, por supuesto! ¡Me encantaría! —exclamó Penelope alegre.

La señorita De Luca le respondió algo. Penelope miró el esbozo que había hecho la artista de Preston y descubrió que tenía razón. Mientras que la técnica era perfecta y se parecía más a él físicamente, el de Penelope estaba lleno de luz y amor.

—¿Puedo ver? —preguntó Preston, y Penelope tuvo que reprimir el instinto de cubrir la obra como lo había hecho cada vez que su padre se había acercado.

Porque ya no necesitaba hacerlo.

—Sí, claro —le dijo y dio un paso hacia atrás—. Pero no está terminado.

Preston se detuvo delante del lienzo y observó el dibujo durante varios minutos. La señorita De Luca y el lacayo estaban ocupados empacando las cosas. Pero en lugar de felicitarla o mostrarse complacido, el rostro de Preston se tornó sombrío.

—Es hermoso. Es evidente que tienes mucho talento —le dijo al fin mirándola a los ojos—. Pero no merezco que me retraten tan bien.

—No diga eso —le dijo dando un paso hacia él.

—No me merezco un retrato como ese porque no soy un buen hombre. Y tú lo sabes mejor que nadie. Por eso me sorprende que me hayas dibujado de este modo.

—Te veo como un buen hombre —le dijo dando otro paso hacia él para apoyarle la mano sobre el hombro.

Él la atraía como una fuerza incontrolable. Ahora comprendía a qué se había referido Calliope. Su hermana veía al verdadero Preston, al hombre que había debajo de la máscara social y de todas las capas de dolor y angustia. Al hombre al que estaba lista para entregarse.

La miró a los ojos. Durante un instante breve, se imaginó que lo podía tener todo: su arte y un matrimonio feliz. Quizás había esperanzas para ella. Quizás no tenía que sentirse tan sola.

—De hecho, ven a mi habitación antes de la cena. Te mostraré exactamente cómo te veo —le prometió.

16

PRESTON LLAMÓ a la puerta de su esposa. El golpe sonó tan suave que casi pareció tímido. Dejó caer el brazo e ignoró el temblor en la mano antes de cerrarla en un puño. Unos pasos ligeros se aproximaron desde el interior de la habitación. Luego la puerta se abrió, y la vio delante de él.

Tenía una mirada intensa que destellaba. El vestido que había escogido para la cena era de un tono rosado suave muy parecido al de su hermosa piel y tenía unos apliques de cristal que brillaban en el complejo bordado plateado. La imagen lo dejó sin aliento, pero no se debía a que parecía ir desnuda, sino a que la boca se le secó de solo verla, y toda la sangre se le dirigió a la entrepierna. Bajó la mirada al busto, y no supo discernir dónde le terminaba el cuerpo y dónde comenzaba el vestido. Se podía imaginar los pezones rosados.

Tragó con dificultad y se obligó a mirarla a la cara.

—Aquí estoy —le dijo con la voz ronca—. He venido a tu habitación antes de la cena. Como me has pedido.

Asintió con la cabeza y dio un paso a un costado para dejarlo pasar. Dentro de la habitación, delante del hogar, había una mesa pequeña con una cena liviana: pan, mantequilla, queso, pasteles de pichón, lengua fría y frutas, así como también una garrafa de vino y dos copas. No había ningún lacayo para servirles, ni tampoco ninguna criada ni el mayordomo. Nadie que pudiera observarlos.

Penelope se quedó de pie en el centro de la habitación estrujándose las manos.

—Me pareció buena idea cenar aquí juntos. Solo nosotros dos.

Preston asintió con la cabeza al tiempo que un cosquilleo cálido le recorría la piel.

—Estoy de acuerdo, Penelope.

«Penelope…». Por todos los cielos, le encantaba cómo sonaba su nombre de pila. Sabía divino. Como un helado en un día de verano. Lleno de sabor, refrescante… y lleno de pureza. Pero… ¿sería pura ella también?

Mientras tomaba asiento en la mesa redonda, la observó sentarse y tomar un trozo de lengua fría. Tenía los ojos cálidos y los labios curvados en una media sonrisa.

Preston tomó un trozo de queso y se lo llevó a la boca.

—Debo confesar que no eres quien creí que eras.

Penelope arqueó las cejas y adoptó una expresión entretenida.

—Ya lo creo. Pensabas que era una cazafortunas superficial. ¿Qué piensas de mí ahora?

Ahora que la conocía mejor, le era difícil imaginar que en el pasado hubiera tenido la intención de alentar los sentimientos de su hermano, de engatusarlo para conseguir su fortuna y su posición social. ¿Podría descartar todo lo que pensaba de ella y dejar de considerarla su enemiga?

En ese momento, se dio cuenta de que ya lo había hecho, y ni siquiera se había percatado. Ya no era su enemiga, pero tampoco podía ser su amiga. Por eso, no sabía qué era, aunque tenía certeza de que no podía permitirse sentir nada por ella, por más que fuera su esposa. Porque, aunque ya no fuera su enemiga, aún si asumía que ella no tenía la culpa de la muerte de Spencer, siempre sería la única mujer a la que su hermano había amado.

—No —le respondió—. No creo que seas una cazafortunas o una mujer superficial. Tienes un espíritu fuerte e independiente. Eres una artista muy talentosa. Tienes ingenio y bondad en el corazón.

Y un cuerpo increíble; aún no podía olvidar cómo se había sentido al retorcerse contra él en éxtasis. Ni tampoco podía olvidar el aroma y el sabor de ella en sus dedos luego de darle placer o el modo en que su suave piel cálida se había estremecido contra su palma… Tendría que poseerla hasta deshacerse de ese recuerdo y quitarse el deseo que sentía por ella del sistema. Esa misma noche.

Luego de hacerle el amor, se aburriría y regresaría a su vida normal. Solo se acostaría con ella hasta saber que estaba encinta. Lo único que necesitaba de ella era un heredero y un duque de repuesto. Le daría todo su apoyo para desarrollar su carrera artística. La ayudaría con sus contactos y les pagaría a los mejores artistas para que fueran sus maestros. También se aseguraría de que la aceptaran en cualquier exhibición en la que quisiera participar. Lo haría para demostrarle a su padre lo equivocado que estaba en cuanto a su hija, pero también porque Penelope se merecía una vida plena y feliz. Le había arrebatado la elección del matrimonio y ahora comprendía que era otra víctima en su plan de venganza. Por eso, haría lo mejor para compensarla, aunque jamás pudiera amarla.

—Oh, gracias, Preston —le dijo—. Reparé en ti durante mi primera temporada. Pero siempre me has intimidado. Si pensabas eso de mí, ¿por qué nunca le pediste a tu hermano que nos presentara para descubrir si era cierto o no?

—Porque sabía que tenía razón. Siempre tengo razón. Y no quería estar equivocado. Soy orgulloso.

—Pero ¿por qué pensaste que era una cazafortunas?

—Como mencioné esa noche en Almack’s, todos los miembros de la sociedad están al tanto de la situación de tu padre y de lo pobre que es. Todos sabían que estaba buscando un marido rico para ti y que no logró encontrarlo.

—Todos menos yo —masculló—. Sabía que no éramos ricos, pero no me dijo lo mal que iban las cosas hasta que no regresamos de Almack’s.

—Por eso estaba desesperado por casarte.

—¿Casarme? Si jamás me mencionó nada.

—Pero ese era el caso. Nos movemos en los mismos círculos. Los hombres hablan y cuentan tantos chismes como las mujeres.

—Y entonces, ¿por qué nadie me propuso matrimonio? —le preguntó.

—Porque él estaba buscando al mejor candidato. Al más rico. En una ocasión, oí decir que encontró a alguien, pero que el acuerdo se destruyó por mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Estabas coqueteando con él. No lo niegues. Hasta yo los veía. Se sonreían, pestañaban… Se reían como dos niños. Pero debido a la reputación de él y al hecho de que pasaban mucho tiempo juntos, comenzó a cuestionarse tu castidad.

Al final, esos rumores habían llevado a la muerte de Spencer.

Frunció el ceño y bajó el tenedor y el cuchillo.

—¿Mi castidad? Nos la pasábamos hablando del arte. Me contaba cosas acerca de su infancia. De ti. Era un buen amigo. Jamás coqueteé con él, solo disfrutaba de su compañía. Nadie más quería relacionarse conmigo.

—Pero dime con honestidad, júrame que nunca pensaste que estaba interesado en ti como mujer.

—Supongo que me puedes tildar de ingenua, pero no. ¿Acaso no has visto las mujeres que le interesaban a Spencer? Eran viudas preciosas, o mujeres casadas que eran hermosas, sofisticadas y perfectas y se aburrían con sus esposos. Y luego estaba yo… apretándome contra las paredes de los salones de baile y sonrojándome de vergüenza cuando un hombre me miraba. Siempre creí que me consideraba alguna especie de hermana menor.

Preston nunca había notado cómo se sonrojaba de vergüenza. Cuando un joven se acercaba a hablarle, le ofrecía una de esas sonrisas hermosas que la iluminaban desde dentro e iluminaban toda la habitación como si se tratara de un pequeño sol personal. Jamás le había parecido tímida o avergonzada.

—¿Una hermana menor? —Preston se mofó—. Ya tenía una. Esa noche, cuando fue al muelle y lo mataron a golpes… esa noche discutimos por ti. Estaba seguro de que te gustaba. Y te amaba. Quería proponerte matrimonio. Por eso discutimos.

Penelope se quedó petrificada y frunció el ceño confundida al tiempo que abría los ojos de par en par. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Quería proponerme matrimonio?

—Sí, pero le dije que iba a cometer un gran error. De solo mirarte, me era claro que no sentías lo mismo por él. Estaba seguro de que el cariño que le mostrabas era falso.

Preston recordó esa condenada noche como si estuviera pasando en ese preciso momento. Había ocurrido en esa casa, en el estudio de Spencer.

La habitación había olido a coñac, la colonia de Spencer, que era una fragancia fresca con notas de pimienta, prendas limpias y el aroma de él.

Spencer se había bebido todo el coñac de la copa y la había apoyado sobre el escritorio.

—Solo dices que no es honesta porque eres prejuicioso. Ni siquiera has hablado con ella. Pero te equivocas. Nadie me comprende como lo hace ella. Ella me ve tal y como soy. No me ve como un duque rico.

—¡Estás demente! —había exclamado Preston—. Así es exactamente como te ve. Solo intento evitarte una vida llena de infelicidad. Como no tiene ni un centavo de dote, necesita un marido rico que pague las deudas de juego del padre. Lo que más ama de ti es tu fortuna.

—Vete al diablo. —Spencer se había marchado enfurecido, pero se había detenido en la puerta y dado media vuelta. Preston jamás pudiera haber imaginado que esa sería la última vez que vería a su hermano con vida—. Eres tu peor enemigo —le había dicho—. Te apresuras a juzgar y eres tan terco que no estás dispuesto a cambiar de parecer. Tu orgullo alejará a todos los que puedan llegar a amarte. No vengas a mi pelea esta noche.

Preston debería haber insistido. Debería haberse tragado el orgullo e insistir en ir a apoyarlo a pesar de la discusión que habían tenido. Pero su hermano lo había mandado al diablo.

—De acuerdo —le había dicho a pesar de sentir algo pesado en el estómago—. Tengo mejores cosas que hacer que sentarme en un asqueroso club de boxeo.

Tras oír eso, Spencer se había marchado. Y eso fue lo último que Preston le dijo a su hermano. No obstante, si hubiera ido con él esa noche, probablemente seguiría vivo. Quizás hasta le hubiera propuesto matrimonio a Penelope, y ella sería su esposa. Y la hermana de Preston.

¿No debería sentir un remordimiento enorme de alegrarse de que ahora fuera suya? ¿No era como si deseara que su hermano estuviera muerto?

—Nunca me interesó tu hermano de ese modo, Preston —le dijo con suavidad—. No sabía que había malinterpretado mi amistad por sentimientos románticos. Lamento haberle dado la impresión equivocada, pero no lo hice a propósito. Y me alegra que no nos hayamos casado porque hubiéramos sido muy infelices juntos.

Preston tenía la piel cubierta de sudor. Pero eso no debería importarle. Esas palabras no deberían importarle. Sin embargo, a pesar de todo, buscó un significado oculto en lo que había dicho… Spencer y ella hubieran sido infelices juntos.

—De todos los hermanos Seaton —continuó Penelope—, siempre has sido tú.

Una ola de calor lo arrasó. «Siempre has sido tú».

Entonces, Preston y ella… ¿podían ser felices? Le había dicho que había reparado en él hacía mucho tiempo.

No, debía detener esos pensamientos y dejar de imaginársela con sonrisas de felicidad todos los días debido a él. O retorciéndose de placer bajo sus caricias. O de regresar a casa para llevar a esa mujer cálida y hermosa a la cama. Para sentir esa sensación liviana en el pecho, y saciar el ardor y el deseo que sentía por ella. Para que el placer diera lugar a la felicidad. A una vida con ella y un matrimonio feliz…

No debería pensar de ese modo. Era pecado. Era desear la muerte de Spencer porque eso solo era posible gracias a su muerte. Aun así, las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera contenerlas.

—¿Crees que podrías ser feliz conmigo?

Penelope tragó con dificultad y lo miró. Debió de transcurrir un siglo entero antes de que le respondiera:

—En otro momento, no creí que pudiera sentir más que odio por ti. Pero ya no me siento así.

Él tampoco.

Esas palabras lo deshicieron. El deseo por ella ganó.

Se puso de pie y con una gran zancada redujo la distancia que lo separaba de la silla de ella, la hizo ponerse de pie y la besó.

17

LE ROZÓ los labios contra los suyos y le sorprendió que fueran suaves y demandantes al mismo tiempo. La llamaron con su roce aterciopelado, y solo quiso dar una respuesta: «Sí».

Separó los labios en respuesta, y oyó un gruñido masculino de alivio… y de deseo que a Preston se le escapó de la garganta. El duque la envolvió en sus brazos para acercársela más, hasta que cada centímetro de sus cuerpos se estuvo tocando. La siguió besando con esa lengua habilidosa que exploraba hasta lo más profundo de su boca, la buscaba como si estuviera desesperado y ella fuera su única salvación.

Preston sabía a vino, a algo dulce y áspero… como era él. Estaba muy duro y cálido y olía tan bien que quiso frotarse contra su cuerpo como una gata. Al cabo de unos instantes, sintió un calor en el interior que no tenía nada que ver con los carbones que ardían en el hogar.

Preston profundizó el beso, y Penelope se estremeció. Le dolían los senos, y tuvo la certeza de que solo el cuerpo de él podría calmarla. Le pasó los brazos por el cuello en el intento desesperado de acercárselo aún más, lo más cerca posible.

Preston le enterró las manos en el cabello, le acarició el tocado perfecto que le había hecho su habilidosa criada y le sostuvo el rostro al tiempo que inclinaba la cabeza para besarla aún más profundo. Y ella se lo permitió abriéndose más a él, arqueándose contra su cuerpo y deseando que fuera suyo.

Lo deseaba por completo; tanto así que apenas podía sentir el suelo bajo los pies. Solo estaba consciente del hecho de que se encontraba pegada a él y de que sus prendas se sentían extrañas y antinaturales mientras el pecho se le expandía y los senos se le hinchaban.

Basándose en algo largo y duro que se le apretaba contra el vientre cerca de los pantalones, supo que él también debía de sentirse de ese modo. Como quería darle tanto placer como él le había hecho sentir a ella la noche en lo de *lady* Leroy, le bajó las manos por el chaleco y le deshizo los botones para deslizar las manos bajo las solapas y deslizarlas hacia los hombros duros y por los brazos.

Preston se rio contra su boca.

—Qué impaciente, duquesa. Estás casi tan impaciente como yo por verte.

—Por ver…

—Oh, sí —le dijo con una mirada oscura y ardiente—. Ven aquí.

La volvió a besar, pero en esta ocasión le frotó la espalda con las manos y le desabotonó los ganchos del vestido con la misma habilidad de una criada. Acto seguido, le bajó el vestido hasta que le cayó a los pies sobre la alfombra suave. Luego le quitó las enaguas, que cayeron más rígidas alrededor de los tobillos. Una ola de calor la arrasó. Un hombre la vería desnuda en cualquier momento. Y no era un hombre cualquiera, sino él.

Preston dejó de besarla para alejarse un paso y la recorrió con la mirada. Solo llevaba puesta la camisola y el corsé. ¿Le agradaría lo que veía? La escaneó lentamente para observar cada centímetro de su ser.

—Date vuelta —le instruyó con la voz baja y ronca.

Penelope le hizo caso y se volvió. Sintió un tirón en el corsé cuando comenzó a desamarrarle los lazos. En breve, se lo quitó por la cabeza y lo único que le quedó puesto fue la fina camisola. Cuando la tomó de la mano para hacerla volverse hacia él, le hizo sentir un estremecimiento en todo el brazo.

—Quítatela —le pidió, y la nuez de Adán le subió y bajó.

Tomó una profunda bocanada de aire. Los pezones le cosquilleaban y se le endurecieron contra la fina tela. Era su único punto de atención; Preston la miraba como si nada ni nadie más existiera. Era el duque y su marido, y le pertenecía a él a los ojos de Dios, del rey y de la corte. Le podía dar todas las órdenes que quisiera… y lo hacía. Y, sin embargo, había algo en su voz, en la expresión intensa y casi dolorosa que tenía en el rostro, que la hacía sentir poderosa.

Sin apartar los ojos de los suyos, se deshizo el pequeño lazo que le cerraba la parte delantera de la camisola. Preston siguió los movimientos de sus manos con las fosas nasales dilatadas, y el pecho le subió y le bajó más rápido. Mientras se bajaba las tiras anchas de la camisola y dejaba un hombro al descubierto, la mirada del duque se oscureció hasta tornarse la de un predador. Penelope se bajó la otra tira y luego dejó caer la prenda hasta la cintura. Le quedó colgando de las caderas.

—Por todos los cielos… —maldijo con la mirada de un hombre famélico clavada en los senos—. Quítatela, Penelope.

Lo obedeció. Una fría brisa de aire le recorrió el cuerpo, y se quedó de pie, desnuda, excepto por las finas medias de lana que se les pegaban a las piernas gracias a unas ligas y los zapatos. Dio un paso al costado para salir de la pila de prendas que se había acumulado alrededor de sus pies y avanzó hacia él. A pesar de estar desnuda, se sentía arder.

Preston fue bajando por su cuerpo con la mirada, y se le aceleró la respiración al tiempo que le aumentaba el tamaño del bulto que tenía en los pantalones.

—Por Dios, Penelope —soltó en un murmullo ronco—. Qué hermosa eres… Cómo me tientas…

Las palabras le produjeron una ola de felicidad que la hicieron sonrojar. Él creía que era hermosa… Él era el atractivo, el hermoso.

—Aguarda aquí. —Fue a la cama, quitó el cobertor y regresó al hogar para colocarlo sobre el piso delante de las llamas—. Quiero verte por completo. Todo el tiempo. Quiero ver cómo llegas a la cima del placer y el momento en que te hago mía.

Un estremecimiento de deseo la recorrió entera. Preston la tomó de la mano y se la acercó a él para volver a besarla, pero esta vez no se detuvo en los labios, sino que siguió bajando por el cuello, el pecho y llegó hasta los senos. Le tomó uno entre las manos y se llevó el otro a la boca. Como las caricias de la lengua contra el capullo casi fueron más de lo que pudo soportar, se tensó del intenso placer que le estaba provocando.

—Oh, Preston —gimió.

—¿Te gusta eso, mi amor?

—Sí.

Las rodillas se le redujeron a gelatina y se trastabilló, pero Preston la sujetó y la recostó sobre el cobertor. Con la espalda apoyada sobre la manta suave, sintió el calor de las rejillas que la calentaba por fuera. Preston se arrodilló por encima de ella sin dejar de mirarla a los ojos y se

quitó el chaleco. Luego se deshizo los botones de la camisa blanca. Las prendas aterrizaron sobre la pila que conformaban las de ella, y Penelope dejó de respirar para contemplar el glorioso cuerpo de un excelente ejemplar masculino frente a ella. En el pasado, había visto estatuas griegas y conocía la perfección de una figura masculina, pero jamás había visto a un hombre desnudo.

Los hombros fuertes eran anchos y el pecho, musculoso, con una suave mata de vello y unas tetillas oscuras. Tenía los bíceps tensos. La tez más oscura que la de ella destellaba dorada a la luz del fuego. La planicie dura del estómago conducía a una región con la que no estaba para nada familiarizada… si no consideraba lo que había visto en las esculturas y las pinturas. La región que estaba a punto de dejar al descubierto…

Se bajó los pantalones, y algo largo y grueso saltó hacia adelante… ¡Era un órgano masculino! ¿Podía ser así de grande y estar tan erguido y apuntando hacia arriba? ¡Jamás había visto eso en ninguna estatua! Tenía unos rizos oscuros en la base, y más abajo, unos muslos gruesos, musculosos y hermosos.

—Preston, eres más magnífico de lo que jamás podría haber imaginado… —susurró—. Debes permitirme que te pinte desnudo.

Preston se rio y le sonrió. ¡Le sonrió!

La reacción fue tan inesperada y hermosa que la dejó sin aliento y sintió el impulso de acariciarle los labios para asegurarse de que no estaba soñando. Por primera vez desde que lo había visto hacía tres años en un salón de baile, se veía despreocupado. La eterna expresión del ceño fruncido había desaparecido para dar lugar a un joven tan atractivo que le dolía el pecho.

—Solo a ti se te ocurriría pintar en un momento como este. —Se rio entre dientes—. Veamos si te puedo hacer pensar en otra cosa… o, mejor aún, en nada.

Volvió a besarle los senos. Se los tomó entre las manos y alternó entre provocar a uno con la boca y luego al otro mientras le acariciaba el pezón con los dedos. Sintió un placer dulce que la embriagó. Arqueó la espalda para darle más acceso y acercarse más aún. Luego le fue depositando besos por el estómago en un rastro ardiente que descendía. Pasó por el vello que le cubría la entrepierna…

Recordó las sensaciones mágicas que le había hecho sentir con los dedos la última vez. Oh, cielos, estaba en llamas. ¿Acaso iba a…?

Preston le separó los pliegues y selló la boca sobre su sexo. Penelope jadeó y se estremeció del placer intenso que le produjo la escandalosa decadencia del acto.

—Preston, yo…

—Shhh… —le susurró—. Sabes celestial. Mejor de lo que jamás imaginé.

Se recostó sobre el cobertor con las mejillas sonrosadas mientras el duque procedía a besarla en su zona más íntima como si le estuviera besando la boca. ¡Y se había imaginado que la besaba allí!

Pero tras unos instantes, no pudo pensar más, y sintió la lengua que la provocaba, la lamía y la saboreaba al tiempo que con los labios la succionaba y le picoteaba la carne sensible. Se sintió expandir y nadar en un mar de sensaciones, en el placer que la embargaba en olas deliciosas. Y luego le introdujo un dedo… No le dolió, pero lo sintió como una pequeña invasión.

—Qué suave eres, cariño —le murmuró—. Y tan cálida y estrecha. Y estás muy húmeda para mí.

¿Húmeda? Oh, por todos los cielos, ¿se estaría avergonzando?

—Significa que estás lista —le dijo con suavidad—. ¿Estás lista?

—¿Para qué? —Alzó la mirada hacia él.

—Para recibirme —le respondió—. Así es cómo te hago mía. Así dejas de ser virgen y te conviertes en una mujer.

Lo quería dentro. Lo quería tan cerca como dos seres humanos pudieran llegar. Lo quería en todos lados.

—Sí —le respondió.

—Te puede doler y quizás se sienta incómodo —le advirtió—, pero es solo porque es tu primera vez. Te prometo que en el futuro se sentirá maravilloso. Tan maravilloso como lo sientes ahora… y mejor.

Penelope no sabía nada del tema. No había nadie en su vida que la hubiera preparado para eso. Y el hecho de que la estuviera cuidando y quisiera enseñarle y demostrarle cómo hacerlo le derritió el corazón y el alma. Lo deseaba. Esa noche. La siguiente. Y eternamente. Aunque doliera. Su estúpido corazón se estaba enamorando de él.

—Sí, Preston —susurró al tiempo que se le inflaba y desinflaba el pecho.

Preston se acomodó entre sus muslos y se los separó antes de descender sobre ella. El miembro duro le rozó la entrada, y Penelope movió las caderas para alentarlo a penetrar su cuerpo que latía lleno de deseo. Tenía un incendio y el único que podía apagarlo era él. El corazón le latió desbocado. ¿Cómo haría para darle cabida por completo cuando jamás había tenido nada dentro del cuerpo? La miró profundamente a los ojos. Había tanta ternura en su mirada, tanto cuidado por ella, que la garganta se le cerró de la emoción.

—Eres perfecta —le dijo y le desató una bandada de estorninos en el estómago. La besó con ternura y profundidad y comenzó a embestirla con delicadeza. Se sostuvo con un brazo mientras deslizaba el otro entre sus cuerpos y le frotaba un dedo por el centro de placer que yacía oculto entre sus pliegues. Penelope separó los muslos para sentirlo más profundo en su interior.

De repente, sintió un pellizco interno, y Preston se deslizó en su interior. Penelope se retorció un poco y luego se quedó petrificada. El ardor se tornó un poco desagradable y Preston parecía estar sufriendo.

—¿Te encuentras bien, mi amor? ¿Quieres que me detenga?

Era tan grueso y estaba creciendo tanto en su interior, que sintió como si la estuviera estirando al límite. A pesar del malestar, aún lo deseaba. Seguía excitada y no estaba ni cerca de haber acabado. Notó unas gotas de sudor bajo los mechones de cabello oscuro que le cayeron sobre la frente a su marido.

—No te detengas —le dijo pasándole las manos por la espalda musculosa—. Por favor, no te detengas.

Preston tragó con dificultad.

—Qué bueno. Porque te sientes tan bien que creo que me daría una apoplejía si tuviera que apartarme del paraíso de tu cuerpo.

Despacio siguió embistiéndola sin dejar de frotarle el centro de placer y, en breve, el dolor se disolvió en una ola intensa que formaba parte de ese placer.

Penelope soltó un gemido y arqueó la espalda cuando se enterró en lo más profundo de su ser. Ahora formaba parte de ella, y ella de él, y cuando comenzó a moverse más rápido, entrando y saliendo de su cuerpo con delicadeza, el placer fue aumentando. Preston apartó la mano, pero reacomodó las caderas para continuar estimulando ese punto maravilloso, y la hizo sentir otro placer aumentando en su interior.

Comenzó a embestirla con vigor emitiendo profundos gruñidos que parecían gritos de agonía.

—Qué bien te sientes, Penelope —gimió—. Cielos, eres tan estrecha… ¿Te gusta esto?

—Sí… Por favor… por favor…

—Por favor, ¿qué, mi amor?

—Más… más…

—Siento que me aprietas tanto… ¿Estás cerca del orgasmo?

—Estoy… Estoy…

No sabía qué estaba. Sabía que había una tensión creciéndole en el interior, inevitable como un carruaje conducido a toda velocidad. Pero en esta oportunidad se sintió diferente a la anterior. Más plena. Más consumidora. Se sentía como si todo su cuerpo estuviera a punto de estallar como un fuego artificial. Él sostenía la llama. Y causaría su ruina.

—¡Oh, Preston! —exclamó mientras el cuerpo se le tensaba en un delicioso momento de éxtasis.

El placer la embargó como una ola gigante en medio de una tormenta, la dejó ciega, sorda y descerebrada durante un momento. Preston se corcoveó, se tensó y gruñó una suerte de sonidos lobunos antes de unirse a ella estremeciéndose y retorciéndose en su interior.

Durante varios momentos, se quedaron abrazados. Preston se perdió en ella, y ella se meció entre las olas de dicha.

Y luego Preston colapsó sobre ella, se movió a un lado y la acurrucó contra su hombro. Los dos respiraban entre jadeos y estaban cubiertos de sudor.

¿Por qué nadie le había dicho las cosas increíbles que podían ocurrir entre un marido y su mujer? Quizás ese placer no era igual para todos. Quizás solo lo había sentido porque estaba con Preston.

Se estaba enamorando de él. A su corazón estúpido no le importaba que estaba amenazando a su padre. Ni siquiera quería pensar en eso.

Porque nada sería lo mismo luego de esa noche.

Y sin importar lo bien que se sintiera con él en ese momento, aún había secretos entre ellos. Secretos que podrían destruir ese frágil sentido de felicidad y hacerle añicos el corazón.

18

PRESTON SE LANZÓ hacia adelante con la espada de esgrima en la mano derecha y la chocó contra la de Richard mientras se debatían en duelo. Los rizos caoba de su hermano menor le caían sobre la frente mientras lanzaba un contraataque y gruñía.

Otros caballeros entrenaban en el club de esgrima, Olympus, enfrentándose y girando las espadas en varios carriles que había en la gran sala. En la habitación resonaban los ruidos metálicos de las espadas, los movimientos de los pies, los gruñidos y las órdenes afiladas de los entrenadores. La mayoría de los caballeros llevaban puestas chaquetas de esgrima: prendas blancas y simples hechas de un material grueso con ganchos a ambos lados del torso. Sobre las paredes de paneles de madera colgaban varios cuadros de caballos y paisajes. Y las ventanas altas abiertas que daban a la calle Old Bond en el barrio de Mayfair permitía el ingreso de mucha luz.

El cuerpo de Preston anhelaba el ejercicio físico y el estiramiento de los músculos para lograr olvidar. Olvidar la noche anterior con su esposa.

Porque el plan de tomarla hasta saciarse de ella y quitársela del sistema no había funcionado. En el momento en que se hundió en las profundidades dulces y estrechas de su cuerpo, se había vuelto evidente que jamás se saciaría de ella. Jamás dejaría de desearla.

Su cuerpo dulce había respondido con gran voracidad a él. La noche anterior había logrado entrever cómo serían las cosas entre ellos. La felicidad. Las cenas a solas. Las noches con ella en su cama. Las mañanas en las que abriría los ojos para verle el rostro.

Pero nada de eso era posible. Siempre sería la amada de Spencer, y la muerte de su hermano siempre pendería entre ellos.

Preston se removió y blandió la espada contra la de Richard, pero solo asestó una embestida débil con un ángulo direccionado demasiado a la derecha, y Richard lo desarmó con facilidad.

Richard avanzó hacia la espada de Preston.

—¿Qué haces, hermano? —le preguntó mientras se inclinaba para recoger el arma y devolvérsela—. ¿Por qué estás tan distraído?

Preston cerró la mano sobre el puño de la espada.

—No es nada que deba preocuparte.

—¿Se trata de Penelope? —le preguntó.

No necesitaba hablar. Lo que necesitaba era distraerse.

—No. No es asunto tuyo. Vamos. ¡En guardia!

Preston siguió su ejemplo y se paró con las rodillas muy flexionadas y el codo inclinado de modo que la espada apuntara hacia arriba.

—Es la única mujer a la que amó Spencer —señaló Richard—. Eso debe preocuparte.

Richard lo conocía demasiado bien. Siempre había sido el pacifista. No era tan competitivo como sus hermanos, tenía buenas habilidades de observación y siempre parecía saber qué estaba pensando cualquier persona.

Y mientras que todos los miembros de la sociedad pensaban que Richard era otro libertino de la familia Seaton, Preston sabía que eso solo era una fachada. En lo más profundo de su ser, su hermano era un verdadero romántico, y por más que intentara tener conexiones insignificantes, no podía concretarlas.

Preston siempre había creído que, de los tres hermanos, Richard sería el que acabaría felizmente casado porque era muy popular entre las mujeres y era un verdadero hombre de honor. Pero desde que su exprometida rompió el compromiso, había cerrado su corazón al romance y había jurado que jamás se casaría.

Preston volvió a atacar solo para distraerlo con su mirada afilada y su mente aguda.

—Vamos —gruñó Richard mientras bloqueaba el ataque. Se debatieron con varios movimientos rápidos.

—Si me preocupara —repuso Preston—, querría decir que ella significa algo para mí.

Richard desvió un ataque.

—¿Y ese no es el caso?

Preston avanzó hacia él.

—No importa. Porque no debería significar nada.

Richard lo embistió, y Preston no fue lo suficiente rápido como para bloquear el ataque, por lo que la punta de la espada de su hermano le rozó el pecho.

—Pero significa algo —observó Richard parándose erguido—. Me doy cuenta.

Preston clavó la mirada en su hermano durante unos instantes. ¿Acaso valía la pena negarlo cuando lo conocía tan bien? ¿Cuál era el punto de hacerlo?

—Sí —concedió al fin.

Su hermano avanzó hasta él.

—Estoy seguro de que Spencer querría que fueras feliz.

Preston soltó un suspiro.

—Sí, pero no con ella. La amaba. Ella iba a ser de él.

—¿Acaso no eras tú quien decía que ella no lo correspondía?

—Sí.

Y ella misma le había dicho que nunca había estado interesada en Spencer en el sentido romántico. Preston asintió hacia los vestuarios. Mientras avanzaban en esa dirección, un lacayo le entregó un trapo a cada uno.

—La traté muy mal al principio y ahora me arrepiento.

Se merecía que la tratara bien todos los días.

—Lo sospechaba. Jamás me gustó tu decisión de casarte con ella para vengarte de su padre.

Preston se secó la frente sudada.

—Bueno, ¿acaso tú no quieres venganza?

—Lo que quiero… es que Spencer esté vivo —dijo Richard—. Quiero que esto no le haya pasado. Pero sé que la venganza no lo traerá de regreso. Y me atrevo a decir que hasta podría destruir tu matrimonio.

Hacía solo una semana, Preston hubiera respondido que no había nada que destruir. Por desgracia, en los últimos días, su estúpido corazón había comenzado a albergar esperanzas. A sentir. No podía quitársela de la mente. Una parte de él quería regresar a la época en la que solo la detestaba y no había esperanza alguna para ellos. Pero había llegado a conocer a Penelope. A

la verdadera Penelope. Y se había dado cuenta de lo equivocado que había estado.

Ingresaron en el vestuario, y Preston fue al ropero y comenzó a abrirse los ganchos de la chaqueta de esgrima.

Richard se encontraba frente a él, con un hombro apoyado contra el armario, y lo observaba.

—¿Acaso no has tenido suficiente odio e ira ya? Si quieres ser feliz con tu duquesa, tendrás que soltar la venganza y perdonar a su padre. Es imposible que lo odies y seas feliz con ella.

A Preston le tembló el pecho. No le gustaba que Richard tuviera razón.

—En algún momento —añadió—, tendrás que escoger entre el amor y la venganza. ¿Podrás hacerlo?

Preston comenzó a quitarse la chaqueta. ¿Amor? Lo único que sentía por Penelope era lujuria. Sí, le gustaba bastante, y no podía negar que ella le había tocado algo en el interior. Pero… ¿amor?

A regañadientes se admitió a sí mismo que había una pequeña parte de sí, la que había visto que ese amor y esa felicidad maritales eran posibles, que había comenzado a guardar esperanzas. Había comenzado a imaginar una vida en la que podía tener un matrimonio feliz. Pero qué parte más tonta. Solo era una ilusión y no podía acabar en otra cosa que no fuera dolor y un corazón roto. No. Jamás habría amor.

Sin embargo, siempre existiría el agujero en su familia que representaba la ausencia de Spencer. Jamás se sentaría en su sitio en Navidad. Nunca más discutiría con Preston acerca de algún asunto insignificante ni lo derrotaría en una carrera a caballo por los campos de Grandhampton.

Preston dejó caer la chaqueta e introdujo un brazo en el abrigo.

—No puedo. Jamás podré perdonar al asesino de mi hermano.

Por lo tanto, no debería desarrollar sentimientos por la hija de su enemigo. Debería dejar de acercarse a ella antes de enamorarse por completo. O de que ella se enamorara de él.

Debería dejarla ir a vivir en una de sus propiedades lejos de él. Podría proveer por ella mientras pintaba y la dejaba en paz.

No obstante, no podía hacer eso. Necesitaba un heredero. Además, era un hombre muy débil, y ella era una gran tentación.

19

—CALLIOPE, ¿estás pensando en el matrimonio? —preguntó Emma, la duquesa de Loxchester—. Mira el modo en que *lord* Chapman te observa.

Calliope, Emma y Penelope caminaban por Hyde Park en plena floración. El aire estaba frío y fresco tras la lluvia y una fuerte brisa típica de abril jugueteaba con los mechones de cabello de Penelope bajo el bonete y se los arrojaba a los ojos. El parque estaba lleno de damas y caballeros elegantes que paseaban entre los arbustos de hojas verdes jóvenes y frescas que destellaban con las gotas de la lluvia que había cesado hacía menos de una hora. Unos jinetes ocasionales cabalgaban por las colinas de césped corto, y varios carruajes paseaban entre los carriles para caballos para que las damas y los caballeros que viajaban en ellos alardearan de los atuendos de moda que llevaban puestos.

Las tres asintieron para saludar al jinete que pasaba a un lado del camino. Era un hombre de estatura baja, pero muy apuesto y atractivo con el traje de levita color azul marino haciendo contraste contra el rostro redondeado y pálido y el cabello de color azabache.

—Por favor, Emma —repuso Calliope—. Por favor, no te unas a mis hermanos en esto. No tengo ninguna intención de casarme jamás. ¿Para convertirme en la propiedad de un marido? No, gracias.

—No me estoy uniendo a tus hermanos —se rio Emma, y los notables ojos verdes le destellaron—. Estoy de tu lado. Solo te pregunté si te interesaba el matrimonio. Porque te puede hacer muy feliz.

Calliope soltó un bufido bastante impropio de una dama, se sonrojó y clavó la mirada de ojos celestes en un punto más adelante.

—Tengo otros planes para mi vida que no involucran a ningún *lord* Chapman mandoneándome para que tenga sus bebés y reciba a sus amigos.

—Pero ¿acaso Preston y *lord* Richard están hablando de casarte? —preguntó Penelope—. Preston no me ha mencionado nada.

Las dos damas se volvieron y le dirigieron miradas afiladas.

—¿Lo has llamado Preston? —le preguntó Calliope—. ¿Ahora lo llamas por su nombre de pila? ¿Eso significa que han hecho las paces?

No solo habían hecho las paces, sino también el amor y prácticamente se habían fundido en un solo ser todas las noches ni bien quedaban a solas en su recámara. Habían sido tres noches de poco sueño, pero muchas actividades que le producían dolor y cosquilleos en el cuerpo… actividades de las que no podía hablar con una joven soltera como Calliope. Tres noches que podrían ser el principio de toda una vida de felicidad, pero no se atrevía a guardar esperanzas.

—Sí —repuso Penelope intentando ocultar una sonrisa sin mucho éxito—. Y tenías razón,

Calliope, solo tenía que darle una oportunidad. —Pensó en lo mucho que había disfrutado las sesiones de pintura con la señorita De Luca y en lo mucho que había mejorado. Y todo gracias a él—. Es un hombre maravilloso.

Un hombre maravilloso que tenía algo que podía destruir a su padre.

Un secreto que esperaba que su padre le revelara ese mismo día. Miró alrededor en busca de una silueta baja y redondeada que llevara puesta una peluca empolvada. Pero no lo vio por ningún lado.

—Esa es tu oportunidad de ser feliz —le dijo Emma tan deleitada como Calliope—. Estoy muy feliz. Nuestros esposos son gruñones y tercos, pero los amamos por eso, ¿no?

—¿Lo supiste de inmediato? —le preguntó Penelope—. ¿Supiste de inmediato que amabas al duque de Loxchester?

Emma soltó un suspiro y sonrió.

—No, pero lo supe pronto. Al principio pensé que no era un buen hombre por el modo en que me trataba, pero me salvó. En varias ocasiones. Creo que eso es lo que está haciendo Grandhampton. Parece tener un corazón frío y estar interesado solo en sus asuntos, pero en el fondo creo que nuestros maridos tienen corazones muy bondadosos. Son almas heridas que necesitan sanar. En cuanto vi eso en Sebastian, me enamoré de él.

Un alma herida… Sí, Preston era precisamente eso. Penelope sabía que estaba de luto por la muerte de Spencer, y se había abierto para confesarle que se culpaba por eso y que la había culpado a ella también creyendo que había alentado los sentimientos de Spencer.

Sin embargo, nada de eso explicaba por qué estaba tan determinado a destruir a su padre… De repente, vio la peluca blanca empolvada a unos quince metros de distancia. Su padre caminaba despacio con un bastón.

—¿Les molesta si voy a hablar con mi padre? —les preguntó—. Lo veo caminando allí.

Las dos se volvieron a mirarlo. Calliope asintió con la cabeza al tiempo que se le formaba una expresión anonadada en el rostro.

—No, claro que no, por favor ve a hablar con *lord* Beckett. No necesitas nuestro permiso.

Penelope se aclaró la garganta.

—Ya lo sé… pero… no se lo mencionen a Preston. Por favor.

Calliope y Emma intercambiaron una mirada.

—Si no quieres que lo mencionemos, no lo haremos —le aseguró Emma.

Calliope añadió:

—Aunque no entiendo por qué a Preston le molestaría que vieras a tu padre.

—Tienen una pequeña disputa entre ellos. No sabría decirles de qué se trata, pero debo llegar al fondo del asunto. Regresaré pronto.

—Claro —dijo Emma.

Asintieron y se alejaron. Penelope se apresuró a alcanzar a su padre, que se volvió a observarla con el rostro más hinchado y sonrojado de lo que recordaba desde la última vez que lo había visto. Al notar los círculos rojos que se le habían formado bajo los ojos, el estómago le dio un vuelco de preocupación.

—Padre —lo saludó—. ¿Cómo se encuentra?

—Oh, Penelope —le dijo apartando la mirada—. ¿No te parece que hace un poco de frío como para estar paseando? No tengo mucho tiempo.

Mientras caminaban despacio, el bastón se clavaba en el sendero húmedo con sonidos de chapoteos.

—¿Ha estado bien? —le preguntó con cautela al tiempo que la brisa le hacía inhalar el hedor

a alcohol, cuerpo sucio y sudor. ¿Acaso estaba en presencia del barón? ¿De verdad había caído tan bajo?

—¿Cómo puede estar bien un hombre sin dinero, Penelope? Qué pregunta más tonta. Usa el cerebro. Me las estoy ingeniando. Pero mantener las apariencias no es fácil sin todos los criados para que limpien la casa.

—Alexandria le envía saludos —le dijo—. Me ha escrito desde el campo.

—Oh, por favor, envíale mis saludos. Ojalá su padre pudiera prestarme más dinero.

La duquesa de Ashton acababa de dar la vuelta al sendero acompañada de dos damas más jóvenes, y a Penelope le dio un vuelco el corazón. Ahora que las habían presentado y tenían el mismo puesto en la sociedad, ¿se dignaría a reconocerla y saludarla?

La duquesa se veía increíble con el jubón de color verde esmeralda y un bonete alto y blanco decorado con amapolas rojas, una malla de color esmeralda y unas plumas de pavo real.

—Oh, duquesa —la saludó al detenerse delante de ella—. Felicitaciones por la boda. Le deseo muchos años de felicidad con su marido.

Los ojos se le entristecieron aún más al decir eso.

—Muchas gracias, duquesa —le contestó Penelope—. Le presento a mi padre, *lord* Beckett.

—Por supuesto —dijo la duquesa con una sonrisa antinatural y le apretó la mano—. ¿Cómo está, *lord* Beckett? Espero que esté disfrutando el paseo. No me podía quedar un instante más en casa tras dos días de lluvia. Con algo de suerte, tendremos más días soleados para disfrutar del parque.

—Claro —coincidió Penelope—. Espero poder venir a pintar aquí, al aire libre.

—¡Oh! —exclamó la duquesa, y la tristeza le desapareció de los ojos—. Es cierto, había mencionado su interés por el arte en Almack's.

Su padre se aclaró la garganta, claramente molesto de oír eso, pero por fortuna mantuvo la boca cerrada. Penelope sonrió.

—Así es, duquesa. Su memoria le hace justicia. Pinto muy a menudo. Hace poco, mi marido contrató a Enrica de Luca para que me enseñe.

—¿La señorita De Luca? —Los ojos de la duquesa destellaron llenos de curiosidad—. Su marido la debe querer mucho. Además, ella no suele enseñarle a nadie. Debe haber visto algo en usted. Ahora siento curiosidad. Por favor, permítame ver sus obras.

A Penelope le dio un vuelco el corazón. Todo el parque se iluminó a su alrededor.

—Po supuesto, será un honor, señora. Nada me haría más feliz. Por favor, venga a visitarme.

—Claro que iré —decidió la duquesa de Ashton con una sonrisa de satisfacción—. Nada me da más placer que ver nuevos talentos. Que tengan un buen día.

Tras decir eso, ella y sus acompañantes reanudaron el paseo, mientras que Penelope y su padre hacían lo mismo. El corazón le latía tan desbocado, que lo sintió contra las costillas.

—Bueno, no ha sido un matrimonio tan malo después de todo —señaló su padre con una sonrisa de satisfacción—. Con todos esos contactos… Hasta la duquesa de Ashton quiere halagarte.

Claro. Porque su padre jamás podría imaginar que la duquesa realmente pensara que Penelope tenía talento. Se tragó el pensamiento amargo antes de enfadarse.

—Se ve más delgado, padre. ¿Está comiendo suficiente?

—Claro que no. —La miró con tanto ruego en los ojos que el corazón se le estremeció—. Por favor, Penelope, ayúdame.

Ella había ido a preguntarle acerca del conflicto con Preston, pero no podía soportar verlo caer tan bajo. Sí, una de las reglas de Preston era que jamás podía darle dinero a su padre. Pero

no podía tolerar verlo degradado de ese modo. Era su padre. No tenía madre, pero aún lo tenía a él.

Se detuvieron. Se llevó las manos temblorosas al bolso y extrajo el dinero que Preston le había dado para las siguientes dos semanas para que comprara vestidos y otras cosas. Debían de ser unas doscientas libras. Se lo apretó contra las manos de su padre y echó un vistazo por encima del hombro. ¿La habrían visto Calliope y Emma? No estaba segura. No las veía en el sendero a espaldas de ella y de su padre.

Su padre se introdujo el dinero en el bolsillo del tapado. Una gran culpa se le hundió en el estómago. No solo estaba ayudando a su padre, sino que también estaba traicionando a su marido. El marido con quien comenzaba a estar en paz; el marido con quien pasaría el resto de su vida.

—Por favor, padre, no lo apueste. Úselo para pagarle a los criados lo que les debe y para comprar provisiones.

—Esto no alcanza, Penelope —le dijo—. Necesito más. ¿Puedes darme más?

—¿Cuánto debe en concreto, padre?

Durante unos instantes, no respondió. En lugar de hacerlo, reanudó en paseo a paso lento.

—Diez mil libras.

Penelope soltó un jadeo y sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Cómo pudo haber apostado semejante fortuna?

—Fue lo único que me hizo sentir bien luego de perder a tu madre. La amaba. Ella y tú… eran la única luz de mi vida.

A Penelope se le retorció el corazón de dolor por él.

—Claro que le daré más dinero. Le puedo dar mi ingreso mensual. Pero, por favor, dígame qué poder tiene Preston sobre usted.

Su padre se volvió a detener y se volvió a mirarla. La nuez de Adán le subía y bajaba mientras miraba alrededor. Tras asegurarse de que nadie pudiera oírlos, se acercó más a ella, con los ojos suaves y amables por primera vez en años.

—Gracias, Penelope. Tienes un buen corazón. El corazón de tu madre. Por eso debes ayudarme. No sé qué es en concreto. Pero podrías buscar la evidencia que tiene en mi contra y traérmela. Si lo haces, todo esto acabará.

A Penelope no le gustaba lo que oía ni un ápice. Había traicionado a Preston al darle dinero a su padre, pero no podía traicionarlo aún más robándole documentos importantes… ¿Cierto?

—¿Qué es, padre? —le preguntó.

—Una carpeta de cuero roja, Penelope. Si la encuentras en alguna parte de la casa y me la traes, seré libre de la amenaza que ejerce Grandhampton sobre mí. Es más, tú también serás libre de dejarlo.

¿Dejarlo? No. Eso no se sentía bien en lo más mínimo. No quería dejarlo. No quería traicionarlo. Quería saber la verdad y quería amarlo y vivir una vida feliz con él. Quería compartir más noches como las últimas, quería sentir su cuerpo cálido y duro hundiéndola contra el colchón de manera deliciosa. Quería más conversaciones de alma a alma que la hicieran sentir amada, comprendida e importante. Quería seguir pintando su atractivo y entallado rostro. Quería admirarle el cuerpo mientras trazaba las siluetas de sus brazos y su pecho musculoso. Quería más de él. Todos los días.

—Padre, no puedo robar los documentos de mi marido.

—Bueno, pero ¿puedes dejar que tu pobre padre anciano muera en la prisión de deudores?

—No irá a la prisión de deudores. Es un miembro de la sociedad.

—Entonces, ¿puedes dejarme morir en manos de los hombres a quienes les debo dinero?

Penelope sintió un estremecimiento que le caló hasta los huesos.

—¿Qué dice?

—Sí, ha llegado a eso. —Al barón le tembló el mentón mientras miraba alrededor y los ojos se le llenaban de lágrimas. Penelope cerró los ojos al tiempo que el corazón se le llenaba de pena por él.

—Tiene que haber otra manera. Hablaré con Preston. Estoy segura de que entenderá y lo ayudará…

—¡No! No te atrevas. ¿Quién crees que me quería en esta terrible situación? Casi tuve una solución en las manos, y me la arrebató.

Penelope exhaló el aliento. Una pareja pasó por delante de ellos riendo y sonriendo bajo el sol. Cuando quedaron fuera del alcance del oído, reanudó el paseo con su padre. Estaba pensando. Si el documento en cuestión desaparecía, Preston se pondría furioso. Pero eso no solo ayudaría a su padre, sino que destrozaría cualquier forma de venganza. De modo que quizás, si le quitaba ese documento, detendría ese plan malévolo. Entonces podrían pasar de página, y podrían comenzar a ser felices para siempre.

—Oh, está bien, padre —acordó, y un estremecimiento le recorrió las venas. El resentimiento que sentía hacia él le produjo un aguijonazo. No era ninguna ladrona. Ni ninguna mentirosa. Lo único que quería era ayudar. Pero al parecer su padre siempre la obligaba a hacer cosas que no deseaba hacer—. Lo haré.

Luego de pasear con su padre, Penelope regresó con Emma y Calliope y continuó el paseo con ellas un rato más. Al cabo de una hora, regresó a casa.

Le entregó el bonete y el jubón al señor Porter y le pidió que le instruyera a la señora Brown que la fuera a ver a la biblioteca. Unos minutos después, la señora Brown entró con su típico rostro amable.

—*Milady*, ¿la puedo ayudar en algo?

—Señora Brown… —comenzó Penelope mirando hacia la puerta del estudio de Preston. ¿Cómo lograría entrar allí y robar algo?—. Solo quería hablar del menú para la semana que viene.

—Por supuesto, *milady* —accedió la señora Brown—. ¿Qué le gustaría comer?

—Estaba pensando en algo más liviano que lo normal. Algo más propicio de la primavera. Es maravilloso sentir que se acerca el verano, y creo que el señor disfrutará mucho el cambio. Me gustaría alegrarlo un poco. Quizás ensalada con rabanitos. Y también sería bueno añadir unos espárragos.

—Claro —aceptó la señora Brown—. Permítame tomar nota.

Se acercó al escritorio y tomó una hoja de papel de una carpeta elegante y pequeña y comenzó a escribir todo. Añadieron alcachofas y judías verdes a la lista, así como también eneldo, cebollín y perejil.

Ahora que Preston le había dado su propio estudio y le permitía cambiar los cuadros por otros con colores más vivos y livianos, había comenzado a sentirse más en casa. Pero la mayor transformación fue, sin dudas, la de su marido. Había pasado de ser un hombre frío e insensible que la detestaba a uno que le hacía el amor, hablaba con ella, la escuchaba y compartía profundos secretos con ella.

Y, a pesar de todo, había accedido a traicionarlo. Una pesadez se le asentó en el estómago. Quería compensarlo por lo que estaba a punto de hacer. Quería convertir a Chalworth en el verdadero hogar de los dos. Quería iluminarlo para él y disipar la oscuridad y la tristeza que residía allí para convertirlo en un sitio lleno de esperanza y de luz.

—También me gustaría encargar algunos muebles —continuó Penelope cuando terminaron de hablar del menú.

La señora Brown enderezó la espalda.

—¿Cómo dice, *milady*?

—Todo es demasiado oscuro aquí. Me gustaría que haya más luz en la casa. ¿Me puedes dar la dirección de un buen carpintero? Me gustaría comprar muebles modernos de colores claros.

La señora Brown no respondió durante un momento. Parecía haber perdido el habla.

—De acuerdo, *milady*.

A pesar de que su voz denunciaba algo, Penelope decidió ignorarlo. Comprendía que la señora Brown era leal a la historia de la familia, pero ya era hora de un cambio. Penelope estaba haciendo eso por Preston y por ella. Quizás la señora Brown se sentiría menos amargada en un espacio más alegre.

—Y ¿puede asegurarse de que las cortinas estén bien abiertas? —le pidió también—. Las ventanas son pequeñas y no permiten el ingreso de mucha luz.

—Por supuesto, *milady* —repuso la señora Brown con frialdad—. Me aseguraré de que las criadas lo sepan. ¿Algo más?

—Sí, me gustaría que se laven las sábanas todas las semanas. He estado aquí casi dos semanas, y me gustaría dormir en una cama limpia. Y estoy segura de que el duque está de acuerdo.

—Por supuesto, *milady*.

—Y en algún momento de la semana que viene, me gustaría hacer una cena para todos los Seaton y el duque y la duquesa de Loxchester. Algo sencillo pero delicioso. Será un evento familiar.

—Pero el duque y la duquesa no son familia… ¿No?

—Bueno, no, pero prácticamente lo son.

—Sí, señora.

—Gracias, señora Brown —le dijo Penelope con calidez—. Es una maravillosa ama de llaves. Gracias por hacer mi vida y la de mi marido tan fácil.

Un tirón de sorpresa en el entrecejo dejó entrever una expresión de conmoción, pero la máscara de criada indiferente regresó de inmediato.

—Es un placer, *milady*.

—Gracias —repitió Penelope—. ¿Sabes si el duque ha regresado?

—Hasta donde sé, no, señora.

Cuando la señora Brown se marchó, Penelope echó un vistazo hacia la puerta que daba al estudio de Preston y se estrujó las manos. Caminó a toda prisa hacía allí, llena de determinación, pero con el estómago revuelto por dentro. «Lo haces por tu padre», se dijo mientras abría la puerta. «Debes hacerlo por tu padre».

La sala estaba vacía. El cuadro de Dánae colgaba en la pared tan hermoso y escalofriante como lo recordaba. Una puñalada de empatía por la mujer la hizo morderse el labio. Debía darse prisa. Los criados no tendrían ningún motivo para sospechar nada si la encontraban allí… al fin y al cabo, era la señora de la casa.

Pero Preston…

Se apresuró al escritorio y miró la pila de documentos que había sobre él. Luego miró otra pila con carpetas de cuero marrones y más papeles. También había algunas obras de ficción y pesados libros de contabilidad.

Penelope abrió un cajón del escritorio tras otro y encontró más documentos, cartas, bolígrafos y un frasco de tinta cerrado.

En el tercer cajón encontró la carpeta de cuero roja que yacía sobre otras cartas y documentos. Recordó haberla visto en el escritorio la noche en que lo encontró dormido en esa sala. La noche en que leyó la carta de Spencer… Se quedó paralizada y el pulso se le aceleró y lo podía sentir en los oídos. Tragó con dificultad y apoyó los dedos temblorosos sobre la suave superficie de cuero bien estirado.

Esa era la respuesta a los problemas de su padre y la revelación de los secretos de Preston. Cerró los dedos sobre la carpeta y la extrajo del cajón sintiendo que era una serpiente a punto de morderla. La sostuvo delante de ella, y el cuero reflejó la luz que se colaba por la ventana.

Ya la tenía. Lo único que debía hacer era marcharse, ocultarla y entregársela a su padre… ¿O debería mirar lo que contenía? Pero ¿cómo podía traicionar a Preston de ese modo tan irrevocable que rompería para siempre la frágil confianza y paz que había entre ellos?

De repente, recordó las palabras de Preston cuando la protegió de su padre: «Si mi esposa desea ser una artista, me parece maravilloso. Creo que tiene más cerebro que usted, señor. Tiene más cerebro que la mayoría de los hombres que conozco».

Recordó la excitación y el entusiasmo de Preston al contratar a Enrica de Luca para que la instruyera. Y el día en que se arrodilló delante de ella para apoyarle la boca… en ese punto… Y cuando le contó acerca de su dolor y su culpa más profunda…

Preston, con quien había establecido una confianza frágil y preciosa.

No. No podía mirar los contenidos de la carpeta ni tampoco robarla. No era esa persona. Amaba a su padre, pero tenía que haber otra manera de ayudarlo sin traicionar a su marido.

Cuando se movió para volver a dejar la carpeta en el cajón, la puerta se abrió. Alzó la mirada y vio a Preston de pie y con una expresión de desolación.

20

PRESTON FLOTÓ por la casa como si tuviera alas. Vio el ramo de tulipas amarillas, blancas y rosadas que había en un jarrón sobre la mesa de entrada de Chalworth. El aroma en la casa había cambiado de polvo y antigüedad a uno más floral y frutado, como una mezcla de bergamota y lavanda.

«Penelope».

El motivo por el que se sentía tan liviano, algo que no había sentido en al menos siete meses o quizás incluso años, se debía a que había convencido a William Turner de que fuera el tutor de Penelope. No podía recordar estar tan entusiasmado como lo estaba en ese momento por su esposa. Cuando pintaba, se llenaba de vida. Y ver esa luz en sus ojos, ese entusiasmo, era como sentir sanar su propia alma.

—Señora Brown, ¿dónde está la duquesa? —le preguntó al ama de llaves.

—Acabo de hablar con la señora en la biblioteca, *milord* —le respondió con una inclinación amable.

Preston se apresuró hacia la biblioteca. La habitación estaba vacía, pero la puerta de su estudio estaba arrimada.

Sintió una preocupación que le ciñó el vientre. ¿Qué motivo podría tener Penelope para entrar en su estudio cuando él no estaba en casa?

Con cautela, abrió la puerta, y el mundo se le hizo añicos. La vio de pie paralizada con la carpeta de cuero roja en una mano y una mirada culpable en los ojos. Le había dicho que no anduviera husmeando. Le había prohibido entrar allí y sin embargo…

No fue ira lo primero que sintió. Fue dolor. Un dolor similar al de caminar por mil trozos de cristal roto. Porque sabía el motivo exacto por el que sostenía esa carpeta en las manos.

—Penelope —le dijo, y la voz le sonó como si hubiera tragado un puñado de gravilla.

Dejó la carpeta sobre el escritorio como si la hubiera quemado.

—No es lo que parece… —La garganta tierna se le movió visiblemente mientras intentaba tragar—. Yo… estaba por ponerla de vuelta en su sitio.

Muy despacio, cerró la puerta a sus espaldas. Luego avanzó hacia ella, y sintió como si el suelo fuera un pantano bajo sus pies.

—Me has traicionado.

Penelope dio un paso hacia atrás y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por todos los cielos, el dolor se sintió como un puñal. Debería detestarla. Él era el que debería estar a punto de llorar. Y, aun así, verla triste lo hacía querer sufrir cualquier herida con tal de verla sonreír otra vez.

—¡No! —exclamó—. Lo siento.

«Mentiras. Puras mentiras», se dijo a sí mismo. No se arrepentía, solo estaba fingiendo.

—¿La ibas a robar para llevársela a tu padre? —le preguntó dándole la vuelta al escritorio para detenerse delante de ella.

Se ciñó sobre ella intentando ignorar su deliciosa fragancia. Era muy delicada y pequeña, y aun así nadie en su vida había tenido tanto poder para lastimarlo.

Enderezó los hombros y no le apartó los ojos celestes de encima.

—No.

Los labios se le curvaron en una sonrisa.

—No me mientas. No te atrevas a tomarme el pelo. ¡La has buscado en el escritorio y la has sacado del cajón!

—¡Pero no vi el contenido! —exclamó.

—Bueno, entonces es bueno que haya llegado a casa tan temprano. Si hubiera llegado un minuto más tarde, ya te habrías largado con la carpeta.

Penelope volvió a tomar la carpeta.

—¿Qué es, Preston?

—Es mejor que no lo sepas. —Se la quitó de la mano y la metió en el primer cajón del escritorio. Lo cerró de un golpe tan fuerte, que sonó como una bomba que acababa de explotar a su lado—. ¿No entiendes? Tu ignorancia es tu paz mental. ¡Te estoy protegiendo!

Dio un paso hacia él y le apoyó la mano en el pecho. Se le secó la boca. Una caricia inocente bastaba para hacerle sentir un cosquilleo en todo el cuerpo.

—No hace falta que me protejas, Preston —le dijo con suavidad—. Soy una mujer adulta. Una duquesa.

—Penelope, ya sé que eres una mujer adulta, pero no…

Quería decirle que no quería romperle el corazón, pero ella lo interrumpió.

—Lo admito. Mi padre me pidió que le llevara la carpeta de cuero roja. Pero, Preston, lo vi en tan mal estado. No le está yendo nada bien. Ha adelgazado mucho.

La pena por el padre de ella le produjo un cosquilleo en el pecho. ¿*Lord* Beckett estaba pasando hambre? Diablos, eso no podía ser nada fácil para Penelope. ¿De verdad las cosas habían llegado a eso?

Preston negó con la cabeza. Tenía que mantenerse concentrado. ¿*Lord* Beckett no estaba bien? Pues, Spencer tampoco… ¡Estaba muerto!

—Y has decidido traicionarme —concluyó con la voz áspera.

—No decidí nada. Solo quería ayudar a mi padre. Pero cambié de parecer antes de que llegaras. Estaba a punto de poner la carpeta en su lugar. Y debo decirte algo más…

El estómago le dio un vuelco.

—¿Qué?

—Le he dado dinero.

Había roto su regla. Lo había engañado. Preston dio un paso hacia atrás y sintió que todo su ser se llenaba de agonía. No había anticipado que la hija de su enemigo pudiera tener la capacidad de lastimarlo de ese modo. Fue como si la bala de un cañón le hubiera aterrizado en el medio del pecho; partes del cuerpo desgarrado le dolían y le sangraban.

—Debes escoger ya mismo entre tu padre y yo. ¿Con quién eres leal?

Penelope soltó un jadeo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Me obligas a escoger algo imposible, Preston! Él es mi padre. Lo vi sucio y pasando hambre. Creo que se le está deteriorando la salud muy rápido. Estoy preocupada por él. Es el único padre que me queda.

Y era el único padre que había estado dispuesto a venderla como un animal. No obstante, ella tenía un corazón grande y cálido. ¿Cómo podía sentirse tan herido por ella y quererla tanto por preocuparse por su padre que no valía nada?

—Quizás sea el único padre que te queda, Penelope —comenzó—, pero tienes más personas en tu vida que se preocupan por ti. Soy tu marido. Ahora me tienes a mí.

Se miraron durante un largo instante, y Preston se perdió en la profundidad de sus ojos del color de un mar tormentoso iluminado por un rayo de sol.

—¿Será que es cierto? —lo cuestionó—. ¿Alguna vez lograrás confiar plenamente en mí?

—¿Cómo puedo confiar en ti cuando quiebras mis reglas y me traicionas en nuestra propia casa?

Se le tensó la mandíbula hasta provocarle dolor. Estaba decepcionado por la traición, pero era más que eso. Confiar en ella plenamente implicaba bajar la guardia y las capas de protección que había construido con extremo cuidado alrededor de su alma. Eran como las murallas del castillo de Eilean Donan, que estaban construidas con el granito de las montañas que rodeaban la escuela para niños de los Mackenzie y rodeaban la superficie plana y gris plata del lago Duich. En esa escuela había aprendido que, en verdad, siempre estaría solo. Y las personas que estaban solas como él no podían confiar en otros, en especial con los sentimientos. Porque si confiaban en la gente, los podían lastimar. Los podían enviar a un internado como si fueran traidores o perros abandonados. Como si hubiera algo mal con ellos.

¿Cómo podía quitar las piedras que formaban las murallas una a una, con los dedos magullados y sangrados, y demostrarle que detrás de ellas no había un duque poderoso, sino alguien que no se apreciaba demasiado?

—¿Qué ha hecho mi padre para que desconfíes tanto de mí?

No le respondió. No podía contradecirla. No eran solo sus inseguridades lo que le impedía confiar en la gente. Ella siempre sería la hija de su enemigo, y mientras Preston quisiera venganza, jamás acabaría la guerra entre él y *lord* Beckett. Y ella quedaría atrapada en el medio para siempre.

Las palabras de Richard le resonaron en la cabeza. Tenía que escoger entre el amor y la venganza. Si quería ser feliz con su esposa y amarla, tendría que perdonar a *lord* Beckett. Pero jamás podría hacer eso porque si lo hacía, ¿no significaba que apoyaba los actos del barón? Además, aunque jamás pudiera perdonar al padre de Penelope, no era culpa de ella. Ella estaba atrapada en el medio. Sintió un aguijonazo de arrepentimiento y la ira se le fue disipando.

—Tengo algo para ti —le dijo.

Se llevó la mano al bolsillo interno del traje de frac y extrajo la carta del señor Turner. Con las manos temblorosas, Penelope la desplegó y la leyó. Los ojos se le iluminaron al tiempo que se le formaba una sonrisa en los labios, y el corazón sin vida de Preston se derretía como la cera.

—¿William Turner? —le preguntó casi sin aliento—. ¿El artista?

¿Cómo podía pensar que él era el que tenía el poder en esa relación, el que hacía las reglas, cuando estaba dispuesto a dar vuelta el mundo con tal de ver una de esas sonrisas brillantes?

Ella era la que tenía todo el poder. El poder de ser su dicha absoluta o su destrucción total.

—Sí, Penelope —le respondió—. El artista. Es para ti. Todo… es para ti.

Todo excepto derribar la pared de granito de casi dos metros de grosor que le rodeaba el corazón.

21

DURANTE LA SEMANA SIGUIENTE, Penelope no creyó que nadie pudiera ser tan feliz y tan miserable al mismo tiempo: Preston apenas la miraba. Apenas le hablaba. Y eso era mucho peor; prefería que le hubiera seguido gritando.

Todos los días, Penelope pintaba y trabajaba en su arte. William Turner iba a enseñarle, y ver al gran artista trabajar y tenerlo de guía ayudándola a mejorar era un sueño hecho realidad.

Seguía soñando que era Dánae, encerrada en el estudio de Preston a la espera de que su Zeus acudiera a liberarla. Sin embargo, pasaban los días y él no llegaba. Y junto con la lluvia de monedas doradas, le caía la carpeta roja sobre el regazo. La sostenía en las manos consciente del hecho de que, si la abría, sería el final de la lluvia de oro y el comienzo de su libertad. Pero no quería que esa lluvia acabara. Se sentía muy feliz debajo de ella. De hecho, jamás había sido tan feliz. A pesar de eso, abría la carpeta roja. Y en el interior, veía una cueva oscura y eterna que conducía al infierno. Comenzaba a absorberla para arrastrarla cada vez más abajo. Y, cuando se despertaba estremecida, veía que el lado de la cama de Preston se encontraba vacío y el corazón le dolía por él.

En lo más profundo de la mente, no dejaba de preguntarse qué contenía esa carpeta. ¿Qué le había hecho su padre a Preston para que su marido tuviera tanto poder sobre él? La pregunta la carcomía mientras pintaba, administraba la casa y hacía lo mejor para complacer a Preston con la esperanza de que pudiera perdonarla y las cosas pudieran ser como habían sido antes de que la encontrara en el estudio.

Su secreto aún era una nube oscura que colgaba por encima de ambos. Y sabía que un día esa nube podría convertirse en una tormenta devastadora. Lo único que podía hacer al respecto era disfrutar los rayos de sol que tenía.

Al tercer día, fue a ver a su padre y le dijo que no lo ayudaría con la carpeta roja, pero le entregó el resto de su ingreso mensual. Por última vez, le hizo una reverencia y detestó el hecho de estar contradiciendo los deseos de Preston una vez más. Pero su padre estaba desesperado, y el dinero le llevaría comida a la mesa. Cuando le volvió a preguntar qué había en esa carpeta, se limitó a responder:

—Si no me vas a ayudar, deberías quemarla.

Al final de la semana, tras la cena familiar, la duquesa viuda de Grandhampton, Calliope y Emma fueron con Penelope a visitar el salón de arte de la duquesa de Ashton, mientras Preston, Richard y Sebastian se quedaron en casa bebiendo oporto y jugando una partida de billar.

En el trayecto se la pasaron hablando. Dentro del carruaje, Penelope sonreía y reía con las tres mujeres que se habían convertido en sus amigas y su familia tan rápido que no podía recordar una época en la que no formaran parte de su vida.

Cuando se detuvieron frente a Neverton Place y se apearon del carruaje, Penelope se quedó sin aliento. Había pensado que Chalworth Place era una residencia impresionante, pero Neverton era como un palacio real. Una fachada larga se extendía hacia la derecha y la izquierda con cuatro columnas de mármol que se alzaban hasta el techo tres plantas más arriba. Varias estatuas griegas del panteón flaqueaban el techo. Las paredes estaban pintadas de un color crema que destellaban contra la oscuridad de la noche. Unos braseros y antorchas de fuego de considerable tamaño iluminaban el sendero de gravilla que conducía hacia las escaleras, y las luces bailaban detrás de los ventanales de vidrio altos de la planta baja.

Luego de que la duquesa viuda le entregara las tarjetas de visita al mayordomo, las damas procedieron al salón. Ya había muchas damas y caballeros presentes, pero Penelope no reparó en nadie porque su mirada se concentró de inmediato en los múltiples cuadros y retratos que ocupaban cada centímetro de las paredes exquisitamente decoradas. Debía de haber cientos de velas que proyectaban una luz cálida que iluminaba las obras de arte.

Una gran parte de una de las paredes tenía varios retratos de un hombre. Era alto, tendría unos cincuenta años, una cabeza casi calva con un remanente de cabello oscuro y grisáceo. Era atlético y bastante atractivo; tenía la nariz recta, el mentón cuadrado y unos ojos pequeños y entrecerrados bajo un par de cejas severas. En el mentón prominente debajo de la boca ancha se le formaba un hoyuelo. Tenía la mirada perforante de alguien que sabía lo que quería.

Estaba retratado en diferentes poses y con diferentes fondos: paisajes, interiores con columnas y cortinas de color bordó intenso. Había retratos del hombre cazando con varios sabuesos, sentado sobre un orgulloso semental y de pie al lado de un florero lleno de flores.

El hombre en persona se encontraba de pie debajo de los cuadros. Llevaba puesto un chaleco de color verde oscuro, la espalda erguida y la cabeza orgullosa en alto. La duquesa de Ashton se encontraba de pie a su lado, y ambos hablaban con un hombre de estatura media y una gran barriga que vestía un chaleco con rubíes, diamantes y esmeraldas.

Al verlos, la duquesa viuda dijo:

—Ese es el duque de Ashton. Y ya conocen a la duquesa. Los dos están hablando con el príncipe regente. El duque es la mano derecha de su Alteza.

Las damas se acercaron al grupo.

La duquesa de Ashton tenía una sonrisa amable y distante en el rostro que no le llegaba a los ojos y escuchaba a su marido y al príncipe hablar. Como siempre, estaba impactante con un atuendo de muselina suave de color verde oscuro que iba a tono con el chaleco de su marido.

Al reparar en la duquesa viuda y en Penelope, les ofreció una sonrisa genuina.

—Oh, querida, qué placer verte —dijo.

—Su Alteza. —La duquesa de Ashton miró al príncipe y luego a su marido—. *Milord*. Ambos conocen a la duquesa viuda de Grandhampton, pero permítanme presentarles a la nueva duquesa de Grandhampton.

A Penelope se le hundió el corazón cuando el príncipe la miró. Era un hombre excedido de peso y muy poco atractivo. Penelope supuso que los rumores que había oído de él y las caricaturas que había visto en las que comía y bebía en exceso eran ciertas. Tenía el rostro hinchado, mejillas regordetas, una nariz larga y un corte de cabello a la última moda. Se vestía como todo un dandi, llevaba un traje de frac largo, unos pantalones oscuros, un pañuelo blanco y alto que le realzaba las mejillas al igual que lo hacía un corsé con los senos de una mujer. Los translúcidos ojos celestes la estudiaron con un brillo lujurioso mientras asentía lentamente con la cabeza. Penelope intentó ignorar lo babosa que se sintió esa mirada.

—Y, por supuesto, la duquesa de Loxchester —añadió la duquesa de Ashton al tiempo que

asentía hacia Emma. Emma hizo una reverencia—. Y, por último, la nieta de la duquesa viuda, *lady* Calliope Seaton.

Tras oír su nombre, Calliope también hizo una reverencia.

—Qué compañía más placentera, duquesa —señaló el príncipe mirando a la duquesa de Ashton. Luego, se volvió hacia Penelope—. Debería acudir a más veladas de arte considerando que atraen a damas tan hermosas como usted.

—Oh, claro que sí —acordó la duquesa de Ashton—. Y no solo se trata de una dama hermosa. La duquesa de Grandhampton también pinta.

—¿Ah, sí? —preguntó el duque de Ashton—. ¿Qué le parece la exhibición, *milady*?

Se llevó una copa de oporto a la boca y bebió. Penelope observó la pared con los cuadros.

—La duquesa tiene un gusto en arte impecable. No veo la hora de estudiar estos cuadros en detalle. He oído muchas cosas acerca de su colección, *milady*.

Con una sonrisa intensa, la duquesa abrió la boca para decir algo, pero el duque la interrumpió sin percatarse.

—También tenemos los cuadros de Turner. —Al otro lado de la pared, Penelope vio el cuadro titulado *Sol naciente entre la niebla*, pintado en 1807 en el río Támesis con las velas de varios barcos de pesca y el sol saliendo detrás de unas nubes violetas y expandiendo una luz dorada sobre las aguas calmadas del río y el cielo cerúleo. En la orilla, los pescadores pesaban la pesca de la mañana.

Las palmas le cosquillearon y sintió el anhelo de acercarse a la pintura para estudiarla en detalle y poder hacerle preguntas acerca del proceso al señor Turner en dos días, cuando fuera a enseñarle.

—También ha pintado mi retrato —añadió el duque con orgullo moviendo los brazos hacia la pared de sus retratos.

—Qué hermoso —dijo Penelope con una sonrisa rígida. Todos los retratos eran increíbles, pero Penelope se preguntaba qué hombre necesitaría tener quince retratos de él mismo—. Todos le hacen justicia.

—Duquesa de Grandhampton —interrumpió el príncipe al tiempo que la miraba con los ojos entrecerrados—. Ahora sé por qué recuerdo ese nombre.

—¿Cómo dice? —le preguntó Penelope algo anonadada.

—Debe tratarse de un rumor tonto, sin dudas. —El príncipe se rio entre dientes—. Pero de lo más divertido. Quizás ahora que conozco su talento artístico tiene más sentido. Pero estoy seguro de que no puede ser cierto.

—Quizás sea mejor que hagamos una visita para ver los cuadros —sugirió la duquesa viuda, y los ojos celestes reflejaron preocupación. Le ofreció el brazo a Penelope—. Ven, querida. Vamos a disfrutar de los cuadros de los Ashton.

Pero la nube oscura que había estado presente en lo más profundo de la mente de Penelope desde la primera vez que había oído el rumor se volvió a manifestar con una pesadez que se le asentó en el estómago.

—Me gustaría oír el rumor, Su Alteza.

El duque de Ashton se aclaró la garganta.

—Quizás es mejor no mancillar los delicados oídos femeninos con ciertos rumores.

—No, no —dijo el príncipe regente—. Estoy seguro de que la duquesa podrá negarlo de una vez por todas. ¿No es así?

Penelope mantuvo la espalda erguida sintiendo un desastre inminente, como un carruaje que conducía hacia ella a toda velocidad y sin frenos.

—Cuando sepa de qué se trata.

El príncipe se rio y se humedeció los delgados labios, que se le oscurecieron y destellaron a la luz de las velas.

—Al parecer, dicen que el duque de Grandhampton la compró en una subasta secreta que propuso su padre.

Penelope se puso pálida. Entre el pequeño grupo reinó el silencio, y sintió los ojos de seis personas enfocados en ella. Las paredes del gran salón parecieron comenzar a cerrarse a su alrededor, y le desapareció el aire de los pulmones.

Allí estaba. El secreto. La carpeta roja. Debía de ser eso. El secreto que la lastimaría, como Preston le había dicho. El hecho del que la estaba protegiendo era que su padre había sido capaz de vender a su única hija para pagar sus deudas. Hasta podía adivinar el precio exacto: diez mil libras.

Pero… si Preston la había comprado por esa suma en la subasta, ¿por qué seguía su padre estando en la ruina? ¿Por qué seguía endeudado?

—¿Y bien? —le preguntó el príncipe—. No es cierto, ¿verdad?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se tuvo que concentrar para no perder la calma. Para mantener las apariencias. Se obligó a sonreír y se rio con suavidad.

—No, Su Alteza, no es cierto. ¿Se lo imagina? Qué rumor más barbárico.

Todos se rieron aliviados. El príncipe bebió un largo sorbo de champán.

—El conde de Whitemouth me dijo que él mismo había sido uno de los testigos. Pero debe estar exagerando. Tiene razón, duquesa. ¿Qué miembro de la sociedad vendería a su hija en una subasta en esta época moderna? Es inaudito. No. En Inglaterra somos demasiado civilizados como para recurrir a eso.

Pero si de verdad conociera a su marido, no pensaría lo mismo. Con una premonición oscura, Penelope supo que la esperaba una conversación difícil con Preston cuando llegara a casa.

22

JOEL, el valet de Preston, sujetó el frac por los hombros y lo ayudó a quitárselo. El vestidor estaba en calma y solo los carbones crujían en la pequeña fogata. Las paredes de azul marino, casi negras, antes lo habían hecho sentir en una tumba, pero esa noche, no. No luego de la agradable velada que había organizado su esposa para su familia.

Y menos cuando el retrato de él que había hecho Penelope y acababa de terminar se encontraba apoyado contra el respaldo de la silla. Joel lo había llevado más temprano a pedido de la duquesa.

Preston se detuvo a mirarlo sin habla. Era más impresionante que la primera vez que lo había visto ahora que le había agregado unos detalles más finos. Se volvió a sentir anonadado por el modo en que se las había ingeniado para capturar su verdadera esencia, algo que él ya no lograba ver en sí mismo.

Nadie lo veía de ese modo. Con suavidad en la mirada. Con esa soledad y dolor que creyó ocultar tan bien detrás de todas sus murallas. Le parecía recordar que lucía igual cuando tenía unos seis o siete años. Cuando aún era él mismo y no había sufrido ningún daño. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido de ese modo?

Claro. Cuando compartió la cama con ella. Cuando hablaban. Cuando le hacía el amor.

A pesar de que estaba enfadado con ella, con cada día que pasaba Chalworth comenzaba a sentirse más como su hogar.

—¿Ha tenido una buena velada, *milord*? —le preguntó Joel.

Joel había sido su valet desde sus días en Oxford y ahora tenía unos cuarenta años. Preston confiaba en él. Joel era el único que lo había visto deshacerse tras la muerte de Spencer, lo había encontrado sentado o echo un ovillo en el vestidor de Sumhall. Joel era el que se preocupaba de que se vistiera y cortara el cabello a la moda porque a Preston no le importaban ese tipo de cosas. Joel era un escocés muy trabajador, y Preston sabía lo afortunado que era de tener a un valet como él.

Preston alzó el mentón para permitir que Joel le deshiciera el pañuelo.

—Sí, la duquesa y todos los criados han hecho un gran trabajo para que fuera un éxito.

Preston estaba ansioso por ver a Penelope. Había tenido que reprimir los rumores que estaban circulando por Londres acerca de ella. Si siguiera sintiendo indiferencia hacia ella, no le habrían importado. Pero ahora, de solo pensar que rechazarían a su esposa amable, talentosa y de buena cuna, le daban náuseas en el estómago. Por eso, hacía todo lo posible para protegerla tanto a ella como su reputación.

Esperaba que la duquesa de Ashton le presentara a la gente indicada, y no tenía dudas de que verían el talento de Penelope como él mismo lo había visto y la admirarían como la admiraba él.

Cuando regresara de su salida, le pediría perdón. Le diría que no quería seguir peleando. Le preguntaría si podían olvidar la última pelea y seguir adelante.

Y luego ella le contaría todo acerca de su fantástica velada. Y él le haría el amor.

Por todos los cielos, cuánto deseaba hacerle el amor… Una semana entera sin ella había sido una agonía. Se había mantenido alejado por pura terquedad. Pero ahora estaba listo para hacer a un lado la culpa por atreverse a ser feliz con la amada de su hermano mientras que Spencer yacía cuatro metros bajo tierra.

Joel colocó el pañuelo sobre el tocador.

—Me alegra oírlo —respondió al comentario de Preston de la cena.

De repente, se oyeron unos pasos acelerados y fuertes que se acercaban por el pasillo. Acto seguido, la puerta se abrió de par en par con tanta rapidez, que las llamas de las velas se sobresaltaron.

Penelope entró en el vestidor, y Joel dejó de mover las manos al tiempo que él y Preston la observaban andar de un extremo al otro del vestidor.

Preston dio un paso hacia ella.

—Cariño, ¿qué sucede? —Se veía consternada y agitada, con los ojos agrandados y oscuros como si fueran acero puro. Tenía las mejillas sonrosadas y el pecho le subía y bajaba. Un pensamiento oscuro se le vino a la mente—. ¿Acaso alguien te ha ofendido? Diablos, debería haber ido contigo.

—¿Me preguntas qué me sucede? ¿Y quién me ofendió? Pues, te lo diré. Tú. Tú me has ofendido. ¿Qué es eso de que me has comprado en una subasta?

Joel había estado doblando el pañuelo con delicadeza, pero se quedó paralizado y se volvió hacia Preston. Preston se puso colorado. Siempre había sabido que algún día se sabría la verdad acerca de la subasta. Y que su felicidad tenía los días contados. Que no podía ser feliz con ella para siempre porque no se la merecía. Y, por supuesto, tarde o temprano, ella se enteraría de lo que había hecho su padre y por qué Preston había buscado vengarse.

—Joel, eso es todo. Ya me arreglo ahora.

—Muy bien, *milord* —dijo el valet y asintió con la cabeza—. Buenas noches.

Cuando Preston y su esposa quedaron a solas, Penelope dejó de moverse y lo miró con los ojos echando chispas. Miró los hermosos senos dentro del corsé, como dos semiesferas que anhelaba succionar y lamer. Dio un paso hacia ella, pero Penelope se alejó.

—¿Es cierto? —le preguntó con la voz baja y lenta—. ¿Es cierto que me compraste en una subasta como a una vaca? ¿Es cierto que mi padre me vendió?

Al parecer, esa noche no harían el amor. Por el contrario, esa noche parecía ser el principio del fin. Negarlo no tenía sentido. Ni tampoco tenía sentido continuar mintiéndole y postergando lo que sin dudas acabaría descubriendo.

Bajó el mentón hasta que casi le rozó el pecho y respondió:

—Sí.

Inspiró profundo.

—Y me tuve que enterar por el príncipe regente. ¡El príncipe lo supo antes que yo!

Una fría cachetada de estupor lo hizo soltar una maldición por lo bajo. Era increíble cómo se esparcían los rumores entre los miembros de la sociedad. De modo que, ¿qué era lo que lo sorprendía? La promesa de discreción de Tyche no era más que una ilusión. El único lugar donde las cosas quedaban enterradas y jamás salían a la luz era Elysium.

Penelope comenzó a andar de un lado al otro del vestidor una vez más.

—¿Te das cuenta lo humillante que es esto?

—Sí…

—¿Y de lo mucho que me duele?

—Sí, cariño…

Observó cómo la tela suave de la falda ondulaba en el aire a sus espaldas.

—Es obvio que no le diste ni un centavo a mi padre porque de lo contrario no se encontraría en el estado que está. Así que, dime, ¿cómo me compraste?

¿Cómo podía decírselo? ¿Cómo podía decirle y verla deshacerse aún más?

—¿Qué era más importante que el dinero para mi padre? —insistió—. ¿Es lo que guardas en esa carpeta roja?

Preston quería decírselo. Quería que no hubiera más secretos entre ellos. Quería que dejara de odiarlo, quería detener ese pleito para siempre. Aunque para hacerlo, tenía que renunciar a la venganza y no podía hacerlo. El asesino de su hermano se merecía la venganza. Era lo mínimo que podía hacer por Spencer.

Y, a pesar de todo, no soportaba decirle el tipo de hombre que era su padre en realidad. En una ocasión le había dicho que era el único padre que le quedaba. ¿Cómo podía destruir por completo la imagen que tenía ella de ese hombre?

—Sí, Penelope, hubo una subasta. Y compré el derecho a casarme contigo. ¿Qué cambia eso entre nosotros?

Se detuvo a mirarlo con los hermosos ojos abiertos de par en par al tiempo que abría y cerraba la boca en busca de palabras.

—Nada —dijo al final—. Y ese es el problema en concreto, ¿no? Porque te sigues negando a decirme la verdad. ¿Cuál fue el precio que pagaste por la novia, Preston? ¿Qué tienes contra mi padre?

—Ya me odias a mí —le contestó en tono sombrío—. No quiero que lo odies a él también.

Al oírlo, dejó de andar. Tenía los ojos llenos de lágrimas y negó lentamente con la cabeza desilusionada. Verla en ese estado le volvió a romper el corazón. Sin decir más nada, se marchó del vestidor. Preston dio dos zancadas y la alcanzó para sujetarla del brazo y hacerla volver hacia él.

No podía dejar que se marchara tan lastimada y vulnerable. Eso le provocaría más dolor. Los secretos que guardaba le romperían el corazón. Y cualquier oportunidad de alcanzar un futuro feliz.

Pero de momento, era suya y seguía en sus brazos. Penelope lo miró con los ojos grandes llenos de lágrimas. Era increíblemente hermosa.

—Por favor, Penelope —le rogó—. No te marches.

—No puedes ocultarme esta información y esperar que…

—No espero nada. Pero por ahora, por esta noche, no te marches. Por favor.

No dijo nada ni tampoco se movió. Y Preston lo interpretó como una invitación y la besó. La envolvió en sus brazos, la levantó en vilo y la llevó hasta su recámara sin quitarle los labios de encima en ningún momento.

Cuando llegó al escritorio, se arrodilló delante de ella y le alzó la falda con delicadeza para dejar al descubierto las piernas más hermosas del mundo envueltas en medias de delgado algodón blanco. Soltando un jadeo, Penelope se aferró a sus hombros.

—Preston, ¿qué haces? —le preguntó con la voz ronca.

—Te quería agradecer por el retrato —le respondió dándole un tierno beso en la cara interna del muslo—. Y decirte que no quiero pelear más. Quiero que hagamos las paces. Quiero pedirte que olvides nuestras diferencias, solo por esta noche.

—Preston… —comenzó con un tono de protesta.

—¿Me has echado de menos? —Le lamió la piel desnuda por encima de la media de la otra pierna y notó con satisfacción que se estremecía. Su aroma divino le hacía dar vueltas la cabeza —. Porque yo te eché de menos como una extremidad cercenada. Me mataba no acudir a ti por las noches.

—Sí, te eché de menos —susurró con suavidad, y, al oírla, el corazón le latió desbocado en el pecho.

—De Luca —le dijo subiéndole la enagua hasta el estómago—. Turner. Los cuadros de Rembrandt. Cualquier galería del mundo. Te daré lo que tú desees.

De pronto llegó a la mata de vello que cubría la intersección de los muslos. La entrada a su paraíso personal. Se inclinó y le depositó un beso en la carne desnuda de los muslos por encima de las medias. Penelope se estremeció y soltó un jadeo suave. Cielos. Aún le gustaba eso. No podía fingirlo.

—Estoy de rodillas frente a ti —comenzó y apretó los labios. Podía sentir el vello suave contra las mejillas—. Lo que desees es tuyo.

Luego le separó los pliegues con delicadeza y le besó la carne suave y caliente. Sabía divina, dulce y fresca y tenía un aroma a excitación tan femenino que le hacía arder la sangre. Cuando le apretó los dedos alrededor de los hombros más tensa y se estremeció, la alzó y le pasó los brazos por entre los muslos para colocarla sobre el tocador.

—Preston... —comenzó con una voz ronca y alarmada.

—Calla, mi amor —le susurró separándole las piernas y arrodillándose en el suelo otra vez —. Solo estoy comenzando. He sentido un hambre voraz por ti durante muchos días.

Esas palabras le arrancaron un gemido de dulce angustia, y Preston le apoyó la boca sobre los pliegues y le alzó las piernas para colocárselas sobre los hombros. Se estaba dando un festín con ella. La lamió y la provocó con la lengua sabiendo exactamente qué era lo que más le gustaba. La recorrió de arriba abajo con la punta de la lengua y luego le exploró los labios internos.

Con suavidad, le succionó el clítoris hasta hacerla gritar su nombre. Oh, cómo anhelaba que lo gritara con amor y admiración y no solo porque le estaba dando placer. Pero jamás podría amarlo. No cuando su padre sufría gracias a él.

Sin embargo, no podía detenerse. No podía detener la venganza. Y no podía detener el deseo que sentía por ella, ni tampoco la necesidad de adorarla y darle el mundo entero con tal de verle una sonrisa en el rostro. O de oírla gritar su nombre en éxtasis. O sentirla aferrarse a él mientras llegaba a la cima del placer.

Le introdujo un dedo y después otro y los unió para alcanzar el punto de placer en su interior. Mientras la lamía y la succionaba, le mordisqueó el clítoris con los labios y movió los dedos en su interior en círculos. Al oírla gritar, deseó sentir sus dedos sobre su cuerpo mientras los músculos internos se le tensaban alrededor de su miembro y la embestía sin cesar.

Estaba duro y tenía puestos unos pantalones demasiado estrechos, pero quería que esa ocasión se tratara de ella. Quería darle orgasmos porque necesitaba verla y sentirla acabar. Quería que tuviera todo el placer y que él no tuviera nada.

Quizás Richard tenía razón. Si se concentraba en la venganza, jamás podría ser feliz. Y por eso ahora se castigaba.

La sintió tensarse cada vez más a su alrededor, y el sexo se le humedeció por completo. Los gemidos de placer que soltaba se volvieron más frecuentes y altos. Sintió en el rostro cómo le temblaban y se le estremecían los muslos. Con otra caricia de los dedos, soltó un grito más fuerte y se tensó tanto que las paredes le retuvieron el dedo como un puño cerrado. Así llegó a la cima.

Se estremeció por completo sin dejar de gritar su nombre, se tensó y se relajó contra sus labios y alrededor de sus dedos. Oh, los sonidos que producía eran música para sus oídos. Música que quería escuchar todo el día. Todos los días.

Su nombre nunca había sonado tan bien como cuando lo pronunciaba ella en su momento de mayor éxtasis.

Era un bastardo que no se merecía a esa mujer. Pero debía intentarlo.

Quería darle el mundo.

La llevó a la cama y se hundió en su sexo humedecido, estrecho y caliente con un gemido. Fue un acto egoísta; al final, no pudo privarse de ella. Por todos los cielos, qué bien se sentía, era perfecta para él. Penelope arqueó la espalda entre jadeos y gemidos, y Preston comenzó a moverse en su interior. Sin pensarlo, le susurró:

—No quiero que haya nada que se interponga entre nosotros...

Al principio, no dijo nada. Pero cuando los dos se recostaron saciados, cálidos y pesados en los brazos del otro, y Preston comenzó a quedarse dormido, ella respondió en un susurro:

—Es imposible, Preston. Siempre habrá algo que se interponga entre nosotros. Siempre seré la hija de tu enemigo.

Penelope se despertó con una sensación extraña. El pecho le ardía de dolor mientras jadeaba e intentaba toser el humo que le llenaba los pulmones.

Un humo oscuro llenaba toda la habitación, y unas llamas rojas y anaranjadas consumían las cortinas. Había un agujero en el suelo al lado de la ventana y el fuego se colaba por él. El aire estaba tan cálido que le escaldaba la piel.

El temor la golpeó como una bofetada. Tomó la camisola.

—¡Preston! —exclamó mientras se apresuraba a ponérsela—. ¡Preston! —Lo sacudió, pero su marido no se movió. Por todos los cielos, ¿estaría respirando? —¡Preston! —le gritó al oído y lo sacudió fuerte de los hombros.

Sin embargo, no se despertó. Penelope tosió intensamente y sintió cómo le ardían los pulmones.

—¡Preston! —Corrió a su lado de la cama y lo sujetó de un brazo para jalarlo. Tenía que sacarlo de allí. Volvió a jalar de él, pero era tan pesado, que apenas logró moverlo sobre la cama —. ¡Preston!

La puerta se abrió de par, y Joel entró corriendo en su ropa de cama.

—¡*Milord*! ¿Se encuentra bien? —exclamó.

—¡Oh, Joel, gracias a Dios! —Volvió a toser intensamente—. El duque no se despierta. ¡Tenemos que sacarlo de aquí!

—Por supuesto. —Joel corrió hacia la cama y se cargó al duque desnudo por encima de los hombros como si fuera un costal de trigo. Era un hombre mucho más bajo que Preston, pero era fuerte.

—¡Venga, *milady*, debemos marcharnos!

Penelope asintió mientras Joel corría. Tomó una manta para cubrir el cuerpo del pobre Preston y echó a correr detrás del valet. Los lacayos aparecieron en las escaleras con baldes de agua. Pero nada de eso ayudaría con semejante fuego lamiendo las antiguas paredes.

—Vayan afuera —les ordenó Penelope—. Por favor, no intenten apagar el incendio. No tiene sentido. No quiero que pongan sus vidas en riesgo. Llamaremos a los bomberos. ¡Salgan!

Al cabo de un minuto, Penelope estaba afuera y respiraba el bienvenido aire fresco con los pulmones sensibles. Sentía como si tuviera la garganta en llamas y no pudiera dejar de toser. Preston estaba acostado en el suelo con la cabeza apoyada en su regazo y envuelto en la manta. Como en ese momento un tercio de la casa estaba siendo devorada por las llamas, podía ver el tan querido y pacífico rostro de su marido con claridad. Respiraba, y eso era bueno.

—Por favor, despierta —le suplicó con la voz ronca—. Por favor, despierta ya.

Mientras el fuego seguía ardiendo, miró las ventanas del estudio. Todo lo que había en el interior estaba perdido. Dánae. Los libros. Los documentos.

Incluso la carpeta de cuero roja.

23

A PRESTON le ardía el pecho y se despertó tosiendo. Sentía como si tuviera la garganta en llamas y los ojos llenos de arena.

Por encima de todo se oían rugidos y crujidos, pero por lo bajo también logró captar voces y gritos. Inhaló el olor acre del humo por las fosas nasales... Notó que estaba acostado sobre algo muy duro y frío como una piedra, pero que tenía la cabeza acolchonada. Todo eso le generó un gran desasosiego en el interior. Algo iba no iba nada bien.

Sintió algo frío y relajante en la frente. Abrió los ojos y le ardieron. El rostro de Penelope se ceñía sobre él, iluminado por un destello rojo anaranjado en el contraste de la negrura total del cielo encima de sus cabezas.

—Preston —dijo y le regaló una gran sonrisa al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¡Has despertado! ¡Estás vivo! Gracias al cielo.

Preston tosió e intentó sentarse, pero no lo logró. A través del dolor que tenía en la garganta y en el pecho, encontró la voz suficiente para preguntarle:

—Penelope, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —repuso con la voz ronca—. ¿Y tú cómo te sientes?

—Pero ¿qué diablos está...?

No hizo falta que terminara la pregunta ni que le respondiera. Reposó la mirada sobre el edificio en llamas... su casa en llamas. Entonces comprendió que estaba acostado en el patio interno observando el fuego consumir el hogar londinense de doce generaciones de duques de Grandhampton. Las llamas ardían detrás de todas las ventanas del ala derecha y llegaban hasta el techo. La entrada estaba en llamas, pero parte de los muebles y de las obras de arte se encontraban en el patio. Una miríada de chispas flotaba en el cielo nocturno. Habían colocado varias escaleras contra las ocho ventanas que aún no estaban en llamas, y sus leales lacayos y otros criados rescataban más muebles, pinturas, jarrones, alfombras y cualquier cosa que lograran encontrar antes de que el fuego consumiera todo el edificio.

En el patio, había tres camiones de bomberos que eran grandes construcciones de madera sobre ruedas similares a los carruajes, pero sin ventanas. Varios hombres con uniformes verdes de la compañía de seguros, Lindsay & Jensen, bombeaban unas asas para enviar agua a las mangueras, mientras que seis o siete bomberos se hallaban de pie con las mangueras proyectando agua sobre las llamas.

Sin embargo, con un fuego como ese, todos sabían que no quedaba mucho por hacer. Era demasiado tarde. Los hombres estaban desperdiciando el tiempo.

—Les he enviado un mensaje a Sebastian y a la duquesa de Ashton —le informó Penelope—. Les he pedido que envíen los camiones de bomberos de sus empresas aseguradoras y a sus

hombres. No sé cuándo llegarán.

Reunir toda una brigada llevaría varias horas. Tendrían que convocar a los bomberos y a los voluntarios y luego preparar a los caballos, por no mencionar el tiempo que necesitarían para mover los camiones pesados y difíciles de maniobrar por las calles de Londres.

Preston se sentó y sintió frío. Como la manta se le cayó de los hombros, se dio cuenta de que estaba desnudo.

Tres mangueras de cada uno de los camiones estaban conectadas a unos agujeros que habían excavado en el patio. De seguro, los bomberos habían cavado el suelo para perforar las cañerías de madera. Cuando el incendio estuviera apagado, volverían a cubrir los agujeros y enterrarían las cañerías.

Más gente entraba y salía corriendo del patio con baldes de agua. Pero Preston se preguntó de dónde la estarían sacando. Quizás los vecinos, el vizconde de Kitson o el marqués de Cornforth habían enviado a sus criados con agua de sus cisternas para evitar que el incendio se propagara a sus propiedades.

Pero nada podría detenerlo. Preston lo sabía. El fuego era como un gigante invencible que consumiría por completo el ala donde se encontraban las recámaras de Preston y Penelope, la biblioteca, el estudio... y en breve, lo que quedaba de Chalworth Place.

—¿Han salido todos? —le preguntó.

—Sí, todos están a salvo. Y están sacando a los caballos de los establos. Sam está preparando el carruaje para llevarnos a Sumhall.

—De acuerdo —dijo intentando volver a sentarse y esta vez lograrlo. Pero de repente, un pensamiento lo golpeó como un rayo—. ¡Diablos! —Se envolvió con la manta y se puso de pie tosiendo y con la cabeza dándole vueltas—. ¡Penelope, tu estudio! ¡Tus pinturas!

—Olvídate de las pinturas. Todos están vivos. Eso es lo que importa. Pintaré otros cuadros.

—Pero el *Dánae*... y *Naufragio*... y la colección de Spencer...

Y la última carta que le había escrito Spencer. Y todos los pequeños recuerdos de su hermano que ardían en ese infierno y jamás recuperaría.

—Me gustaría ayudar —dijo caminando hacia el jefe de los bomberos. Los adoquines fríos como el hielo se le clavaban contra las plantas desnudas de los pies—. ¿Qué puedo hacer?

Penelope le jaló la mano, y Preston se avergonzó de que la cabeza le diera tantas vueltas que acabó perdiendo el equilibrio.

—Nada, Preston. No hay nada que puedas hacer. Irás a Sumhall y dejarás que un médico te examine.

Como si hubieran oído sus palabras, unos cascos y el traqueteo de unas ruedas a sus espaldas anunciaron la llegada de un carruaje. Al cabo de unos minutos, Sam se detuvo cerca de ellos.

Preston comenzó a toser. Penelope tenía razón: no había nada que pudiera hacer en ese estado. Solo quería que todos estuvieran a salvo.

Al verlo de pie, la señora Brown y Porter se acercaron a su lado.

La señora Brown aún llevaba puesto el gorro de dormir y el camisón y se aferraba a los bordes de un chal que le envolvía los hombros.

—*Milord*, gracias a Dios ha despertado.

Cuando dejó de toser, dijo con la voz rasposa:

—Me alegra que todos estén a salvo, señora Brown. Además de la duquesa y yo, pueden entrar dos personas más en el carruaje. Y quizás más si alguien se quiere sentar adelante o ir de pie en el puesto de los lacayos. Señora Brown, quizás le gustaría venir y traer a alguno de los criados que no se sienten muy bien a Sumhall. Luego Sam regresará por el resto del personal.

—Por supuesto, *milord* —acordó Sam.

—No, *milord* —repuso la señora Brown—. Es decir, me encuentro bien y me quedaré aquí a supervisar las cosas. Kitty, la ayudante de cocina, está tosiendo mucho. Y Peter, el mozo de cuadra, se cortó el brazo al romper una ventana del salón para sacar algunos muebles. Ellos pueden ir en el carruaje.

—Muy bien —acordó Preston—. Que vengan. Y dígale a cualquier persona que quiera venir. Se lo encargo.

—Ven —le dijo Penelope brindándole apoyo con un codo—. Entremos en el carruaje.

Preston miró Chalworth por última vez. Las llamas se alzaban al cielo negro como paredes vivas en movimiento. El corazón se le encogió al procesar la pérdida de esa mansión antigua que hacía muy poco tiempo había comenzado a sentir como su hogar.

Cuando todos se subieron al carruaje, partieron hacia Sumhall. En las calles de Mayfair pendía el hedor del humo, pero al cabo de diez minutos llegaron a destino.

Cuando se detuvieron frente a las altas paredes blancas y prístinas de Sumhall, Preston pensó que esa casa, con su arquitectura clásica de moda, siempre se había sentido completamente diferente a Chalworth Place, que era oscura, fría y medieval. La casa era grande y tenía cuatro plantas. La fachada exterior del edificio contaba con una serie de elegantes ventanas arqueadas y cada una se curvaba hacia el exterior. Esas ventanas características estaban colocadas una encima de la otra en cada planta y creaban dos llamativas líneas verticales. Se encontraban a seis metros de la puerta de entrada, que se hallaba bajo un pórtico grande al lado de una fila de seis columnas gruesas y ornamentadas de arriba abajo. La estructura del techo triangular tenía unos patrones decorativos de guirnaldas de flores.

Dos siluetas emergieron de las sombras bajo el pórtico.

—¡Preston! ¡Penelope!

Mientras Preston se apeaba del carruaje y sentía cómo los pies le ardían contra los adoquines gélidos, vio a Calliope y Richard bajar las escaleras a toda prisa. El mayordomo, Teanby, los siguió en un salto de cama marrón y con una lámpara de gas en una mano. Aún desde la distancia, Preston podía ver el rostro del mayordomo arrugado de preocupación y el grueso y blanco cabello algo desalineado. Teanby se había sumado al hogar cuando el padre de Preston era adolescente. Por eso, había visto a los hermanos Seaton crecer y convertirse en las personas que eran en la actualidad. Y Preston sabía que la muerte de Spencer lo había hecho envejecer de un golpe como le hubiera ocurrido a un abuelo con la pérdida de un nieto.

Detrás de él, lo seguía la señora Girdwood, el ama de llaves. Llevaba la cofia de dormir tan torcida que se le escapaban mechones de cabello rojizo pálido y enredado. Tenía puesto un camisón azul oscuro y también llevaba una lámpara de gas. Se había unido al hogar hacía solo cinco años, pero ya se había ganado el cariño y el respeto de todos. A sus espaldas, iban dos criadas y tres lacayos, todos en sus prendas de dormir.

—Jason, Finley —ladró Teanby por encima del hombro para llamar a los lacayos—. ¡Ayuden al duque! —Se detuvo delante de Preston y lo miró de arriba abajo—. *Milord*, ¿me permite preguntarle cómo se encuentra?

Preston tosió y asintió con la cabeza antes de responder.

—Me encuentro bien, gracias.

—¿Y usted, *milady*? —le preguntó a Penelope.

—Me encuentro bien, gracias, Teanby —respondió Penelope. Por suerte, no tenía la voz tan rasposa como cuando Preston se había despertado para ver Chalworth Place en llamas—. ¿Les puedo pedir a usted y a la señora Girdwood que por favor se aseguren de que alguien se encargue

de los criados de Chalworth?

—Por supuesto, *milady* —le aseguró la señora Girdwood con una sonrisa amable y recorrió con una mirada preocupada a Kitty y Peter—. Su habitación ya está preparada. Se quedará en la habitación Zafiro, y el duque...

—Una habitación bastará —interrumpió Preston antes de volver a toser—. Nos quedaremos en mi antigua habitación —añadió cuando se le calmó la tos.

La señora Girdwood asintió con la cabeza.

—Por supuesto, *milord*. Ya está lista.

—Ven, hermano —dijo Richard al tiempo que se detenía al lado de Preston y le pasaba un brazo por la espalda—. Déjame ayudarte.

Richard se parecía tanto a su padre que a Preston se le ciñó el pecho. Mientras que Spencer y Preston tenían la tez y el cabello de su madre, Calliope y Richard habían heredado la piel no tan pálida de su madre, pero también el cabello castaño rojizo y los intensos ojos celestes de su padre.

—Gracias, hermano —repuso Preston antes de aceptar el hombro de Richard de buena gana.

—El médico viene en camino —les informó Calliope apretándole la mano a Penelope.

Ingresaron en el interior familiar. Por dentro, en la casa se veía la influencia de su madre. Cuando había dicho que no le gustaba vivir en Chalworth Place y quería vivir en otra casa, su padre había comprado Sumhall para que la decorara como quería. Había llevado el Mediterráneo allí. El largo pasillo de la entrada tenía paredes de un turquesa pálido con ornamentos de color dorado y terracota, cuadros de paisajes españoles con palmeras y piedras iluminadas por el sol frente al mar intenso. Además, las cortinas en las ventanas tenían patrones de hojas de palmeras y naranjas.

Sumhall era una casa mucho más pequeña que Chalworth, pero más cálida y acogedora que la gran casa londinense del duque, que siempre se había sentido más como un museo que como un hogar. Y ahora estaba en llamas y nadie sabía si sería posible siquiera restaurarla.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Richard mientras avanzaban por el vestíbulo hacia las escaleras que conducían a la primera planta, donde se encontraban las recámaras.

—No tengo ni la más mínima idea —repuso Preston—. ¿Y tú, Penelope?

La pregunta le hizo soltar el aliento.

—Sí. Sam me dijo que creen que el incendio comenzó en el estudio. Y vio a alguien alejarse corriendo de la casa.

Preston sintió un estremecimiento gélido de preocupación que le recorrió la columna vertebral.

—¿A quién?

—No lo sé. No pudo ver. Pero como el incendio comenzó al poco tiempo…

—¿Creen que fue provocado? —preguntó Richard con un tono serio.

—No —respondió Preston—. No puede ser. ¿Quién haría eso? ¿Y por qué? Hablaré con Sam.

Cuando Preston y Penelope quedaron a solas en su antigua recámara, se recostó sobre las almohadas. La señora Girdwood envió a una criada con té caliente, un decantador de vino, una tabla de quesos, fiambres y pasas de uva.

Preston se sentó erguido en la cama y sintió cómo el té le suavizaba la garganta. Penelope se acurrucó contra su hombro, y sentirla cálida y pesada le resultó celestial. Olía a humo, y eso era un recordatorio oscuro de que ambos podrían haber muerto esa noche.

—No quería decirlo delante de Richard y Calliope —comenzó Penelope—, pero Sam dijo

que era un hombre de estatura baja que llevaba una peluca empolvada. Era rollizo y corría lento, como si fuera mayor.

Preston apoyó la taza sobre la mesita de noche y se aclaró la garganta. La sensación de calma se le evaporó. En cambio, sintió ira y resentimiento que lo aguijonearon como mil dagas.

—El incendio comenzó en mi estudio —dijo con cautela—. En el sitio donde guardo la carpeta roja que tu padre te pidió que le llevaras. Y luego Sam ve a un hombre con una peluca empolvada huyendo. Penelope, hay muy pocos hombres en Londres que todavía usan pelucas.

Penelope se sentó en la cama.

—No puede ser él —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. No puedo creer que haya sido capaz de incendiar nuestro hogar.

Sin embargo, Preston lo creía. Con facilidad. Porque sabía la verdad: *lord* Neville Beckett era capaz de hacerle daño a la gente para conseguir lo que quería y salvarse el pellejo. Ya había provocado la muerte de Spencer.

¿Y ahora casi mataba a Penelope? No, era suficiente.

Preston hizo la manta a un lado y se puso de pie. La cabeza aún le daba vueltas, pero se acercó al cordón de la campana y lo jaló. Necesitaba prendas y un carruaje.

—¿Qué haces? —le preguntó Penelope poniéndose de pie.

—Me voy a asegurar de que nunca más vuelva a pasar algo como esto.

❧

—¡*Lord* Beckett! —Preston golpeó la aldaba de latón de la cabeza del león para llamar a la puerta de la casa sobre la calle Vine—. ¡*Lord* Beckett!

Tosió, y unos espasmos dolorosos y secos lo hicieron doblarse en dos. No había esperado a que llegara el médico. Estaba tan furioso y aterrorizado, que no podía ver con claridad.

Unos minutos más y podría haber perdido a Penelope. Su propia muerte le aterrorizaba menos que la de ella.

Siguió llamando a la puerta mientras que Carl, el cochero de Sumhall, aguardaba sentado al frente del carruaje y le arrojaba miradas de soslayo. ¿Qué había llevado a un duque a golpear la puerta de otro miembro de la alta sociedad a las tres de la mañana? La calle estaba oscura y tranquila, solo se oía el viento soplar sobre las copas de los árboles de acacia en plena floración.

—¡*Lord* Becket! —gritó con la voz que le quedaba, y el pecho y la garganta le explotaron de dolor.

Por fin oyó los pasos que sonaban detrás de la puerta y el pestillo al abrirse. La cabeza de escasos cabellos grises de *lord* Beckett se asomó por la apertura. Iba vestido con un pijama amarillo y miraba a Preston por encima de la vela que llevaba en la mano con los ojos agrandados del temor.

—*Milord*… —murmuró—. ¿Qué sucede?

—Ya sabe qué sucede —repuso Preston forzando a la voz estrangulada a sonar alta y clara. Pero fracasó, y acabó sonando rasposa y casi incomprensible—. ¿Ha sido usted?

—¿De qué habla?

—¿Provocó el incendio en mi casa?

Lord Beckett adoptó una expresión anonadada.

—¿Un incendio?

—Sí, un incendio provocado. Chalworth Place está en llamas. El incendio comenzó en mi estudio. ¿Robó la carpeta de cuero roja y encendió mi hogar en llamas? Casi mata a su propia

hija.

Los ojos de *lord* Neville se agrandaron llenos de temor, y las escleróticas se le tornaron casi azules en contraste con la piel pálida y la noche.

—¿Penelope se encuentra bien?

—Sí.

Lord Beckett hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Nunca le haría algo así.

Preston lo miró con los ojos entrecerrados.

—No le creo. Penelope le dijo que no lo ayudaría más, y creo que eso es una fuerte motivación. Quería deshacerse de la evidencia de su crimen y quería vengarse.

—No. Jamás haría eso. Está equivocado, señor. Está tan determinado a vengarse que cree que todos son capaces de hacerlo. Lo único que puedo decir es que Penelope por fin se encuentra libre de sus horribles garras. Ya no tiene nada contra mí.

A Preston se le infló y desinfló el pecho con dolor. Se obligó a calmar el cosquilleo ardiente en la garganta. Prefería morir que demostrar debilidad frente a ese hombre.

—¿Entonces lo admite? ¿La ha quemado?

—No admito nada. Pero sin dudas, ha desaparecido gracias al incendio.

Preston hizo un gesto negativo con la cabeza y sintió tanta repulsión que se le curvó el labio superior. No podía creer que había considerado perdonar a ese hombre que ni siquiera sentía remordimientos por que su hija pudiera haber muerto.

—Puedo conseguir otra declaración del testigo —le aseguró con frialdad—. Pero no se puede regresar una vida perdida. Y no toleraré que mi esposa se asocie con un padre capaz de arriesgarle la vida para proteger sus intereses.

Neville se puso pálido. Muy bien. La última pizca de compasión que le quedaba por él en el pecho murió. No fracasaría a la hora de proteger a otra persona de *lord* Neville Beckett. Nunca más. De lo contrario, no podría seguir viviendo consigo mismo.

—Prepárese, *lord* Beckett. No toleraré que haya matado a mi hermano ni que mate a mi esposa. Se lo advierto. Iré a Eastbourne y compraré su deuda. Luego tomaré esta casa, su propiedad del campo y hasta la última posesión que tenga en su poder antes de dejarlo en la calle. Y luego los agentes de Bow Street vendrán por usted.

Lord Beckett parpadeó rápido.

—Por… favor… *milord*.

Preston se acercó un paso más y fulminó al monstruo con la mirada.

—No será nada. Todos en Londres sabrán de sus crímenes y su humillación. Olvídese de sus amigos. Olvídese de su familia. Olvídese de que tiene una hija. No volverá a contactar a Penelope nunca más. Recuerde bien su rostro de la última vez que la vio porque jamás lo volverá a ver por el resto de su miserable vida. Lo único que le queda por delante es la vida de un méndigo en las calles y, si tengo éxito, rezará para que lo cuelguen en la horca. Al menos entonces no podrá hacerle daño a nadie más.

24

CUANDO EL COLCHÓN se hundió debajo de su cuerpo, Penelope abrió los ojos. Preston se había metido debajo de la manta y le apoyaba el cuerpo cálido y duro contra el suyo. Le pasó un brazo por debajo de la cabeza y le hizo soltar un suspiro antes de inhalar su esencia mezclada con el humo y la fragancia del exterior. Al sentir que le daba un beso en la frente, se relajó contra él.

—¿Dónde estabas? —le preguntó soñolienta y le apoyó la mano sobre el pecho desnudo.

La acurrucó más cerca de él y le apoyó la cabeza sobre la de ella. La habitación estaba oscura y tranquila, y las paredes de color azul marino se veían casi negras en la noche. Unos carbones ardían con suavidad en el hogar, y un poco de luz de las lámparas de gas de la calle se colaba por las ventanas creando un patrón cuadrado de sombras de ramas y hojas que se movían sobre el cielorraso de paneles.

Penelope creía saber la respuesta a su pregunta. El corazón se le rompió por su padre. No lo había dicho, pero por dentro estaba de acuerdo con Preston. Tenía que tratarse de su padre. Y se culpaba a ella misma por eso. Si le hubiera llevado la carpeta de cuero roja, no habría puesto a Preston en peligro de muerte, y su hogar no se hubiera quemado. Pero jamás hubiera perdonado su traición…

—No te preocupes por eso —le dijo con la voz rasposa.

¡Por todos los cielos, podría haber muerto! El pensamiento, uno que le había rondado la mente sin cesar durante las últimas horas, la hizo estremecer tanto que se aferró fuerte a su cuello para acercarse más a él.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó mirándolo a los ojos oscuros—. ¿Has visto al médico?

—Sí, me acaba de examinar. Dice que estoy bien y me recomienda descansar unas semanas.

—Qué idea más espléndida —repuso Penelope tomándole el rostro entre las manos. Podía sentir la barba incipiente en su rostro—. Me aseguraré de que descanses bien.

Preston le dio un beso en la nariz. Había tanto amor en sus ojos, que le dolió el pecho.

—Me alegra mucho que estés bien. No sé cómo podría seguir viviendo si hubieras resultado herida.

—Yo soy la que se alegra —repuso Penelope llenándose de luz y amor—. Cuando vi que no te movías y que las llamas se encontraban cada vez más cerca, casi me muero mil veces.

Inhaló una profunda bocanada de aire y le sonrió. Era tan extraño verlo sonreír que se quedó quieta y se maravilló al observar las arrugas que se le formaban en la comisura de los labios y de los ojos y al reparar en los perfectos dientes blancos. Era tan hermoso cuando sonreía que parecía un ángel que acababa de descender del cielo.

Y no solo se veía angelical. Era un hombre amable de pies a cabeza. A pesar de su mal humor y de que al principio no le caía bien, le había dado todo lo que su padre jamás le dio. Le

construyó un estudio y le contrató clases privadas con grandes maestros, lo que era un sueño hecho realidad. Le había dado la libertad de ser quien quisiera ser. Además, su familia la había recibido con los brazos y los corazones abiertos, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Lo único que no había hecho fue contarle el acto horrible que había cometido su padre.

—Preston, ¿no me puedes decir qué ha hecho mi padre? ¿Incluso luego de que incendiara tu casa?

A Preston se le transformó el rostro, y Penelope se arrepintió de haber hecho la pregunta.

—Nuestra casa —la corrigió—. Y quiero contártelo. Pero no lo haré aquí y ahora. Hemos perdido nuestro hogar. Iremos a la propiedad del campo y nos quedaremos allí hasta que mi abogado nos pueda comprar una nueva casa en Londres.

—¿Al campo? —La idea le resultaba estimulante. Dejarían atrás todos sus problemas y pasarían tiempo juntos y a solas.

—Sí. —Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Qué dices?

—Me encantaría. Allí podrás descansar los pulmones y recuperarte más rápido.

—Suena maravilloso.

No tenían mucho por empacar, solo las prendas que habían tomado prestadas de Calliope y Richard. A Preston le informaron de que habían logrado apagar el incendio y que Chalworth no se había quemado por completo, pero que llevaría mucho tiempo y dinero reconstruirla. Mientras Penelope se preparaba para el viaje, Preston le informó que saldría a atender algunos asuntos de negocios.

Luego emprendieron el viaje. A pesar de que era primavera, las calles estaban embarradas, y, como el viaje les llevó todo un día, se vieron obligados a detenerse en una posada a pasar la noche.

Pero todo valió la pena. Cuando llegaron, Penelope se quedó sin aliento. Grandhampton Court era una residencia mucho más lujosa que Chalworth. Parecía el palacio de una familia real. La casa la dejó sin palabras. Era larga y alta, construida al estilo palladiano con grandes trozos de arenisca cuadrada a la perfección. Tenía un impresionante pórtico que era tan grande, que podrían hacer un baile allí. Doce columnas acanaladas de tres plantas de altura le daban soporte a la estructura del techo que contenía doce estatuas de Paladio. Tanto a la derecha como a la izquierda, el edificio se extendía y podía abarcar Sumhall dos veces.

Unas ventanas con arcos redondeados se alineaban en la planta baja, mientras que, en la primera y segunda planta, había varias ventanas perfectamente rectangulares con ornamentos triangulares por encima. Unas imponentes escaleras de una planta de altura conducían a la puerta de entrada del pórtico.

Delante del edificio, se abría un parque hermoso y bien mantenido con el césped bien cortado, arbustos cuidados y varias flores. También había una gran fuente. Varios árboles y pequeñas arboledas crecían en distintas áreas de la propiedad. Un rebaño de ovejas pastaba a unos pocos kilómetros de distancia.

Cuando Penelope se apeó del carruaje, inspiró una profunda bocanada de aire dulce, lleno de aroma a hojas y tierra, y cerró los ojos. Sintió el sol en el rostro y el beso del viento en las mejillas. Luego se sostuvo el bonete mientras alzaba la mirada hacia el sol.

—Bienvenida a Grandhampton —le dijo Preston y, cuando lo miró, no lo reconoció.

La máscara seria del *lord* de Londres había desaparecido para dar sitio a otra persona. La tensión que le solía rodear los ojos se derritió, y una sonrisa suave le asomó a los labios. Era tan hermoso que se le aceleró el corazón, y en ese momento supo que estaba total e irremediablemente enamorada de él.

Recibió la epifanía como un golpe. Se quedó paralizada, sin moverse, como suspendida en el aire. Qué curioso saber que el corazón le latía desbocado en el pecho, pero ya no le pertenecía más a ella. Ahora era de él.

Luego de que le presentaran a los criados y Preston le hiciera un recorrido por la casa, la condujo a la parte trasera, donde se ocultaban la entrada para los criados y las entregas, los establos para los caballos y las vacas, un gallinero y un jardín. Al costado de la casa había un estanque natural con un muelle y un bote.

Unos sauces crecían al otro lado del estanque, con ramas que acariciaban el agua. Varios juncos y tipos de césped crecían en la orilla donde las moscas y las abejas zumbaban en el aire.

—Cuando éramos niños, nadábamos aquí —le contó Preston al tiempo que señalaba la pequeña pradera delante del estanque con el césped corto y unas margaritas que crecían por doquier—. Pasábamos la mayor parte del tiempo aquí. Bueno, hasta que me enviaron a Escocia. Luego de eso, solo venía aquí a pasar los veranos, pero eran los meses más felices para mí. Cuando llegó el momento de presentar a Spencer a la sociedad de Londres, comenzamos a ir todos los años a la ciudad en la temporada. Y allí vi que mi padre tenía otra faceta. En Londres, era el duque perfecto, pero aquí, era mi padre. Una persona doméstica y simple que iba a pescar con todos nosotros, incluida Calliope. Me enseñó a nadar. Solía hacerle cosquillas a mi madre cuando creía que nadie lo estaba viendo. Este es el sitio donde mi madre corría detrás de nosotros soltando gritos de alegría y nos hacía cosquillas con una sonrisa tan genuina en el rostro que era imposible no devolvérsela.

Penelope supo que eso debía de ser cierto. Allí, Preston no era el mismo de Londres, donde solo veía unos destellos de él cuando estaban a solas y en la cama. Allí, veía otra faceta de él que no veía la hora de descubrir en profundidad. Pero… tenía la sensación de que solo se enamoraría más de él. Y eso la aterraba.

Preston le mostró la pradera donde jugaban al críquet. En un pastizal a menos de un kilómetro, Spencer le había enseñado a montar el primer poni. Y había una arboleda donde habían practicado esgrima con ramas. Calliope había tenido una perra favorita, Mariposa, que había muerto hacía unos años.

Mientras pasaban por el pórtico donde dos lacayos aguardaban atentos a cualquier instrucción, Preston se inclinó contra ella.

—Richard siempre fue el favorito de los criados.

Penelope se rio.

—Me resulta fácil de creer.

Preston hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Los sometía a su encanto. Siempre tenía una sonrisa para ofrecerles. No solo se sabía todos sus nombres, sino que también sabía qué le gustaba comer a cada uno. Hasta los ocho años, separaba raciones de comida en sus servilletas y se las daba para el placer y la irritación de la señora Liddle, el ama de llaves, porque dejaban manchas de grasa que eran muy difíciles de limpiar.

La señora Liddle y Harney, el mayordomo, bajaron por las escaleras seguidos de un lacayo que llevaba una bandeja en las manos.

—Pensamos que quizás les gustaría algo fresco, *milord* —dijo Harney.

Era un hombre de unos setenta años con la cabeza calva adelante y unos escasos cabellos en la parte trasera. Era alto y ancho, con una boca ancha y un mentón grande. El rostro arrugado tenía una expresión bondadosa. El lacayo en librea estaba de pie al lado de la señora Liddle con dos copas vacías y un decantador de vino y otro con algo más fuerte. Al lado de las bebidas,

había una pequeña bandeja con trozos de pan tostado untados con algo rojo y cubiertos en un aceite medio verde.

—Pan con tomate —le dijo la señora Liddle orgullosa. Era una mujer dulce de unos sesenta años, con mejillas rollizas y unos ojos celestes traslúcidos. Tanto la señora Liddle como Harney parecían incapaces de mantener las apariencias. Penelope tenía la impresión de que se estaban conteniendo de lanzarse sobre Preston para abrazarlo—. Como su querida madre, que en paz descanse su alma, le enseñó a la señora Norman.

Preston formó una gran sonrisa que le derritió el corazón a Penelope. Cuando Harney les sirvió vino en las dos copas, su marido tomó una y se la entregó. Luego tomó la otra y un trozo de pan rojo.

—Por favor, agradézcanle a la señora Norman. A mi madre siempre le gustó su pan con tomate. —Miró a Penelope—. Es un plato español que mi madre quería comer. Es un plato tradicional de los campesinos, pero mi madre lo probó cuando era pequeña y vivía en España y le encantó.

Con curiosidad, Penelope tomó un trozo de pan y lo olfateó. Olía fuerte e intenso, como algo que provenía de tierras exóticas.

—¿Qué ingredientes lleva?

La señora Liddle le sonrió.

—Es un pan tostado untado con tomate y ajo. También tiene un chorro de aceite de oliva y una pizca de sal marina.

—Oh —dijo Penelope—. ¿Y el jardinero cultiva los tomates? —Bebió un sorbo de vino y le dio un mordisco al pan con tomate.

El pan era crujiente y tenía el sabor dulce del tomate mezclado con el intenso del ajo. La combinación de sabores y texturas le resultó deliciosa en la lengua. Tuvo que contener un gemido de placer porque las duquesas no gemían en público. Preston masticó su bocadillo con la postura erguida, pero vio el deleite que le bailaba en los ojos.

—Sí —le respondió la señora Liddle—. Desde que la duquesa se mudó aquí. Los tomates se conservan fuera de temporada. Los plantamos todos los años porque los niños… Oh, discúlpeme, *milord*, aún me refiero a ustedes cuatro como niños. Bueno, a todos les gusta la cocina española que introdujo su madre.

Penelope asintió con la cabeza.

—No veo la hora de probar más platos españoles. Toda mi vida me limité a comer los tradicionales platos ingleses.

En ese momento, deseó haber conocido a los padres de Preston, así como también deseó que su madre estuviera viva y lo pudiera conocer a él.

Cuando terminaron el bocadillo y las copas de vino, Preston les dio las gracias a los criados.

—¿Cuánto tiempo se quedarán, *milord*? —le preguntó Harney.

—Por lo menos dos semanas —repuso Preston—. No creo que lo hayan oído, pero hace dos noches se incendió Chalworth Place. Hemos venido a recuperarnos de la conmoción y respirar aire fresco.

—¿Se encuentran todos bien, *milord*? —quiso saber Harney preocupado—. ¿Y ustedes?

—Sí, gracias, Harney —le respondió—. Por fortuna, nadie resultó herido de gravedad. Algunos de los valientes criados y bomberos tuvieron cortes, magulladuras y quemaduras, pero todos están vivos y se recuperarán. Ahora es cuestión de encontrar un nuevo hogar mientras reconstruimos Chalworth.

—¿Se ha perdido mucho en el incendio? —le preguntó la señora Liddle—. ¿Quiere que envíe

algunos muebles a Sumhall para cuando encuentre un nuevo hogar?

—Por el momento, no —le dijo Preston—. Pero me hizo acordar… —Miró a Penelope con un brillo en los ojos—. ¿Sabe dónde están las viejas acuarelas de mi madre, señora Liddle? Los papeles, los lápices y los pinceles… La duquesa es una artista muy talentosa, pero la mayoría de sus obras y de sus suministros de arte se han perdido en el incendio.

—Oh, claro, sé exactamente dónde están. Se los buscaré.

Mientras la señora Liddle, Harney y el lacayo regresaban a la casa, Penelope le pasó los brazos por el cuello y lo envolvió en un abrazo. Cuando Preston la besó con sus labios suaves y delicados, la cabeza le dio vueltas y el suelo desapareció debajo de sus pies.

—¿Estás seguro de que no te molesta que utilice las pinturas de tu madre? —le preguntó tras apartarse.

—Claro que no —le respondió—. Ella habría sido la primera en ofrecértelas.

Más tarde, mientras Preston se hallaba de pie en el muelle del estanque con una caña de pescar en las manos y una expresión serena y nostálgica en el rostro, Penelope pintó la imagen que tenía delante: el estanque idílico, el muelle, el bote… y le añadió una familia. Cuatro niños, dos padres y un pícnic sobre una manta.

Pintó al fallecido duque de Grandhampton de pie sobre el muelle con la caña de pescar y a Richard y Preston de pequeños con unos pescados en un balde. La pequeña Calliope, con sus rizos castaños rojizos, estaba al lado de su hermosa madre de cabello oscuro y con un vestido blanco, y hacían una corona de dientes de león.

Y, por último, pintó a Spencer. Había pintado a todos, incluido el paisaje, excepto a él, que se convirtió en una silueta blanca de pie al lado de su padre, con una caña de pescar en la mano. Era el más alto y esbelto de los niños.

La ausencia de Spencer era como un hueco abierto en el cuadro. Y cuando comenzó a pintarlo, el hueco comenzó a llenarse. Pero ¿alguna vez podría llenarse el hueco que su muerte había dejado en la familia?

¿Y alguna vez podría ser absoluta la felicidad entre ella y Preston con el gran abismo que causaba la ausencia de Spencer entre ellos?

25

—PRESTON…

La voz dulce de Penelope le interrumpió el sueño, y sintió el cabello suave que le cosquilleaba en el pecho. Inhaló una profunda bocanada de su esencia a piel limpia y el jabón de lavanda que había usado la noche anterior para bañarse.

Cegado, la envolvió en sus brazos y se la acercó para sentir los suaves senos desnudos contra el torso. Penelope se rio y lo hizo abrir los ojos para sonreírle. Penelope lo recorrió con la mirada y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja bañada con la luz que se colaba por la ventana de su antigua recámara y con el cabello despeinado destellando como un halo. Cielos, tras pasar tres días en Grandhampton solo con ella, no podía dejar de preguntarse cómo había sido tan afortunado con esa mujer. No tenía ni la más mínima idea. Lo único que podía hacer era estar agradecido por cada momento que escogiera pasar en sus brazos, cada momento que fuera lo suficientemente afortunado como para tenerla.

La besó con delicadeza, aunque ya tenía el miembro endurecido de solo sentir sus muslos a ambos lados de las caderas y el suave sexo apretado en el punto más delicioso.

—¿Sí, duquesa? —le respondió.

—Tengo una idea.

—Si esa idea involucra que estemos desnudos, soy todo tuyo.

—Bueno, te involucra a ti desnudo.

—Está bien. —Arqueó las caderas para provocarle fricción contra el cuerpo y gimió. Se inclinó para besarla, pero lo esquivó.

—No.

Preston frunció el ceño y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón? Entonces ¿para qué me quieres desnudo?

—Me gustaría pintar un retrato de ti desnudo.

Durante un momento, no pudo hablar. Se imaginó medio inmóvil durante varias horas en una de esas posturas griegas mientras ella lo pintaba… y se le escapó una carcajada de la garganta. Con un movimiento rápido, la apretó más contra su cuerpo y los giró a los dos sobre la cama. Penelope soltó un grito y se rio. Allí estaba su hermosa esposa apretada contra el colchón debajo de él, con los muslos separados, y su miembro duro presionado contra su entrada estrecha y cálida.

—No —le dijo—. Hay una forma mucho mejor de utilizar mi cuerpo desnudo y es hacerte acabar una vez tras otra. Permíteme que te lo demuestre.

Penelope se mordió el labio inferior mientras movía la pelvis y él le acariciaba el clítoris con el miembro. Arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Te gusta esto? —le preguntó—. ¿Te estoy dando placer, amor?

—Oh, sí…

—¿Ves que esto es mucho mejor que estar a cuatro metros de distancia en una misma pose durante muchas horas? Si me puedo mover, puedo hacer esto…

Se hundió en ella deslizándose con facilidad entre los pliegues humedecidos y soltó un gemido de placer al sentir cómo las paredes estrechas lo albergaban en su interior. Penelope jadeó y le pasó las piernas por las caderas y los brazos por los hombros para aferrarse a él e instarlo a que se acercara más y la penetrara más profundo.

Complaciéndola más, se hundió en ella y le acomodó las caderas de modo que pudiera frotarle el clítoris al mismo tiempo. Luego se le ocurrió una idea y se detuvo durante unos instantes.

—¿Confías en mí, amor?

Penelope parpadeó y asintió con la cabeza.

—Claro que confío en ti.

Eso le rompió el corazón porque aún le ocultaba un secreto horrible; aún desconocía por qué se había casado con él. Se apartó de ella y se arrodilló delante de ella.

—Levanta la pierna. —Le sujetó el tobillo y se lo colocó por encima de los hombros y luego repitió la operación con la otra. Los muslos suaves quedaron abiertos delante de él, altos y anchos, y le dieron acceso total. Oh, la vista que tenía delante hizo que se le endureciera aún más la erección de deseo por ella.

—Por todos los cielos, no sabes cuánto te deseo. ¿Te das cuenta de lo increíblemente hermosa que eres?

Penelope exhaló con suavidad y apoyó la cabeza contra la almohada. Tenía los labios rojos e hinchados del deseo y el cabello desparramado sobre la almohada. Era toda una seductora. ¿Qué le estaba haciendo?

—No —respondió—. Pero sé lo increíblemente apuesto que eres tú y lo mucho que te deseo.

Al oírla, gruñó y descendió sobre ella para volver a penetrarla. Cómo le encantaba el jadeo que soltaba cada vez que se conectaban de ese modo, carne con carne, piel con piel, tan profundo como podían conectar dos seres humanos. Comenzó a moverse en su interior, enterrado en ella hasta los testículos, y siguió embistiéndola sin cesar. Observó cómo el rostro se le teñía de color, y los ojos se le caían, oscurecían y llenaban de deseo al tiempo que los dientes blancos mordían el labio inferior y arqueaba la espalda antes de jadear.

Eso sí estaba bien. Observó cómo los senos le rebotaban mientras la alzaba cada vez más cerca de la cima del placer. No creyó jamás haber estado tan profundo en su interior y le encantó encontrarse envuelto por completo en ella.

Solo existían él y ella.

Al cabo de unos instantes, se volvió loco de deseo. La embistió más y más contra el colchón hasta que a ella la cabeza le dio vueltas, se le sonrojó el pecho y se le tensaron las venas del cuello. Sintió cómo le apretaba más el miembro para retenerlo en su interior. Penelope estaba a punto de explotar de placer. De repente, se quedó quieta y todos los músculos internos lo apretaron como un guante. Eso fue lo que lo deshizo. Mientras se estremecía a su alrededor, una intensa ola de placer lo arrasó. Se corcoveó y soltó unos gemidos animalescos antes de acabar en su interior.

Luego colapsó sobre ella y se giró a un costado respirando entre jadeos. La levantó para colocársela contra el pecho, y ambos intentaron recuperar la respiración.

—Dime que tengo razón —le dijo cuando por fin recuperó el aliento—. ¿No te parece que

este es un mejor uso de mi desnudez?

Penelope soltó un gemido bajo y lo miró a los ojos.

—Preston, te amo y quiero conmemorar lo hermoso que eres…

Los dos se quedaron quietos. Preston tragó un doloroso nudo en la garganta. Los ojos se le abrieron de par en par, y Penelope lo miró sin mover ni un solo músculo.

—¿Qué tú qué? —le preguntó.

No podía hablar en serio. No podía amarlo. No se la merecía. No era un buen hombre; su camino hacia adelante seguía el sendero de la destrucción. Y ella era pura, hermosa y todo lo que era bueno y estaba bien en el mundo. ¿Cómo podía amarlo? No había nada que amar en él.

—Te amo —le repitió—. Por completo. Tu cuerpo hermoso. Tu corazón bondadoso. Tu alma preciosa. Y quiero pintarte como te veo cuando estamos así.

Algo en su interior comenzó a desenmarañarse. Estaba más abierto con ella de lo que jamás había estado con nadie. Ni siquiera con sus hermanos. Ni siquiera Sebastian, su mejor amigo, lo conocía como ella. Siempre había sido el segundo en todo: el «duque de repuesto». Había nacido por las dudas de que ocurriera algo, para que alguien pudiera continuar el nombre noble. Durante toda su vida había intentado demostrarles a todos, y en especial a sí mismo, que era tan valioso como Spencer. Pero en el fondo, no creía que lo fuera.

Pero no sentía que tenía que demostrarle nada a Penelope. Ella estaba en su lugar sagrado y encajaba a la perfección. Además, estaba sanándole algo en el interior. Su luz atravesaba las paredes y brillaba directo sobre su corazón. Erradicaba la pena por Spencer, la culpa y el odio hacia sí mismo que les había ocultado a todos durante toda la vida, así como también la manera en que protegía su naturaleza frágil con un exterior orgulloso, malhumorado e indiferente.

Esa mujer lo sabía todo. Y le había dicho que lo amaba.

—Di algo —le pidió.

La amaba. La epifanía fue clara y cálida. Unas lágrimas le asomaron a los ojos, el pecho se le infló, y sintió que le subía la temperatura y comenzaba a temblar. A través de todo lo que había ocurrido, se las había ingeniado para enamorarse de su esposa.

«Te amo, Penelope. Eres lo mejor que me ha pasado en toda la vida. Estás sanando mi estúpido corazón oscuro. Me haces sentir que podría ser un buen hombre. Me haces tan feliz…».

Tenía las palabras en la lengua y abrió la boca para decirlas. Penelope lo miraba con los ojos tan celestes como el cielo en invierno. Pero no logró decir nada de eso.

—No quiero posar desnudo para un retrato, Penelope —le dijo y sintió unos aguijonazos por todo el cuerpo—. Lo que quiero es estar contigo en esta cama. Si estoy desnudo, quiero que tú también lo estés.

Penelope ocultó el dolor de los ojos y se obligó a sonreír.

—No es el final de la discusión.

Preston liberó el hombro de debajo de la cabeza y se movió para sentarse y pasar las piernas por el costado de la cama.

—Por ahora, sí.

No la miró mientras se incorporaba para ponerse el salto de cama.

Era un tonto si se atrevía a esperar una vida de felicidad como la que habían compartido sus padres. Entre ellos no podría haber amor verdadero. Quizás estaban enamorados en ese momento, pero tarde o temprano eso acabaría.

El amor lo aterraba. Sabía que era posible para las personas buenas como sus padres. O como Sebastian y Emma. Ese futuro feliz que casi podía ver y sentir jamás podría ser. En el fondo, no se merecía una vida feliz con el amor de esa mujer. Ella había comenzado a derribar sus paredes.

Podía ver huecos en ellas, podía ver lo bajas y delgadas que se habían vuelto gracias a ella.

Pero lo aterrorizaba que pudiera ver quien era en realidad… porque no podría amar al niño celoso y orgulloso que se había convertido en un hombre terco y arrogante. A ella le encantaba la versión de él que había construido en su cabeza.

Se pasó la cinta del salto de cama por la cintura y jaló la campana para llamar a los criados. Sabía que tenía culpa en la muerte de Spencer. Ella estaba enredada en el medio de todo. Y seguía siendo la hija del enemigo. Y mientras que debería mostrarse indiferente y dejarla encinta, de algún modo se las había ingeniado para perder la razón, el corazón y el alma.

Ese matrimonio había sido un error.

Penelope lo amaba. Se acercó a la ventana y observó el parque frente a Grandhampton, que era hermoso y estaba iluminado por el sol a esa hora. Acababa de traicionar a su hermano aún más. No solo se había casado con Penelope, sino que también se había enamorado de ella, así como ella de él. Spencer no se merecía esa traición.

Además, ¿querría estar con él si no la hubiera obligado? Al igual que muchas mujeres, debía de estar intentando lo mejor dadas las circunstancias en las que se encontraba.

Y él debería de haber hecho lo mismo. Hasta que todo se deshizo. Porque su dilema seguía siendo el mismo. Debía escoger entre el amor y la venganza. Y aún estaba determinado a vengarse.

26

PENELOPE ENTRELAZÓ los dedos con los de Preston en su regazo. Desde la ventana del carruaje podía ver los manzanos que florecían como nubles blancas y las magnolias rebosantes de flores rosadas. El aroma fresco a lilas pendía en el aire. Londres estaba en plena floración.

Y el corazón de Penelope también. Habían pasado dos semanas llenas de dicha y felicidad en Grandhampton. Los pulmones de Preston se habían recuperado bastante bien, Penelope se sentía mucho mejor, y el abogado de Preston les había escrito para informarles que había encontrado una casa potencial para ellos. Preston y Penelope tenían una reunión ese día para ver la propiedad antes de decidir si la adquirirían.

La única nube que oscurecía la felicidad de Penelope era que le había confesado a Preston que lo amaba. Y claramente lo había asustado: él no le había dicho que también la amaba. Y eso significaba que no lo hacía. Al menos, no todavía. O, si la amaba, le daba temor admitirlo.

No estaba segura de cómo podía amar a un hombre que podía llevar a la destrucción de su padre. Debía de ser masoquista.

Pero Preston le había prometido que le contaría el secreto. En Grandhampton Court, no había insistido en que se lo contara porque no quería arruinar la paz del lugar. Además, le parecía cruel estresarlo cuando estaba herido. Pero a lo mejor, el motivo principal era que le aterrorizaba la idea de que lo que le dijera los destruyera por completo.

Ahora Preston se encontraba mejor, y estaban a punto de tomar una decisión acerca de una casa. Por ese motivo, no podían comenzar el próximo capítulo de sus vidas con un secreto como ese entre ellos. Tenía que saber.

Buscó la mirada cálida y oscura de Preston. Su marido le sonrió y la miró a los ojos como lo había hecho a menudo en las últimas dos semanas. Sin soltarle la mano, le dijo:

—Preston, vamos de camino a nuestro nuevo hogar. Un hogar que no será el de Spencer. Un hogar que no tendrá el recuerdo de varias generaciones de duques de Grandhampton. Un hogar que será un nuevo comienzo.

Al duque se le desvaneció la sonrisa y bajó la mirada a la mano de su esposa.

—Todo eso es muy cierto.

—Bueno… ¿no crees que hemos superado las cosas que nos separaban al principio? ¿No te parece que no debería haber ningún secreto entre nosotros?

Preston no alzó la mirada a ella, pero la nuez de Adán le osciló visiblemente al tragar.

—Sí.

—Debes saber lo que te quiero preguntar, Preston. ¿Qué había en esa carpeta de cuero roja? ¿Qué hizo mi padre para que lo amenazaras de ese modo? ¿Qué conocimiento valioso tenías como para comprarme sin dinero?

Preston volvió a asentir con la cabeza, al tiempo que una expresión severa y sombría le cubría el rostro. Se había puesto la máscara del Preston de Londres, con el mentón tenso, los ojos duros y la boca apretada en una línea firme. El Preston relajado, despreocupado y feliz que había tenido durante dos semanas se había marchado.

Inhaló una profunda bocanada de aire y por fin la miró. Cualquier indicio de calidez le había desaparecido de los ojos. Apartó la mano de la de ella y le frotó el mentón.

—Te lo diré. Te lo iba a contar, pero como soy débil no podía soportar destruir la existencia feliz en la que convertiste mi vida.

Oír eso la sorprendió.

—¿De verdad?

Preston la miró como si hubiera perdido la razón.

—Claro que sí, Penelope. Antes de ti, creía que mi futuro involucraría un casamiento con una dama perfecta y fría a quien jamás podría amar, y beber hasta el final de mis días. Creí que me sentiría solo hasta la muerte. Pero luego llegaste tú y me demostraste lo que estaba demasiado ciego para ver.

Penelope tragó con dificultad.

—Conozco ese sentimiento, Preston. Siempre creí que estaría sola si seguía mi sueño de convertirme en una artista profesional. —Le apretó la mano—. Pero tú me has demostrado que no tengo que estar sola. Y me gustaría demostrarte que tú tampoco. Te amo por ser tal y como eres: un alma amable, leal y algo obsesiva. —Se rio—. No sé por qué estás tan resuelto a vengarte de mi padre, pero de algún modo sé que proviene de una profunda lealtad.

Preston soltó un suspiro y negó con la cabeza, al tiempo que los ojos negros se le llenaban de lágrimas.

—Quizás cambies de parecer cuando lo sepas. Si Spencer no estuviera muerto… si tu padre no estuviera involucrado en todo eso… Sería el hombre más feliz. Porque te tendría a ti.

Penelope sintió un frío estremecimiento.

—Spencer muerto… —murmuró—. Mi padre involucrado… ¿en qué, exactamente? ¿De qué hablas?

Se pasó las manos por el cabello y se inclinó hacia adelante para acercarse a ella con los ojos tan oscuros que parecían no tener fin.

—¿Has oído hablar de un club que se llama Tyche?

—Sí —le respondió—. Todos los miembros de la sociedad han oído hablar de él. Es un lugar de pecado para los caballeros.

—Sí, un infierno para las apuestas. Allí es donde tu padre perdió toda su fortuna.

Penelope sintió dolor, aunque ya sabía de la tontería de su padre. Lo único que logró hacer fue asentir con la cabeza.

—Sí.

—Allí es donde te subastaron. Es un lugar donde se hacen malos acuerdos. Y algunos caballeros hacen contactos con hombres dispuestos a hacer cosas malas por dinero. Cosas que un verdadero caballero no haría.

A Penelope le temblaron las manos.

—¿Qué tipo de cosas?

—En Tyche, había un criado, Noah, que me contó algo acerca de tu padre. Y, como rompió la regla de guardar silencio, ahora corre peligro.

—Por todos los cielos. —Penelope se llevó las manos al cuello—. ¿Qué te contó?

—Oyó a tu padre pedirle a otro hombre… —Exhaló y negó con la cabeza. Luego, inhaló una

profunda bocanada de aire—… que le diera una paliza a Spencer.

El mundo se encogió alrededor de Penelope. El pecho se le estrechó y no pudo respirar.

—No, no puede ser. Mi padre no. ¿Por qué querría hacerle daño a Spencer?

—El dueño de Tyche, Solomon Eastbourne, lo amenazó y lo obligó a pagar sus deudas, y tu padre sentía que tú eras lo único que le quedaba de valor.

Penelope sintió náuseas y se llevó las manos al estómago.

—¿Yo?

—Tu mano en matrimonio —le explicó.

—Pero ¿qué relación tiene eso con la muerte de Spencer? Has dicho que si Spencer no estuviera muerto…

Preston cerró los ojos durante varios segundos antes de volver a abrirlos para responderle:

—Los hombres que contrató tu padre lo golpearon con tanta brutalidad que le produjeron heridas de muerte.

Penelope se llevó la mano a la boca. Tenía la vista nublada por las lágrimas. El pecho le ardía y apenas podía respirar. Ahora comprendía. Preston creía que su padre tenía la culpa de la muerte de Spencer. Y, por ende, ella también.

Preston le cubrió la mano que tenía sobre la rodilla con la suya.

—Lo siento, Penelope. Si pudiera ahorrarte este dolor, lo haría. ¿Quieres que me detenga?

Ella negó con la cabeza sin apartarse la mano de la boca por temor a vomitar encima de Preston.

—Pero ¿qué le hizo Spencer a mi padre? —logró preguntar al fin.

—Ya conoces la reputación que tenía Spencer.

Penelope asintió con la cabeza.

—O sea que mi padre creyó que me arruinaría porque jamás se casaría con la hija de un barón…

Preston asintió.

—Y así arruinaría cualquier oportunidad de encontrarte un marido adinerado.

—Oh, no —soltó Penelope—. ¡Oh, no!

Lo peor de todo era que ahora por fin comprendía quién era en realidad su padre. Jamás había estado allí para ella. Y ella siempre había intentado impresionarlo, pero todo había sido en vano. Solo la consideraba una posesión a la que vender.

—En lo que concernía a *lord* Beckett, Spencer no tenía intenciones serias para contigo. Por lo tanto, no podía correr el riesgo de que una de las líneas de duques más antiguas de Inglaterra te deshonrara y te botara a un lado.

Penelope sintió olas de conmoción que se rompían sobre ella.

—En esa época, tu padre estaba esperando la propuesta de matrimonio del adinerado duque de Woodley.

—Por supuesto, por eso venía de visita y bailaba y hablaba conmigo en los bailes.

—Sí, pero todo cambió cuando el duque se enteró de las deudas de *lord* Beckett. Entonces buscó otro candidato para el matrimonio, pero llegó un punto en que se desesperó. Le llevó unos cuantos meses recurrir a subastarte.

Preston apenas parecía respirar mientras aguardaba una respuesta.

Penelope se quedó sentada con la mente acelerada repasando todo lo que acababa de descubrir y, de algún modo, regresó a la noche en su estudio, a la carta de Spencer y la primera vez que se dio cuenta de que sentía algo más que una amistad por ella. Le había pedido a Preston que fuera con él esa noche. La noche que murió.

—No fuiste con él —dijo sobresaltada por la epifanía—. Crees que por eso ha muerto. Te culpas a ti mismo. Y culpas a mi padre. Y también a mí.

Se sintió como una verduga que sostenía la cuerda.

—Sí.

Esa única palabra hizo que su mundo explotara como un balde de pólvora encendido en llamas. Por eso se habían casado. Ella solo era parte de la venganza para él. La forma de castigar a su padre, de castigarse a sí mismo y de castigarla a ella. Él había creído que ella había seducido a Spencer para casarse con él por su dinero.

El carruaje se detuvo, y los dos miraron afuera de la ventana para ver la hermosa casa de ladrillos oscuros iluminados por el sol detrás de un cerco de hierro con elaborados frisos. Un montante de abanico ovalado destacaba por encima de la puerta de entrada de color chocolate y estaba rodeada por un arquitrabe de juncos blancos. La gran ventana de cristal a la última moda tenía unas rejillas de hierro como medida de seguridad, y unas glicinas violetas crecían encima de la puerta.

La casa era hermosa, acogedora y hogareña. Luego del mausoleo frío que había sido Chalworth, Penelope había deseado un hogar como ese para Preston y para ella. Cálido y agradable. Feliz.

Pero el dolor y la pena le causaban gran pesar en el pecho. Tanto ella, como Preston y su padre estaban enredados en la muerte de Spencer. Eso era lo que había acechado a Preston desde el comienzo. Una parte de ella se arrepentía de haberle pedido que le dijera la verdad. Ahora se arrepentía de saberlo.

Cuando la puerta se abrió, Preston se apeó del carruaje, y un lacayo le ofreció ayuda a Penelope para bajar. Sin decir ni una palabra, entraron, y el mayordomo les mostró la residencia. La casa era espectacular. Iluminada y moderna, con una sala de baño y una ducha. No era demasiado grande, pero tenía espacio suficiente como para recibir visitas y hasta dar un baile. Tenía suficientes recámaras para invitados que también se podrían convertir en el futuro en las habitaciones de los bebés.

Cuando Penelope entró en la habitación que sería su recámara y miró hacia afuera, vio la calle de Mayfair, que estaba tranquila y rebosaba con pétalos de magnolias que se mecían con el viento. Preston se acercó a su lado, y se tensó. Sentía como si le hubieran abierto el pecho en dos y estuviera sangrando.

Era difícil observar la calle iluminada y saber que la felicidad había estado a su alcance y ahora jamás la tendría. A pesar de que no se odiaban más, su historia estaba arruinada. Su padre era un hombre horrible, y la muerte de Spencer siempre pendería entre ella y su marido. Si Preston había deseado un castigo, lo había conseguido.

—La casa le pertenece a un vizconde que necesita el dinero —le dijo Preston sin mirarla.

—Es hermosa —señaló con la mirada fija en un carruaje que pasaba.

—Sí.

Allí estaban. Dos personas atrapadas para siempre en un matrimonio que jamás funcionaría. Excepto que…

Penelope se volvió hacia él y lo miró a los ojos solemnes.

—Gracias por decirme la verdad —le dijo—. Y lamento mucho lo que ha hecho mi padre.

—¿Me crees? —le preguntó. Había una nota de dolor detrás de la pregunta.

—Te creo. ¿Por qué no te creería?

—Pensé que a lo mejor no creerías que tu padre fuera capaz de algo como eso.

Acarició la cortina celeste pastel con patrones dorados de parras.

—Por desgracia, lo creo. Me duele saber que sea capaz de hacerle daño a un hombre inocente. También me duele saber que sea capaz de vender a su propia hija.

—Lo siento, Penelope. Intenté protegerte de eso. Al menos es un alivio que ya no haya ningún secreto entre nosotros. —Le tomó las manos entre las suyas, y el calor le quemó las palmas frías—. Y este es nuestro nuevo hogar. Si te gusta, firmaré la oferta hoy mismo. Veo un futuro aquí para nosotros. ¿Y tú?

¿Lo veía? Si se lo hubiera preguntado hacía una hora, hubiera respondido que sí. Pero ahora… no lo sabía.

—Pero mientras yo sea quien soy, y tú quien eres, la muerte de tu hermano siempre estará entre nosotros. Sin importar lo mucho que te ame.

Una expresión de dolor agonizante le destrozó los rasgos.

—No. No. Te… Te amo, Penelope.

Las palabras resonaron como la bola de un cañón en la cabeza. La amaba… Mientras que durante todo ese tiempo había pensado que se acostaba con ella para engendrar un heredero, como le había dicho que haría.

—¿Me amas? —le preguntó sin dar crédito a lo que oía.

—Sí, te amo. Eres mi esposa. Te amo. Te quiero por completo.

De repente, sintió mucho frío y comenzó a temblar. Una parte de ella sentía como si estuviera a punto de alzarse flotando hasta el cielorraso de la alegría. ¡Él también la amaba! Pero con una sensación de dolor, comprendió que eso no bastaba.

—Por completo… pero sin importar cuánto me ames, odias a mi padre. Y te casaste conmigo por venganza, no por amor. Así que, dime, Preston, ¿qué es más fuerte? Porque no puedes tener las dos cosas. ¿Me amas lo suficiente como para detener la venganza? ¿O lo odias más de lo que me amas?

Preston parecía como si lo estuvieran acorralando y descuartizando. Con una tormenta de dolor detrás de los ojos, abrió la boca para decir algo, pero se oyó un llamado urgente a la puerta, y el mayordomo del vizconde entró.

—Disculpe, *milady*… Esto es de lo más inusitado, pero ha venido un muchacho de parte de *lord* Beckett y tiene un mensaje para usted.

Penelope soltó las manos de Preston y se volvió hacia el mayordomo.

—¿De mi padre? ¿Cómo sabía dónde encontrarnos?

—El muchacho dijo que lo envió a Sumhall al principio, pero le dijeron que estarían aquí.

—¿Cuál es el mensaje? —le preguntó Penelope.

Preston se acercó a ella.

—Penelope…

—¿Cuál es el mensaje? —insistió con el corazón desbocado.

El mayordomo tragó con dificultad.

—*Lord* Beckett le está pidiendo ayuda. Le están embargando la casa.

Penelope soltó un jadeo y el suelo se le movió bajo los pies. Se volvió hacia Preston.

—¿Esto es obra tuya? —le preguntó. Con el ceño fruncido, Preston se veía perdido y lleno de culpa—. ¿Hay algo más que aún no me has dicho?

Preston miró al mayordomo que se encontraba de pie con una expresión seria e imparcial.

—Sí —respondió.

—Creí que no habría más secretos entre nosotros.

Preston soltó un suspiro.

—Le he comprado la deuda de *lord* Beckett a Solomon Eastbourne. No soportaba que tu

padre le hiciera daño a otra persona que amo. A ti.

El dolor la golpeó como el disparo de un arma.

—¿Y lo estás echando? ¿Continúas vengándote?

Preston le sostuvo la mirada unos instantes y luego asintió con la cabeza y los ojos humedecidos.

—¡Detente, Preston! Quedará en la calle. ¡Se convertirá en un méndigo!

Pero Preston no dijo nada.

Penelope no daba crédito a la situación. Su propio esposo condenaría a su padre al estado más bajo en el que podía caer un ser humano. Suponía que eso le respondía a la pregunta de si escogía el amor o la venganza. Las lágrimas le nublaron la vista, y su marido se redujo a un punto *beige* y negro contra el azul pálido de la recámara. Penelope se sintió arder por dentro.

—Si no te detienes, te dejaré, Preston. Si escoges la venganza, no me escoges a mí, ni escoges nuestra felicidad. Así que, ¿qué escoges?

Preston se limitó a quedarse de pie temblando, con el mentón tenso y el pecho subiendo y bajando acelerado. La imagen hizo que una lágrima le rodara por la mejilla. No podía permitir que destruyera al único padre que le quedaba, sin importar lo que hubiera hecho.

—Entonces ¿esto es lo que siempre he sido? ¿Un medio para lograr un fin? No signifiqué nada para ti, aunque yo sí me enamoré de ti.

—No, Penelope, por favor. ¡Te amo!

Penelope negó con la cabeza. Su vida se estaba haciendo añicos. Acababa de perder al padre que siempre creyó tener, así como también a su marido y toda una vida de felicidad.

—Quizás creas que me amas. O quizás lo dices para que me sienta mejor. Pero, en realidad, no me amas. De lo contrario, no le harías daño a mi padre. No lo puedes dejar en paz. Y yo no puedo estar con un hombre que escoge la destrucción y el odio por sobre mí. Me merezco algo mejor. Y tú también, Preston. No me importa si compras la casa o no. No viviré aquí.

Tras informarle eso, se marchó para ir al rescate de su pobre y anciano padre.

Sin importar lo que hubiera hecho, sabía que su padre no había tenido la intención de matar a Spencer. Era una persona herida, pero eso no lo hacía una persona malvada.

27

TRES DÍAS MÁS TARDE, Penelope bordaba furiosa una suerte de flor en la sala de estar de la habitación en suite que había alquilado para ella y su padre con el ingreso mensual que le daba Preston.

La sala tenía unas paredes con paneles decorados con pinturas al óleo de paisajes de campo y una vista panorámica de la ciudad por encima del río Támesis. Varios jarrones con peonías, lirios y tulipanes iluminaban las esquinas de la habitación y la llenaban de una fragancia exquisita.

Las ventanas grandes estaban enmarcadas con unas cortinas violetas. En la habitación había varias velas apagadas, colocadas sobre candelabros ornamentados. Y una alfombra con patrones de flores rojas y ramas verdes cubrían el suelo de madera.

Era una habitación agradable y tenía todo lo que necesitaba… excepto al hombre que amaba.

Penelope estaba sentada en un cómodo sofá con almohadones mullidos y tapizados suaves. Emma y Calliope estaban sentadas a su derecha y sostenían tazas de té en las manos. Cerca de ellas, había una mesa de té con un delicado juego de té.

—Oh, querida —dijo Emma—, ten cuidado. Me temo que le vas a errar a la tela y clavarte la aguja.

Penelope se detuvo y soltó el aliento.

—¿Qué intentas bordar? —le preguntó Calliope estirando el cuello.

Penelope clavó la mirada en el sinsentido de hilos amarillos, naranjas y negros.

—Un girasol —contestó con tristeza.

Emma colocó la taza sobre el platito, se inclinó hacia adelante y, con delicadeza, le quitó la costura de las manos. A Penelope le temblaron los dedos mientras anhelaba descargar las emociones que la aturdían: la furia que sentía hacia Preston y la que sentía con ella misma por haberse enamorado de él; la tristeza de la mayor pérdida de su vida, el dolor de la traición de su marido y la frustración que sentía hacia su padre.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Emma.

—Ya lo sabes —repuso Penelope tomando la taza de té.

Como al parecer no podía dejar de temblar, la taza repiqueteó contra el platito y lo apoyó sobre la mesa.

—Sabemos que tú y Preston no viven más en la misma casa —le dijo Calliope—. Pero no sabemos por qué.

Las lágrimas le ardieron en los ojos.

—No sé si debería decírselos.

—¿Por qué no? —preguntó Calliope.

—Porque jamás volverías a ver a tu hermano con los mismos ojos.

Calliope se rio entre dientes.

—No creo que sea posible. Preston puede ser un canalla si se siente herido y quizás no vea las cosas con claridad si algún ser querido corre peligro. Pero tiene buenas intenciones. Es leal y moriría por cualquiera de nosotros. —Hizo una pausa y añadió—: En especial, por ti.

En especial por ella… Bueno, quizás estaba dispuesto a morir por ella, pero la venganza era más importante para él.

—Las dos deben prometerme que no le contarán esto a nadie. Porque no es asunto de mi marido únicamente, sino también de mi padre. Y los quiero mucho a los dos.

Calliope y Emma intercambiaron miradas anonadadas, y Penelope comenzó a hablar. Les contó todo. Lo que había hecho su padre, lo que había descubierto Preston. La subasta. El horrible inicio del matrimonio y cómo Preston la culpaba a ella, a su padre y hasta a sí mismo por la muerte de Spencer. Les habló del plan de venganza y de cómo le había dado dinero a su padre antes de que este intentara recuperar la prueba que tenía Preston y acabara incendiando la casa. Por último, les contó que Preston había comprado la deuda de su padre y lo había dejado en la calle. Y que cuando Penelope le pidió que escogiera entre ella y la venganza, no había dicho nada. No la había escogido a ella.

—Tu padre… —susurró Calliope—. ¿Hizo eso?

Penelope asintió con la cabeza sintiendo el pecho tenso y lleno de dolor.

—Lo siento mucho, Calliope.

—No es tu culpa. —Las lágrimas se acumularon en los ojos de Calliope—. Fue un accidente. No te culpo. Culpo a tu padre… un poco. Pero no al punto de querer destruirlo.

Había sido un accidente, pero si no hubiera estado involucrada, si no hubiera sido tan allegada al difunto duque, su padre jamás hubiera enviado a ningún rufián tras él. Y Spencer seguiría vivo.

—¿Sabes qué pienso? —le preguntó Emma entrecerrando los ojos inteligentes de color celeste casi acero para mirarla—. Creo que amas a tu marido.

Penelope se secó una lágrima que le había rodado por la mejilla con el dorso de la mano y sollozó.

—Sí. Soy una tonta. ¿Cómo es posible que me haya enamorado del torturador de mi padre? ¿Del hermano de la víctima de mi padre?

—¿Cómo no te ibas a enamorar de él? —le preguntó Calliope secándose sus propias lágrimas —. Si son perfectos juntos. Están destinados.

—No, claro que no —la contradijo Penelope—. No hay futuro para nosotros, por más que estemos casados. Viviremos para siempre separados y seremos una de esas parejas en las que la esposa prefiere el campo y el esposo, la ciudad, y jamás se ven. Todos sabemos de qué hablo.

Emma estiró el cuello.

—Mira, querida, yo pasé por una situación similar. Creí que todo estaba perdido con Sebastian, pero no era el final. Me pregunto si para ti lo es. Al parecer, Preston tiene que dejar ir su deseo de venganza. Pero también parece que tú estás enfadada con él. ¿Serás capaz de perdonarlo de todo corazón alguna vez?

—No lo sé. Es verdad. Lo que ha hecho mi padre no se puede deshacer. Spencer no puede regresar. Lo que ocurre con Preston ahora es destrucción, veneno y odio. Para que podamos tener un futuro, tanto mi marido como mi padre deben continuar con sus vidas. Y yo también. Debo perdonar a mi padre por haberle hecho daño a Spencer… por haberme vendido… y por haber incendiado nuestro hogar.

—¿Y puedes perdonarlo? —le preguntó Calliope.

—Creo que sí —respondió—. Pero no olvidaré ni buscaré excusas para lo que hizo. Sé que no puedo confiar en él, pero no quiero que termine en la calle. Es mi padre. Pero no permitiré que se vuelva a comportar de ese modo. Debo hacerme valer.

Las tres mujeres hablaron un rato más, y Penelope se sintió mucho mejor. Echaba de menos a Alex, que además de su prima era su mejor amiga, pero ahora sabía que tenía a dos grandes amigas en Londres que se sentían como parte de su familia.

Más tarde esa misma noche, cuando su padre regresó al hotel para cenar, Penelope lo observó con distintos ojos. Se veía mejor con las prendas limpias que le había comprado y la nueva peluca empolvada blanca como la nieve. Ya no se encorvaba ni olía mal porque había contratado a un valet para que se asegurara de que se diera baños con frecuencia.

Se sentaron en la mesa a cenar solos. Un lacayo del hotel les sirvió el primer plato de sopa. Luego de comer en silencio unos minutos, Penelope le preguntó:

—¿A dónde había ido, padre?

Al oírla, bajó la cuchara.

—Salí, ¿por qué?

—Porque temo que vuelva a apostar.

El barón no dijo nada y miró el plato.

—De no ser por las apuestas y las deudas, no habría pasado nada de esto. ¿Entiende lo destructivo que es ese hábito? No solo para usted, sino también para su familia. Para mí.

—No jugué a las cartas —le respondió sereno—. Pero sí fui a Tyche. Debo mantener las apariencias. Debo mantenerme en contacto con mis amigos y los conocidos. Soy un barón.

—Por poco —señaló bajando la cuchara—. Nuestra casa de Londres en la calle Vine quedó embargada junto con cualquier objeto de valor que haya quedado allí. Lo único que le hace retener el título es Beckett Manor, pero se está cayendo a pedazos y no hay ninguna esperanza de repararla. Y, de no ser por mí, estaría mendigando en la calle en este momento. De seguro me merezco algo de gratitud y respeto de su parte. Ya es hora de demostrarlos.

El barón bajó la cabeza, y se le hundieron los hombros.

—No era mi intensión quemar tu casa, Penelope. Fue un accidente. Fui a recuperar la carpeta de cuero roja, pero oí pasos y, cuando me di vuelta, se cayó la lámpara, y los papeles del estudio se encendieron fuego. Intenté apagar las llamas, pero solo logré avivarlas. Por eso, hui.

Penelope soltó un suspiro.

—Huyó sin alertar a nadie y dejando a varias personas en peligro mortal. Mi marido por poco muere. ¿Cuántas personas más han de sufrir por su egoísmo, padre?

Su padre asintió con los ojos llenos de lágrimas. Jamás lo había visto en ese estado. Cuando lo miró a los ojos, vio a un hombre roto y lleno de tristeza.

—Tienes razón, Penelope. Tienes razón. Cometí muchos errores. Pero te equivocas al decir que no te respeto. Claro que te respeto. Eres una mujer fuerte, amable y talentosa, como tu madre. Lamento mucho no haberlo visto antes, pero ahora lo veo. Y no podría estar más orgulloso.

Penelope escuchó las palabras que había anhelado oír durante muchos años. Si se lo hubiera dicho cuando estaba creciendo, cuando la veía pintar, habría sido una mujer mucho más segura de sí misma. Y habría comenzado la educación artística y quizás hasta vendido algún cuadro para ese entonces.

A pesar de todo, oírlo decir ese tipo de cumplidos le animó el espíritu. Pero, curiosamente, ya no necesitaba su aprobación. Se dio cuenta de que estaba orgullosa de sí misma. Jamás había abandonado su sueño; había estado dispuesta a vivirlo y lo había sacrificado por él. Y él solo

había actuado de manera egoísta. Penelope sentía pena por él. El hombre que se suponía que debía de ser su padre, el que debía protegerla y cuidarla, había acabado arruinándose la vida y, por poco, la de ella también.

—Debe arreglar el daño que ha hecho, padre.

—Tienes razón, sí.

—Muy bien.

Debía escogerse a sí misma primero. En el pasado, había escogido a su padre y había accedido a casarse con Preston en lugar de huir y comenzar una vida como artista en otro lugar. Su padre jamás la había escogido. Y Preston tampoco. Su marido seguía escogiendo la venganza por sobre ella.

Y ella quería más. Quería un matrimonio donde el marido priorizara sus necesidades y su amor por sobre todo lo demás.

Y no se conformaría con nada menos.

28

PRESTON ESTABA SENTADO a solas en su nueva casa. La residencia estaba vacía y oscura. Las persianas de todas las ventanas estaban cerradas para cumplir la orden que había dado hacía tres días cuando el amor de su vida lo había abandonado.

Estaba sentado en el suelo de la habitación que iba a ser el estudio de Penelope con una botella de coñac en la mano. Tenía el codo apoyado contra la rodilla. Una vela oscilaba iluminando las pinturas en acuarela y las dos al óleo que había apoyadas contra la pared de enfrente. La habitación olía a polvo porque aún no la habían limpiado. También estaba fría, porque no había ningún criado para encender los carbones en el hogar. Reinaba el silencio. No se oían pasos, ni voces amortiguadas o distantes al otro lado de las paredes o de la puerta. No había ningún indicio de que hubiera otra alma por allí.

Miró los cuadros de Penelope, los paisajes de Grandhampton Court con los bosques, los arroyos y los ríos serpenteando por entre las colinas verdes. La casa que era el único lugar donde había sido feliz. Donde su hermano había estado vivo. Su esposa tenía mucho talento para el arte. El cuadro que había comenzado a pintar con toda la familia, incluido Spencer, hizo que el corazón se le volviera a hacer añicos. Como si en algún momento hubiera estado entero desde que se marchó.

Se llevó la botella a la boca y bebió varios sorbos. Más. Necesitaba más para entumecerse, para olvidar que era el autor de su propia desgracia. De su propia infelicidad. Sin embargo, no podría haber hecho nada de otra manera.

Clavó la mirada en el retrato al óleo de Spencer, el que Penelope había comenzado a pintar en Grandhampton Court recurriendo a la memoria y a varios cuadros que había en el vestíbulo. Allí estaba su hermano, vivo, con los ojos negros destellando y clavados en él. Con los pómulos altos y la piel oliva y esa estructura ósea perfecta. El corte de cabello a la última moda que tantos caballeros utilizaban en esa época con las patillas largas. Los colores oscuros que le sentaban bien, y el contraste del pañuelo blanco inmaculado con el traje de frac azul marino resultaba impresionante.

—Salud, hermano. —Preston alzó la botella un centímetro más—. Diablos, cómo te echo de menos. Por favor, perdóname por haberme enamorado de ella. Ahora comprendo por qué la amabas. Ojalá no me hubiera opuesto tanto a tu matrimonio. Ojalá hubiera tenido el sentido común de ver que es toda una gema. Que no tiene ni una sola pizca de egoísmo en todo su ser. Que es genuina, pura y de lo más bondadosa.

El retrato de Spencer no le respondió. ¿Qué le hubiera dicho? ¿Había alguna oportunidad de que lo perdonara? No solo no había protegido a su hermano de la muerte, sino que también se había casado con la mujer que había amado. Se había quedado con el hogar y el título de duque

de Spencer. De hecho, se había quedado con todo lo que habría sido de él, como quien se beneficia de la muerte de un hermano mayor.

Y lo cierto era que Preston se hubiera alegrado de intercambiar lugares con su hermano si con eso Spencer lograba vivir una vida plena y llena de felicidad. Pero era demasiado tarde para eso.

Bebió más, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Tenía un gran hueco en el pecho. Pero no era por la ausencia de Spencer. Era porque echaba de menos a su esposa. La esposa que ahora se sentía como una parte más de su ser, como una mano o una pierna.

Habían pasado tres días y ya estaba casi muerto. Había observado a los criados empacar la casa y extraer los muebles, y hacía casi una hora se habían marchado para que Preston y su familia se mudaran.

Pero no había lugar en el mundo que pudiera sentirse como un hogar sin Penelope.

Un fuerte llamado a la puerta interrumpió el silencio, pero lo ignoró. No tenía a ningún mayordomo o lacayo para que la abriera, pero nadie sabía que se encontraba allí. No obstante, volvieron a llamar.

—¡Preston! —Oyó un rugido amortiguado—. ¡Preston, sabemos que estás aquí!

Preston gruñó, conocía muy bien esa voz. Era Richard, que siempre se entrometía para ayudar. Siempre había sido el pacifista de la familia. Y si hablaba en plural, de seguro que estaba con Sebastian.

—¡Preston! ¡Abre la puerta! —Por supuesto que estaba con Sebastian.

Preston se puso de pie y soltó otro gruñido. ¿Por qué no lo dejaban en paz?

Avanzó por el pasillo hacia el vestíbulo de entrada y giró el pomo de la puerta. Una luz cegadora lo hizo entrecerrar los ojos con una mueca de dolor. Las dos siluetas altas y con hombros anchos se veían oscuras en contraste con la luz. Y cuando irrumpieron en su casa, vio con claridad que se trataba, en efecto, de Richard y Sebastian.

—Preston, pero ¿qué diablos? —le preguntó Sebastian recorriéndolo con la mirada.

—Te ves fatal —señaló Richard.

Preston les ofreció la botella, pero los dos la rechazaron con un movimiento de la cabeza.

—¿Cómo sabían dónde encontrarme?

Bebió otro sorbo de coñac. Había bebido tanto en los últimos tres días que el alcohol ya no le hacía demasiado efecto.

—No sabíamos dónde te habías metido —repuso Richard—. Y cuando nos enteramos de que Penelope había alquilado una habitación de hotel para ella y *lord* Beckett, tuvimos que tomar medidas drásticas para encontrarte. Es evidente que no te encuentras bien. No sé cómo tranquilizar a un hombre al que la esposa ha abandonado, pero conozco a alguien que ha pasado por lo mismo.

Preston miró a Sebastian. Eso era cierto, Emma lo había dejado justo después de que su amigo lograra asegurarse de que podrían compartir toda una vida de felicidad juntos. Emma no había tenido otra opción. Pero aun así…

—Así es, viejo amigo —dijo Preston pasándole la mano por el hombro a Sebastian—. Recuerdo haberte visto en un estado mucho peor que el mío en septiembre, así que no sé si eres la persona más indicada para ayudarme. Por favor, no te ofendas.

—Tienes razón —acordó Sebastian—. Creí que jamás iba a superar que me abandonara. Casi consigo que me mataran en el cuadrilátero de boxeo y bebí casi hasta la muerte sin Emma. Pero no hace falta que tú lo hagas.

—Oh, ya lo creo que sí. —Preston se rio ebrio—. Está decepcionada de mí. Y tiene razón.

Me alegra que por fin me vea tal y como soy: un bastardo egoísta. No debería haberse enamorado de mí.

—Pero tú también la amas, ¿no? —le preguntó Sebastian.

Richard los observó con el ceño fruncido.

Preston dejó colgar la cabeza hasta sentir que le rozaba el pecho.

—Sí, la amo. Maldita sea. Nada tiene sentido sin ella. No puedo respirar. No puedo dar ni un paso sin esperar verla a la vuelta de la esquina. No puedo dormir en la cama porque no está a mi lado. Sus pinturas… me torturan porque las pintó ella. Porque son un vistazo a su hermosa mente.

—Entonces ve por ella y ruégale que regrese a tu lado —le dijo Richard—. Se aman. ¿Cuál es el problema?

—El problema, hermano, es que he lastimado a su padre. Es mi enemigo. Y debería ser tu enemigo también. Gracias a él, nuestro hermano está muerto. ¿Por qué no estás en el camino de la venganza?

Richard bajó la cabeza.

—Porque Spencer no hubiera querido eso.

Las palabras lo golpearon como la bala de un cañón: «Spencer no hubiera querido eso…». Cuánta razón tenía Richard. Siempre había tenido la habilidad de comprender a los demás, como si pudiera leerles la mente. Estaba dispuesto a ponerse en los zapatos de todos y sentir lo que sentían. Y lo que Preston no había considerado en todos esos meses en los que había planeado su venganza había sido cómo se hubiera sentido Spencer al respecto. Si hubiera querido ser vengado. Y conociendo a Spencer… La respuesta era que no.

—La venganza no lo traerá de regreso —continuó Richard con suavidad—. Nada lo hará. Spencer no querría que su legado se convierta en una multiplicación de maldad en el mundo. Querría que, aunque no puedas perdonar a *lord* Beckett, logres hacer las paces con él. Ahora es tu familia.

Los pies de Preston se negaban a brindarle apoyo. El suelo se hundió debajo de él y tuvo que avanzar trastabillándose hasta una silla que había en el vestíbulo para dejarse caer sobre ella. Con cuidado, apoyó la botella en el suelo. Ahora deseaba no haber bebido. Quería tener la cabeza despejada.

—Por fin arruiné a mi enemigo, pero terminé perdiendo al amor de mi vida —dijo.

—No la has perdido, viejo amigo —le dijo Sebastian avanzando hasta él—. Aún puedes ir por ella.

Preston se inclinó hacia adelante y se apoyó el rostro entre las manos. La posibilidad de renunciar a la venganza y hacer las paces con el padre de Penelope le liberó algo en el pecho. Sintió como si los grilletes que rodeaban su corazón se acabaran de abrir, y toda la tensión hubiera desaparecido para hacer espacio para otras cosas.

Sebastian tenía razón. Aún podía escoger el amor. Podía renunciar a su orgullo y escogerla a ella. El orgullo era lo que lo llevaba a querer destruir a *lord* Beckett, aunque fuera un hombre caído que necesitaba ayuda. Penelope lo veía, pero él había estado cegado por el terco orgullo. El mismo orgullo terco que lo había llevado a discutir con Spencer una vez tras otra.

—Pero sigo siendo responsable de su muerte —dijo al tiempo que se ponía de pie y caminaba por la habitación—. ¿Cómo me puedo permitir ser feliz con la única mujer que amó mi hermano? ¿Cómo puedo vivir conmigo mismo?

—No te puedes culpar por la muerte de Spencer. No sabías qué iba a pasar esa noche. Y los rufianes hubieran encontrado otra forma u otro momento para dar con Spencer si hubieras estado

con él. O quizás los dos habrían muerto —le dijo Richard, que de repente se acercó a él para apoyarle una mano en el hombro. Preston lo miró a los ojos celestes que tanto se parecían a los de su padre—. No cambiaría tu vida por la de Spencer, por mucho que lo haya querido y deseara que siguiera estando entre nosotros. Te quiero tanto como a él, y el resto de la familia siente lo mismo.

Preston estaba anonadado. ¿Cómo era posible que las palabras de su hermano dieran en esa herida vieja y dolorosa que llevaba en el alma? Ese abismo había nacido cuando se tuvo que sentar solo en el carruaje con destino a Escocia y observar a su familia y Grandhampton Court achicarse en la distancia.

Pero esa herida ya no le dolía. El pecho se le llenó de amor y gratitud hacia su hermano menor. Sabía que debía decir algo, pero como tenía un doloroso nudo en la garganta, le apretó la mano durante varios segundos.

Richard continuó hablando ahorrándole la necesidad de responder.

—Primero que nada, antes de perdonar a *lord* Beckett, debes perdonarte a ti mismo. De lo contrario, nunca podrás superarlo.

Preston asintió con la cabeza. Su hermano tenía toda la razón. Sintió el veneno de la venganza que le corroía la vida, al igual que la de Penelope y la de su padre, y le retorcía el alma. También sabía cómo se sentía ser libre de ese veneno. La luz y la paz que había experimentado en los momentos felices con Penelope.

Spencer no querría que el padre de Penelope viviera de ese modo. Spencer era el tipo de hombre que perdonaría esas cosas. Le diría a Preston que la felicidad y el amor no se sentían a menudo en la vida. Y que debía atesorar ese amor. Protegerlo. Vivirlo. Porque su hermano jamás podría hacerlo.

El perdón lo recorrió como una ráfaga de energía. Las paredes alrededor del corazón se le derrumbaron y pudo ser él mismo.

Ahora debía ir a recuperar a Penelope.

29

A LA NOCHE SIGUIENTE, Preston entró en el salón de la condesa de Whitemouth con el estómago hecho un nudo. La habitación estaba llena de invitados sentados en varias filas de sillas que miraban hacia el extremo donde *lady* Isabella, la hija del conde y *lady* Whitemouth, tocaba una melodía hermosa, y una mujer de estatura baja y de unos cuarenta años cantaba con tanta perfección que algo se le estrechó en el vientre.

Contra las paredes de la habitación, había varios lacayos de pie. Los candelabros y candeleros estaban apagados, y la única luz provenía de las lámparas y velas que se encontraban sobre el pianoforte y en los aparadores detrás de la cantante y la pianista.

Preston estiró el cuello para intentar ver cuáles de las cabezas distribuidas entre las tres filas le pertenecían a Penelope y *lord* Beckett. Gracias a la subasta, los miembros de la sociedad la miraban con intriga y curiosidad. Preston había logrado interceder en algunas oportunidades para asegurarse de que la invitaran a los eventos sociales, pero lo más importante era que la duquesa de Ashton no la había excluido de su círculo de conocidos, que era lo único que le importaba a Penelope.

Incluso para los que no sabían nada de la subasta, el hecho de que se hubieran casado tan pronto despertaba muchas especulaciones. Quizás creían que la había comprometido. O incluso que podía estar encinta.

A Preston no le importaban esos rumores, y sabía que a ella tampoco, pero la gente como la condesa de Whitemouth no querría invitar a Penelope a las veladas que organizaran por temor a que los asociaran con gente de reputación cuestionable, en especial considerando que *lady* Isabella estaba en edad casadera.

Preston se había preocupado por cómo lograría moverse Penelope sin que él interfiriera por ella, pero con una patrona poderosa como la duquesa de Ashton, se las estaba ingeniando sin ningún problema. Su leal espía, Calliope, le había contado que la duquesa de Ashton le había insistido a *lady* Whitemouth para que invitara a Penelope a la velada musical si quería que *lady* Isabella siguiera recibiendo invitaciones a las veladas en Neverton.

Calliope y Richard también se encontraban entre los invitados. Por otra parte, Sebastian y Emma jamás eran invitados a los eventos de la condesa, porque en el pasado había malinterpretado que Sebastian se casaría con *lady* Isabella y, al final, se casó con Emma.

Estaba tan oscuro que Preston no logró distinguir a nadie desde allí. Una silueta femenina se apartó de las escaleras para acercarse a él.

—*Milord*… —susurró la mujer al detenerse delante de él con los ojos echando chispas. Era la condesa de Whitemouth—. No pensé que vendría. Se debe haber perdido la invitación. Lo lamento tanto…

—Sí, me percaté de ello —repuso Preston estirando el cuello para ver si divisaba una peluca empolvada o el hermoso cabello rubio de Penelope—. ¿Mi esposa se encuentra aquí?

La condesa echó un vistazo por encima del hombro.

—De hecho, sí, está con *lord* Beckett, *lady* Calliope y *lord* Richard.

—¿Dónde están? Debo hablar con ella de inmediato.

Intentó pasar por delante de ella, pero la mujer le apoyó una mano sobre el brazo y lo detuvo.

—*Milord*… Está en la primera fila y le suplico que no interrumpa esta hermosa interpretación. Verá, está tocando mi hija.

—Ya lo veo, y lo hace muy bien. Sin embargo…

—*Milord*, un periodista de *La Sociedad* ha venido a observar para escribir un artículo acerca de la cantante, la señora Renata Democrito. Y también se encuentran presentes los pretendientes de Isabella. Por favor, no convierta esta agradable velada en un escándalo.

Preston clavó la mirada en los ojos suplicantes de la condesa y en la mano que aún le sujetaba el codo. Estaba determinado. No le importaba ni el escándalo ni cómo lo viera la gente, ni mucho menos lo que dijeran.

Estaba dispuesto a abrir el corazón delante de ella. A pararse con el alma vulnerable y al descubierto y aguardar a que le diera su veredicto. No le importaba humillarse. Estaba dispuesto a aceptar toda la ira y atravesar los siete anillos del infierno con tal de que regresara a su lado.

—Solo si me promete que incluirá a mi esposa en todas sus invitaciones y dejará de contar chismes acerca de ella. Es una duquesa y tiene una reputación inmaculada. No ha hecho nada malo y no debería ser castigada por algo que no es su culpa.

El rostro de la condesa se transformó al tiempo que le apartaba la mano de encima. El pecho grande le subió y bajó rápido.

—¿Chismes? ¿Cómo se atreve a insinuar que yo cuento chismes?

Eso era de lo más ridículo. Todo el mundo sabía que la condesa a menudo organizaba fiestas de té y pícnics con las mujeres más chismosas de la sociedad para intercambiar eventos y chismes. Tanto ella como muchas otras eran las patronas de los bailes del Almack’s y decidían quiénes eran dignos de inclusión y quiénes no.

A pesar de eso, su hija, *lady* Isabella, aún no había recibido ninguna oferta de matrimonio. Preston echó un vistazo a la encantadora joven que tocaba el pianoforte con tanta habilidad y pasión que bien podría haber acompañado a la cantante en la gira.

—Por favor, *lady* Whitemouth —dijo—. No ofenda mi inteligencia negando lo que todos sabemos. Por el bien de su hija, no interrumpiré la velada. Pero usted me prometerá que dejará de excluir a mi esposa y de hacer circular rumores sobre ella.

Lady Whitemouth curvó los labios hacia abajo con desdén.

—No nos oye nadie —señaló Preston—. Podemos ser honestos. Deme su palabra y aguardaré a que termine el concierto. En *La Sociedad* no se publicará nada acerca del fracaso de la velada. Su hija acabará de tocar con la misma habilidad con la que empezó, y puede que por fin logre encantar a alguno de los caballeros solteros presentes.

Lady Whitemouth asintió.

—Está bien. A partir de ahora, invitaré a su esposa.

—Gracias —le dijo al tiempo que se introducía una mano en un bolsillo del traje de frac y se quedaba de pie erguido observando las cabezas de los espectadores y escuchando el hermoso concierto.

Lady Whitemouth asintió y se alejó de él para tomar asiento en la última fila y arrojarle una mirada llena de enfado.

Preston aguardó durante veinte tortuosos minutos, ensayando cada palabra posible que podría decir e imaginando las formas en que Penelope podría perdonarlo. Su vida sin ella no tendría sentido alguno. Pero había cometido tantos errores con ella que tenía miedo de que fuera demasiado tarde y que ya le hubiera roto el corazón hermoso y tierno sin esperanza alguna de enmendarlo.

Cuando por fin la música se detuvo y la cantante acabó la canción, todos los presentes en la habitación irrumpieron en aplausos. Para distraer a los invitados de los lacayos que encendían las velas, otros lacayos circulaban por la habitación con bandejas de champán y canapés. De a poco, la sala se fue iluminando con un cálido tono dorado y se llenó de voces y pasos mientras la gente abandonaba sus asientos.

Allí fue cuando por fin los vio: Penelope se puso de pie y, junto con Calliope y Richard, se acercó a la señora Democrito mientras que *lord* Beckett avanzaba por el pasillo hacia el lacayo que sostenía una bandeja de champán a unos pocos metros de Preston.

Lord Beckett aún tenía puesta una peluca empolvada, pero tenía mejor aspecto. De algún modo, tenía la espalda más erguida, y no tenía el rostro tan hinchado o rojo como antes. Parecía más un miembro de la alta sociedad y menos como un alcohólico de las clases bajas. Aún tenía prendas del siglo pasado, como el chaleco de color ocre intenso y el pañuelo blanco, pero parecían nuevas y recién lavadas.

A Preston se le hizo un nudo en el estómago al verlo. Durante meses, desde que se enteró de los actos que había cometido en octubre del año anterior, había detestado a ese hombre. Durante mucho tiempo, *lord* Beckett había sido su enemigo, el objeto de su odio y su enfado. Una voz furiosa en la cabeza seguía diciéndole que, de no ser por ese hombre, Spencer estaría vivo.

Cerró los puños. Una cosa había sido decidir que estaba listo para soltar todo, para escoger el amor. Pero ver al hombre en persona avanzar hacia él era otra. Era como si lo estuvieran poniendo a prueba.

¿Lograría hacer las paces con ese hombre y declarar que ya no era su enemigo?

Se concentró en la espalda de Penelope, que hablaba con la cantante. Desde allí podía ver el contorno delicado de los omóplatos y la curva del cuello delgado que tanto le había encantado besar. Sabía exactamente cómo olía su piel en el punto suave y delicado que tenía debajo de la oreja.

Oh, cómo la había echado de menos. Solo había pasado cuatro días sin ella y sentía que había perdido para siempre una parte del alma. Y al verla ahora… nada más importaba. Solo ella.

Todo su ser se llenó de amor, una sensación de calidez se le extendió por el pecho, y el odio y el enfado que había residido en su corazón se derritieron como la nieve bajo el sol. Había sido un tonto. Jamás había tenido una elección entre el amor y la venganza cuando se trataba de Penelope. Siempre ganaría ella. Cada aliento, cada paso que diera, cada cosa que hiciera siempre sería por ella.

Lo escogiera ese día o no, estaría allí para ella durante el resto de su vida. Aunque a ella no le quedara amor para él en el corazón, la observaría a ella y a sus seres queridos como un perro leal y la protegería y se aseguraría de que fuera feliz. Pero antes, debía intentarlo.

Cuando el barón tomó una copa de champán de un lacayo, Preston se acercó a él.

—*Lord* Beckett.

El barón alzó la vista de la copa y se quedó quieto. Los ojos se le agrandaron del terror y dio un paso hacia atrás.

—No —le dijo Preston estirando las manos en un gesto apaciguador—. Por favor, no se alarme. He venido a hacer las paces.

Lord Beckett miró alrededor como un animal atrapado. Los invitados les dirigían miradas anonadadas.

—Ella no lo quiere —le dijo el barón—. Ya se lo dijo. Lo arruinó todo.

Preston se detuvo delante de él y asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Tiene razón. No me quiere y lo arruiné todo. Pero me gustaría que me diera la oportunidad de redimirme.

Lord Beckett frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—¿Todo bien? —preguntó *lady* Whitemouth acercándose a ellos con una expresión preocupada.

—Es el duque de Grandhampton, ¿no? —le preguntó un hombre alto y delgado que iba al lado de ella.

—Sí, señor Springer —repuso *lady* Whitemouth—. Así es. Pero ya se iba, ¿no es cierto, *milord*? ¿Recuerda lo que hablamos antes? Me había dicho que tenía otro evento al que asistir. Qué pena que el señor Springer de *La Sociedad* no lo pueda entrevistar.

Oh, era el periodista, pero a Preston no le importaba. Más personas se dieron vuelta para mirar, sin dudas curiosas de oír voces altas y queriendo saber por qué *lady* Whitemouth tenía una expresión de pánico en el rostro.

En el otro extremo de la sala, la mirada preocupada de Penelope reparó en él y comenzó a avanzar hacia él con Calliope y Richard siguiéndola.

A Preston no le importó. En lo que a él concernía, todos los miembros de la sociedad podían presenciar eso. Todos podían enterarse de lo mucho que amaba a esa mujer y de lo que estaba dispuesto a hacer por ella.

—*Lord* Beckett —comenzó—, su deuda queda perdonada.

El barón tragó con dificultad, y la copa que tenía en la mano le tembló.

—¿Toda la deuda? ¿Las diez mil libras?

—¿Diez mil libras? —preguntó el señor Springer con un brillo de curiosidad en los ojos—. ¿Acaso era una deuda de juego?

—Eso no es asunto suyo, señor —le respondió Preston—. Era un asunto familiar que ya está resuelto.

Alrededor de ellos se formó un círculo, y Penelope, Calliope y Richard tomaron sus puestos en él. Pero los ojos de Preston no se apartaron de su esposa. Se veía un poco más pálida, tenía unos círculos oscuros debajo de los ojos, que brillaban sin apartarse de los suyos. El pecho le subía y bajaba acelerado. Estaba hermosa en el vestido de color crema con unos delicados cristales entretejidos cuidadosamente a la delgada tela. Parecía etérea y de otro mundo, como un ángel que había venido al mundo para mejorarlo todo. Para darle una felicidad que no se merecía.

—Y me gustaría pedirle perdón, *lord* Beckett —continuó Preston—. A causa de mi orgullo, lo arrastré a cosas que no debería haber hecho. —Los ojos del barón se agrandaron y comenzó a parpadear rápido.

—¿Qué cosas? —preguntó el señor Springer.

—Le daré una propiedad generadora de ingresos, *lord* Beckett. No será mucho, pero será cómoda. Y lo ayudará a mantenerse porque de lo contrario no sobrevivirá, pero tiene que hacerse responsable de lo que ha hecho. Tengo una condición. —Miró al periodista y añadió—: Pero hablaremos de eso en privado.

Por supuesto que la condición era que tendría que retirarse de todos los clubs para caballeros

y prometer que jamás volvería a apostar.

—Acepto la condición. Sea lo que sea —se apresuró a decir *lord* Beckett con el rostro lleno de esperanza—. Acepto —repitió con los ojos llenos de lágrimas—. Y gracias. Esto no debe haber sido nada fácil para usted después… de lo que hice.

—¿Qué hizo? —preguntó el señor Springer.

Pero sin prestarle atención, Preston miró a los ojos a la única persona cuya opinión le importaba.

—Lamento mucho mis duros actos. Lamento mis elecciones tontas. Y escojo el amor. Te escojo a ti.

Penelope soltó un jadeo con el aliento tembloroso y lo miró a los ojos llenos de lágrimas. Preston se le acercó más y se arrodilló delante de ella. La gente soltó jadeos y murmuró alrededor de ellos. Por el rabillo del ojo, vio que el señor Springer extraía un cuaderno y anotaba algo a las apuradas.

—Y te pido que me perdones, Penelope. Te amo. Eres todo lo que siempre quise.

Le tomó la mano entre la suya y la besó para inhalar su dulce aroma.

—Preston… Nos están mirando todos…

—Ese es el objetivo. ¿Qué dices, Penelope? ¿Seguirás siendo mi esposa y me dejarás amarte por el resto de la eternidad?

30

PENELOPE LO OBSERVÓ con la respiración entrecortada. Tenía las mejillas sonrosadas y no podía respirar. No podía decir nada al ver a Preston de rodillas delante de ella y rompiendo todas las reglas de la alta sociedad.

Un caballero no andaba proclamando sus sentimientos de tal manera delante de todos, en especial delante de un periodista. Un caballero no se humillaba ni abría el corazón como un plebeyo. Ese tipo de cosas casi ni se decían en una recámara.

La conmoción la hizo quedarse paralizada en su lugar. Ese duque orgulloso y terco estaba arrodillado delante de ella. La imagen bastaba para que se cuestionara si estaba soñando.

En la sala reinaba un silencio tal que parecía como si todos estuvieran conteniendo el aliento. Solo se oían las notas que tomaba el periodista con el lápiz al rozar el papel. Y el latido fuerte de su corazón por Preston, que había pasado varios meses intentando destruir a su padre y ahora le pedía perdón públicamente.

En su mente no tenía ninguna duda de que lo amaba. El corazón le cantaba como la cantante de ópera, y se le aceleraba y le daba piruetas.

Preston aceptaba que todo había sido su culpa. Escogía el amor. La escogía a ella.

Por lo tanto, solo quedaba una cosa por decir:

—Sí.

Preston sonrió y soltó el aliento tembloroso. Al ver su sonrisa, le bastó para que la cabeza comenzara a darle vueltas. Era tan hermoso cuando sonreía que se convertía en el hombre que siempre veía oculto en lo más profundo de él, bajo las capas de orgullo, terquedad e indiferencia fría.

Mientras Penelope lo ayudaba a incorporarse delante de ella, lo miró a los ojos, y todos los presentes soltaron jadeos de felicidad y exclamaciones alegres. Anhelaba besar a Preston, que la tomara en sus brazos y ocultar el rostro en su pecho para inhalar su aroma que tanto había echado de menos los últimos cuatro días.

Pero no podían hacer algo semejante en público. No podían seguir alimentando los cotilleos. Los dos lo sabían. Preston la observó con unos ojos oscuros, profundos y abiertos. Ya no había más barreras, dudas, secretos ni resentimientos entre ellos. Solo había amor. Él era de ella, así como ella era completa e irrevocablemente suya.

Preston le tomó la mano entre las suyas y se las besó sin apartarle la mirada de los ojos.

—Te amo —le dijo en voz baja para que solo ella lo oyera.

—Y yo a ti —le respondió casi en un susurro hundiéndose en el ónix de sus ojos.

Se sentía tan liviana que podía flotar y elevarse, ligera como una pluma.

—¿Te puedo llevar a casa ahora? —le preguntó—. Me gustaría mucho desvestirte y hacerte

el amor. Te eché de menos. Todo en mi vida estaba mal sin ti.

—¿A qué casa, Preston? —le preguntó.

—Newdale Place. No todas las habitaciones están listas porque quería que las decoraras a tu antojo. Pero te aseguro que la habitación más importante, la recámara, está lista.

Newdale Place… era la hermosa casa cálida que podría convertir en un hogar. El hogar de los dos. Sin las sombras de resentimientos, iras o secretos del pasado acechándolos. Con espacio para su estudio y suficientes recámaras para los niños.

La sonrisa se le agrandó más.

—Vámonos, por favor, antes de darle otro escándalo que reportar al periodista de *La Sociedad*.

Le ofreció el codo, y Penelope le pasó el brazo por el hueco sintiendo un agradable y cálido cosquilleo al rozar su cuerpo. Estaba lista. Estaba preparada para el futuro. Para una vida de felicidad con el hombre que amaba y que le correspondía el amor.

Mientras caminaban juntos, no pudo apartarle la mirada de encima ni dejar de sonreír. Pero una toz sonó al lado de ellos, y se detuvieron. Era su padre.

Lord Beckett estaba de pie con las manos en la espalda y observaba a Preston con una extraña expresión intensa.

—Antes de que se marche, ¿podemos intercambiar unas palabras en privado, *milord*? Penelope, querida, espero que no te moleste. Creo que ya hemos tenido suficientes declaraciones públicas. —Le arrojó una mirada con el ceño fruncido al señor Springer—. Me temo que le han dado al periódico material de publicación para un año entero.

El señor Springer seguía escribiendo y arrojaba miradas de soslayo a Penelope y Preston. Preston estuvo de acuerdo con *lord* Beckett. El resto de los invitados se habían disipado por la sala y hablaban entusiasmados sin dejar de arrojar miradas curiosas hacia Preston, Penelope y *lord* Beckett.

Lo último que quería Preston era retrasar más la reunión con su esposa. Penelope lo amaba. Lo aceptaba. Y eso le hizo sentir algo similar a una explosión de fuegos artificiales en el pecho. Era el hombre más feliz del planeta.

La miró, pero no vio tristeza en sus ojos, solo amor y alegría que destellaban.

—Ve, Preston. Me alegra que tú y mi padre puedan hablar como una familia. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Preston asintió y le apretó la mano.

—Así es, mi amor.

Y a continuación, se alejó para unirse a Richard y Calliope, que parecían a punto de estallar de entusiasmo.

—Por supuesto —dijo Preston, pero antes de que pudiera moverse, *lady* Whitemouth se acercó a él.

—*Milord* —le dijo con una expresión de alegría—. Al final le ha dado un escándalo del que escribir a *La Sociedad*, pero uno bueno. Un duque que le declara su amor a su esposa y le pide perdón es muy diferente a los chismes de siempre acerca de reputaciones arruinadas, damas caídas en desgracia y maridos y esposas que no pueden ser fieles. Me alegra mucho que este evento feliz esté asociado con mi nombre y mi casa. Bien hecho. Nuestro acuerdo sigue en pie.

Preston asintió y ella hizo lo mismo.

—Con permiso —le dijo al tiempo que se alejaba con *lord* Beckett hacia una esquina de la habitación para que nadie los oyera.

El barón soltó el aliento y miró a Preston sin malicia.

—Quería agradecerle, señor. Lo que ha hecho por mí ha sido muy bondadoso. No me lo merecía. Y entiendo su ira conmigo. Y su deseo de destruirme. Lo entiendo a la perfección. He hecho algo terrible que llevó a un resultado mucho peor.

Preston asintió con la garganta cerrada.

—Penelope me pidió que enmendara las cosas. Y ya es hora de hacerlo. Debería haberle pedido perdón hace mucho tiempo. A toda su familia. Lamento mucho el dolor que les causaron mis actos.

Algo se derritió en el corazón de Preston. En una época, había pensado que el hombre era maligno, frío y cruel. Pero ese no era el hombre que tenía delante en ese momento.

—Hace poco recibí cierta información que debe conocer. Todos ustedes creyeron que su hermano había muerto…

Preston frunció el ceño.

—Un momento… ¿Ha dicho que creímos que nuestro hermano había muerto?

Lord Beckett tomó una bocanada de aire y la soltó con cautela.

—Así es. He dicho que lo creyeron…

Una ola de conmoción lo arrasó como una piedra arrojada a lo más profundo del agua. Se olvidó de todo y sujetó a lord Beckett por las solapas del traje de levita.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó casi con un gruñido.

—Si me suelta, se lo diré —le respondió el barón—. No le haga esto a Penelope. No deshaga los buenos actos que ha hecho por ella hoy.

Con el corazón latiéndole tan desbocado que no le permitía oír sus propios pensamientos, Preston lo soltó y miró por encima del hombro. Por fortuna, nadie parecía haber reparado en la escena, y el resto de los invitados seguían conversando, bebiendo y disfrutando de los bocadillos.

Lord Beckett se enderezó el chaleco.

—Cuando contraté a Thorne Blackmore y sus hombres para realizar el encargo, no les pedí que mataran a su hermano. Solo quería que le dejaran un ojo morado, un corte en los labios y algunos rasguños. Para que no pudiera acudir a los eventos de la sociedad durante un tiempo. Para que no pudiera seducir a Penelope, y así pudiera concretar un matrimonio para ella…

—De acuerdo. —Preston apretó la mandíbula con tanta fuerza que temió que se le quebrarían los huesos—. Pero cuando se murió, ese plan salió mal.

—Bueno, pero ese es el punto —dijo el barón con tristeza—. Cuando me echó por la fuerza de mi casa, fui a ver a Thorne Blackmore con la esperanza de que me ayudara. Desde luego que se reusó. Pero me dijo que el sujeto que sus hombres golpearon llevaba las prendas de su hermano y su anillo, pero que luego de la golpiza descubrieron que no era él.

EPÍLOGO

DOS SEMANAS DESPUÉS, la sala de estar de Newdale Place brillaba de luz y amor. Varias docenas de velas iluminaban las paredes de color celeste pastel llenas de cuadros de jardines florecidos bajo el sol y paisajes primaverales. Las ventanas estaban abiertas, y el aire cálido se colaba por ellas y jugueteaba con las cortinas. La sala estaba llena de invitados. Calliope y Richard hablaban con la señorita Alexandria, la prima de Penelope, y Penelope estaba sentaba en el sofá al lado de la abuela de los Preston… Bueno, lo cierto era que no eran simples invitados, pensó Preston mientras contemplaba los rostros más queridos del mundo. Todos eran familia.

Bebió oporto de una pequeña copa de cristal y miró los rostros relajados. Era la primera cena que organizaban él y Penelope desde que se mudaron a Newdale. Y estaba seguro de que no sería la última.

La casa se había vuelto encantadora y acogedora gracias a que él y Penelope escogieron la decoración juntos. Le encantaba que no era tan oscura e imponente como Chalworth Place, pero era diferente a Sumhall y Grandhampton, donde había crecido. Ese hogar tenía algo de los duques de Grandhampton, como los jarrones ancestrales y otras obras de arte y pinturas que los lacayos habían logrado rescatar de Chalworth. Pero también era de ella. Se veía en los colores claros, en los muebles modernos, cómodos y hermosos, y en las alfombras suaves y claras con diseños detallados.

Cuando se encontró con la mirada de su esposa al otro lado de la habitación y le ofreció una sonrisa, se la devolvió sin poder resistirse o evitar que el corazón se le derritiera de felicidad. Todos los días tenía que pellizcarse. ¿De verdad podía ser tan afortunado como para tener a esa mujer en su vida? Era fuerte, bondadosa e increíblemente talentosa. Estaba muy orgulloso de que se valiera por sí misma y se abriera paso en la vida haciendo lo que tanto amaba.

Lord Beckett se había marchado de Londres hacía unos días para instalarse en la propiedad que Preston le había prometido. Había dicho que esperaba con ansias vivir en el campo alejado de los garitos de apuestas y las tentaciones. Lo cierto era que había administrado bien sus propiedades antes de que todo se desmoronara. Estaba entusiasmado de conocer a los nuevos arrendatarios, ver cómo mejorar las cosas e ir a cazar ciervos y a pescar.

La señorita Alexandria había ido a Londres tras recibir una invitación de Penelope. Su esposa la echaba de menos, y ahora que estaban instalados y eran felices, quería que Alexandria se quedara a visitarlos un tiempo y viera la temporada.

Mientras sostenía la mirada de Penelope, leyó una pregunta en los ojos de su esposa. Sabía lo que quería preguntarle. ¿Había llegado el momento? A Preston se le tensó el estómago al pensar

en el anuncio que tenía que hacer delante de su familia. Asintió con la cabeza en respuesta, y Penelope se disculpó con la duquesa y se acercó a su lado cerca del hogar con la rejilla cálida y brillante.

Preston extrajo una hoja de papel del bolsillo interno del abrigo. Las manos le temblaron cuando se aclaró la garganta.

—¿Me podrían prestar atención unos instantes, por favor? —les pidió.

Eso le salió más tenso y formal de lo que había querido, pero lo que tenía que decir no era un asunto de bromas ni de risas.

Mientras Calliope, Richard y la señorita Alexandria se acercaban un poco, su abuela se movió en el asiento.

—¿Qué sucede, Preston?

Tomó la mano de Penelope en la suya. Era la única que lo sabía, además de él mismo y el médico forense.

—Tengo que decirles algo importante —comenzó alzando el papel—. Este es el reporte forense del cuerpo de Spencer.

—¿Y por qué lo tienes ahora? —le preguntó Calliope con voz temblorosa—. Ya lo habíamos leído en septiembre.

—Porque este es diferente —respondió Preston—. Es de ayer.

—¿Por qué el forense tuvo que hacer otro reporte? —preguntó Richard alarmado—. ¿Y cómo? Spencer está enterrado.

—Tuvimos que exhumar el cuerpo, Richard —le dijo Preston—. Porque hace poco recibí información de que quizás no era Spencer a quien enterramos.

En la habitación reinó el silencio. Solo se oían los carbones que crepitaban en el hogar, y los cascos de un caballo que trotaba por la calle en la distancia y se colaban por la ventana.

—¡Qué disparate! —exclamó Calliope.

—¿Cómo puede ser? —preguntó la abuela al mismo tiempo.

Solo Richard dio un paso adelante con los ojos azules destellando.

—¿Y?

A Preston se le cerró la garganta. Sabía que estaba a punto de dar vuelta la vida de todos del mismo modo que le había ocurrido a él tras recibir el reporte.

—No es Spencer.

Varios jadeos y exclamaciones resonaron en la habitación. Todos los rostros reflejaban conmoción. Calliope se aferró al vestido. Richard, como el perfecto caballero que era, se quedó de pie sin moverse, pero Preston divisó la tormenta que se le había desatado detrás de los ojos. La abuela estaba respirando con dificultad y tuvo que abrir el bolso con las manos temblorosas para extraer sus sales. Abrió la caja de plata exquisitamente decorada e inhaló el aroma intenso antes de soltar el aliento y hacer un gesto negativo con la cabeza. La señorita Alexandria lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estás seguro? —le preguntó Richard—. ¿Cómo es posible?

—Estoy seguro —le dijo Preston—. Yo mismo fui a identificar el cuerpo.

Había sido una experiencia bastante difícil y de seguro no era algo de lo que estaba dispuesto a hablar en presencia de las damas. El cuerpo del hombre no era más que un esqueleto, pero eso le había permitido al forense estudiar los huesos y los dientes.

—Sea quien fuera, tenía un cuerpo con una dentadura amarillenta, quebrada y poco saludable. Además, le faltaban dos dientes.

—Spencer siempre cuidaba la dentadura —dijo Richard—. Tenía buenos dientes y no le

faltaba ninguno.

—Exacto —acordó Preston—. Además, el cuerpo tenía un tobillo roto que había sanado mal, y el forense escribió que era probable que la persona cojeara.

—Spencer no cojeaba —señaló Calliope.

—Quienquiera que fuera llevaba las prendas de Spencer —continuó Preston—. El forense nunca había visto a Spencer ni sabía nada de su aspecto. Además, con el rostro tan golpeado e hinchado, hubiera sido difícil reconocerlo. Por eso no lo pensó dos veces en septiembre.

Calliope se aferró al brazo de Richard.

—Aguarda, Preston, si no se trata de Spencer… ¿Puede ser que nuestro hermano aún esté vivo?

Penelope le dio un fuerte apretón en la mano. Habían hablado de eso la noche anterior, cuando le contó las noticias. Ese era el mismo pensamiento que no dejaba de darle vueltas en la mente.

—Sí, es una posibilidad —dijo Preston.

—¡Es la única posibilidad! —soltó Calliope.

—No, hermana —la interrumpió Preston—. Lo siento, pero otra posibilidad es que esté muerto y lo hayan confundido con este hombre… o con cualquier otro indigente al que mataron en una riña.

—Bueno, yo me niego a creer en esa posibilidad —anunció Richard.

—Y yo —acordó la abuela.

Eso era lo que más temía Preston. Darles falsas esperanzas para acabar guardando luto por Spencer una vez más. Además ¿quién sabía si alguna vez lograrían descubrir lo que había pasado o si lograrían encontrarlo?

—¿Cómo lo buscamos? —preguntó Richard como haciendo eco de sus pensamientos.

—¡Sí, tenemos que hacer todo lo que podamos por encontrarlo! —exclamó la abuela.

—Lo haremos —le aseguró Preston—. Debemos hablar con Thorne Blackmore, el dueño de Elysium. *Lord* Beckett lo contrató para darle una golpiza a Spencer, pero jamás quiso que lo matara. Al parecer, las cosas salieron mal. Primero intimidaron al hombre equivocado y luego lo golpearon hasta la muerte. Puede que Blackmore o sus hombres sepan más acerca de lo que ocurrió esa noche.

—¿Qué es Elysium? —preguntó Calliope.

Preston y Richard intercambiaron una mirada.

—No es asunto tuyo, hermana —le dijo Richard—. Es un club que ningún caballero debería conocer y mucho menos una dama.

Calliope intercambió una mirada insolente con la señorita Alexandria. A Preston no le agradó ni un ápice. Cuando Calliope estaba determinada a hacer algo, lo hacía sin importarle las reglas.

—Yo me ocuparé de eso —anunció Richard—. Ahora eres un hombre casado. Y no se va a discutir que Calliope se involucre o meta las narices en Whitechapel. De modo que iré yo y hablaré con Blackmore.

Preston asintió con la cabeza.

—Es una buena idea, Richard. Pero debes informarme de lo que te diga.

—Claro, hermano —acordó Richard—. Encontraremos a Spencer. Sin importar lo que haga falta.

Tenían que encontrarlo. Claro que sí.

Pero a pesar de que a Preston se le llenó el cuerpo de esperanza que se sintió como aire cálido, una nube oscura de preocupación se le asentó en el estómago. Porque si lo encontraban

vivo, descubriría que la mujer que amaba se había casado con su hermano…

Y ese era otro dolor que Preston tendría que causarle a Spencer.

Cuando los invitados se marcharon, Penelope llevó a Preston al estudio. No había querido contarle la otra noticia que le daría vuelta el mundo antes de que pudiera compartir con su familia lo que habían descubierto acerca de Spencer.

Pero ahora que todos lo sabían, no podía aguardar un instante más. Avanzaron por el vestíbulo desde la sala de estar e ingresaron en el estudio. Más temprano, les había pedido a los lacayos que lo mantuvieran iluminado y, como cada vez que pasaba por allí, el corazón se le estremeció y sintió una ola de felicidad en todo el cuerpo. Ver los cuadros, los caballetes y los lienzos con sus obras en proceso era como si alguien le jalara de la cuerda del alma y le produjera un sonido que resonaba en todo su ser.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó Preston—. Me gustaría mucho desvestirte y lavarte para luego hacerte el amor.

Penelope se rio.

—Lo puedes hacer en un rato. Te quiero mostrar algo.

Los ojos de Preston se detuvieron en un retrato de él que había comenzado a pintar hacía poco.

—¿Este? —le preguntó.

Parecía como el que había hecho cuando la señorita De Luca iba a enseñarle, pero el de ahora era incluso mejor. Estaba contento de ver que Penelope había mejorado.

—No —le respondió y siguió avanzando por entre los paisajes de Grandhampton que estaban alineados contra la pared junto con las acuarelas y otros esbozos que había hecho.

En la esquina del estudio, se inclinó para recoger un cuadro más pequeño que aún no tenía marco y se lo mostró. Preston estudió el cachorro de *cocker spaniel* sentado entre flores. Si los tiernos ojos grandes y brillantes con pestañas alargadas no le daban el mensaje…

—Qué bonito, Penelope —le dijo y se inclinó para darle un beso corto y suave en los labios —. Tienes mucho talento. No me había dado cuenta de que te interesaba pintar perros. ¿Dónde lo quieres colgar? ¿O piensas venderlo?

—No, tonto. —Se rio—. No está a la venta. Y la única habitación en la que podemos colgarlo es en la del bebé.

—En la del bebé —dijo y asintió con la cabeza—. Sí, tienes ra… —Los ojos se le agrandaron y se clavaron en ella antes de bajar al vientre—. Aguarda, ¿la habitación del bebé?

Penelope no pudo contener la sonrisa ni las lágrimas de alegría que le nublaban la vista.

—Sí, Preston, es demasiado pronto aún, pero el médico lo ha confirmado.

—¡Oh, cielos! —Apoyó el cuadro contra la pared y la envolvió en un fuerte abrazo de oso—. ¡Penelope! ¡Mi amor! ¡Un bebé! —Se apartó y la recorrió con la mirada. Los ojos le brillaban—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. —Se rio. La reacción de su marido la llenaba de ternura—. Todo está bien.

—Solo dime si te sientes cansada… si necesitas recostarte… o lo que sea que sientan las damas cuando están encintas.

—Claro que te lo diré.

—¿Pero podemos…? ¿Puedo tomarte sin lastimar al bebé?

—Claro que sí.

Preston soltó un suspiro y se rio.

—Supongo que todo esto te parece de lo más divertido. Un hombre adulto como yo que no tiene idea de qué hacer.

—No —lo contradijo tomándole las manos—. No es divertido. Para mí también todo esto es nuevo. Te amo y sé que lo aprenderemos todo juntos.

Preston la envolvió en sus brazos mientras Penelope le abrazaba el torso y se miraban a los ojos.

—Yo también te amo —le dijo despacio con esa sonrisa encantadora que solo le ofrecía a ella y a nadie más. La sonrisa que significaba que había derribado todas las paredes y se encontraba abierto y vulnerable frente a ella.

Tal y como ella se encontraba frente a él.

—Me alegro de lo que sea que la vida me haya dado. Sin importar los temporales que atravesé, todo me llevó hasta ti. Eres el mejor regalo que podría haber deseado porque me has enseñado a ser amable e indulgente, así como también a hacer mi orgullo a un lado.

Como los ojos se le llenaron de lágrimas, Preston se nubló delante de ella. Y cuando la besó, sintió una ola de deseo y amor que la inundaba y supo que ese no era más que el comienzo de un futuro feliz.

Y que Preston y ella caminarían juntos cada paso del camino.

Gracias por leer LA BELLA Y EL DUQUE. Si te encantó la historia de Preston y Penelope, obtén ahora tu epílogo adicional gratuito:

https://mariahstone.com/epilogo-duque1

Descubre lo que sucede a continuación cuando Lord Richard Seaton acepta un matrimonio ficticio con Miss Jane Grant en su búsqueda para encontrar a su hermano desaparecido en el libro 2 de la serie **DUQUES Y SECRETOS**, **LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO**.



Un poderoso lord. Un libertino infame obligado a aceptar un compromiso falso con la fea del baile… para acabar enamorado.

★★★★★ *"¡Este libro lo tiene todo -- amor, pasión, duques y mucha intriga... ¡Adictivo!"*

Lee LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO ahora >.

¿Te apetece un Highlander?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

Impresionante, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

★★★★★ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O quédate en el Londres de la Regencia, y sigue leyendo **LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO.**

Londres, 1813

—¡Regresa a Mayfair, que es donde perteneces!

Las palabras que soltó expertamente uno de los siete niños que tenía delante agredieron a la señorita Jane Grant como el hacha de un verdugo. Todos llevaban prendas que parecían trapos llenos de agujeros y dejaban ver la piel sucia. Estaban inquietos detrás de los pupitres y arrancaban pedazos del precioso papel que había escogido con detenimiento y había ordenado hacía varios meses mientras se preparaba para abrir la escuela. Tanto las sillas como los escritorios se deslizaban contra el suelo de madera recién instalado, mientras los cuatro niños y las tres niñas arrojaban plumas y bolas de papel, se empujaban, gritaban y se reían a carcajadas.

Su perro, Hercules, un raposero con grandes manchas marrones y grises contra el pelaje blanco, estaba sentado y atento al lado de la puerta, con las orejas paradas y soltando ladridos cautelosos. Reuben, un hombre alto y grande de unos cuarenta años que llevaba una barba desalineada, se encontraba de pie en el otro extremo de la sala con los brazos gigantes cruzados al pecho y observando la escena con el ceño fruncido por la preocupación. Era uno de los hombres de más confianza de su hermano Thorne, y a menudo acompañaba a Jane por Whitechapel como su chaperón y su guardaespaldas.

—Sí, regresa a Mayfair —soltó el pelirrojo Alfie con los ojos celestes de acero clavados en ella antes de escupir—: princesa…

¿Cómo sabían qué palabras exactas decir para lastimarla? Suponía que era más claro que el agua que no pertenecía allí. Jane parpadeó al sentir el ardor de las lágrimas que se le comenzaban a reunir detrás de los ojos. Era su maestra y, como no podía darse por vencida en los primeros minutos de mera existencia de su escuela, tomó una profunda bocanada de aire y se obligó a ofrecerles una sonrisa llena de coraje.

—¡Niños! —exclamó intentando gritar por encima de toda la cacofonía—. ¡Por favor, guarden silencio! Si me permiten hablar un minuto…

Mientras el ruido en el salón de clases se intensificaba, captó a Reuben negando con la cabeza lento, su mirada y ceño fruncido indicaban una mezcla de ansiedad con empatía; Jane sabía que quería ayudar. Lo vio avanzar entre la fila de simples pupitres y sillas de roble que ella misma le había encargado hacía un año al carpintero de Whitechapel. El hombre había rescatado la madera de muebles rotos y había estado tan agradecido con esa orden considerable que lo había emocionado casi hasta las lágrimas.

Una pluma se quebró bajo los pies de Reuben, que seguía avanzando. La luz del sol se colaba por las tres ventanas pequeñas e iluminaba la pizarra negra que colgaba en el frente de la sala. Las paredes de paneles blancos estaban decoradas con mapas que le había comprado a un cartógrafo en Cheapside y varios afiches educativos con el alfabeto, los números y la tabla aritmética que ella misma había pintado.

La edificación era la cocina abandonada que se encontraba en la parte trasera de Elysium, el exclusivo club para caballeros de su hermano. Un año atrás, Thorne había contratado a varios hombres locales que estaban desempleados para renovarla y convertirla en la escuela de Jane; por eso, la habitación aún olía a madera fresca, pintura y tiza.

Cuando Reuben se detuvo al lado de ella, las cejas parecían dos pequeñas nubes de tormenta por encima de sus ojos, y Jane sintió una ola de agradecimiento. Sabía que su presencia allí no solo se debía al deber que sentía hacia Thorne, sino también al lazo que habían formado durante las cenas compartidas y las veladas en las que le leía libros.

Reuben fulminó a los niños con la mirada antes de tronar:

—¡Cierren el pico, mocosos!

En el salón reinó el silencio absoluto. Hercules soltó un último ladrido y se acomodó en su cama, pero no bajó la cabeza, sino que les arrojó miradas de advertencia a los niños. Petrificados, los alumnos se volvieron a mirar a Jane y Reuben que tenían los ojos abiertos de par en par, los ceños fruncidos y expresiones sombrías en los rostros. Jane soltó el aliento aliviada. Le hubiera gustado lograr que los niños se comportaran, pero tenía que admitir que esa táctica era más efectiva. Reuben se volvió hacia ella y le guiñó el ojo de forma conspiratoria. Acto seguido volvió a fulminar a los niños con la mirada.

—Son unos mocosos muy desagradecidos —masculló—. La señorita Grant ha estado trabajando durante un año entero para construir esta escuela para ustedes. Compró todos estos libros, el papel y las plumas. Y ahora miren…

Caminó hasta los primeros escritorios, tomó un tintero que se había volcado, y lo volvió a colocar en su lugar para luego frotarse los dedos manchados de tinta contra el abrigo marrón. El charco de tinta goteó del escritorio al nuevo suelo de madera. Oh, ¿acaso Ruby, su criada y ama de llaves, lograría quitar esa mancha?

—Tinta derramada —continuó Reuben—, plumas rotas, papel desperdiciado…

Jane soltó una risita nerviosa.

—Está bien, niños. Tengo más suministros. Lo único que importa es que están aquí.

—¿Y para qué estamos aquí? —le preguntó Lily, una niña de ocho años—. Debería estar en el molino, ganándome el pan.

—¿Acaso quieres lastimarte las manos con una máquina trabajando por un mísero centavo? —le preguntó Reuben.

—A veces ese centavo es una miga de pan para mi hermanita.

Jane sintió un cosquilleo en la piel. Había pasado varias semanas yendo de una puerta a la

siguiente en el barrio para hablar con los padres y convencerlos de enviar a los niños a la escuela.

—Y yo debería estar ayudando a mi tío —anunció Alfie.

—¿En la calle, Alfie? —ladró Reuben—. Robando carteras… Ese es tu mejor talento, ¿no?

Alfie lo fulminó con la mirada.

—Íbamos a hacer mi primer gran trabajo. Mamá está atrasada con la renta hace seis meses.

—La señorita nos está haciendo perder el tiempo —masculló Peter, un niño de nueve años que tenía una melena de cabello negro.

Jane sabía lo que debía parecerles. Durante los cinco años que había vivido en Whitechapel, desde que se mudó de la casa de su padre en Mayfair, les había parecido de lo más extraña a los residentes del barrio. Aunque tenía prendas simples, las llevaba impolutas y prolijas. Ruby siempre le arreglaba el cabello meticulosamente, y nunca tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Siempre tenía el rostro y las manos limpias. Los lentes debían decir a gritos quién era: una persona educada. No hablaba como ellos, ni se vestía como ellos, ni tampoco se veía como ellos. No tenía que preocuparse de dónde vendría la siguiente comida. Su hermano se había asegurado de eso. Y, a pesar de vivir en el distrito criminal de Londres, se sentía muy a salvo con los hombres de Thorne cuidándola como su princesa. Además, todos en Whitechapel sabían que la hermana de Thorne Blackmore, la hija legítima de un barón a diferencia de su hermano bastardo, era intocable. Si tan solo se le desalineaba un cabello por causa de alguien, ese alguien pronto perdería la cabeza.

Pero si Jane quería ayudar a esos niños, tenía que encontrar el modo de conectar con ellos y hacer que quisieran estar allí.

—La educación no es una pérdida de tiempo —comenzó—. Peter, si aprendes a leer y escribir, no tendrás que trabajar en los molinos peligrosos, ni andar robando o mendigando en las calles. Puedes trabajar en el servicio o ser el aprendiz de alguien y desarrollar algún oficio como el del carpintero, cocinero, zapatero…

«Y no acabar en la horca», quiso añadir. Pero el solo pensamiento le produjo un estremecimiento en la columna vertebral. Una imagen mental se le vino a la mente: un niño de diez años colgando del cuello, meciéndose contra un cielo lleno de nubes tormentosas. Hacía dos años, había sido testigo de una ejecución pública cuando el cochero tomó un giro equivocado y quedaron varados en una multitud de espectadores.

Thorne le había ordenado que no mirara, pero no pudo apartar los ojos de la escena. Cuando le preguntó qué había hecho el niño, Thorne le respondió con un tono sombrío:

—Hizo lo que muchos niños de Whitechapel hacen todos los días. La diferencia es que a él lo atraparon.

Jane rezó por ser capaz de ayudar a esos niños a escapar de semejante destino. Y, si la escuela era un éxito, no solo ayudaría a esos siete alumnos, sino a muchos más.

—Pequeños, no se preocupen por trabajar o robar —dijo Reuben—. El señor Blackmore, el hermano de la señorita Grant, les ha pagado a sus padres por el trabajo que no podrán hacer hoy.

Mientras los niños murmuraban entre ellos con sonrisas de satisfacción, Jane sintió una conmoción como una bofetada. Todo era falso. El hecho de que los niños estuvieran en la escuela no se debía a ella, sino a Thorne. Thorne, que siempre la protegía, la escudaba y se aseguraba de que cada uno de sus deseos y caprichos se materializara.

Sin embargo, había creído que por una vez todo se debía a ella. Había asumido que había logrado convencer a los padres de los niños para que los enviaran a la escuela tras llamar a sus puertas semana tras semana. Había creído que había logrado hacer una diferencia, que había dado un pequeño paso para sentir que al final pertenecía allí… que importaba. Había creído que

no era solo la hermana aristocrática, solitaria y sobreprotegida de un señor del crimen que no sabía qué hacer con su vida entre ladrones, prostitutas y maleantes.

—Bueno, me tengo que ir —anunció Reuben alzando un dedo—. Será mejor que escuchen a Janie… Eh, digo a la señorita Grant. Si no lo hacen, les azotaré el trasero con tanta fuerza que no podrán sentarse por una semana.

Jane miró a Reuben horrorizada.

—No, no, Reuben —dijo—. En esta escuela no habrá castigos corporales. Los niños ya tienen suficientes problemas.

Reuben se rio, pero les arrojó una mirada de advertencia a los niños, que lo miraron serios. Los señaló con el dedo, pero no dijo más nada.

—No bromeo, Janie —le dijo acercándose más a ella—. Si estos diablillos te dan problemas, tendrán que vérselas conmigo.

Tras decir esto, Reuben se marchó bajo los ojos atentos de Hercules. Con el sonido de la puerta cerrándose, siete pares de ojos rebeldes y desafiantes se fijaron en Jane. Les sonrió y cambió el peso de una pierna a la otra.

Nunca se había sentido más fuera de lugar. ¿Qué podía saber acerca de sus vidas? ¿Qué sabía acerca de tener que sobrevivir cada día con el estómago vacío y unos harapos sobre los hombros? ¿Qué significado tendría leer y escribir para ellos cuando ni siquiera tenían la certeza de si iban a comer al día siguiente?

Aun así, tenía que seguir adelante. Quizás ese día sería difícil, pero en el futuro podría hacer la diferencia entre la horca y un hogar seguro. Esa idea la hizo tomar una profunda bocanada de aire y caminar hacia la pizarra.

—Comencemos con el abecedario —dijo—. *A* de abeja, *b* de bruja…

Siguió con todo el abecedario mientras escribía las letras. Los niños repetían detrás de ella, pero las voces sonaban aburridas e indiferentes. Hasta que llegó a la *w* y comenzaron a reírse y gritar otra vez.

Cuando se dio vuelta, vio que Alfie había dibujado un esbozo bastante bueno de una mujer con lentes, un moño perfecto en la cabeza, unas faldas que se volaban al viento y unas enaguas que quedaban expuestas de forma escandalosa. Cuando jadeó, los niños soltaron carcajadas entretenidas.

—Alfie, ya es suficiente —lo regañó—. Eso es de lo más inadecuado.

—¿Y qué va a hacer, señorita Grant? —le preguntó Peter—. ¿Enviarnos a casa?

Un rugido de aprobación estalló en la sala.

A Jane se le tiñeron las mejillas. A pesar de las buenas intenciones que pudiera tener Thorne, no podía ayudarla con eso. Era entre los niños y ella. Pero era como si no pudiera encontrar las palabras adecuadas para hacerles ver por qué deberían querer estar allí.

—No, por supuesto que no, pero deben comprender que…

Pero nadie le estaba prestando atención. Alfie se subió a una silla de un salto y comenzó una especie de baile salvaje. Peter sacudía la mesa de Alfie para hacerlo caer el suelo, y Jane soltó un aullido. Mientras Lily se reía entre dientes, el resto de los niños tomó las hojas de papel que quedaban sobre los pupitres y formó bolas para comenzar una pelea. Hercules se incorporó de un salto y ladró para sumarse al tumulto.

—¡Por favor! —imploró Jane con desesperación. ¿A quién intentaba engañar? No era una institutriz, ni una maestra, ni una madre. Era una simple dama que se había criado para entender la etiqueta y actuar con gracia, no para controlar una habitación llena de niños. Como era la hija de un barón, la habían criado en preparación para convertirse en la esposa de un aristócrata, de

modo que pasó mucho tiempo en la sala de estar de la casa y no en la escuela. Y, a pesar de eso, ahora no tenía ni la más mínima intensión de casarse y, en cambio, perseguía un sueño que parecía tan distante como las estrellas—. ¡Por favor, niños, guarden la calma!

En el medio del caos, Hercules corrió hacia la puerta ladrando desesperado. La puerta se encontraba abierta de par en par, y el hombre más atractivo que había visto en la vida se encontraba de pie en el umbral. Era alto y musculoso bajo el exquisito chaleco oscuro que llevaba algo torcido. Con el pañuelo abierto y los pantalones arrugados, era la personificación de todas sus fantasías románticas. Llevaba el cabello grueso y de color castaño rojizo en un corte a la moda y algo enmarañado. Tenía unos rasgos perfectamente correctos que parecían tallados con esos pómulos altos y la nariz recta de un dios griego. Por no mencionar las cejas de color castaño rojizo encima de los intensos ojos celestes que observaban a los niños y a ella. O la boca ancha que le ofreció una sonrisa torcida.

A pesar de que los niños se callaron y clavaron la mirada en el desconocido, Hercules siguió ladrando. Con un gruñido feroz, el perro se arrojó sobre el hombre.

Algo conmocionado, el hombre dio unos pasos hacia atrás y se retiró por la puerta abierta para pisar el embarrado patio trasero detrás de Elysium, y el barro le salpicó las botas brillantes. Hercules saltó entre los charcos y el barro y siguió avanzando hacia el hombre, que no dejaba de retirarse.

Jane corrió tras Hercules.

—¡Alto! ¡Hercules, sentado! —Pero la bestia estaba demasiado alterada como para obedecer.

En lugar de hacerle caso, acorraló al hermoso hombre contra la pared, y las garras embarradas le dejaron manchas de barro en la camisa blanca y los pantalones claros. El animal soltó un gruñido y le ladró en el rostro. Para su sorpresa, el hombre alzó los brazos en al aire y le dijo algo en un tono tranquilizador, por fútil que fuera. Jane corrió hacia Hercules y lo jaló del collar.

—¡Sentado, Hercules! —le ordenó—. ¡Sentado!

Como el pequeño protector y buen perro que era, por fin la obedeció. Se sentó gimoteando y gruñendo, pero con la cola aún retorcida de las ansias de querer seguir atormentando al desconocido que podría haber ido a amenazar a su ama.

Jane clavó la mirada en el hombre. A pesar de que le costaba respirar, inhaló su intoxicante fragancia masculina, una mezcla de colonia costosa y coñac con el hedor de los establos, las tabernas y el gallinero que siempre pendía en el patio de Elysium.

—Bueno, al parecer no le agrado mucho a ese perro —señaló el desconocido con una voz profunda y suave.

De repente, tomó consciencia de su cercanía. Tenía los cálidos ojos celestes, algo irritados y clavados en ella, y no pudo evitar hundirse en la hermosa profundidad de ellos. Sin lugar a dudas, era miembro de la alta sociedad y no un abogado o un empleado bancario de Cheapside. En un salón de baile, un hombre como él jamás repararía en alguien como ella, que se ocultaba detrás del marco de los lentes y pertenecía rodeada de libros. Jamás captaría la atención de un hombre hermoso, encantador y, de seguro, adinerado como él. Pero ella repararía en él en cualquier sitio.

Deseaba llevar puestas mejores prendas que el simple vestido de color gris que Ruby le había confeccionado hacía tres años y deseaba llevar un peinado más a la moda que un simple moño. Él llevaba prendas sofisticadas y llenas de color, mientras que las de ella eran grises y estaban desgastadas. Por primera vez en cinco años, sintió el anhelo de estar a la altura de él, y de inmediato tuvo la certeza absoluta de que no lo estaba.

El hombre miró un punto a sus espadas.

—Disculpe —comenzó—, ¿acaso esos son sus niños?

Cuando se dio vuelta, soltó un gruñido al ver que los estudiantes se habían marchado de la escuela y corrían por el patio trasero antes de desaparecer por la puerta de entrada para los carruajes.

Una ola de ira la embargó. Pero ¿qué estaba pensando? A juzgar por el modo en que iba vestido, como si no hubiera vuelto a casa en toda la noche, y el olor a destilería que emanaba, era evidente que ese hombre era uno de los miembros que frecuentaban Elysium. Y encima había irrumpido en su escuela para interrumpir la clase y ahora, por culpa de él, todos se habían marchado.

—¡Señor, le suplico que no use más la entrada trasera de Elysium! —le dijo con la voz más exaltada de lo que se sentía—. ¿Acaso no es obvio que los miembros solo pueden utilizar la puerta de entrada principal?

La pregunta le produjo una carcajada. Mientras la recorría con la mirada, Jane notó una chispa de diversión en los ojos que no le gustó ni un ápice. Ni tampoco el calor que le recorrió todo el cuerpo al haberse convertido en el objeto inquebrantable de su atención. Se recordó que no debía permitir que sus encantos la afectaran.

—De repente, me gustaría ser un niño travieso para tener a una institutriz como usted enseñándome a comportarme.

Las palabras le provocaron un intenso rubor en las mejillas. No estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios, pero no debía perder la concentración.

—Oh, por todos los cielos, ¿qué necesita de mí?

—Por mucho que me arrepienta de decirlo, no he venido a verla a usted, señorita. Estaba buscando a Thorne Blackmore, pero nadie respondía a la puerta principal de Elysium.

—Y, como suele frecuentar el club, sintió que tenía todo el derecho a encontrar la manera de entrar —concluyó Jane.

El hombre entrecerró los ojos ardientes antes de responderle con un tono de voz que anunciaba una tormenta:

—No todo es lo que parece. Pero de seguro, una santurrona como usted tiene toda la sabiduría para discernir entre el bien y el mal, ¿no?

Jane se quedó de pie con el corazón latiéndole desbocado en los oídos y haciendo eco de la tensión que sentía en todo el cuerpo.

—De hecho, sí. Es evidente que su forma de actuar es interrumpir, rebelarse e incitar el caos. Y luego alguien como yo tiene que arreglar los daños que ha causado.

La expresión de él se convirtió en un gruñido silencioso.

—De modo que lo sabe todo, ¿no? —escupió con algo de ira—. Se para allí, pretendiendo ser superior y juzgando a todos. Qué vida más aburrida e insulsa debe llevar. Recuerde, señorita, que los que se suben a un pedestal a menudo se quedan solos.

El comentario fue como un golpe en el vientre. Las lágrimas que había intentado contener desde el principio de la clase le volvieron a asomar a los ojos. No tenía nada que decir para contradecirlo.

—Si desea ver a Thorne Blackmore —dijo con la voz baja y temblorosa—, la entrada de servicio se encuentra a sus espaldas. Por favor, no se vuelva a acercar a mí ni a mi escuela.

Con el corazón acelerado, le observó la amplia espalda de hombros anchos mientras se alejaba. Luego, giró sobre sus talones para regresar a la escuela. Tenía una meta, un objetivo. Y lo cumpliría, sin importar qué hiciera falta y pese a los desconocidos hermosos y crueles o a los

recuerdos dolorosos…

Lee LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO ahora!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

